UN JUEGO LETAL
DIANA URBAN
Traducción de Scheherezade Surià
OBSCURA
editorial

OBSCURO, -RA

(oβs'kuro, -ra)

Incierto/a, de modo que infunde temor, inseguridad o desconfianza. Desconocido/a, mal conocido/a o misterioso/a.

UN JUEGO LETAL

UN JUEGO LETAL

Diana Urban

Traducción de Scheherezade Surià

OBSCURA

editorial

Título original: *These Deadly Games*
© 2021, Diana Urban

Edición publicada mediante acuerdo con Dystel, Goderich & Bourret LLC
y gestionada a través de International Editors' Co.

© 2022, Obscura Editorial, S.L.
Avinguda d'Esplugues, 77. 08034 Barcelona
© 2022, Scheherezade Surià, por la traducción
© 2022, Pep Boatella, por la ilustración de cubierta

Primera edición: septiembre de 2022

Composición de cubierta: Marc Vilaplana
Corrección: Antonia Dueñas y Obscura Editorial
Realización: La Letra, S.L.

Todos los derechos reservados. Agradecemos que haya comprado
una edición autorizada de esta obra. De acuerdo con las leyes de *copyright*,
esta publicación no puede ser reproducida ni distribuida, ni total ni parcialmente,
del mismo modo que se prohíben cualquier tipo de reproducción
y comunicación pública de la misma sin el consentimiento previo
por escrito del titular o titulares.
En caso de necesitar fotocopiar o escanear un fragmento de esta obra,
diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos,
http://www.cedro.org).

ISBN DIGITAL: 978-84-125530-3-1
ISBN: 978-84-124734-7-6
Depósito legal: B 9754-2022

Para papá y mamá, por creer siempre

1

Iba a matar a Zoey.

Mientras me acercaba sigilosamente por detrás, el calor me crepitaba en el vientre. Totalmente ajena a mi presencia, Zoey miraba el bosque desde el balcón de piedra. Infinidad de troncos medio podridos cubrían el terreno que se extendía a sus pies, pero nadie acechaba entre las sombras.

Era mi oportunidad de quitarla de en medio.

Me deslicé en silencio hacia ella con un cosquilleo en las puntas de los dedos y el deseo de venganza corriendo por las venas. ¿Cómo iba a hacerlo? Podría tirarla por el balcón, pero eso no aseguraba su muerte. No estábamos lo bastante lejos del suelo, así que dependería de cómo aterrizara. Podía pegarle un tiro, pero el temblor de mis dedos no garantizaba que acertara. Y la necesitaba muerta.

Parecía una maníaca homicida, ¿verdad?

Bueno, creedme, no merecía mi piedad. No después de lo que había hecho.

Una daga sería lo suyo. En cualquier caso, clavarle la hoja por la espalda sería el modo más gratificante de tumbarla. Sabe Dios que ella me había apuñalado tantas veces por la espalda que matarla así no llegaría siquiera a equilibrar la balanza.

Desenfundé la daga y, con pasos silenciosos y furtivos, recorté la distancia que nos separaba. Zoey, con la mirada fija en la lejanía, permanecía inmóvil, salvo por sus largos tirabuzones rubios que ondeaban al viento. Concentrada. Firme. ¿Qué narices estaría esperando? Daba lo mismo... Me acerqué más aún, levanté la daga y se la clavé en la espalda.

—¡Mierda, Crystal! —gritó Zoey desde la mullida butaca reclinable. Se arrancó los auriculares rosa, a juego con las puntas rosadas de su melenita rubia con degradado, justo cuando aparecía en pantalla la alerta «ShardsOfGlass ha eliminado a DaggerQueen29 con una daga». Whiskers, mi gata, saltó del recoveco de entre los pies de Zoey y echó a correr escaleras arriba. Pobre bolita de pelo. Como si no tuviera ya bastante con que mi equipo de eSports hubiera invadido su

territorio, la leonera del sótano, al despuntar el alba.

Apreté los labios e intenté no sonreír, pero el fracaso fue estrepitoso. No sabría decir qué me produjo más satisfacción: si ser la última jugadora en pie de la ronda y que eso me supusiera cincuenta MortalBucks extras además de los diez por haberla matado, o que a Zoey solo le quedara una última oportunidad para ganarlos antes del torneo estatal de *MortalDusk* del domingo.

No podía creer que solo faltaran dos días. Dos días para saber quién iba a ganar los premios del torneo individual y por equipos, ambos valorados en doscientos cincuenta mil dólares. Dos días para saber quién pasaría a disputar el mes siguiente el título anual de *MortalDusk* en Nueva York, junto con los demás ganadores del resto de estados. Ya lo estaba visualizando: de pie en el escenario del torneo con mis amigos, todos disfrazados, recogiendo el premio ante el clamor del público y con todas esas cámaras... Por no hablar de los gastos pagados del viaje a Nueva York para el torneo y los patrocinadores que nos saldrían. Patrocinadores por los que mataría.

¿Y he dicho ya que los premios de los títulos individual y por equipos eran de tres millones de dólares? Eso es. Tres. Putos. Millones. De. Dólares. ¿Os imagináis lo que sería tener esa cantidad de pasta con dieciséis años? Tendrías la vida solucionada. Bueno, era evidente que yo, personalmente, no tenía ninguna posibilidad de ganar el torneo individual y, si ganáramos el premio por equipos, sería a repartir entre cinco. Pero ¡aun así! No soy un hacha en mates, pero hasta yo sé que esa cantidad me cambiaría la vida.

De hecho, teníamos una oportunidad real de ganar el torneo, y no solo estadísticamente hablando, porque Vermont era el estado con menos participantes. Llevábamos meses liderando la clasificación del estado.

El problema era que, en el torneo, solo podían jugar cinco miembros por equipo, y nosotros, los seis, queríamos ir. Por eso decidimos competir: los cinco primeros que ganaran veinte mil MortalBucks podrían reclamar su puesto.

Y yo me negaba a ser la última de la cola.

—Vaya, Crystal no se anda con chiquitas —dijo Dylan, nuestro último fichaje. Estábamos sentados con las piernas cruzadas en el sofá y tenía su rodilla apenas a dos centímetros de la mía... Pero no es que me estuviera fijando en eso, ni nada, ¿eh? No tenía claro si me estaba haciendo un cumplido por mi brutal jugada maestra o me acusaba de traidora. Me miró a los ojos por encima de la montura de carey, enarcó la comisura de los labios y se le formó un hoyuelo en la mejilla. Dios, ¿por qué era tan guapo? Tan... insondable, quería decir.

—Bueno, ya estamos llegando al final del camino...

—¡Chicos, bajad! —chilló Zoey. El resto del equipo estaba arriba; Dylan había sido el único que se había quedado por abajo mirándonos tras haber caído en esa ronda—. Empieza la próxima...

—¡Chist! —protesté—. Mi familia aún está durmiendo.

Las facciones marcadas de Zoey se transformaron en una cara enfurruñada, nuestro principal método de comunicación últimamente. Uf, era un peñazo tener que competir así, pero ganar el torneo supondría la diferencia entre que mi familia siguiera viviendo en esta casa y, bueno... pues que no. El divorcio de mis padres el año pasado había ido rápido, demasiado rápido, y, desde entonces, mamá se las veía y se las deseaba para pagar la hipoteca. Fue culpa mía que papá se largara tan rápido, así que tenía que ganar el dinero del premio. No podía permitir que Zoey me dejara fuera de la competición. Además, nos iría igual de bien sin sus habilidades de combate con arma blanca.

Mi mejor amiga, Akira, fue la primera en bajar las escaleras, con tal sofoco en su carita de corazón que se habría podido freír un huevo encima.

—¿Qué ha pasado? —pregunté, pero se me acurrucó al lado sin mediar palabra, se deslizó los auriculares sobre la melenita azabache a la altura de la barbilla y se colocó el portátil sobre el regazo. En el *MortalDusk*, era nuestra mejor arquitecta, un presagio de muerte segura para cualquiera que se perdiera en sus estructuras. Pero ahora mismo, tenía pinta de querer levantar un muro a su alrededor para quedarse ahí escondida por los siglos de los siglos.

Después bajó Randall, su novio, riéndose entre dientes mientras se repeinaba hacia atrás las greñas de color castaño miel que se le aclaraban en las puntas como por efecto del sol. Todo mentira, como su tez morena; casi nunca le tocaba ni un rayo de sol.

—No tiene gracia —le espetó Akira.

—Anda que no —dijo Randall, mientras le lanzaba una barrita de granola con las mejillas ligeramente sonrosadas.

Le sacudí el brazo a Akira.

—Kiki, ¿qué ha pasado?

Pero ella se limitó a sacudírmelo a mí, justo cuando bajaba el último, Matty, con una Coca-Cola light en la mano y los ojos color miel rebosantes de diversión bajo la gorra de béisbol azul puesta del revés.

—Tu madre los ha pillado dándose el lote en la despensa —me dijo.

Randall le dio un empujón de colegueo.

—Sí, tío.

Akira se puso aún más roja, hasta la punta de la nariz.

—Ay, Dios. —Me reí—. ¿Ha intentado darte «la charla» o algo?

Mi madre no es de las que desperdicia una ocasión así.

—No, se ha enrollado —dijo Randall.

—Nadie lo diría por la cara de Akira. —Matty se dejó caer en su silla, ante el viejo escritorio en forma de L de papá.

Akira se tapó las mejillas encendidas, pero respondió con una sonrisa maliciosa:

—Mira quién habla.

Matty se ruborizaba con nada. Mientras se encorvaba sobre el portátil para cargar de nuevo el juego, soltó una carcajada. Tenía la constitución de un jugador de béisbol: alto, ancho de espaldas y esbelto, aunque en el único deporte que practicaba solo había píxeles. Sus vivarachos ojos marrones, las mejillas redondas y la sudadera marrón y anchota le envolvían de un halo de osito de peluche que contrastaba enormemente con su despiadado avatar de mago; era el mejor conjurando rayos y bolas de fuego.

—¿Qué pasa si ninguno de vosotros consigue los veinte mil? —cambió de tema Randall, al sentarse junto a Matty. Era nuestro mejor arquero, cuya puntería hacía que cualquier otro pareciera un pobre soldado de asalto inepto. No era de extrañar que ya hubiera alcanzado los veinte mil. Como Dylan. Qué cabrones...

—Os quiero, chicos, pero no vamos a jugarnos esta mierda a piedra, papel o tijera —gruñó Matty. Ninguno de nosotros quería dejarlo al azar.

—Llegaremos —dije yo. Para eso habíamos quedado tan pronto un viernes por la mañana antes de clase. Necesitábamos hasta el último minuto libre para acumular MortalBucks. Solo contabilizábamos lo que ganábamos cuando nos reuníamos; Randall no podía jugar y, a la vez, cobrar a los clientes del súper en el que curraba.

—Podríamos cortar aquí —sugirió Zoey.

Obvio que lo sugiriera, porque estaba ligeramente por encima de Akira, que iba en último lugar. Pero, en realidad, tenía suerte de seguir optando a jugar en el torneo. Si yo no hubiera mantenido la boca cerrada, si alguno se hubiera enterado de lo que Zoey había estado haciendo los últimos meses, la habrían echado del equipo en un milisegundo. Se le daba bien fingir que no había roto un plato.

Para ser justos, se nos daba bien a todos. Excepto a Dylan. Él vivía ajeno a los recuerdos que a los demás nos atormentaban. Esos recuerdos que, cinco años después, aún hacían que me despertara gritando en plena noche.

—¿Qué tal si no? —La crispación de Akira me devolvió a la

realidad de golpe.

Fulminé a Zoey con la mirada.

—Y para que fuera justo... ¿cómo, exactamente?

—Nada, solo era una idea... —Volvió a fruncir el ceño.

Matty cogió un lápiz del escritorio y se lo tiró a Zoey, aunque falló por un kilómetro.

—¿Puedes cortar ya el rollo? Las reglas son las reglas.

Le sonreí y Matty miró a Zoey poniendo los ojos en blanco, eso sí, con las mejillas sonrosadas.

Zoey seguía enfurruñada cuando nuestros dragones nos dejaron sobre el nuevo mapa. Ella siempre bromeaba diciendo que tenía cara de cabrona, aunque a Akira y mí nos parecía más de asesina del hacha, pero ahora se la veía claramente abatida, con los carnosos labios rosados en un mohín y una arruga marcada entre las cejas angulosas de un marrón grisáceo.

Al cabo de unos minutos, Dylan me dio en el codo.

—Tengo un cargamento de pociones sanadoras.

—No, gracias —le dije, vaciando un cofre del tesoro—. Acabo de encontrar un montón.

Sonrió.

—No te las estaba ofreciendo.

Resoplé, nos cruzamos la mirada un instante y capté el destello en sus ojos. Se creía tan listo... O encantador. Y puede que ambas cosas fueran ciertas. Pero, en serio, si no fuera por él, ahora no estaríamos metidos en este lío.

En verano, empezaron a correr rumores sobre el campeonato anual en el Discord de *MortalDusk*. Los torneos de marzo serían estatales en lugar de regionales, se decía. Competirían equipos de seis en lugar de cinco, se decía también. Más premios que nunca. El mayor campeonato de la historia se haría en la ciudad de Nueva York. Pero necesitábamos a otro miembro para poder participar. Así que, la primera semana del tercer curso de instituto nos dedicamos a hacer pruebas y fichamos a Dylan, el chico nuevo del instituto. Cuando *MortalDusk* anunció las reglas, que consistían en torneos estatales, pero con cinco jugadores, ya no podíamos echarlo sin más. Además, él aumentaba nuestras posibilidades. Era un hechicero feroz muy hábil elaborando pociones y hechizos para eliminar a nuestros enemigos, con una gran puntería, rapidez de reflejos, la barbilla puntiaguda, los pómulos marcados, el pelo castaño enmarañado y esos ojos grises...

«Ay, mierda». Empezó a aporrear las teclas, claramente enzarzado en un fuego cruzado con Randall, que también estaba destrozando su barra espaciadora.

—Tenemos compañía —anunció Randall.

—Tío —dijo Matty—, no me digas que es Fishman, por favor.

—Es Fishman. —Joder. Jeremy Fischer, alias Fishman, había dominado lo más alto de la clasificación de Vermont durante años; al menos, hasta hacía poco.

—Bah. ¿Por qué está jugando tan pronto? —Matty estaba especialmente decidido a vapulear a *streamers* engreídos como Fishman que ya tenían millones de seguidores y montones de pasta.

—¿Y cuándo no está jugando? —preguntó Akira, echándose hacia atrás un mechón suelto de pelo negro.

Desde que Fishman había descubierto que había un grupo de verdaderos rivales en el pueblo de al lado, se había tomado como una misión personal encontrarnos y destruirnos. Su público pensaba que se trataba de una revuelta. Estaría en el torneo del domingo, pero, por suerte, sus compañeros de equipo eran unos maestros de la mediocridad. Aun así, nos iba a dar muchos problemas en la competición individual.

Zoey miró su teléfono.

—Sabía que había visto la alerta de que entraba en directo.

—¡Gracias por avisarnos, maja! —exclamó Randall. Él era el que gestionaba los canales de YouTube y Twitch de nuestro equipo, pero ese día Akira le había convencido para que no retransmitiera en directo porque todavía estaba grogui y llevaba los pelos revueltos apuntando en todas direcciones.

Me metí como un rayo en el bosque.

—¿Dónde estáis, chicos?

Randall se rascó la barba incipiente que le cubría la barbilla angulosa.

—Justo al norte del lago Blackpool.

—Voy para allá.

—No hace falta —repuso Matty. Sabía que él quería que me centrara en conseguir más muertes para asegurarme el puesto en el equipo. Pero sería más fácil matar a Fishman juntos.

—Si no nos lo quitamos de en medio enseguida, nos irá dando caza uno a uno. —Al otro lado del bosque, vi a la hechicera élfica de Akira construyendo una fortaleza de madera a orillas del lago Blackpool. Yo, para mi avatar, prefería el disfraz de campesina. Muchos jugadores me tomaban por una principiante, pero era una asesina implacable que les sorprendía con mi sigilosa pericia y mi puntería letal.

Matty ya estaba en el tejado, preparando su material.

—¿Lo tienes, colega?

—Tiene el escudo a tope —dijo Randall. Mientras me escabullía entre los arbustos, vi volar flechas de fuego entre el caballero de Randall y el pescador de Fishman. Pero Fishman disfrutaba de una posición ventajosa y la aprovechó para arremeter contra Randall.

«Fishman854 ha eliminado a Ran_With_It con una vara de fuego».

—¡Bah! —Randall se echó el pelo revuelto hacia atrás—. Qué mierda cuando va a lo jedi medieval. ¿Dónde te habías metido, tío? —le preguntó a Dylan.

—Tenía que elaborar más pociones de escudo —respondió él.

Zoey también parecía mantenerse alejada, seguramente con la esperanza de que nosotros nos encargáramos del tema.

Matty atacó a uno de los compañeros de Fishman con un rayo.

—Le he dado. —Pero Fishman esquivó la siguiente descarga y, mientras Matty recargaba, se puso a bailar para burlarse de él—. Hijo de su...

Me escabullí detrás de Fishman.

—Lo tengo.

—Ni hablar. Es mío —dijo Matty, que siempre había sido muy fan de Fishman, hasta que todo cambió. De repente, enarcó las cejas pobladas—. ¡Tiene un lanzamisiles de la hostia!

—¡Corred! —gritó Akira. Saltaron de la fortaleza justo cuando Fishman le prendía fuego. Escaparon por los pelos y se metieron en el bosque.

Matty soltó un taco.

—Crys, ahí lo tienes.

Joder, sí.

Saqué rápidamente mi porra electrificada y seguí silenciosamente a Fishman, evitando rozar los árboles para seguir pasando desapercibida. El estómago me daba pequeños vuelcos, consciente de que su gran público nos estaba observando; era como si tuviera miedo escénico o algo así. Cuando estuve lo bastante cerca, fijé el blanco con un cosquilleo de emoción en los dedos...

La puerta del sótano se abrió de golpe. El susto me hizo errar el tiro y mi rayo apenas rozó a Fishman. Mamá bajó las escaleras como un torbellino mientras se recogía los rizos desordenados en un moño.

—Crystal, ¿has visto mis llaves?

—Uf, mamá...

—¡No las encuentro por ninguna parte!

Fishman se giró y me borró del mapa.

—Mierda. —Me pasé la mano por la cara—. ¿No están en tu bolso?

Akira se había tensado y tenía las mejillas ruborizadas de nuevo, visiblemente avergonzada por lo de antes.

—No, es evidente que no —contestó, imitando mi voz, y ambas nos sacamos la lengua en una muestra de nuestra normalísima relación madre hija. Pero el estrés le surcaba la frente con arrugas profundas.

—¿Qué pasa? —le pregunté.

—Me acaban de llamar para una operación de urgencia. Hay dos enfermeras de baja con no sé qué virus estomacal, así que voy a tener que doblar turno hoy y tengo que dejar a Caelyn en el colegio antes.

—¿No puede coger el bus? Ah, mierda —exclamé, cuando caí en la cuenta—. Frost Valley. —Era el primer viernes de marzo y había que dejar a mi hermana pequeña en el colegio dos horas antes; su clase se iba de colonias y pasaban la noche fuera, en un hostal de montaña, para tirarse el día lanzándose en trineo, saltando en tirolina y haciendo actividades horteras para fomentar el espíritu de grupo.

—Sí —dijo mamá—. Siempre pasa todo a la vez.

—La ley de Murphy —canturreó Randall.

—No, es la ley de la simultaneidad —lo corrigió Zoey.

—Eso, literalmente, no le importa a nadie —sentenció Randall en tono socarrón.

Zoey lo fulminó con la mirada, pero Akira se rio por lo bajini y pareció relajarse un poco. Randall sacó pecho... Le encantaba hacerla reír. Los demás estaban ocupados lanzándole arpones de hielo a Fishman, que finalmente paró de dar vueltas alrededor de mi difunto avatar y de regodearse ante su público.

Mamá suspiró.

—Sea como sea, es todo mierdástico.

Últimamente, mamá se había estado dejando la piel con un montón de turnos extras que aceptaba para poder pagar las facturas. Aun así, más mierdásticas todavía eran las discusiones a grito pelado a altas horas de la noche que había tenido que aguantar con el borracho de mi padre. Me las había apañado bien para distraer a Caelyn de todo aquello. Cuando empezaron, hace unos años, ella se colaba en mi habitación, trepaba a mi cama y yo me limitaba a abrazar su cuerpecillo delgado y tembloroso con impotencia mientras oíamos los gritos. Pero después empecé a ponerle unos cascos enormes y a jugar al *Mario Kart* hasta que terminaban.

Siempre se puede confiar en los videojuegos. Te distraen del dolor. Y te cortan las lágrimas.

Ahora, el precioso rostro de mamá estaba cada día más demacrado, con unas ojeras que parecían moratones. A veces me daba la impresión de que estaba más estresada que antes de que se marchara papá. «Culpa mía, culpa mía, culpa mía». Me puse tensa.

—Yo llevaré a Caelyn al colegio —me ofrecí.

Una mueca colectiva cruzó el rostro de mis amigos. Se nos acababa el tiempo para ganar más MortalBucks.

Pero mamá respiró aliviada.

—Ay, gracias. Pero aún tengo que encontrar las llaves... —Empezó a subir las escaleras de nuevo, pero se detuvo—. Ah, y Caelyn se olvidó el inhalador en su taquilla. Es el último que le queda, para variar. Asegúrate de que va corriendo a cogerlo antes de subirse al autocar, ¿vale?

—Vale.

Mientras ella corría escaleras arriba, cerré el portátil y me recoloqué los desordenados rizos caoba. Los MortalBucks tendrían que esperar.

—Lo siento, chicos. Todavía nos queda esta noche y todo el día de mañana...

—Podemos defender el fuerte hasta que vuelvas —afirmó Zoey, con los ojos ambarinos sacando cuentas. Iba a tardar media hora. Le venía perfecto.

—¿Sabes qué? Que me apetece un Starbucks —comentó Akira, al percibir la ansiedad en mi rostro. El Starbucks estaba al lado del instituto—. Podemos quedar después en la sala de ordenadores y jugar hasta que empiece la primera clase.

—Yo me apunto al Starbucks —anunció Randall.

—Pero tenemos mejor internet aquí... —empezó Dylan. Al distraerse, su avatar cayó—. Vaya, pues nada —dijo, y cerró el portátil.

—Lo siento... —repetí, desenterrando el móvil de entre los cojines del sofá. Mis nudillos rozaron los vaqueros de Dylan, pero se levantó antes de ver que me ruborizaba.

—Sí, ¿de qué va esto, Crystal? —Matty hizo una mueca exagerada —. ¿De cómo ser una buena hija?

—Uy, las buenas hijas son las peores —se burló Randall.

—Repugnante, la verdad —dijo Matty. Los ojos de Matty y Randall centelleaban pícaramente como siempre que hacían bromas y se seguían el juego. Si estuviéramos emitiendo en directo, nuestro público lo estaría disfrutando a tope.

—Tu cara sí que es repugnante —le espeté.

Matty se sonrió.

—Has dado en el clavo. —Estiró los brazos por encima de la cabeza. Poco le faltó para tocar el techo—. Vale, pues os dejo en el Starbucks y voy a darme una ducha. —Sabía que solo era una excusa para evitar el Starbucks. Unos meses atrás, pedí un Frappuccino de

soja y me pusieron uno con leche de almendras. Matty le dio un sorbo y, bueno, digamos que no fue un buen día. Hubo un montón de agujas por medio. No me extrañaba que estuviera traumatizado. Hasta la menor traza de cacahuetes o frutos secos le provocaba una reacción alérgica y ya estaba más que harto.

—Qué guarro. —Randall simuló un escalofrío—. ¿Es que no pensabas ducharte hoy?

—¿Qué? —Matty se olió los sobacos—. No huelo, ¿no?

—Tú siempre hueles —declaró Randall.

—A rosas —replicó Matty.

—A rosas putrefactas —añadió Dylan.

Randall soltó una carcajada y alargó el puño para chocárselo. Dylan había pillado rápido nuestro particular sentido del humor, aunque con los demás siempre tenía claro si estaban bromeando, y con él nunca estaba segura.

Cuando subimos en tropel, mamá ya se había ido —supuse que habría encontrado las llaves— y mi hermana Caelyn estaba apoyada en el armario de los abrigos, jugueteando con el colgante en forma de rayo de su collar artesanal, a juego con el mío.

—Eh, bobita —la pinché, aún en modo cachondeo, mientras me calzaba torpemente las botas—. ¿Eres tú la problemática?

No reaccionó y no quiso ni mirar a mis amigos, que desfilaban por la puerta principal. Ni siquiera levantó la cabeza con el toquecito amistoso que Akira le dio en el brazo. A la luz del alba, los rizos cobrizos y desordenados de Caelyn creaban una especie de halo encrespado alrededor de su cara, y sus gruesas gafas moradas le agrandaban los enormes ojos pardos, idénticos a los míos, salvo que los suyos solo distinguían masas amorfas. Le había rogado a mamá que la dejara ponerse lentillas, pero mamá le había dicho que tenía que esperar a cumplir los dieciséis. Dudaba mucho que las lentillas fueran más baratas cuando cumpliera los dieciséis.

—Vamos.

Sin molestarme en abrocharme el abrigo, corrí por el camino hasta mi coche, un Prius de una década anterior que papá me había dejado antes de mudarse a Las Vegas como regalo de despedida... bueno, en realidad era más bien un soborno. Caelyn y yo no habíamos vuelto a saber nada de él desde entonces, lo que, francamente, nos parecía bien.

Akira y Randall se montaron en el coche de Matty, y Zoey se fue corriendo a su casa, junto a la nuestra.

—¿Qué narices se traerá entre manos? —murmuré, recordando que habíamos olvidado hacer el recuento de nuestros MortalBucks.

¿Quería saltarse el Starbucks para hacerse otra ronda a hurtadillas?

Dylan esperaba junto a su Jeep —el coche de Matty le bloqueaba la salida— con las manos metidas en los bolsillos de su chaqueta de cuadros escoceses blancos y azules, y se reía entre dientes.

—¿Qué te parece tan divertido? —le grité.

—Tú. ¿No te pasas de paranoica?

Le hice una mueca. Para él era fácil hablar: ya se había asegurado un puesto en el torneo. Aun así, tal vez llevara razón. Quizá Zoey solo quisiera rendir cuentas ante sus estrictísimos padres, que si le permitían venir tan a menudo era únicamente porque creían que nuestro equipo de eSports era un grupo de estudio.

Cuando agarré la mochila de Caelyn para ponerla en el asiento trasero, murmuró:

—Lo siento.

—¿Por qué? —Cerré de un portazo.

—Soy un problema... y tú estabas ocupada...

—Lo decía en broma. No es culpa tuya. Vamos a ir rapidito, por eso, ¿vale?

Me acomodé en el asiento del conductor y chasqueé la lengua mientras esperaba a que Caelyn se abrochara el cinturón para salir marcha atrás.

Como las calles estaban vacías, me salté los límites de velocidad, desesperada por ahorrar tiempo. Tenía que conseguir más muertes; más que Zoey, por lo menos. Pero justo pillé un semáforo rojo. Mierda. Tampoco podía saltarme todas las normas de tráfico.

Comencé a repiquetear los dedos en el volante y miré a Caelyn. Tenía la nariz rosada, señal inequívoca de que se estaba aguantando las lágrimas. ¿No tendría que estar saltando de alegría? ¿En serio creía que me había enfadado con ella?

—No estoy enfadada —le dije.

—Ya lo sé —masculló. Pero seguía con la cara mustia.

Se me encogió el corazón. Tal vez no tendría que haberla llamado «bobita». Solo estaba bromeando. Sí, algunas veces, Caelyn me sacaba de quicio, pero la quería a rabiar. Iluminaba dondequiera que fuese con su inagotable energía, siempre presumiendo de alguna nueva creación molona, siempre dispuesta a ser mi contrincante cuando me apetecía jugar a algo. Siempre que papá la hacía callar y la empequeñecía; lo odiaba por apagarle esa chispa. Gracias a Dios, cuando él se fue, mi hermana volvió a brillar. Pero ahora se estaba comportando de un modo muy raro.

—Oye. —Le di un toquecito en el brazo—. ¿Qué pasa?

Le subió el color a las mejillas, a juego con la nariz.

—Nada.

—Mentirosa, mentirosa, cara de osa.

Resopló.

El semáforo se puso en verde y pisé el acelerador con tanta ansia que casi nos provoqué un latigazo cervical. Ups.

—Lo siento. ¿No te hace ilusión lo de Frost Valley?

—No quiero ir a esa tontería de colonias.

Me quedé boquiabierta.

—Mmm... ¿Perdona? Una fiesta de pijamas a más de ciento cincuenta kilómetros de cualquier progenitor es básicamente el sueño de cualquier treceañera hecho realidad. —Se limitó a encogerse de hombros, así que seguí—: ¡Habrá trineos! ¡Y tirolinas!

Caelyn torció el gesto.

—Me dan miedo las alturas.

—¿Desde cuándo?

El verano pasado me arrastró a todas y cada una de las montañas rusas del parque de atracciones. Aún me asaltaban los recuerdos de mis pies suspendidos sobre el cielo azul y ese nudo horrible en el estómago cada vez que venía una bajada. Pero me aguanté para hacerla feliz. Sin embargo, ahora las lágrimas le inundaban los ojos. Algo la tenía preocupada... y no era la idea de bajar por unas cuerdas.

—¿Qué es lo que te pasa de verdad? —Tomé una curva, con la imagen de Zoey haciéndose crujir los nudillos con petulancia después de anotarse una muerte.

Caelyn negó con la cabeza.

—No quiero hablar de eso.

—Venga, va, Cae. Puedes contarme lo que sea.

Se frotó los ojos y suspiró.

—Tessa y sus amigas me van a hacer alguna jugarreta. Lo sé.

Ah. Tessa era la cabecilla de un grupo de chicas malas de la clase de Caelyn. Caelyn estaba muy emocionada por cumplir trece años y se había abierto una cuenta de Instagram, porque soñaba convertirse en *influencer* con sus fabulosas creaciones artesanas, pero Tessa se apresuró a arruinarle el sueño comentando con burlas e insultos todas sus fotos.

Otra sofocadora de chispas. El mundo estaba lleno de gente así.

—¿Has oído que estuviera planeando algo? —le pregunté.

—No...

—Bueno, entonces, puede que estés siendo un poco paranoica. —Igual que yo con Zoey—. No te preocupes por Tessa. Tú pégate a Deja y a Suki. —Las tres habían sido inseparables desde la guardería.

—Ellas van el finde que viene.

—Ah, vaya. —Como Frost Valley tampoco era tan grande, habían dividido el curso en tres grupos para ir en fines de semana consecutivos—. ¿Y no pediste que te cambiaran de grupo?

Caelyn asintió.

—Sí, pero no me dejaron. Si no, tendrían que dejar que todos los que quisieran cambiarse de grupo se cambiasen.

Di un acelerón para pasarme un semáforo en ámbar. Ya estábamos a un par de manzanas del colegio de Caelyn.

—Bueno, si Tessa intenta algo, tómatelo a broma.

A Caelyn le cambió la cara.

—¿Qué?

—Lo digo en serio. Plantéatelo como un juego. Cuanto más te moleste, más puntos gana ella...

—Venga ya...

—No, ¡en serio! Y cuantos más puntos gane, más mezquina será. En cambio, si ve que no te importa una mierda, no ganará ningún punto, se aburrirá e irá a por otro.

—Esto no es un juego. —Le tembló la voz al secarse una lágrima—. No deja de meterse conmigo.

—Ya, vale, seguramente es que te lee como si fueras un libro abierto. Cuando te disgustas, te pones roja como un tomate o te echas a llorar enseguida. Eres como su gallina de los huevos de oro.

—Cállate ya.

—Lo digo en serio, Cae. Si te hace algo, te ríes y te largas.

—No puedo. —Caelyn alzó la voz.

Me detuve en un stop justo antes del colegio.

—Bueno, ¿y por qué no?

—Porque no puedo reírme y ya está. No todo es un juego. Es mala, y sus amigas la animan. Puede que tú seas muy buena actriz, que sepas fingir que todo va bien cuando no es así, pero yo no.

La pulla de Caelyn me dejó los pulmones secos. Me quedé helada, mirándola. ¿Lo sabía? ¿Cómo podía saberlo? Ella solo tenía ocho años cuando ocurrió, y yo nunca le había contado la verdad... Jamás se lo había contado a nadie.

—Pronto nos vamos a tener que mudar —añadió Caelyn—, ya lo sabes. Oí que mamá te lo decía. Un solo impago más y el banco nos quitará la casa y tendremos que irnos a casa de la abuela Rose. Y tú no piensas en nada más que en tu estúpido videojuego.

Solté un profundo suspiro, con el corazón desbocado en el pecho. No lo sabía. Pero ¿desde cuándo le molestaba *MortalDusk*? Los videojuegos eran mi refugio para huir de la culpa que, de otro modo, reptaría por mi mente como una serpiente hambrienta. Pensaba que

los juegos también eran una distracción para Caelyn. Pero tal vez había enterrado la cabeza tan profundamente en la tierra que no me había dado cuenta de cómo la afectaban a ella.

El coche de detrás me pitó y di un respingo.

—Mierda. —Entré en el aparcamiento del colegio—. Bueno... míratelo de otro modo. —Mantuve el mismo tono suave mientras me sumaba a la fila de coches que estaban dejando a los niños. Delante de todo, había dos autocares enormes, junto a los que alumnos y profesores se habían agrupado, charlando animadamente y soltando bocanadas de aliento al frío aire matinal—. Si nos mudamos, te desharás de Tessa para siempre...

—¿Lo dices en serio? ¡No quiero mudarme a Maine! No quiero separarme de mis amigas. ¿Tú sí? ¿A ti te importa algo de la vida real o qué?

Se me cerró el estómago. Pues claro que sí. Quería ese premio para ayudar a mamá y a Caelyn, para que no tuviéramos que mudarnos, para no tener que separarme de mis amigos. Los adoraba, me encantaba cómo cotorreábamos y podíamos pasarnos horas jugando juntos sin cansarnos, cómo hacíamos piña ante lo que fuera. Encontrar otro grupo como este era algo inimaginable. Por eso tenía que ganar el torneo.

Sin darme tiempo a responderle, Caelyn abrió la puerta, pero esto no podía quedar así. Me mataba tener que dejarlo así.

—Espera... —empecé.

—No. —Ya estaba bajando—. Tengo que ir a por el inhalador. Si me da un ataque de asma, no podré reírme y ya está. —Agarró la mochila del asiento trasero y cerró de un portazo. Impotente, la vi alejarse hacia el colegio, sorteando a la gente, con la mochila rebotándole sobre la cadera a cada paso.

La determinación envolvió todo mi ser. Tenía que ganar ese dinero para mi familia. Tenía que demostrarle a mi hermana que me importaban muchas más cosas que *MortalDusk*... y que un videojuego podía llegar a ser algo real.

Algo más que una forma de esconder eso tan terrible que había hecho. Algo más que una forma de evadirme de mis recuerdos.

Tenía que ganar el premio. Y, antes, tenía que conseguir esas muertes.

2

No conseguí esas muertes.

Se me revolvía el estómago solo de pensarlo. Cuando llegué a la sala de ordenadores del instituto, mis amigos ya estaban ahí esperándome, pero faltaba Zoey. Se había quedado en casa porque estaba «enferma». Se iba a pasar el día jugando al *MortalDusk*. Zoey era tan horrible, egoísta, viperina, desleal...

—Le vas a sacar un ojo a alguien con eso —me susurró Dylan rozándome la clavícula. Me estremecí y se me cayó el lápiz que había estado haciendo rodar agresivamente entre el anular y el corazón, costumbre que había adquirido años atrás.

—Mierda —dije, bastante más fuerte de lo que pretendía. Toda la clase de Historia se giró a mirarme... hasta el señor Richardson, que estaba soltando su perorata sobre el colegio electoral de los Estados Unidos. A Dylan se le escapó la risa y Matty, que se sentaba en la mesa de al lado, me lanzó una mirada solidaria.

—En realidad, sí —señaló el señor Richardson—. Muchos estarían de acuerdo contigo en que el sistema tiene bastantes defectos. Pero... por favor, modera tu lenguaje, Crystal.

—Lo siento. —Recogí el lápiz y le empecé a dar vueltas otra vez. Cuando estaba aburrida o inquieta, me ponía enseguida a manosear algún lápiz o algún bolígrafo, buscando con avidez ese ritmo relajante.

Y ahora estaba de lo más inquieta.

Y no solo porque Zoey me iba a sacar ventaja ese día, sino porque mi hermana estaba enfadada conmigo y yo no podía hacer absolutamente nada hasta que ella volviera a casa, al día siguiente por la tarde. En Frost Valley no había cobertura y, además, se suponía que los chavales tenían que apagar los móviles para disfrutar de dos días sin tecnología. Y, después, el domingo, yo estaría en el torneo de *MortalDusk* en Burlington. «No piensas en nada más que en tu estúpido videojuego». Dios, qué desastre. No me gustaba nada dejar las discusiones a medias. La tensión se me acumuló en el estómago hasta que, literalmente, me entraron ganas de vomitar. Uf, ¿cómo iba a aguantar cuarenta minutos más en esa clase y dos clases más después?

Supongo que debía de tener bastante mala cara, porque Matty se inclinó hacia mí y me susurró:

—Parece que estés a punto de potar.

Negué con la cabeza.

—Estoy bien.

—No te preocupes. Entrarás en el equipo. Solo necesitas... ¿qué?, ¿diez muertes más?

—Dieciocho —respondí.

Matty se encogió de hombros.

—Está chupado. Ya lo tienes.

—No es solo eso... Es mi hermana... —Me mordí el labio y miré al señor Richardson, que acababa de saltar a la siguiente diapositiva del PowerPoint, sin dejar de arrastrar palabras.

—¿Qué pasa con ella? —Matty me buscó la mirada con sus ojos dorados.

—Hemos tenido una buena bronca esta mañana... Ahora mismo, me odia.

Resopló discretamente.

—Venga ya. No podría odiar a nadie ni aunque le arrojaran un hámster a la cara.

Reprimí la risa.

—Mmm, en realidad, eso le encantaría. —A Caelyn le encantaban los bichos peludos—. No, pero en serio... está enfadada porque juego demasiado al *MortalDusk*.

—¿Qué dices? Si te hizo el disfraz para el torneo, ¿no?

—Sí...

—Estás haciendo una montaña de un grano de arena —metió baza Dylan.

Me giré hacia atrás.

—¿Puedes no hacer esto ahora?

—¿No hacer qué? —dijo Dylan, ajustándose las gafas con aire inocente. ¿Estaba intentando burlarse de mí o consolarme? Ese tono y esa mirada fría eran indescifrables.

Entorné los ojos y él me aguantó la mirada, curvando ligeramente la comisura de los labios. Sentí ese cosquilleo raro en el corazón y volví a girarme hacia delante. Dios, no entendía a ese chico. Era una contradicción con patas... Sacaba buena nota en todos los exámenes, pero apenas estudiaba; despotricaba de las redes sociales diciendo que eran la ruina de nuestra sociedad, pero quería estudiar inteligencia artificial y algoritmos en el MIT.

Y nunca sabía si hablaba en serio o me estaba lanzando una pulla. Lo único que sabía era que su humor punzante y su agudísimo

sarcasmo me provocaban escalofríos en la espalda. Que sus ojos inquisitivos, de un gris casi sobrenatural, me despertaban mariposas en el estómago. Pero no soportaba no saber interpretarle... y ponerme sentimentaloide con él. Que Zoey se le tirara encima en la fiesta de Lucía Ramírez el otro fin de semana.

Seguro que Zoey sabía que yo sentía algo.

Pero, como con todo lo que hacía, lo había hecho para fastidiarme.

Alejé ese pensamiento, me centré en la clase y me puse a tomar apuntes para distraer la mente de la imagen de Caelyn cerrándome la puerta en los morros una y otra vez, de la mirada engreída de Zoey torciéndome el gesto, de Fishman bailando alrededor de mi avatar muerto. Era como si la ansiedad se hubiera apoderado de todas y cada una de las neuronas de mi cerebro.

El tic tic de Dylan escribiendo en su teclado detrás de mí tampoco ayudaba. Mucha gente tomaba apuntes en los Chromebooks que nos ponía el instituto, pero yo prefería tomarlos a mano. Si no, siempre acababa jugando con los juegos libres que me había bajado y me perdía la clase entera. Porque siempre hay un modo de saltarse las restricciones del equipo informático del instituto.

Y la tentación era demasiado grande.

A los pocos minutos, vibró un teléfono cerca. Eché un vistazo a mi alrededor, pero nadie se movió para ver si era el suyo. ¿Sería el mío? Pensaba que lo había silenciado. Nos permitían llevarlos encima siempre que los tuviéramos en silencio y guardados durante las clases. El señor Richardson estaba mirando sus diapositivas, a la espera de que apareciera alguna animación. Por un vistazo rápido tampoco se iba a morir nadie. Saqué el móvil del fondo del compartimento externo de la mochila y me lo puse en el regazo a escondidas.

Pues sí, había una notificación en la pantalla. «An0nym0us1 te ha enviado un mensaje». ¿Cómo? La notificación mostraba el logotipo de la app: una serpiente plateada enroscada en un micrófono rojo. No reconocí el logo. Extrañada, toqué la notificación y desbloqueé el teléfono.

Me apareció un mensaje en la pantalla.

> Reacciona, y ella muere. Enséñaselo a alguien, y ella muere.

Fruncí el ceño. Antes de que pudiera seguir preguntándome de qué iba eso, comenzó a reproducirse un mensaje de vídeo. No tenía sonido, pero la imagen bastó para que se me hiciera un nudo en la garganta; creí que se me cortaba la respiración.

En el vídeo, salía Caelyn, amordazada y atada a una silla,

forcejeando por soltarse.

No. No podía ser ella. Era imposible.

La cámara se acercó a ella. Sus rizos cobrizos no ya no estaban trenzados, sino sueltos alrededor de la cara. Se le veían las gafas gruesas ligeramente torcidas. Sin lugar a dudas, era mi hermana pequeña.

En un acto reflejo, me eché hacia atrás, la silla rechinó, se estampó contra la mesa de Dylan y tuve que reprimir un grito. «Reacciona, y ella muere. Enséñaselo a alguien, y ella muere». Acababa de reaccionar, ¿no? ¿Qué significaba todo aquello? ¿Qué narices significaba?

—¿Algún problema, Crystal? —preguntó el señor Richardson. Toda la clase me estaba mirando de nuevo. Matty me observaba inquisitivamente.

—Yo, mmm... —El corazón me rebotaba contra las costillas como un animal rabioso enjaulado y el pánico se me extendía por las venas. Quería enseñarle a Matty el vídeo. Quería que me asegurara que no era real. Pero, si lo era, no podía enseñárselo. ¿Qué podía hacer? ¿Qué narices debía hacer? Me agarré el estómago—. ¿Puedo ir al baño?

Lucía Ramírez se rio por lo bajini en la primera fila.

—¡Las intoxicaciones alimentarias no hacen gracia! —le grité sin pensarlo dos veces. Se le cortó la risa de golpe.

El señor Richardson enarcó una ceja.

—Ve, coge el pase de pasillo. Y, después, ejem, vete a la enfermería, si lo necesitas.

Ni siquiera tuve que simular las arcadas... aunque la intoxicación no fuera cierta, el bizcocho de limón que Akira me había traído del Starbucks amenazaba con salir.

—Gracias.

Cogí la mochila, salí disparada hacia delante y tropecé con la pata del escritorio de Lucía. Conseguí recobrar el equilibrio antes de comérmelo. Se rieron unos cuantos más y, con las mejillas rojas como el fuego, agarré el pase de pasillo y me largué.

Ya en el pasillo, corrí hasta un hueco que había entre las taquillas y el armario de la limpieza, subí el volumen lo justo para poder oír el vídeo y volví a verlo. Se reproducían los mismos quince segundos de grabación en bucle. Caelyn no podía decir nada con la mordaza en la boca, pero emitía una especie de sollozos confusos que me partían el alma. No era capaz de descifrar dónde se encontraba: la sala estaba oscura y la única fuente de luz parecía la de la propia cámara. No podía ser verdad. No podía serlo de ningún modo.

De repente, el vídeo desapareció y, en su lugar, apareció un

escueto mensaje escrito en rojo sobre un fondo blanco.

Juguemos a un juego.

¿A un juego? ¿Qué juego? No había ninguna caja de texto para poder responder. Eché un vistazo a mi alrededor, pero el pasillo estaba vacío.

Tienes 24 horas para ganar. Si incumples las reglas, ella muere. Si llamas a la policía, ella muere. Como se lo cuentes a tus padres o a quien sea, ella muere. Si no respondes a mis mensajes en un minuto, ella muere. Si pierdes o abandonas, ella muere.

Me tapé la boca para suprimir el grito gutural que me subía por la garganta.

¿Estás lista?

¿Que si estaba lista? ¿Cómo mierda iba a estarlo?

Me apoyé contra la puerta del armario de la limpieza, tratando de recuperar el aliento. «Respira. Respira». Tenía que respirar. Tenía que pensar.

En primer lugar, no podía ser real. Tenía que ser una broma. Sí, tenía que serlo. Me miré el Fitbit que le habían regalado a mamá en el hospital. Pasaban unos minutos de la una del mediodía. Frost Valley estaba casi a dos horas en coche, así que Caelyn ya hacía horas que habría llegado. Quizá se estaba vengando de mí por lo de la mañana. Sí, eso tenía sentido. Le había pedido a alguna de sus amigas que la atara y grabara el...

«No», me dijo una vocecilla en la cabeza. «Ella jamás haría eso». Pero ¿y esa que abusaba de ella? Tessa. A Caelyn le daba miedo... por si le hacía alguna broma pesada. Sí, ¡tenía que ser eso!

Cliqué en el cuadro de texto que había aparecido y tecleé: «Ja, ja, muy divertido, Tessa».

No es ninguna broma. No soy Tessa. Si no juegas a mi juego, tu hermana muere.

Eché la cabeza atrás, contra la puerta. Si era Tessa, podría estar mintiendo. Pero, a esas horas, ¿no habría tenido que entregar ya su teléfono? Aun así, no podía ser real. Yo misma había dejado a Caelyn en el colegio por la mañana. Se había montado en el autocar a Frost

Valley y ahora estaba con su clase, disfrutando del aire fresco de la montaña.

No la había visto subir al autocar.

Ay, Dios. Torcí el gesto y me tapé los ojos. La última vez que la vi, corría hacia el colegio para recoger su inhalador. Tendría que haberme esperado. Tendría que haberme asegurado de que salía del colegio y se montaba en el autocar con todos los demás. ¿Y si la habían secuestrado de verdad? ¿Y si algún psicópata nos quería torturar en serio?

Con los dedos temblorosos, escribí: «Caelyn tenía que irse de colonias. Sus profesores ya se habrán dado cuenta de que no está. Igual que mi madre. No te vas a salir con la tuya».

Sus profesores creen que está en casa con la gripe.

Joder. ¿Quién narices podía ser? Me quedé mirando el apodo, An0nym0us1. Ni una pista. Fuera quien fuese, tenía que haber llamado al colegio, haciéndose pasar por mamá, para decir que Caelyn estaba enferma. Si todo esto era real, no podía llamar al contacto de emergencias de Frost Valley para confirmar si eso era lo que había pasado. El tal An0nym0us1 podría enterarse de que había quebrantado sus reglas. Y, por otro lado, mamá estaría convencida de que Caelyn estaba sana y salva de excursión.

Eso significaba que nadie sospecharía nada, por lo menos hasta el día siguiente por la tarde, cuando Caelyn tenía que regresar a casa. Alguien tenía que haberla visto a la puerta del colegio. Algún profesor o algún compañero. Alguien tenía que haber visto que realmente no estaba enferma en casa. Alguien tenía que sospechar algo.

Sin darme tiempo a teclear nada más, me saltó otro mensaje en la pantalla.

Si crees que no he pensado en todo, tu hermana no sobrevivirá.

Dios mío. Parpadeé para librarme de las lágrimas y sacudí la cabeza. Tenía que mantener la calma para resolver el tema. Pero aún no me creía que fuera real. «Quiero hablar con ella».

Soy yo quien da las instrucciones. ¿Estás lista para empezar a jugar?

Toqueteé la pantalla entera para intentar recuperar el vídeo de Caelyn, pero lo único que conseguí fue cerrar la app y, al volver a abrirla, vi los últimos mensajes recibidos. Los mensajes desaparecían a

medida que iban entrando los siguientes. ¿Los estaban borrando? A lo mejor encontrar los mensajes antiguos no era tan obvio, pero igual se podía.

A lo mejor podía buscar en Google.

Cerré la app para ver cómo se llamaba y vi el icono de la serpiente plateada en la tercera página de inicio; la aplicación instalada más recientemente. Yo no la había instalado. ¿Cómo había llegado ahí? ¿Alguien me había hackeado el móvil o algo? No había ningún texto debajo del icono, solo tres puntos. Ningún nombre que buscar.

Apareció un aviso de la aplicación en la parte superior de la pantalla.

Muere en 5.

Abrí la app.

4.

Ay, Dios.

3.

Ay, no. No tenía elección. Tenía que hacerlo. Y tecleé la respuesta a la desesperada.

«Estoy lista».

3

El año pasado, un día que mamá y papá estaban enzarzados en una de sus peleas a grito pelado, Caelyn y yo estuvimos esperando en mi habitación a que acabaran y, mientras, nos pusimos a jugar al *Mario Kart* con nuestros enormes cascos aferrados al cráneo y el volumen a tope. Caelyn me estaba ganando porque la estaba dejando, pero, al derrapar en la curva para terminar la segunda vuelta, se oyó un alarido tan fuerte abajo en el salón que hasta traspasó la música y la fanfarria que me golpeaba los oídos. Me aparté el auricular de una oreja justo cuando unas pisadas se acercaban a mi habitación y el farfullo de mi padre borracho se intensificaba.

—¡Danny, no! —chilló mamá.

Los ojos de Caelyn reseguían la pantalla, donde su coche estaba dejando una estela de plátanos, como si no estuviera oyendo nada. Aunque cuando mis padres se estrellaron contra mi puerta, sí lo oyó. Abrió los ojos como platos y le empezaron a brotar las lágrimas. La abracé y le enterré la cabeza en mi pecho, mientras mamá nos protegía del monstruo ebrio en el que se convertía papá. «Ya está», pensé. «Esta noche será el día en que finalmente nos levantará la mano». El corazón me latía desbocado de terror y la impotencia me vació los pulmones de aire. No podía hacer nada para proteger a mi hermanita de aquella rabia inexplicable.

Así me sentía ahora, siguiendo las instrucciones de An0nym0us1 con el pulso azotándome los oídos. La imagen de Caelyn atada y amordazada ardía en mi memoria. Si eso era real... si estaba atada y sola con un psicópata en algún lugar aislado... tenía que estar aterrorizada. Y no había forma de saber dónde estaba. No había forma de salvarla, de asegurarle que todo iba a salir bien. No podía hacer absolutamente nada... salvo jugar al juego de quien la había secuestrado.

Finalmente, apareció un mensaje.

Vamos a jugar a El ladrón de números. Las claves de la semana que viene están encerradas debajo de un escritorio de arriba, en una sala que suma 5

siendo primo. Deja las claves en una taquilla el doble más 9. Tienes 20 minutos. ¿Lista? ¡Ya!

¿Qué? Releí el mensaje dos veces más, pero era como si me estuvieran explotando las sinapsis del cerebro y no me llegara la señal a las neuronas.

¿Tenía que encontrar una clave? ¿Por qué había claves distintas para las distintas semanas? ¿Y por qué estaban encerradas? ¿Necesitaría una llave para abrir ese lugar? A no ser que se estuviera refiriendo a... ¿Las claves eran unas respuestas de examen?

Madre mía. ¿Alguien había secuestrado a mi hermana y la estaba reteniendo como rehén para poder copiar en un examen?

Toqué el cuadro de texto con toda la intención de enviar una respuesta del palo «¿Estás mal de la puta cabeza?», pero lo pensé dos veces. Era evidente que esa persona estaba mal de la puta cabeza. O sea que insultarla o provocarla seguramente no era buena idea. Esto tenía que ser alguna clase de broma, una jugarreta o algo por el estilo.

Pero ¿y si no lo era?

Me pasé una mano temblorosa por la cara. ¿Qué narices tenía que hacer? Tenía que pensar un minuto... aunque, al parecer, solo tenía veinte en total. «Piensa, Crystal. Piensa».

De acuerdo. Al parecer, tenía tres opciones. Opción uno: no hacer nada y ver qué ocurría cuando se acabara el tiempo. Pero si la cosa iba en serio... mi hermana moriría. Vale, pues la opción uno, descartada.

Opción dos: buscar ayuda. Llamar a la policía o a mamá. Pero lo más probable era que mamá estuviera en medio de una operación. Papá no servía porque estaba en Las Vegas, y probablemente en algún casino fundiéndose el dinero con el que antes pagaba la hipoteca. De nuevo, si esto era real y el lunático ese se enteraba de que se lo había contado a alguien... mi hermana moriría.

Opción tres: jugar al «juego». Si resultaba ser solo una broma pesada, pues, bueno... habría robado las respuestas de un examen, Caelyn saldría sana y salva de esa, y todo acabaría bien. Pero si no era una jugarreta, su vida dependía de que yo actuara con el sigilo suficiente. Moverse a hurtadillas en un videojuego era una cosa, pero en la vida real era una torpe de cuidado. ¿Y si no lo conseguía?

Escribí: «¿Qué pasa si me pillan?».

Ella muere.

Sin contemplaciones. Fue como recibir un puñetazo en el

estómago. Iba a tener que hacerlo, ¿no?

A decir verdad, los juegos eran literalmente mi vida. Si había alguien que pudiera ganar a esta dichosa cosa, fuera lo que fuese, esa era yo.

Se habían equivocado eligiendo rival.

Estudié la pista que había reaparecido.

> Las claves de la semana que viene están encerradas debajo de un escritorio de arriba, en una sala que suma 5 siendo primo. Deja las claves en una taquilla el doble más 9.

Los videojuegos me habían enseñado a pensar rápido y con lógica, incluso cuando la adrenalina se apoderaba de mis venas. Podía hacerlo.

Vale, entonces... nuestro instituto tenía tres plantas y, si la sala estaba arriba, tenía que ser entre la 201 y la 399. Bueno, en realidad, podía ser hasta la 326, porque los números de sala no pasaban de ahí. «Suma cinco», ¿se referirá a sus dígitos? La 212 cuadraba. Y también las salas 203, 221, 230, 302, 311 y 320. Pero, «siendo primo». ¿Un número primo? Pues los números pares quedaban descartados, pero ¿los demás eran primos? Ufff, esas mates. Me pellizqué el puente de la nariz. Trece por diecisiete era 221. Eso me dejaba con la 203 y la 311... Mierda. Busqué la calculadora del móvil, hice unas cuantas divisiones a lo loco y acabé descubriendo que 203 era múltiplo de siete. Así que la 311 era la única opción que quedaba. Y la taquilla... «el doble más 9»... ¿el doble de qué? ¿El doble del número de sala? Entonces, sería la 631. Fácil.

Demasiado fácil, ¿no?

Tal vez era fácil adrede, porque esa persona quería esas claves. La rabia me ardía en las venas; no había nada que me hiciera hervir más la sangre que un tramposo.

La sala 311 estaba en el ala de matemáticas. Yo solo me fijaba en el número de las salas el primer día de clase, para saber cuáles eran mis nuevas aulas, pero estaba bastante segura de que esa era mi aula de precálculo. Y teníamos un examen la semana siguiente, aunque tampoco se podía decir que pensara estudiar ese fin de semana. Lo de estudiar podía esperar al lunes. Mi prioridad absoluta era el torneo de *MortalDusk*.

Bueno, mi prioridad absoluta... antes.

Tan solo unas horas antes, lo que me estresaba era pensar que Zoey iba a conseguir veinte mil MortalBucks antes que yo. ¿Cómo demonios había pasado de eso a esto?

Cerré los puños y puse rumbo a las escaleras, pero el señor Richardson abrió la puerta a mis espaldas.

—¡Crys!

Mierda. Era Matty. Y yo iba hacia el baño de chicas, donde supuestamente ya debería estar... con los efectos de mi intoxicación alimentaria. Me volví hacia él.

—¿Estás bien? —me preguntó preocupado y con el ceño fruncido.

—Sí, solo que... ¡ay! —Me apreté la barriga—. Creo que aún no se me ha pasado.

—¿Quieres que te acompañe a la enfermería?

—No, no pasa nada. —Sacudí la mano para quitarle hierro al asunto—. Ve. —Y le señalé el baño de los chicos, al fondo del pasillo.

—No, he salido a ver cómo estabas. —Se ajustó la gorra de béisbol sobre el pelo corto de color rubio cenizo, pero no consiguió esconder el rubor de las mejillas, encendidas como si se acabara de tragar un cubo entero de jalapeños.

Me mordí el labio y aparté la mirada.

Joder. Randall tenía razón, ¿verdad? Hacía dos semanas, en la fiesta de Lucía Ramírez, después de que Zoey arrastrara a Dylan a la mesa de *beer pong,* yo estaba sentada en el sofá, deprimida, deseando ser más atrevida, deseando haber llevado el conjunto que me había preparado Caelyn en vez de la sudadera con el lema ESTA PRINCESA PUEDE SALVARSE SOLA, deseando que la música sonara lo bastante fuerte para tapar la risa insinuante de Zoey... y Randall se me plantó al lado. Mi siguiente recuerdo era estar bebiendo Dios sabe qué de unos vasos rojos desechables y apostando a cuánto iba a tardar Jasmine Chopra en tirarle la caña a Matty. La preciosa capitana de las animadoras llevaba semanas flirteando con él, co-
sa que no sorprendía a nadie, porque Matty era un empollón guapo y encantador. Un combo ganador.

Los vi charlando junto a la chimenea.

—Cinco pavos a que será dentro cinco minutos.

—Qué va —dijo Randall—. Veinte.

—¿Pavos o minutos?

—Las dos cosas.

Hice una mueca. Era mucha pasta.

—¿Tocar insinuándose vale? —Le acaricié el brazo para mostrarle cómo.

Se le escapó la risa.

—Vale.

Incapaz de resistirme a una apuesta, brindamos con los vasos.

—Hecho.

Mientras los observábamos de extranjis, pregunté:

—¿Por qué crees que él no le ha pedido salir aún? ¿O a Sara? ¿O a Maddy?

Matty nunca acababa saliendo con las chicas que le tiraban la caña.

—No lo dirás en serio... —se mofó como si creyera que me estaba haciendo la tonta.

¿Este tema aún le tocaba la fibra? Pero si Randall llevaba meses saliendo con Akira.

—Mmm... sí...

Randall me miró fijamente y, como si fuera lo más obvio del mundo, me dijo:

—Porque ellas no son tú.

Lo normal habría sido que una revelación así me parara el corazón de golpe, me dejara sin respiración o que me pusiera como un tomate. Pero no. Nada. Matty me caía bien, pero éramos amigos desde que llevábamos pañales. Nunca me había pasado por la cabeza poder ser algo más. Y, además, daba por hecho que la idea de besar a alguien que se había potado encima en un castillo inflable le echaría para atrás. O sea que no sentí... nada. En cambio, dirigí la mirada hacia Dylan, el inquietante maestro del sarcasmo, preparado para hacer su próximo lanzamiento en la mesa de *beer pong*.

—Y Matty no es él. Tiene gracia la cosa.

Matty se me acercó y me devolvió de golpe al presente.

—Crys, estás temblando. ¿Qué te pasa?

Era evidente que sabía que algo no iba bien. Me conocía a la perfección. Sabía cuándo mentía. Pero ahora no tenía tiempo para eso. Tenía que ir a la 311.

—Me encuentro mal, Matty —le solté—. Es lo que pasa cuando estás enfermo. Tiemblas y esas cosas. Vuelve a clase, ¿vale? Puedo cuidarme sola.

Y me giré hacia el baño de las chicas. Pero me agarró la mano antes de que pudiera meterme dentro.

—¡Espera!

Solté un grito sofocado y le retiré la mano. No me la estaba apretando ni nada, fue solo un acto reflejo, pero sabía perfectamente por qué había reaccionado así y abrió los ojos como platos, arrepentido.

—Ay, Dios, lo siento mucho. Soy un pedo de persona.

—No, no pasa nada. —No era culpa suya, el problema era que estaba demasiado tensa.

Se rascó la nuca.

—Es que cuando te has ido de clase... parecías aterrorizada. No te había visto así desde... —Dejó la frase a medias y se le ensombreció el semblante.

Tragué saliva. Sabía en qué estaba pensando.

Quería contárselo con toda mi alma. Si había alguien en quien podía confiar, ese era él. Pero si le decía a alguien lo que estaba pasando y el secuestrador de Caelyn se enteraba... No, no podía arriesgarme.

—Sí, estaba aterrorizada por si echaba la pota en medio de la clase... —Me llevé la mano a la boca, fingiendo una nueva arcada. Le lancé una mirada compungida, corrí al baño de chicas, cerré la puerta de golpe y emití unos cuantos ruidos de arcadas muy convincentes.

Tras tirar de la cadena del váter vacío, miré la hora. Quedaban catorce minutos. Tenía que espabilar. Abrí la puerta unos centímetros y eché un vistazo al pasillo para asegurarme de que las aguas estuvieran...

Alguien abrió de golpe la puerta y me tambaleé hacia atrás.

—Ay, Dios, perdona... Ah.

Cuando Lucía Ramírez se dio cuenta de que era yo, su cara pasó de las disculpas a la agitación. ¿De qué iba? ¿Había venido a seguir riéndose de mí un poco más?

Lucía estaba resentida desde que no pasó el corte para nuestro equipo de eSports. Me sentía fatal por cómo habían ido las pruebas, pero, sinceramente, ¿qué esperaba? Era la mayor competencia de Zoey en cuanto al puesto de mejor estudiante de la clase (para disgusto de los padres de Zoey) y, obviamente, era lista, pero carecía de motivación. ¿Verdad que el equipo universitario de softball no reclutaría a alguien que no fuera a atrapar ni una bola? Aun así, después intentó vengarse. Y ahí estaba la clave: lo intentó.

—¿Estás bien? —me preguntó Lucía. ¿Lo decía porque había estado a punto de estamparme la puerta contra la cara o por mi supuesta indisposición?

—Estoy bien —contesté en un hilo de voz. ¿Por qué no podía quedarse la gente quietecita en clase? Me estaba bloqueando la puerta, igual que cuando me cortó el paso a la salida de su fiesta. «Qué jersey más mono llevas», me había dicho, con un tono dulzón más falso que un billete del Monopoly. Sin duda, nos había invitado para sobornarnos, no porque de verdad quisiera que estuviéramos allí, así que yo le había espetado: «No te hagas la dulce; más bien eres un brownie rancio».

No habíamos vuelto a hablar desde entonces, pero ahora mismo no tenía tiempo para su teatrillo.

—Disculpa —le dije. Salí rozándola al pasillo, donde las aguas estaban, en efecto, calmadas, y eché a correr hacia el tercer piso.

Ciertamente, la 311 era el aula de precálculo de la señora Chesser, a quien tenía justo después. ¿Habría clase ahora en el aula? Me deslicé por delante de la puerta, estirando el cuello para mirar por la ventanilla.

El aula estaba vacía.

Entré como una flecha y cerré la puerta, intentando no pensar en que, si me pillaban, me ganaría una expulsión temporal. Ese era el castigo por hacer trampas o copiar. En el Newboro High no había medias tintas. Como juegues sucio, la mancha se queda en tu expediente para siempre. Y, si no lo lograba, Caelyn sería quien pagara el precio más alto. El corazón se me iba a salir del pecho.

«Las claves de la semana que viene están encerradas debajo de un escritorio...». Había un archivador debajo de la mesa del profesor. Si había entendido bien la pista, las respuestas debían de estar ahí dentro. Ay, Dios. Si ni siquiera había robado nunca un pintalabios en una perfumería. ¿En serio estaba a punto de hacer eso?

El grito de Caelyn me cruzó el pensamiento.

Sí.

Iba a hacerlo.

Tiré del cajón superior del archivador, pero no se movió. Estaba cerrado con llave. Obvio. El cajón de abajo también estaba cerrado. Miré la cerradura de la esquina superior derecha. Sabía cómo forzar cerraduras en un montón de videojuegos, pero en la vida real... Ya podía olvidarme.

Puede que la señora Chesser guardara la llave por ahí cerca.

Abrí el cajón de arriba del escritorio y repasé el contenido perfectamente ordenado por filas: bolígrafos, lápices, tiza, calculadoras... y ahí estaba la llave. Menuda estupidez. Alguien tenía que decirle a la señora Chesser que eso era una soberana tontería.

Me costó varios intentos meter la llave en la cerradura porque me temblaban los dedos, pero, al final, lo conseguí y abrí de golpe el cajón superior. Estaba repleto de carpetas manila, todas ellas rotuladas con la caligrafía pulcra de la señora Chesser. La primera estaba etiquetada con la fecha del martes siguiente. La agarré y la dejé sobre la mesa. Ya había preparado las copias. Eché un vistazo rápido a la primera hoja. Sí, tenía pinta de ser lo que saldría en el examen de la semana siguiente. Pero ¿dónde estaban las respuestas? Saqué el último examen del montón.

Como no podía ser de otro modo, iba con las anotaciones de cómo debíamos «hacer el planteamiento» para llegar a las soluciones. Eso

eran las claves, las respuestas. Esa mujer era una obsesa de la organización. No quería ni imaginarme su casa: las alfombras aspiradas con vapor, las encimeras de mármol de la cocina relucientes y sin ningún cacharro a la vista, las contraseñas del banco en una lista pegada a la puerta de la nevera...

Devolví la carpeta a su sitio, giré la llave para cerrar el archivador y volví a dejarla en el cajón, exactamente igual que me la había encontrado. ¿Cómo pensaba An0nym0us1 salirse con la suya? Era evidente que la señora Chesser se percataría de que le había desaparecido la clave de respuestas antes del martes. Seguro que hasta podría detectar un clip movido. Y en cuanto se diera cuenta, probablemente prepararía otro examen.

Sacudí la cabeza y empecé a guardarme el papel en la mochila.

En ese preciso instante, alguien abrió la puerta.

4

La señora Chesser entró en el aula y noté que se me paraba el corazón. En términos científicos, tendría que haber muerto.

—¡Crystal! —Se metió el pelo, que llevaba en forma de melena recta por debajo de la boca, detrás de la oreja y echó un vistazo a su móvil—. ¿No faltan veinte minutos todavía para la próxima clase?

Pensé rápido, empujé las respuestas a lo más hondo de la mochila y saqué rápidamente la carpeta de matemáticas.

—Sí. No me encuentro muy bien y me voy a ir a casa pronto. Solo quería dejar los deberes de matemáticas antes de irme. —Intenté mantener un tono tranquilo mientras buscaba los deberes del día anterior, que había hecho rápidamente entre clase y clase durante la mañana, antes de que mi mundo diera un vuelco. Seguramente estarían fatal, pero esa era la menor de mis preocupaciones.

Frunció el ceño.

—Ay, cielo, podrías haberlo entregado el lunes y ya está. —Me los cogió, repasó la hoja y frunció el ceño más aún—. De hecho, igual necesitas el fin de semana...

—Vale, gracias. —Le arrebaté el trabajo de las manos—. ¡Me voy ya! No me encuentro nada bien.

Y antes de que pudiera añadir nada más, salí escopeteada al pasillo. Vale, ¿dónde narices estaba la taquilla 631? Miré la que tenía más cerca: 3135.

Mi taquilla era... ni siquiera recordaba el número de la mía, solo que estaba justo al lado de la fuente de agua en el ala de historia. Era básicamente un simple perchero, porque, este año, la mayoría de mis libros estaban en línea.

Me vibró el teléfono. Era una notificación de An0nym0us1.

> 5 minutos y muere.

—Lo sé, lo sé —gimoteé, y escribí: «Tengo el examen».

4 minutos, 40 segundos, y muere.

Qué estrés. Vale, la taquilla tenía que estar abajo. Bajé corriendo a la segunda planta... no, las taquillas que había junto a la escalera iban por el mil y pico. Tenía que ser en la planta baja. Seguí bajando, tiré por el pasillo y pasé de largo mi taquilla, leyendo los números rápidamente con la respiración atropellada.

Ahí estaba. La taquilla 631. Justo al lado de la clase del señor Richardson.

Aunque la mayoría estaban asignadas a alguien, había unas cuantas sueltas por el edificio que estaban vacías. Cada taquilla tenía integrada una cerradura de combinación, así que no podía saber si esa en concreto era de alguien o no. Intenté abrirla, pero estaba cerrada.

Le mandé un mensaje a An0nym0us1: «Taquilla 631, ¿verdad? ¿Cuál es la combinación?».

2 minutos y muere.

¿Qué leches? Me llevé la mano a la frente. «Piensa». Tenía que pensar. Levanté la vista. El respiradero de la taquilla iba casi de lado a lado de la puerta metálica. Dejé caer la mochila, saqué el examen de un tirón, lo doblé por la mitad y lo deslicé por una de las aberturas horizontales, empujando los bordes hasta que dejó de sobresalir.

Tecleé otro mensaje: «Hecho».

Sin respuesta.

«El examen está en la taquilla».

Sin respuesta.

Ay, Dios. ¿Qué pasaba? ¿Había llegado tarde? ¿Quienquiera que fuera, él o ella, habría matado ya a mi hermana? Había hecho lo que se me había pedido. Y dentro de los veinte minutos. ¿Por qué no me respondía?

«Déjame hablar con mi hermana».

Sin respuesta.

Empecé a andar arriba y abajo, frente a la taquilla, mirando al pasillo vacío. Si pasaba alguien, pensaría que estaba zumbada. Me retiré al hueco de una escalera cercana para seguir con mi frenético paseo en la intimidad.

Por fin me vibró el teléfono.

Vamos a jugar a Concentración. Recoge el paquete de la taquilla 499. La combinación es 17-35-23. Tienes 10 minutos. ¿Lista? ¡YA!

Mmm. ¿Se habían acabado los acertijos?

De repente, se me encendió la pantalla y saltó una imagen. Una mano enguantada sostenía un cuchillo de cocina delante de Caelyn, que aparecía desenfocada al fondo. La hoja del cuchillo brillaba bajo el flash de la cámara, el guante era negro y grueso, como uno de esos de esquí acolchados. El corazón me bombeaba tan deprisa que pensé que la sangre me iba arrastrar todos los órganos. Caelyn debía de estar petrificada. ¿Y si le daba un ataque de asma en medio de todo esto? ¿Dejarían que usara el inhalador? ¿Y si...?

Saltó otro mensaje.

> ¿Te has concentrado?

El sudor me serpenteaba por el cuello. Mierda. Era un juego de memoria. La foto era una distracción y yo había caído de cuatro patas. Lo había olvidado todo... el número de la taquilla, la combinación, todo.

Vale, un momento. Cerré los ojos muy fuerte y me esforcé por recordar. Taquilla... 499, ¿sí? Y el primer número era el 17. Me acordaba porque Akira había cumplido diecisiete años la semana pasada y mi cerebro había hecho la asociación involuntaria.

Pero ¿y el resto? Nada.

Bueno, por lo menos podía encontrar la taquilla.

Volví a salir al pasillo. Todavía quedaban doce minutos de clase. Pasé a hurtadillas por delante del aula del señor Richardson y encontré la taquilla 499 ahí cerca. Me apoyé contra ella y me esforcé por visualizar el resto de los números. El segundo era el 25, ¿tal vez? Pero el tercero bien podía haber sido un jeroglífico.

Envié un mensaje: «No recuerdo el tercer número».

> 8 minutos y muere.

Me sequé la frente, frustrada. Si tenía bien los dos primeros números, había cuarenta combinaciones posibles. ¿Podía probar cuarenta combinaciones en ocho minutos? Solté aire con los labios entreabiertos y giré el dial con los dedos temblorosos. Me pasé del 17 sin querer. Uf. Volví a intentarlo y, esta vez, me pasé sin querer del 25. Aparté la mano. «Contrólate. Puedes abrir una taquilla».

Probé todas las combinaciones, empezando por el 0 como último dígito. Ninguna de las veces que giré la manilla se movió un ápice. Al final, llegué al 39. Tenía que ser ese. La última posibilidad. Giré el dial y forcé la manilla.

No.

De acuerdo. Piensa. Debía de haberme equivocado con el 25, porque estaba al cien por cien segura de que el primer número era el 17.

Volví a probar y, cada vez que la manilla no cedía, sacudía la cabeza. Se me inundaron los ojos de lágrimas de frustración. Ya debía de haber agotado el tiempo. An0nym0us1 no decía nada. ¿Le estaría haciendo daño a Caelyn? ¿Le habría hundido el cuchillo? Se me agarrotó el pecho. ¿Qué podía hacer? ¿Iba a buscar ayuda? ¿Seguía intentando abrir la taquilla? Zarandeé la manilla con todas mis fuerzas, pero no podía romperla, ni abrirla por arte de magia, ni...

El director del instituto, el señor Chen, apareció por el pasillo. Venía directo hacia mí. Sin dejar de forzar el cierre, me quedé mirándole boquiabierta. Oh, no. Ya sabía lo del examen, ¿verdad? Estaba perdida. Y eso significaba que Caelyn, también. No, no, no.

Pero el señor Chen iba mirando su teléfono, con una expresión muy tensa. Al llegar al aula del señor Richardson, metió la cabeza en la clase.

—Hola, Paul. Hola a todos. Siento interrumpir, pero podría hablar un momento con Dylan, ¿por favor? Coge tus cosas.

Me volvió a vibrar el teléfono con otro mensaje.

> Es una pena que tengas que usar tu carta de Salir de la cárcel tan pronto. 27-35-23. Llévate el paquete a casa. Entonces podrás hablar con tu hermana.

El alivio me inundó entera. No sabía que tenía una carta de *Salir de la cárcel*, pero la aceptaba... aunque también me enervaba. Normalmente, me reservaba las pociones sanadoras y demás protecciones hasta el final del juego, que era cuando más las necesitaba. Me habría gustado conservar esta carta para más tarde...

Centré la vista en los números: 27-35-23. Un momento. Estaba segura de que el primer número era el 17. Absolutamente segura.

Al menos, eso creía...

Hice caso omiso a la sensación de confusión y giré el picaporte. Solté una risotada amarga al ver que se abría. De una de las perchas, colgaba una bolsa de nailon. Iba a agarrarla, pero me detuve cuando Dylan salió al pasillo a reunirse con el señor Chen. Dylan me vio y me lanzó una mirada de desconcierto.

—¿Qué ocurre? —preguntó Dylan al señor Chen, mientras se colgaba la mochila al hombro.

—Acompáñame, por favor. —El señor Chen miró el pósit que

llevaba enganchado entre dos dedos y se llevó a Dylan unas cuantas puertas más allá—. Esta es tu taquilla, ¿verdad?

Se me heló el corazón. No podía ser... ¿Era la taquilla donde acababa de meter las respuestas?

Dylan se relajó.

—Ah, es una de esas inspecciones aleatorias de taquillas. Por tema de drogas, ¿no?

—¿Me la puedes abrir, por favor? —le pidió el señor Chen.

Sonó el timbre y di un respingo. Me agarré al borde de la puerta de la taquilla con tanta fuerza que se me pusieron blancos los nudillos.

—Sí, claro —dijo Dylan—. No hay problema. Estoy limpio.

La señora Chesser pasó corriendo por mi lado, taconeando en las baldosas rayadas, mientras los estudiantes empezaban a salir al pasillo. Se reunió con el señor Chen y Dylan, y se apretó el teléfono contra el pecho. Dylan miró a los dos profesores antes de girar el picaporte. Seguramente, se preguntaba por qué tenía que haber dos profesores presentes en una inspección antidroga aleatoria.

El aire se me atrancó en la garganta y la impotencia volvió a tensarme el pecho. El señor Chen se arrodilló y se puso a remover las libretas de Dylan. Se levantó y toqueteó la chaqueta. Después, metió la mano en el casillero superior y sacó el examen doblado. Enarcó las cejas.

—Sandra, ¿es este?

La señora Chesser se lo arrebató de las manos.

—Son las respuestas del próximo examen... ¿Cómo las has conseguido? —Como si las hubiera tenido en una caja fuerte de máxima seguridad...

Dylan abrió los ojos como platos y se puso rojo como un tomate. Negó con la cabeza.

—Yo... yo no...

El señor Chen le tocó el codo.

—Ven conmigo, hijo. Tenemos que hablar en mi despacho.

—Pero eso... no es mío.

—No, pues claro que no —dijo la señora Chesser, apretando los labios con reprobación. No parecía enfadada, solo increíblemente decepcionada.

Al pasar por mi lado, de camino al despacho del señor Chen, Dylan me saludó con la cabeza y me dedicó una sonrisa tensa. Cruzamos la mirada un milisegundo y encogió los hombros. Debía de estar muerto de vergüenza, y totalmente confuso. Y seguramente asustado, también. Si no conseguía convencer al señor Chen de que él no había robado el examen, lo expulsarían temporalmente. Las

universidades lo verían en su expediente cuando mandara las solicitudes en otoño. Su sueño era ir al MIT... Ay, Dios. Pero ¿qué caray había hecho?

«Pero no lo había hecho yo». No del todo.

¿Verdad?

La señora Chesser volvió hacia las escaleras serpenteando entre la multitud y sin dejar de mirar las respuestas. Intenté apartarme de su camino, pero acabó chocando conmigo igualmente.

—Perdona, Crystal. —Fue tan solo un instante, pero me miró con los ojos entornados y ladeó la cabeza. ¿Sospechaba de mí? Me había encontrado en su clase, justo en su mesa. Sacudió la cabeza de un modo casi imperceptible—. Espero que te mejores pronto. —Y siguió andando.

Me imaginaba sus pensamientos: «No, Crystal no puede tener nada que ver con esto. Ella jamás robaría un examen».

Pero Dylan tampoco. Sacaba excelente en todas las pruebas y casi sin estudiar. No necesitaba hacer trampas. Sin embargo, técnicamente, lo habían pillado con las manos en la masa, con el examen robado en su taquilla.

Un escalofrío me recorrió la columna. ¿Y si An0nym0us1 me había dado el primer número mal a propósito? ¿Y si quería que yo siguiera por aquí para ver cómo pillaban a Dylan?

Pero ¿cómo podía saber el momento exacto en que debía mandarme la combinación correcta? Examiné los pasillos entre la marabunta de estudiantes de mi alrededor hasta que me fijé en las cámaras de seguridad repartidas por el techo. No podía ser. Sentí una losa en el estómago.

Quería que lo viera. Quería que supiera que esto no iba solo de robar un examen o hacer trampa para aprobarlo.

Quería que supiera el daño que le había hecho a Dylan.

Miré la bolsa de cordones que colgaba del perchero de la taquilla, a la espera de que yo la cogiera e hiciera Dios sabe qué para mantener a mi hermana con vida.

Cinco años antes

Los padres de Zoey eran lo peor.

Por si no fuera poco que solo la dejaran invitar a cinco amigos a su cumpleaños —Akira, Matty, Randall, yo y Brady Cullen, que vino porque yo la convencí de que lo invitara—, tampoco querían dejarnos jugar al escondite fuera. Nos confinaron a la leonera del sótano para ver a Zoey abrir sus regalos, aporrear una piñata en forma de Olaf rellena de chicles sin azúcar —no, no es ninguna broma— y ver su película preferida, Frozen.

En serio, ¿cuántos años se pensaban que teníamos? ¿Seis? Por lo menos, aún nos dejaban hacer fiestas de pijamas mixtas. Seguro que eso no iba a durar mucho.

—No olvidéis que os tenéis que quedar aquí abajo —le recordó a Zoey su madre, cuando vino a darnos las buenas noches—. Tu abuela intenta dormir. Ya sabes que no se encuentra bien.

Su sofisticada leonera estaba insonorizada para que Zoey se pudiera ensañar con el violín que sus padres la obligaban a tocar sin molestar a nadie.

—Lo siento —murmuró Zoey, como si ya hubiera hecho algo malo.

Estábamos todos sentados en nuestros sacos de dormir delante del sofá mientras Zoey observaba en trance al muñeco de nieve antropomórfico que nos daba una serenata, como si no se supiera de memoria hasta la última palabra. Matty y Randall estaban en su pequeño universo particular, jugando a un juego de cartas, mientras Akira y yo jugábamos con el nuevo LEGO de Zoey. Yo iba escogiendo las piezas mientras ella iba construyendo un castillo sin seguir las instrucciones. Su habilidad me dejaba pasmada, como siempre. Brady se acercó a la construcción con la intención de agarrar un montoncito de bloques de colores, pero Akira le apartó la mano de un golpe.

—¡No! Te lo vas a cargar.

Brady hizo una mueca y retrocedió. Vivía en la casa del otro lado de Zoey. Era un año más pequeño que nosotros, pero era muy creativo; me encantaba tenerlo cerca. A veces, en verano, montábamos un tenderete de limonada delante de su casa o recogíamos piedras, las pintábamos bien

chulas e íbamos vendiéndolas puerta a puerta. Competíamos para ver quién se había sacado más pasta al final del día. A veces, su hermano mayor, Andrew, le compraba lo que fuera para que ganara él, que era hacer trampa, pero bueno. Yo siempre intentaba incluir a Brady en nuestro grupo, pero, por algún motivo, no se acababa de integrar. Y no lo entendía, porque cuando estábamos los dos solos, no era para nada tímido.

Al final, ansiosa, le tiré un puñado de palomitas a Zoey.

—¡Venga, vamos a jugar a la caza humana!

Tenía fijación con eso desde que habíamos visto jugar a los chavales mayores en el barrio de Matty. Quisimos participar, pero una de sus madres nos había detenido: no quería que anduviéramos corriendo por la calle, como si salir de su jardín significara que instantáneamente nos fuera a atropellar un coche o que alguien nos secuestrara en una furgoneta.

Los padres de Zoey no eran los únicos cortarrollos.

—¡Eh! —Zoey se sacudió las palomitas frenéticamente—. No, mi madre me mataría...

—Yo me apunto —dijo Akira, a quien ya casi no le quedaban piezas de LEGO. Matty y Randall se levantaron precipitadamente. Seguro que Akira estaba deseando alejarse de esa espeluznante puerta de paneles de madera del rincón, porque no había dejado de mirarla de reojo toda la noche. Daba a una despensa normal y corriente, pero cuando éramos pequeñas, Randall le había dicho que había un cadáver ahí enterrado y, desde entonces, siempre había estado convencida de que había un fantasma y, durante mucho tiempo, no quiso quedarse a dormir en casa de Zoey.

A Zoey se le salieron los ojos de las órbitas.

—No podemos salir de casa después del anochecer.

—Podemos fugarnos por la cocina —propuse.

—¡No! Me meteré en un buen lío.

—Vale, de acuerdo —resoplé—. Pero juguemos a algo, anda.

Randall prácticamente se tiró en plancha sobre el montón de regalos de la mesa de billar de Zoey y rebuscó el suyo.

—¿A la ouija?

Akira se cruzó de brazos.

—Ni hablar.

—Ay, vamos, Akira. —Randall le puso ojitos. Chincharla era su deporte favorito. Estaba segura de que el regalo estaba más pensado para Akira que para Zoey—. Los fantasmas no pueden hacerte daño.

—Mmm, los poltergeists sí que pueden.

Randall resopló.

—Qué va.

—¿No? —Akira enarcó las cejas y señaló la puerta de madera—. Vale,

¿por qué no te encerramos ahí un ratito y lo vemos?

Zoey y yo soltamos unas risillas sofocadas. A Randall se le borró la sonrisa y dejó la ouija. Matty sacó un juego de mesa llamado Santuario.

—¿Qué es esto?

—Lo he comprado yo —dijo Brady—. Me ha parecido molón.

—Ya, pero a ti te mola hasta Dragones y Mazmorras*... —se burló Randall.*

Agarré la caja y le quité el precinto de plástico.

—Vamos a probarlo.

No era la caza humana, pero me entró un cosquilleo de emoción en el estómago igualmente... Me encantaba probar juegos nuevos, aprenderme las reglas y ver cómo iba la historia.

Matty echó un vistazo rápido a las instrucciones.

—Podemos jugar por parejas.

Me aferré al brazo de Akira, para reclamarla como compañera. Los ojos de Zoey se posaron sobre nosotras.

—Ah...

Matty y Randall ya estaban chocando los puños.

Eso dejaba a Brady.

El chaval miraba a Zoey, expectante, con una sonrisa que le llegaba hasta las mejillas, pero Zoey hizo una mueca. Por Dios, no se cortaba ni un pelo.

Brady no era precisamente el mejor en la mayoría de los juegos. Era lentísimo corriendo y tenía una coordinación visomotriz nula. Como yo también era una torpe, estar en su equipo de captura de bandera o de softball significaba una derrota segura. Pero eso era un juego de mesa. Ahora todo eso no tenía ninguna importancia.

—Zoey... —empecé.

—Es mi cumpleaños —me interrumpió ella—. Yo elegiré los equipos. Yo y Kiki, Matty y Randall, y Crystal y Brady.

Brady se metió las manos en los bolsillos y bajó la vista a la moqueta.

Me hirvieron las entrañas.

—Oye, no has escogido equipos nuevos. Te has limitado a quitarme a mi pareja.

Esta especie de tensión rara entre Zoey y yo se daba mucho últimamente. Como cuando íbamos ella, Akira y yo por los pasillos de la escuela y ella se me ponía delante y frenaba el paso para caminar al lado de Akira y dejarme a mí detrás. O cuando hacía sus predicciones con esos origamis que dicen la fortuna y solo le pedía a Akira que escogiera los números y los colores. Yo intentaba pasar de esos pequeños desaires, pero eran constantes y no sabía a qué venían.

Matty me miró.

—¿Podríamos hacer chico, chica, chico, chica?

—O podríamos sacar pajitas —sugirió Akira.

Brady se llevó la mano a la barriga.

—En realidad, no me encuentro muy bien, me voy a ir a casa. —Le temblaba la voz. ¿Lo que le brillaba en los ojos eran lágrimas?

Vi el arrepentimiento en la mirada de Zoey.

—Vamos, Brady, no te vayas.

—No quería... —empecé, uniéndome al coro de protestas de todo el mundo.

—No, en serio, que no me encuentro bien. Ya... ya nos veremos. —Echó a correr escaleras arriba, sin recoger ni el saco de dormir ni la mochila.

Nadie salió tras él.

Al cabo de unos diez minutos, reuní el valor para ir a buscarlo a la casa de al lado y traerlo de vuelta.

Más tarde, todos nos arrepentimos de ello.

5

Salí como una flecha al aparcamiento. Con las prisas, me olvidé la chaqueta dentro. En teoría, la enfermera tenía que dar su consentimiento para poder irme antes, pero, llegados a este punto, las normas del instituto ya me habían dejado de importar.

Ahora me regía por otras reglas.

Pero ¿quién las estaba dictando? ¿Quién narices podía haber secuestrado a mi hermana? ¿Y por qué iba a querer que echaran a Dylan? Nada tenía sentido.

Había grupitos de estudiantes ocupando las mesas de pícnic del césped que bordeaba el aparcamiento. Pasé junto a ellos, aunque mis intentos de aparentar serenidad y tranquilidad debían de parecer ridículos. Seguramente, mis ojos, ya grandes de por sí, debían de estar saliéndoseme de las órbitas, y la brisa helada me hacía tiritar. Miré dentro de la bolsa de nailon, incapaz de seguir resistiendo la curiosidad. Había un teléfono plegable de los de antes y una especie de *walkie-talkie*...

—¡Crys! —me llamó alguien.

Fantástico.

Akira y Randall estaban sentados juntitos en una de las mesas. Debían de tener esa hora libre. Me estaban saludando, pero yo vacilé, porque quería llegar a casa para recibir las instrucciones de An0nym0us1. Y cuanto antes llegara, antes sabría si Caelyn estaba bien.

Pero no era solo eso. Por más que me repateara reconocerlo, incluso para mis adentros, tenía ganas de saber qué pasaría después en el juego. Porque una cosa estaba clara: quienquiera que tuviera a una niña de trece años como rehén estaba mal de la cabeza, pero que se hubiera asegurado de que yo estuviera en el sitio y el momento adecuados para ver cómo trincaban a Dylan significaba que me estaba enfrentando a un genio. Me estremecí entera y no fue solo de terror. Sino de curiosidad.

Para mí, no había nada más tentador que un contrincante astuto.

La culpa me encogió el corazón. Claro que estaba aterrorizada por

mi hermana. Claro que quería jugar a ese juego para recuperarla. Pero también quería ser más astuta que la persona que lo había creado. Yo quería ganar.

Ignorar a mis amigos habría hecho saltar todas las alarmas, así que corrí hacia ellos.

—¿Qué hacéis aquí? —Intenté mantener la voz tranquila, pero fracasé estrepitosamente—. Hace un frío terrible.

Akira, que se había fijado en que yo no llevaba abrigo, frunció el ceño y se apartó la media melenita de la cara; el viento le arrastraba el pelo sobre los ojos.

—No hay para tanto —replicó, pero se estaba zampando su sándwich de manteca de cacahuete y mermelada bien arrimada a Randall, para aprovechar su calor corporal. En cualquier caso, me alegraba de ver que estaba comiendo. Se estaba recuperando de su anorexia desde hacía más de un año, pero todavía me preocupaba.

Randall me tiró del dobladillo del jersey.

—¿Te has enterado de lo de Dylan?

Se me encogió el estómago.

—¿Cómo lo has sabido?

—¿No has visto los mensajes de Matty? —Akira levantó el móvil. Miré el mío y vi que me había perdido toda una serie de notificaciones del grupo de chat durmiente que teníamos antes de que Dylan se uniera al equipo.

—Lo ha visto en directo —dijo Randall.

—Y yo —reconocí.

Akira se inclinó hacia delante, boquiabierta.

—Dios mío. ¿Qué ha hecho? ¿Qué ha dicho?

Me encogí de hombros.

—Parecía asustado. Lo ha negado.

—Pues claro. —Randall se rio entre dientes.

Me quedé sin aliento.

—¿Crees que ha robado ese examen?

—Se lo han encontrado en la taquilla. No hace falta creer nada. —Me clavó el dedo en el costado con un brillo pícaro en los ojos—. Caray, te ha dado fuerte con él.

—Qué va. —Le aticé con la mano, pero me puse roja. Akira sonrió. Se moría porque Dylan y yo nos liáramos, pero le había hecho prometer que no intervendría como había hecho yo por ella cuando arrinconé a Randall en la piscina municipal la última semana del verano.

Habíamos pasado el día al aire libre para apaciguar a nuestros padres, que pensaban que nos íbamos a desintegrar o algo si no nos

daba un poco el sol antes de empezar el curso. Vi la ocasión cuando Matty, Akira y Zoey salieron disparados para ver quién hacía la bomba más grande, así que me deslicé sobre la tumbona de al lado de Randall.

—Entonces, ¿qué? ¿Se lo vas a pedir?

—¿El qué a quién? —preguntó sin prestar mucha atención, mientras seguía mirando vídeos de TikTok en su teléfono.

—A Kiki. Para salir.

Conseguí captar su atención. Enarcó ligeramente la comisura de los labios.

—Venga ya. ¿Vamos a tener esta conversación otra vez?

—Me han obligado —admití, mientras observaba a Matty tirándose en bomba al agua.

Randall soltó una carcajada y, acto seguido, se quedó helado y abrió los ojos como platos.

—Un momento, ¿quién te ha obligado? ¿Akira? ¿Sabe que..? Pero ¿cómo...? ¿Le has dicho que me gusta?

—No. —Me reí—. Tus secretos están a salvo conmigo.

—Entonces... ¿quiere que le pida salir? —Sacudió la cabeza, perplejo.

Le di un golpecito en el brazo, bromeando.

—¿Por qué no iba a querer?

Vaciló un momento y chasqueó la lengua.

—Porque sabe que me gustaba Matty.

Se me borró la sonrisa. Hace mil que Randall nos había dicho que era bi, y Matty... Bueno, ¿a quién no le gustaba Matty? Pero Matty era hetero, y pensar que Randall anhelaba el amor no correspondido de su amigo de toda la vida me rompía el corazón. Siempre lo chinchaba para que se fijara en otras personas, pero él siempre me respondía: «No... no es Matty». Al rato, se limitaba a añadir: «No...», miraba a Akira y se hacía el silencio. No me hacía falta ser vidente para saber que sus sentimientos habían cambiado.

—¿Y? —pregunté.

—Bueno, ¿no le preocupa?

Hice una mueca.

—¿Por qué le iba a preocupar? Ella estuvo literalmente obsesionada con Blake Thatcher durante todo noveno curso, pero ya se le ha pasado. Da igual quién os haya gustado si ahora os gustáis.

Por encima del hombro de Randall, vi que Akira salía de la piscina. Al principio, percibí el estrés en su rostro, esa parte cohibida que quería envolverse en todas las toallas del mundo. Pero después, al ver que Randall estaba de espaldas, sonrió pícaramente, se le acercó

sigilosamente por detrás y sacudió el pelo mojado.

—¡Eh! ¡Cuidado con el teléfono! —exclamó Randall, pero se rio, con las mejillas sonrosadas, me pasó el teléfono y salió corriendo a perseguirla por la piscina, adonde Akira lo acabó empujando antes de tirarse ella en bomba a su lado.

Durante la semana siguiente, solo dejaban de morrearse para jugar al *MortalDusk*.

Ahora Akira quería devolverme el favor, pero yo no quería. Además, Dylan siempre me estaba criticando, y sabía que el deseo no era mutuo. Por alguna razón, Dylan pensaba que era odiosa. Tal vez Zoey le había comido la oreja a mis espaldas.

Me llevé las manos a la barriga y me alejé de la mesa de pícnic.

—De todos modos, me voy a casa antes. No me encuentro bien.

Akira frunció el ceño, preocupada, y Randall se deslizó sobre el banco.

—Ayyy, ¿has pillado lo mismo que Zoey?

Dios, qué ingenuo era; era evidente que Zoey estaba haciendo pellas. Pero nuestros amigos no se daban cuenta de lo bajo que había caído. No podía decirles que... no tenía opción.

Sin embargo, Akira me vio la cara.

—Bueno, ¿nos lo vas a contar ya o qué?

Odiaba que Zoey y yo no nos lleváramos bien, pero lo que más detestaba era no saber el porqué. Siempre se las apañaba para sonsacarme todos mis secretos, pero este no me lo podía arrancar.

—Kiki, basta. No hay nada que contar —insistí por enésima vez. Akira me lanzó una miradita escéptica, pero cambié de tema—. Dudo que tenga nada contagioso, pero quiero echarme un rato.

—Sigue en pie lo ir a tu casa, ¿no? —preguntó Akira. Las clases terminaban en cosa de hora y media. No tenía ni idea de qué me haría hacer An0nym0us1, pero Akira sabía lo estresada que estaba con lo del equipo, así que, si cancelaba nuestros planes, deduciría que algo iba mal.

—Claro... pero casi mejor que vengáis sobre las cinco, ¿vale?

—Por mí, bien —dijo Akira. Seguramente emplearía esa hora de más para trabajar en su recreación de la ciudad de Nueva York en *Minecraft*. El año pasado, recreó el Reino Mágico, grabó un recorrido por él y el vídeo se hizo viral.

—De todos modos, yo no puedo ir... —comentó Randall.

Akira hizo pucheros.

—Creía que no tenías más turnos hasta la semana que viene.

—Mis padres han ido a Burlington para no sé qué reunión y la niñera de Nessa ya estaba ocupada, así que me tengo que quedar yo

con ella.

—Puaj —exclamé—, los buenos hermanos dais asco.

Randall se rio a carcajadas.

—Pero vas a venir más tarde, ¿no? —Akira le echó una mirada cargada de intención. Sus padres se habían ido todo el fin de semana a California a visitar a su hermana mayor, que estudiaba en Stanford. Les había rogado que la dejaran quedarse para no perderse el torneo y les había prometido que dormiría en mi casa. A juzgar por la caja de condones que me había hecho ir a comprar con ella a la farmacia —que tampoco es que le hubiera aportado un ápice de apoyo con mis risitas—, no pensaba quedarse a dormir en mi casa.

Randall sonrió con falsa modestia.

—No me lo perdería...

—Vale, no quiero saber vuestros planes sexuales —dije.

—¡Por Dios! —Akira me lanzó la bola de papel film de su bocadillo.

La esquivé y fingí la risa.

—Luego nos vemos.

Salí disparada hacia mi coche antes que Akira pudiera darse cuenta de que la risa era falsa.

Antes de que concluyera que mi vida se estaba desmoronando.

6

Tras aparcar en el camino de entrada de mi casa, le mandé un mensaje a An0nym0us1. «Estoy en casa. Quiero hablar con ella».

¿Cómo iba a ir la cosa? ¿Me llamaría? ¿La app tenía algo tipo FaceTime? Mientras esperaba la respuesta, pasé los dedos por encima del asiento del pasajero. Caelyn había ido sentada ahí tan solo unas horas antes. La situación era surrealista, del palo de lo que le pasaría a Liam Neeson en una peli de acción. Pero yo no era una exagente del FBI y no tenía ni la más mínima idea de cómo encontrar al secuestrador de Caelyn.

Eché una ojeada a la casa de Zoey. Se veía la ventana de su habitación, en el piso de arriba, justo delante de la mía. Nuestras casas estaban en una colina, así que solíamos dejar las ventanas de nuestras habitaciones desbloqueadas para poder trepar y visitarnos la una a la otra. Hasta aquella vez que su madre la pilló sacando la pierna por la ventana. Se puso a chillar como una posesa y la castigó sin salir un mes entero. Nunca entendí por qué le parecía que salir por la ventana era mucho más reprobable que salir por la puerta. Sea como sea, después de eso, la única que siguió trepando fui yo. Pasábamos horas probando nuevos videojuegos, ocultándonos de nuestro sentimiento de culpabilidad, perdiéndonos en paisajes virtuales... pero, por lo menos, nos perdíamos juntas. Descubrimos *MortalDusk* antes de que se popularizara y convencimos a nuestros amigos para jugar todos juntos.

Pero luego tuvo que fastidiarlo todo.

No me gustaba nada mantener todo aquello encapsulado y guardado bajo llave. Era evidente que Akira sabía que había pasado algo y estaba bastante segura de que hasta Matty y Dylan se olían algo gracias a mi patinazo en la clase de Química hacía unas semanas.

Me entraban escalofríos solo de pensarlo. El señor Ferguson había empezado la clase con su habitual pregunta del millón:

—Muy bien, chicos, el primero que me diga ocho situaciones de riesgo de intoxicación por monóxido de carbono se lleva cinco puntos...

Zoey y yo levantamos la mano incluso antes de que terminara la pregunta. Unas semanas antes, habría dejado que se llevara ella el mérito, pero después de lo que había hecho... Ni hablar.

—Zoey ha sido la primera —dijo Dylan.

Le lancé una mirada asesina. Él parpadeó y algo se me encendió en el pecho. Pero la sonrisa maliciosa de Zoey lo apagó enseguida.

—¿Es que ves el tiempo marcha atrás, tío? —metió baza Matty detrás de mí—. Crys ha levantado la mano primero.

El señor Ferguson soltó una carcajada y se arremangó, dejando a la vista el tatuaje con ese estúpido electrón sobre su piel oscura.

—Parece que tenemos un empate. ¡Señoritas! Papel. Boli. La primera que escriba los ocho gana.

Mientras nuestros compañeros picaban sobre los pupitres, garabateé frenéticamente: chimeneas obstruidas, estufas, hornos, fogones, calderas, generadores portátiles, chimeneas encendidas y... y...

—¡Ya! —Zoey sonreía triunfante.

—Tramposa de mierda. —Quería murmurarlo, pero los marrulleros de la última fila se rieron como gansos. Me habían oído. Me subió un fogonazo por el cuello.

—Eh, esa boca —me advirtió el señor Ferguson mientras Zoey exclamaba:

—¿Qué? ¡No! No he hecho trampa. —Y, acto seguido, murmuró por lo bajini (con más éxito que yo)—: Tarada paranoica.

Fruncí el ceño. A la mierda. Como si no tuviera yo unas razones de peso.

Mientras el señor Ferguson comprobaba sus respuestas, Dylan me miró como si tratara de comprender algo, y Matty me apretó el hombro.

—Son solo cinco puntos —dijo.

Pero no se trataba solo de los puntos.

—Has acertado —confirmó el señor Ferguson. Zoey dobló el papel con aire derrotado, a pesar de su victoria. El profesor señaló la línea en blanco de mi libreta—. ¡Tubos de escape!

—Pues claro —gruñí.

—A veces, la respuesta más obvia es la que se nos pasa por alto. —Enarcó una ceja—. ¿Te vas a disculpar con tu amiga o no?

Mientras murmuraba mis disculpas, me ardían las mejillas de vergüenza. Zoey dijo que no pasaba nada, pero sus ojos vidriosos decían que sí. En realidad, ella sabía por qué había saltado.

La vibración del teléfono me sacó de golpe de aquel recuerdo y resoplé. Pero era solo un mensaje de mamá, que decía que se metía en

una operación larga y que quedaban sobras de comida china en la nevera. Nada de An0nym0us1, todavía. Entonces fue cuando me di cuenta de que, dos casas más abajo, la señora Rao me observaba mientras arrastraba el cubo de basura hasta el buzón. Su familia se había trasladado allí cuando los Cullen se mudaron a California. Yo hacía muchas veces de canguro para sus hijos, porque pagaba mucho mejor que el colmado donde trabajaba Randall, pero siempre se me hacía raro entrar en la antigua casa de Brady. No dejaba de sentir una presión en el pecho todo el rato.

La señora Rao sonrió y me saludó con la mano. Temí que le diera por venir a darme conversación, así que me bajé del coche y corrí a casa, como si no la hubiera visto.

Como me moría de ganas de investigar sobre aquella extraña app de mi móvil, me abalancé sobre el portátil que tenía en la leonera, me dejé caer en el sofá y me puse a buscar. Solo podía guiarme por el icono: una serpiente plateada enroscada alrededor de un micrófono. Busqué en Google diversas variantes de «icono app serpiente micrófono». Nada. Después busqué en la App Store y repasé infinidad de iconos. Filtrar por aplicaciones de chat tampoco sirvió de nada. Al final, se me nubló la vista de tanto buscar.

Podría ser que An0nym0us1 hubiera creado la app y la hubiera instalado manualmente. Pero ¿cómo? No recordaba que nadie más hubiera tenido mi teléfono en las manos últimamente, ni me sonaba haber clicado ningún enlace sospechoso.

Ningún mensaje aún. ¿A qué narices estaba esperando?

A lo mejor habría alguna prueba en la habitación de Caelyn. Subí como una flecha. El dormitorio estaba sumido en su habitual estado de caos: las sábanas moradas arrugadas sobre la cama, la ropa limpia apilada en el suelo, tela amontonada junto a la vieja máquina de coser turquesa que le había regalado la abuela Rose, bisutería a medio confeccionar y abalorios esparcidos por todo el escritorio. Vi mi chaqueta tejana colgada en uno de los postes de la cama. Siempre me quitaba del armario las pocas piezas que podría decirse que estaban de moda, aunque le fueran grandes. A mí no me importaba; al contrario, me halagaba que le parecieran dignas de ser birladas.

Su portátil no estaba, pero era probable que se lo hubiera llevado, aunque no fuera a tener internet en Frost Valley. Al parecer, no había nada fuera de lugar, salvo Whiskers, que descansaba acurrucada como un peluche naranja y canela sobre la almohada de mi hermana. Normalmente, rondaba todo el día por la leonera. ¿Habría presentido que algo no iba bien?

La acaricié y me quedé mirando fijamente el tablón de corcho de

encima del escritorio, donde estaba la foto de Caelyn y yo acurrucando a Whiskers de pequeñita. Yo quería llamarla Bowser, pero perdí por tres a uno. Mis ojos se entretuvieron en el selfi de nosotros cuatro en el lago Hanover unos años atrás. El brazo de papá ocupaba un cuarto de la foto. Fue nuestra última escapada en familia antes de que él descubriera la noticia que lo iba a cambiar todo: una noticia que recibió como si fuera el fin del mundo.

Poco nos imaginábamos hasta qué punto se nos iba a torcer la vida.

Por fin me vibró el teléfono. Una alerta de An0nym0us1. Cuando pulsé sobre ella y se empezó a reproducir un vídeo, se me cortó la respiración.

Ay, Dios. Caelyn salía sin mordaza y miraba a la cámara con los ojos abiertos como platos; los rizos le caían sobre la cara.

—Crystal... —logró decir antes de soltar un sollozo. Me mordí el labio para reprimir un sonido similar. Tenía las gafas torcidas y, con las manos atadas detrás, no podía recolocárselas—. Ayúdame. Por favor, ayúdame.

Verla era reconfortante y horripilante a la vez. Estaba viva, pero eso descartaba por completo cualquier posibilidad de que se tratara de una broma de mal gusto.

Era real.

Mi hermana era una rehén.

Y estaba realmente aterrorizada.

El vídeo duraba quince segundos y volvía a reproducirse desde el principio. Entrar en pánico no me iba a ayudar en nada, así que estudié la grabación en busca de pruebas. Caelyn estaba sentada ante una pared de falso ladrillo visto, en una especie de silla de respaldo bajo o un taburete, porque no veía ningún respaldo. La iluminación era una mierda y producía un efecto viñeta en el vídeo que me imposibilitaba deducir si la habitación tenía alguna ventana. Supuse que estaría en algún sótano. Al final, un mensaje reemplazó al vídeo.

Puedes mandarle un videomensaje.

Le di al icono de vídeo y mi cara apareció en la pantalla. Debajo del botón de grabar, había una barra de progreso con quince segundos. O sea, que así iría la cosa: pequeños vídeos de un lado para otro. ¿Qué podía decirle?

Mi primer impulso fue asegurarme de que Caelyn estuviera bien. Podía preguntarle si le habían hecho daño. Podía consolarla y asegurarle que todo iba a salir bien. Pero mentalmente barajé muchas

otras opciones. También era una oportunidad para conseguir que me revelara alguna información sobre quién la había secuestrado o sobre dónde estaba. ¿Cómo iba a hacerle las preguntas correctas sin delatarme?

Me mordí la uña del pulgar, cavilando, pero no podía pensar con claridad: su voz resonaba en mi cerebro. «Ayúdame. Por favor, ayúdame». A pesar de mis esfuerzos por mantener la calma y la concentración, el miedo me nublaba el alma. Mi hermanita estaba atada en un sótano oscuro y sórdido, horrorizada, y esperaba mi respuesta. La agonía de no querer dejarla sola con su secuestrador ni un segundo más me llevó a darle a grabar.

—Caelyn... te... te quiero. —Me temblaba la voz y me notaba la lengua de trapo, pero tenía que sacar más palabras—. Tú aguanta. Todo va a salir bien...

Me apareció una notificación sobre la pantalla de grabación.

Un mensaje de Matty.

> Solo quería asegurarme de que estás bien.

Me apresuré a apartar la notificación, pero el vídeo ya había dejado de grabarse. Mis quince segundos habían terminado.

Al parecer, no había repetición posible. Solté un grito de frustración. No había llegado a hacerle ninguna pregunta.

—¡Joder, Matty!

Eran las tres de la tarde: las clases acababan de terminar. Si Matty no me hubiera escrito justo en ese momento, habría podido acabar de grabar mi mensaje, pero, ahora, Caelyn vería un vídeo inútil donde me distraía con otra cosa. ¡Lo habría matado!

Pero no había sido culpa suya. Matty no tenía ni idea de lo que había interrumpido.

Me agarré al borde del colchón de Caelyn y respiré hondo para intentar enfriar los ánimos. Whiskers había levantado la cabeza ante mi exabrupto y me miraba, preparada para salir pitando si hacía falta. Tenía que mantener la calma. Me mordí el labio y miré el mensaje de Matty. Tenía que seguir haciéndome la enferma. Si supiera la verdad, insistiría en llamar a la policía. Le respondí:

> Estoy bien. Voy a echar la siesta. Luego nos vemos.

Entonces, me fui a los ajustes de notificaciones y desactivé todas las alertas, salvo las de la misteriosa aplicación de An0nym0us1.

Me saltó una alerta: otro vídeo de Caelyn.

—Crystal, por favor —dijo—. Si no haces todo... —o bien fallaba el audio o es que ella intentaba recuperar el aliento— lo que te digan... dicen que me matarán...

Sin darme ocasión de buscar más pruebas, la pantalla quedó negra.

Mierda. Tenía que empezar a hacer capturas de pantalla.

Caelyn había hablado en plural. ¿Había más de un secuestrador? Eso podría explicar la coordinación perfecta con lo de Dylan, si alguien me hubiera estado vigilando en el instituto mientras otra persona retenía a Caelyn... Pero ¿podía haber dos personas metidas en una artimaña tan perversa? Puede que el secuestrador hubiera obligado a mi hermana a no usar ningún pronombre en concreto para no revelar nada sobre su identidad. Caelyn había vacilado y el audio no se oía bien... era como si se estuviera autocorrigiendo.

¿O me estaba montando una película yo solita?

Otro mensaje sustituyó el vídeo.

> Hora de nuestro siguiente juego.

¿Cómo? Eso no se podía considerar una conversación, pero tampoco tenía ningún campo de texto para replicar.

Me limité a hacerme crujir los nudillos y noté el cosquilleo de la adrenalina en la punta de los pies. Me retara al juego que me retase, estaba decidida a ganar.

—¡Pues venga, gilipollas!

7

Vamos a jugar a Masterchef con Crystal. Prepara una bandeja de brownies con la receta de abajo. Tienes 30 minutos para meter la masa en el horno. ¿Lista? ¡YA!

–Pero ¿qué coño? —dije en voz alta.

¿Ahora tenía que ponerme a cocinar brownies? Sin dejar de sacudir la cabeza, toqué el enlace de debajo del mensaje y se me abrió una receta de brownies de un blog de cocina. A mamá le encantaba cocinar, pero yo apenas había encendido un horno en la vida, así que no sabía si la lista de ingredientes era normal: harina de trigo, cacao en polvo sin azúcar, azúcar blanco, huevos, mantequilla, aceite vegetal, extracto de vainilla, sal y pepitas de chocolate. Parecía lógico.

Pero ¿por qué? Era tan absurdo que casi me dio la risa.

Aun así, el tiempo apremiaba.

Corrí a la cocina. ¿Teníamos esos ingredientes? ¿Dónde guardaba mamá cosas como el extracto de vainilla? De pronto, me pareció que había un trillón de armarios en la cocina.

Eso había sido cosa de papá. Antes, cuando aún era ejecutivo en una agencia de publicidad, su hobby había sido el bricolaje. A Caelyn y a mí nos encantaba ayudarle a lijar y pintar, y hasta nos había dejado ayudarlo a derribar la pared que separaba el salón del comedor para crear un espacio más amplio. Nos habíamos turnado con el mazo para tumbar el pladur a mazazos gratificantes.

Eso había sido antes de que papá empezara a pegar a mamá.

Cuando lo despidieron, todo cambió. Se había pasado la vida esforzándose para trepar en el organigrama para que, un día, le dieran la gran noticia: al morir de repente el director de la empresa (y su mentor), la nueva gerencia había decidido hacer recortes de personal. El trabajo que adoraba desapareció en un tris. Se puso de autónomo y sobrevivimos, pero había perdido el trabajo de sus sueños y los viajes mensuales a Nueva York por algo completamente ajeno a su control. Su copa nocturna de whisky se multiplicó por cuatro o cinco, además de la cerveza. Al poco, la bebida y las apuestas en línea remplazaron

su afición al bricolaje. El alcohol transformó a papá en otra persona, violenta y agresiva. Cuando él estaba en casa, hasta esta enorme sala se hacía francamente claustrofóbica.

Ahora, desconcertada con los ingredientes, me parecía que los armarios de cerezo eran infinitos, como en una de mis pesadillas recurrentes, donde la puerta hacia la que corro se ve cada vez más pequeña en la distancia mientras algo terrible me persigue y las piernas me pesan más y más, hasta que me despierto sobresaltada.

Un momento. Respiré hondo. Tenía que superar el primer paso a tiempo, como en cualquier rompecabezas de varias partes.

Lo primero era precalentar el horno. Los botones de ese sofisticado horno retro bien podían haber sido el cuadro de mandos de una nave espacial. Mamá intentó enseñarme a cocinar cuando papá se fue y ella se vio obligada a coger más turnos, pero yo siempre me las apañaba para fastidiar hasta los platos más sencillos. Echaba los huevos demasiado crudos al plato por miedo a que se me pasaran o cocía demasiado la pasta y me quedaba hinchada y chicletosa. Así pues, nos abastecíamos de comida para llevar o platos preparados congelados. El microondas sí que lo dominaba. En cambio, usar el horno me sonaba a ingeniería aeroespacial. Uno de los botones del medio llegaba hasta 260, ese debía de ser el del horno. Lo puse a 180 y miré a través del cristal. Mmm. Estaba funcionando, o eso suponía.

Ahora, los ingredientes. En la nevera teníamos huevos y mantequilla y, por suerte, mamá era organizada: todos los ingredientes de pastelería estaban en el mismo armario de encima del horno, incluso había una botella sin abrir de extracto de vainilla. Cogí la ensaladera verde, la favorita de mamá, y una fuente de horno de aluminio, y dispuse todos los ingredientes sobre el mármol.

Vale. Ya lo tengo.

Pesé los ingredientes y los metí en la ensaladera. Tal vez los brownies fueran una pista. Puede que An0nym0us1 quisiera que adivinase de quién se trataba. En algunos videojuegos, había recompensas tipo comida o pociones de salud esparcidas como migas de pan que te llevaban hasta el jefe final o al escondite del villano. Y, ¿acaso los asesinos en serie no mandaban pistas a los detectives, deseosos de reconocimiento por sus crímenes, como si cada asesinato fuera un trofeo?

Se me hizo un nudo en el estómago. Esperaba que An0nym0us1 no fuera un asesino en serie.

Pero ¿quién narices hacía una cosa así? Seguí dándole vueltas mientras mezclaba la masa. Tenía que ser alguien del instituto, alguien que conociera mis horarios, los de Dylan y dónde guardaba los

exámenes la señora Chesser. O tal vez no. Si habían podido hackear mi teléfono a distancia para instalar una aplicación, también podían haber entrado en la red del instituto para acceder a nuestros horarios. Antes de empezar décimo curso, Zoey se había colado para modificar los horarios y que nos tocaran más clases juntas, y lo había hecho sin que saltaran los sistemas de seguridad. «Tampoco estoy cambiando las notas ni nada», se justificó. «Es algo totalmente inocente». Es decir, era posible.

Y, técnicamente, alguien podía haber entrado en el instituto por la noche o un fin de semana, haberse metido en las clases de Dylan y haber buscado algo digno de robar. Algo que lo metiera en un lío. Sin levantar la liebre con signos de vandalismo ni ordenadores robados, era muy posible que a los guardias de seguridad les pasara por alto una incursión.

Así que no tenía por qué ser alguien del instituto.

La luz del termostato del horno se encendió al alcanzar la temperatura correcta. Ya había batido bien la mezcla, ¿no? Tampoco es que me importara demasiado la calidad del asunto. ¿Cómo iba a valorar An0nym0us1 los brownies? ¿Iba a venir alguien a probarlos? No tenía ningún sentido.

Lo siguiente era forrar el molde con papel encerado. Eso me pareció raro. ¿Por qué no engrasar la bandeja? Daba igual. Abrí un cajón donde había papel de aluminio, papel vegetal, film y... ¡sí, papel encerado!

Saqué una hoja, forré el molde, eché la masa —dejando pegotes por toda la encimera— y metí el molde en el horno. Me limpié las manos en los vaqueros y busqué el temporizador. No parecía que llevara ninguno integrado, así que puse el del microondas a treinta minutos.

Me habían sobrado diez minutos. Me encaramé a un taburete de la isla de la cocina y tecleé un mensaje para An0nym0us1. «Los brownies están en el horno».

> Bien. Vamos a jugar a Contrarreloj. Tienes 30 minutos para llegar a la glorieta del lago Hanover. ¡Trae el paquete de la taquilla 499! ¿Lista? YA.

Se me entumecieron los dedos de los pies. Sabía muy bien a qué glorieta se refería, pero esa parte del lago estaba en Lakecrest, pasado el monte Morgan. No podía llegar en media hora a menos que condujera como una loca, y eso sin contar el tiempo que tardaría en llegar caminando a la glorieta.

Miré el temporizador del microondas. Nuestro viejo horno no se

pararía automáticamente pasado el tiempo. Salté del taburete y fui directa a apagar el horno, pero me vibró el teléfono.

SI APAGAS EL HORNO, MUERE. SI ABRES EL HORNO, MUERE.

Me quedé sin aliento y casi se me cayó el móvil. El cerebro me iba a mil por hora tratando de procesar todas las emociones que sentía a la vez. La sorpresa de que me gritaran con las mayúsculas. El pánico por Caelyn. El terror por lo que implicaba que me estuvieran observando.

¿Cómo, si no, iban a saber lo que había estado a punto de hacer? Miré por la ventana, pero no vi a nadie fuera. Recordé las cámaras de seguridad del instituto y busqué por el techo, por los espacios entre armarios, las superficies de mármol. No había cámaras. No había nada.

Pero fuera como fuese, me estaban observando.

A no ser que hubieran adivinado mi siguiente movimiento. Porque lo más obvio es querer apagar el horno antes de salir de casa. Si ir a la glorieta me iba a llevar por lo menos una hora de ida y vuelta, más lo que tuviera que hacer allí, para cuando volviera, los brownies ya se habrían quemado.

Igual esa era la idea. Se me pusieron los pelos de punta.

Me agaché para mirar por el cristal del horno, pero el papel encerado que sobresalía del molde no me dejaba ver la masa. Puede que los brownies se acabaran quemando, pero no provocarían ningún incendio, ¿verdad? Hornear no podía ser tan peligroso. Aunque el papel encerado... esa parte de la receta ya me había parecido rara.

Volví a buscar la receta. La página se había recargado automáticamente y ahora solo mostraba un error 301. Había desaparecido. El blog entero había volado. Se me instaló un suave zumbido en los oídos mientras buscaba en Google «papel encerado horno quemar» y le daba al primer resultado de la búsqueda: «¿Se puede meter papel encerado en el horno?».

El artículo comenzaba: «La respuesta corta es ¡no! El papel encerado no es resistente al calor, la cera se derrite a altas temperaturas y el papel podría prender».

¡Por todos los santos!

Los brownies no eran ninguna pista. Eran para provocar un incendio.

Boquiabierta, miré desesperadamente el molde forrado con mi estupidez. Me había ensimismado tanto cavilando quién podía ser An0nym0us1, que ni siquiera me había planteado nada de la receta.

No me había parado a pensar que ese blog tal vez no fuera ni real.

Mandé un mensaje con los dedos temblorosos. «No voy a prenderle fuego a la casa».

> Pues entonces date prisa.

8

Básicamente, el trayecto al lago fue casi una experiencia suicida. Fui adelantando coches por la carretera de un solo carril, pasándome descaradamente los semáforos en rojo y saltándome los límites de velocidad: en comparación, el trayecto al colegio de Caelyn por la mañana lo había hecho a paso de tortuga.

Gracias a Dios, la policía local estaba desaparecida en combate. Lo máximo que hacían en este pueblucho era poner radares de velocidad. No dejaba de imaginarme al fornido jefe Sánchez aferrado a su pistola radar, con el coche patrulla escondido tras los matorrales, a punto para salir disparado. A lo mejor estaba dando alguna de sus charlas en el colegio sobre lo malísimas que son las drogas. Joder, seguramente saltaría de alegría ante la oportunidad de trabajar en un caso de secuestro. Sin embargo, tenía los primeros mensajes de An0nym0us1 grabados a fuego: «Si llamas a la policía, ella muere».

Whiskers maulló en el asiento de atrás.

—Ya estamos llegando, Whisky... —Aquella palabra me dejó un mal sabor de boca. Así era como la llamaba papá. Como su bebida favorita.

La había metido a la fuerza en el transportín, se había resistido estirando las patas en todas las direcciones posibles, la muy bobalicona, y me había llevado cinco buenos minutos. Pero ni de coña iba a dejarla en una casa que podía acabar en llamas. Era una gata casera consentida y no habría sabido qué hacer si la dejaba en el jardín.

Solo había un puñado de coches repartidos por el aparcamiento cuando entré derrapando y me metí en el punto más cercano al sendero que llevaba a la glorieta. El aparcamiento se llenaría más tarde cuando la gente que iba a correr o a pasear al perro y los chavales que iban a ponerse hasta las cejas tomaran los caminos que serpenteaban alrededor del lago Hanover para aprovechar los últimos rayos de sol.

Abrí un poco las ventanas antes de apagar el motor.

—Espera aquí, ¿vale? —le dije a Whiskers. Como si pudiera irse a

alguna parte—. Me quedan cinco minutos —murmuré, mientras agarraba el teléfono y la bolsa de nailon de An0nym0us1 del asiento del pasajero—. Puedo hacerlo.

Tenía que correr. Cerré de un portazo y me dirigí al sendero.

—¡Crystal!

Me di media vuelta. Apoyado contra un coche cuadrado, que era más bien una carraca, me encontré ni más ni menos que a Jeremy Fischer.

Fishman.

El *gamer* pro con cinco millones de subscriptores en YouTube y Twitch, el que fuera líder indiscutible de la clasificación de Vermont. Ahora, los tres primeros puestos se iban alternando entre él, Matty y Randall, y hasta una vez yo lo hice bajar al cuarto puesto. Sabía que tener a un puñado de aficionados de instituto fastidiándole el estatus le hacía hervir la sangre.

—¿Qué haces aquí? —le pregunté.

—Hola a ti también... —Se me acercó haciendo eses, rascándose la barbita oscura de tres días y riéndose entre dientes. ¿De qué? Ni idea. Puede que estuviera recordando cómo había aniquilado a mi equipo aquella misma mañana.

La cabeza me iba a mil. Su presencia allí me había pillado desprevenida. En la vida real solo lo había visto una vez... y había sido un auténtico desastre.

Poco después de reclutar a Dylan, estábamos los seis como sardinas en un mullido reservado rojo del Happy Grillmore, tomando batidos y metiéndonos con el nuevo, y entró Fishman, que básicamente era el Harry Styles de la comunidad de jugadores en línea. Zoey soltó una especie de chillido y a Matty casi se le estampó la barbilla contra la mesa.

—¡Flipa!

—¿Ese es..? —empezó Randall, casi sin aliento.

—Sí. —Zoey se ruborizó de la emoción—. Fishman.

Fishman se quitó el sombrero, se sacudió la lluvia y se sentó en un reservado cercano. Una preciosa chica de color se desprendió del chubasquero, se sentó delante de él y se puso a arreglarse las trenzas y los pendientes dorados de aro mientras la camarera les daba la carta.

—En persona está aún más bueno —afirmó Akira, babeando.

—Mucho más —convino Randall, asintiendo.

—Sabes quién es Fishman, ¿no? —le pregunté a Dylan, que no había dejado de dar sorbos a su batido de vainilla.

—Pues no. —Dejó el vaso—. Yo vengo de un sitio donde solo vivimos en cuevas, ¿sabes? —Lo dijo en un tono neutro, sin que se le escapara la risa. Cuando por fin nos cruzamos la mirada, solo le delataba una ligera arruguita en el rabillo de los ojos.

Antes de que se me ocurriera alguna respuesta inteligente, Matty exclamó, casi hiperventilando:

—Tíos, tenemos que ir. Tenemos que decirle algo.

Randall, mudo por una vez en la vida, asintió decididamente. Siempre insistía en que hiciéramos directos casi a diario, pero, a pesar de habernos metido en lo alto de la clasificación, nuestro Twitch y nuestro YouTube no estaban creciendo tanto. Un reconocimiento de Fishman aumentaría nuestras subscripciones a la velocidad del rayo. Habíamos intentado retarlo, pero nos había ignorado. Era unos años mayor que nosotros y puede que no quisiera saber nada de un puñado de adolescentes idiotas.

Akira parecía recelosa.

—No sé. Me da que no es buena idea.

—Y a mí —coincidí—. Además, ¿los famosos no odian estas cosas?

Pero Matty ya se había levantado y avanzaba de puntillas.

Zoey me arrancó del reservado.

—Anda ya. Ni que fuera Chris Evans. Es una persona normal. —Le habría dicho que Chris Evans también lo era, pero dejé que me cogiera la mano y me arrastrara.

La cita de Fishman fue la primera en ver que el grupo se les acercaba y se le congeló la sonrisa.

—Esto... ¿conoces a estos chavales?

—Me acabo de mudar a Lakecrest —contestó Fishman—. En realidad, no conozco a nadie. ¿En qué os podemos ayudar? —nos preguntó, enarcando las cejas. ¿Nos había reconocido?

Matty y Randall estaban a punto de explotar como dos globos y Zoey volvió a dar un gritito, completando así su transformación en ardillita. Pues suerte que Fishman «era una persona normal».

Ay, Dios. Alguien tenía que decir algo.

—Hola —saludé—. Perdona que te molestemos...

—¡Te hemos reconocido de Twitch! —irrumpió Matty—. ¡Somos muy fans! ¡También jugamos al *MortalDusk*! ¡Soy Mattastic15! ¡Estuvimos en la misma ronda la semana pasada! ¡No sé si te acordarás! ¡Maté a uno de tu equipo en el Castillo de las Calamidades! ¡Y luego me mataste tú a mí!

Guau. Cero tacto. La gente de las mesas de al lado se giró a mirarnos. Yo me encogí entera y Akira murmuró:

—Ay, Dios.

Los ojos de Fishman saltaron de nosotros a su cita.

—Lo siento, os habéis equivocado de tío.

Oh, oh. ¿Ella no sabía nada de su identidad en las redes?

—Claro que no —insistió Randall—. Tú eres Fishman, ¿no?

—¿Fishman? —dijo la chica con sorna y se cruzó de brazos.

—¡No! —respondió Fishman—. No sé de quién estáis hablando. —Chasqueó los dedos—. Y, ¿sabéis qué? Fijo que me han suplantado.

—¿Que te han suplantado? —repitió Matty con incredulidad.

Agarré a Zoey de la muñeca.

—Chicos, vámonos...

Pero se soltó y dijo:

—Vemos tus directos cada día. Eso no se puede suplantar.

¿Es que no se percataban de lo intrusivo que era todo eso? Akira sí... tiraba de la camisa de Randall por la espalda, para intentar arrancarlo de allí. Dylan se llevó el puño a la boca para aguantarse la risa. Si se acababa replanteando lo de unirse a esta horda de payasos, tampoco me iba a extrañar.

Fishman suspiró derrotado y miró a Matty con los ojos entornados.

—¿Quién has dicho que eras?

—Matty Wilson...

—Yo soy Randall Lewis —le interrumpió Randall, extendiendo ansiosamente el puño para chocárselo—. Ran_With_It en *MortalDusk*...

—¡Joder! —Fishman se rascó la barbita de tres días, pasando del puño de Randall—. Sois esos tarados tan cargantes... —murmuró.

¡Ostras!, nos había reconocido. ¿Se había dado cuenta de que habíamos trepado en la clasificación y le habíamos invadido el terreno?

—Un momento —dijo su cita—, ¿estos chavales te conocen por un videojuego?

—Y por sus directos —añadió Matty, vacilando por la reacción de Fishman—. Tiene como cinco millones de suscriptores.

—¿Tienes tiempo para eso? En tu perfil dices que diriges una *start-up* tecnológica...

—Sí, nena. —Jeremy carraspeó—. Bueno... no es una empresa convencional, como tal. Es más... un negocio... de *influencer* del mundo de los videojuegos...

—No me llames «nena». —Hizo una mueca, se levantó y cogió la chaqueta—. Y hablando de suplantaciones. ¿Sabes qué? Yo no salgo con mentirosos. —Se plantó delante de Matty—. Gracias por abrirme los ojos, majete —añadió, y salió en silencio.

—Capullo —soltó Matty, al ver que Jeremy salía corriendo tras ella, a pesar de que estaba clarísimo que era una causa perdida—. La

próxima vez que quiera conocer a un pro, por favor, pegadme un puñetazo en la cara.

No habíamos vuelto a ver a nuestro adversario desde entonces, pero allí estaba en carne y hueso, interponiéndose entre el juego que podía acabar con la vida de mi hermana y yo.

—Crystal Donovan —dijo Jeremy—. Parece que tenemos a una traidora en la sombra.

Me volví a mirar el sendero, contrariada. Solo me quedaban cuatro minutos para llegar a la glorieta. Me imaginé a un sádico clavándole una navaja a Caelyn si llegaba tarde. Me imaginé las puntas del papel encerado oscureciéndose y enroscándose en la bandeja del horno, la cera derritiéndose, el papel descamándose, empapándose con la grasa de debajo, prendiendo en llamas.

Pero tenía que descubrir qué narices estaba haciendo Jeremy ahí. El día después de haber saboteado su cita sin querer, su equipo nos preparó una emboscada en *MortalDusk*. Zoey nos juró que era imposible seguirnos por los mapas sin habernos hackeado. Tenía que haber sido una coincidencia. Al fin y al cabo, jugábamos en un servidor regional y aplicaban una especie de emparejamiento basado en el nivel de pericia... y ya estábamos bastante a su nivel. Pero, entonces, Akira encontró un *plug-in* que te decía quién estaba en tu mapa sin saltarse los términos establecidos por *MortalDusk*. Quedó bien claro enseguida: Fishman buscaba sangre a través de los píxeles. Cada vez que se metía en nuestro mapa, se dedicaba en cuerpo y alma a machacarnos ante su extenso público. Pero le salió el tiro por la culata: nosotros nos defendíamos a toda costa y, pronto, la comunidad de *MortalDusk* comenzó a posicionarse y eso nos dio un enorme empuje en número de suscriptores. Perder el liderazgo de la clasificación debió de ser una humillación para él. Estaba segura de que nos odiaba. ¿Ahora también se dedicaba a acecharnos en la vida real?

—¿Qué quieres decir? —le pregunté—. ¿De qué traidora hablas?

Sonrió.

—¿De quién crees que hablo? Tú eres una traidora. —Fruncí el ceño, confundida. Jeremy se me acercó y me miró—. Vaya, tienes los ojos tan verdes como en Instagram.

¿Cómo? Habría jurado que mi perfil era privado.

—Son verdes y marrones. Y, oye, ¿me estás tirando los tejos? —Retrocedí—. ¿Cuántos años tienes? ¿Veinticinco?

—Veintiuno. Y no, para nada. ¿Es que ya no se pueden hacer

observaciones? —Resopló divertido—. Las chicas siempre usan filtros y mierdas de esas para que se les vean los ojos así. —Se señaló los ojos agitando los dedos.

—Igualmente, ¿por qué espías mi Instagram? —Casi nunca colgaba selfis y, cuando lo hacía, siempre era riéndome o sacando la lengua. Si sales haciendo el tonto, no tienes que preocuparte por la iluminación ni por estar guapa. Caelyn se preocupaba más por eso, así que en las fotos conjuntas, las dos salíamos sonriendo normal, aunque a menudo le colaba unas orejas de burro.

Jeremy sonrió con malicia.

—Tenía que saber qué clase de persona traicionaría a sus amigos así. —Me dio un vuelco el estómago—. Así que tu precio son doscientos cincuenta mil, ¿eh?

No dejaba de darle vueltas a la cabeza para encontrarle sentido. Los premios individual y por equipos del torneo eran de doscientos cincuenta mil dólares cada uno. Estaba insinuando que yo había montado lo de que Dylan había robado el examen... ¿para qué? ¿Para quitármelo de en medio?

—¿Cómo sabes tú eso?

Frunció el ceño.

—Has sido tú la que ha movido ficha primero, bonita.

Sacudí la cabeza, totalmente perdida. Quedaban tres minutos.

—Y, entonces, ¿qué tienes en mente? —preguntó—. ¿Quieres que te ayude a cargártelos?

Se me abrió la boca.

—¿A cargármelos?

—Bueno, sí. Pero vas a tener que vendérmelo bien. Porque, si acepto reunirme contigo en alguna parte, por ejemplo, en el Castillo de las Calamidades, ¿cómo sabré yo que toda tu tropa no me estará esperando para...?

—Un momento. ¿Me estás hablando de formar una alianza para el torneo?

Matty y Randall iban a ser la mayor amenaza para Fishman en el torneo individual. Si se aliaba conmigo para dejarlos fuera, las posibilidades de Fishman aumentarían claramente. Pero ¿por qué creía que yo le había dado pie a tener esta conversación?

—No jodas. —Levantó las manos—. Mira, si te está entrando cagalera, pues vale, pero no finjas que no tienes ni zorra de qué te estoy hablando. No me hagas perder el tiempo.

—¡Es que no tengo ni idea! Para empezar, ¿cómo sabías que iba a estar aquí ahora?

Solo había una persona que supiera que estaría en el aparcamiento

en ese momento.

An0nym0us1.

Me quedé sin aliento y retrocedí unos pasos arrastrando los pies. No podía ser. Miré el coche de Jeremy. No parecía que hubiera nadie en el asiento de atrás. ¿Y en el maletero?

—¿Qué me estás contando? —preguntó Jeremy, aparentemente frustrado, no sé si de verdad o si estaba actuando—. Me has mandado un correo electrónico. Me has propuesto que quedáramos aquí.

La inquietud me puso la piel de gallina.

—No, no te he mandado nada.

—¿En serio? Venga, tía. Tiene que ser una broma.

Aunque Jeremy no fuera An0nym0us1, alguien tenía que estar moviendo los hilos, como cuando el señor Chen había ido directo a registrar la taquilla de Dylan en busca de las respuestas del examen. Igual me habían secuestrado la dirección de correo o algo.

Pero ¿por qué involucrar a Fishman?

Volví a mirar el sendero y recordé el juego de memorización de An0nym0us1. Jeremy tenía que ser otra de sus distracciones. Cualquiera que siguiera mínimamente la comunidad en línea de *MortalDusk* conocía nuestra rivalidad. Era el obstáculo perfecto para evitar que llegara a la glorieta a tiempo. Para mantenerme alejada de casa un rato más y que al papel encerado le diera tiempo a arder.

An0nym0us1 me había tendido una trampa y yo había caído de lleno.

Y ya solo me quedaban dos minutos.

—Mira.... —empecé, echando a andar hacia el sendero—. Ha habido un malentendido. Ya te lo explicaré.

—¡Venga ya!

—Lo siento. Tengo que irme.

Me colgué la bolsa de nailon del hombro y eché a correr hacia el sendero que iba a la glorieta.

—¡Te vas a arrepentir de esto! —gritó a mis espaldas.

Lo que él no sabía es que ya me estaba arrepintiendo. De todo.

Llegué a la glorieta jadeando, sin aliento y con un sabor metálico en la boca. Dios, sí que estaba en mala forma. Le mandé un mensaje a An0nym0us1: «Ya estoy», y me desplomé en uno de los bancos.

La pequeña glorieta se alzaba en un extremo de la playa del lago Hanover, que más que una playa era una especie de afloramiento de roca y barro. Además, estando a la sombra del monte Morgan, poco sol le daba. Era más bien un triste intento nuestro, de la gente de

interior, de autoconvencernos de que teníamos playa.

Me vibró el teléfono y, al ver la foto del antebrazo de Caelyn con unas letras rojas sobre su pálida piel, como escritas con sangre, resollé.

> Casi no pasas el corte. Y por poco la corto.

Tenía la muñeca atada a la silla con una tela negra y el cuchillo de cocina aparecía amenazadoramente sobre el brazo de mi hermana. Si no fuera porque las letras estaban tan bien alineadas, tal vez me lo habría tragado. Zzz. Una mosca me zumbó en la oreja y yo, que ya estaba de los nervios, pegué un salto.

—¡Joder!

Al instante, me vibró el teléfono.

> Vamos a jugar a la Broma telefónica. Con el teléfono de prepago, llama al contacto en favoritos. Lee mi guion usando el modulador de voz. ¿Lista? ¡YA!

—Sí, vamos, cabrón. —Ya me imaginaba que habría otro juego; si no, no me habría hecho llevar la bolsa de la taquilla. La vacié. Lo que parecía un *walkie-talkie* tenía que ser el modulador de voz. Lo encendí, me lo acerqué a los labios y presioné el gran botón rojo—. Hola, hola. —Me cambió el tono de la voz y la hizo más grave. Sonaba un poco como la de papá. Se me hizo un nudo en la garganta.

Pero entonces visualicé el humo brotando del horno y las llamas extendiéndose por los armarios de alrededor. Tenía que darme prisa.

Dejé mi móvil en el banco para poder leer el guion y sujetar el teléfono de prepago y el modulador de voz. Fui a la opción de contactos favoritos del teléfono y toqué el único que había: «Llámame». Qué juego tan raro. ¿Qué me iban a hacer decir? Igual quería que me cebara a insultos contra...

Alguien descolgó.

—Emergencias. ¿Dígame?

Se me salió el corazón del pecho y colgué sin pensar.

¿Qué coño? Se suponía que no podía llamar a la policía, ni a nadie. Me quedé mirando el teléfono. ¿Me devolverían la llamada?

En una de nuestras visitas a la abuela Rose cuando éramos pequeñas, Caelyn y yo descubrimos en el sótano un viejo teléfono de disco que todavía funcionaba. Nos pusimos a marcar números al azar, fascinadas con aquella rueda arcaica. De algún modo, aquello se acabó convirtiendo en una especie de concurso para ver a quién le cogían más veces el teléfono. Dábamos palmas de alegría cada vez que

alguien gritaba: «¿Diga? ¿Diga?». Pero entonces Caelyn marcó el número de emergencias sin que me diera cuenta. «Emergencias...» oí decir al operador antes de arrebatarle el auricular y estamparlo contra la base.

—¿Por qué has hecho eso? —le pregunté.

Sus ojos de cervatilla se abrieron como platos tras los gruesos cristales de las gafas.

—¡No lo sé! Tenía curiosidad...

Sonó el teléfono. Chillamos. Desde el servicio de emergencias nos estaban devolviendo la llamada. Nos miramos, desesperadas, como si ignorar el error de Caelyn fuera a borrarlo. La abuela descolgó en el piso de arriba. Nos habíamos metido en un buen lío.

Justo apareció un mensaje en mi móvil.

> Ya has usado tu carta gratuita de Salir de la cárcel. Vuelve a llamar AHORA.

¿Cómo sabía que había colgado? Noté un cosquilleo en la nuca y miré de inmediato al bosque. Y justo en aquel momento, algo hizo crujir las hojas secas.

Se partió una ramita. Se movió un arbusto.

Y me preparé para que alguien se abalanzara sobre mí.

Cinco años antes

Llamé al timbre de Brady y me mordí el labio, con la esperanza de que no se hubiera atrincherado ya en su habitación para echarse a llorar o lo que fuera. No me gustaba en absoluto ver llorar a la gente... enseguida empezaba a notarme el ardor en los lagrimales. Pero tenía que ir a por él. De hecho, lo peor de todo eran las peleas. No podía soportar la tensión... me ponía realmente enferma y era incapaz de pensar en nada más.

Abrió la puerta la madre de Brady, que me recibió con una sonrisa tensa.

—Crystal.

Era evidente que Brady le había contado lo que había pasado. Llevaba los rizos cobrizos recogidos en un moño alto y algunos tirabuzones cortos le enmarcaban la cara como lenguas de fuego. Siempre había deseado que mis rizos fueran tan definidos como los suyos, pero eran más bien una masa informe.

—Hola, señora Cullen. ¿Puedo hablar con Brady?

La mujer abrió la puerta y ensanchó la sonrisa.

—Claro, cariño. —Supongo que pensó que era adorable que fuera a disculparme—. Está en el salón.

—Gracias.

La adelanté para meterme en el salón. Dentro hacía un calor sofocante. Junto a la chimenea encendida, sentados de frente con las piernas cruzadas ante la mesita del café, Brady y su hermano mayor, Andrew, estaban concentrados montando un rompecabezas. Andrew tenía dos años más que yo, con las mismas facciones redondas de Brady, simpático pero callado. Siempre que me lo encontraba por el colegio, tenía invariablemente la nariz pegada a un libro o un portátil.

—Eh, Brady.

—Hola. —Ni siquiera me miró mientras cogía una pieza del rompecabezas y estudiaba la parte en la que estaba trabajando.

—Oye, siento lo de antes. Vuelve y...

—¿No ves que estamos ocupados? —me espetó Andrew, lo cual me sorprendió, porque siempre era amable. Me fulminó con la mirada y señaló el tablero, como si por mí misma no fuera capaz de ver lo que estaban

haciendo. Torcí el gesto, llena de culpabilidad. Seguro que Brady también se lo había contado a él.

Si hubiera estado ahí Zoey, le habría dicho algo así como: «Eh, relaja, que Brady debe de llevar ahí, ¿qué?, ¿dos segundos?». A ella, el enfrentamiento, no le suponía ningún problema. De hecho, se podría decir que lo disfrutaba.

Yo me limité a ignorar a Andrew.

—Brady, en serio que lo siento. Quiero hacer equipo contigo. Ven a jugar con nosotros.

Brady por fin levantó la vista.

—¿Que quieres hacer equipo con él? —preguntó Andrew, con aire escéptico.

Brady me miraba, con los ojos muy abiertos y llenos de esperanza.

—¡Sí! Lo que ha pasado antes... es que estaba enfadada con Zoey por otra cosa. Lleva una temporada rara...

Brady ladeó la cabeza.

—¿Qué quieres decir con «rara»?

No lo entendería. De repente, me parecía una idiotez preocuparme por si Zoey se me avanzaba unos centímetros en los pasillos. Aunque... si antes se había sentido apartado, a lo mejor sí que lo entendería. Igual podía confiar en él.

Pero no quería tocar el tema con su hermano delante.

—No es nada grave, luego te lo cuento. Pero, venga, tenemos que volver. ¡No podemos dejar que se alíen!

Y con eso, Brady se puso de pie. No hay nada peor que una alianza en la que no te incluyen.

Ojalá.

Ojalá eso hubiera sido lo peor que podía haber pasado aquella noche.

9

No me imaginaba que hoy me asesinarían dos veces en el bosque.

Y por la misma persona, por increíble que pareciera. Jeremy debía de haberme seguido hasta aquí. Había mentido sobre el correo electrónico antes para despistarme. Ahora podría recrear el asesinato de *MortalDusk* en persona, sin bastón de fuego, claro.

Oí el crujido más cerca. Imaginé que una figura encapuchada cuchillo en mano se abalanzaba sobre mí. Tenía que correr y, por lo menos, dar con una rama o algo parecido con la que poder defenderme. Pero las piernas no me respondían; estaban paralizadas por el miedo...

Una ardilla salió disparada de entre unos matorrales cercanos y trepó por un árbol.

«¡Ah!». Cogí una de las barras de madera de la glorieta y me esforcé por respirar con normalidad. La paranoia me rezumaba por todos los poros de la piel. Tenía que tranquilizarme. Justo en aquel momento, me vibró el móvil: había recibido un mensaje con foto.

Una mano enguantada sujetaba un cuchillo frente a Caelyn. Un trapo negro le cubría la boca y la nariz. Dios. El cuchillo no era el único peligro, como entrara en pánico y no pudiera respirar... «Tiene asma, hijo de puta».

Pensé con rapidez, intenté hacer una captura de pantalla, pero nada. Fruncí el ceño y volví a apretar los mismos botones de siempre en el lateral del teléfono.

La imagen desapareció y la reemplazó un texto rojo sobre fondo blanco.

> Nada de capturas de pantalla. Vuelve a llamar o no le dejaré usar el inhalador.

Entonces sabía lo del asma. Había encontrado el inhalador que llevaba en... espera, ¿me había oído a mí decirlo? Si me había deshabilitado la función de captura de pantalla, debía de tener un control total sobre mi teléfono.

Miré la cámara delantera. Y ese puntito negro me devolvió la mirada como el ojo del puto Sauron.

Sentí un escalofrío por todo el cuerpo. Por eso conocía todos mis movimientos, por las cámaras del móvil. Ahora me parecía de cajón.

Siempre me estaba observando.

Me escuchaba constantemente.

Me dio tanto miedo que eché a correr hacia el borde del lago y alargué el brazo hacia atrás, dispuesta a lanzar el móvil a las aguas brillantes. Pero me detuve. Deshacerme del móvil solo cortaría mi única conexión con Caelyn. Y contaría como abandonar el juego. No podía arriesgarme. Tenía que hacer esa llamada. Para salvarla. Para evitar que se quemara mi casa. Tenía que acabar con eso; era como arrancar la tirita mejor pegada del mundo.

Volví a la glorieta y sostuve el teléfono frente a la cara.

—Vale, lo haré. —No merecía la pena seguir escribiendo mensajes. Me tragué el miedo y volví a marcar con dedos temblorosos.

—Emergencias. ¿Dígame?

En pantalla me apareció un guion en un único bloque de texto. Me acerqué el modulador de voz a los labios y leí:

—Sí, hola. Eh... me llamo Lance Burdly. —Incluso el «eh» estaba en el guion—. Estoy en el 379 de Pearson Drive en Newboro. Necesito una ambulancia. Pero sin policía. Mi madre y mi hermana se estaban peleando y mi madre se ha puesto violenta, así que he cogido el arma que guarda en la mesilla de noche...

Cerré la boca con fuerza. «No». Ni hablar. No podía leer el resto. Pero no tenía más remedio que hacerlo.

No. Siempre hay remedio.

Opción uno: colgar. Negarme a jugar a este juego retorcido, pero entonces Caelyn moriría.

Opción dos: contarle la verdad a la operadora. Conseguir la ayuda de la policía. Pero ¿me creería la policía? Fuera como fuese, Caelyn moriría y se quemaría mi casa.

Opción tres: leer el guion. Terminar con esto de una vez por todas. Vencer a An0nym0us1 de algún modo y encontrar a mi hermana.

No puedes vencer a tu contrincante si el juego ya ha terminado. Tenía que escoger la opción tres.

Pero, entonces, contraatacaría.

—¿Hola? —dijo la operadora—. ¿Ha dicho que tenía un arma? —A pesar de la insistencia, hablaba con una voz calmada y firme, como si ya hubiera hablado con decenas, quizá cientos de personas en situaciones de violencia doméstica.

El modulador de voz ocultó el temblor de mi voz mientras leía:

—He cogido el arma de la mesilla de noche y he disparado. Le he disparado a mi madre. No respira.

La operadora tardó un instante en asimilarlo todo.

—¿Ha dicho que tenía una hermana? ¿Dónde está su hermana ahora?

Apareció otro bloque de texto. Leí:

—La he encerrado en el sótano. Y he rociado toda la casa con gasolina. Si manda a la policía, le prenderé fuego a la casa.

Ay, Dios. ¿Qué había hecho?

El pulso me retumbaba en las orejas y ahogaba las palabras de la operadora de emergencias. Me preguntaba algo e intentaba mantenerme en la línea.

Un mensaje nuevo de An0nym0us1:

> Cuelga, ahora.

Busqué torpemente el botón de colgar y sollocé. Había tomado la decisión incorrecta y ahora la policía entraría en tromba en casa de un inocente. En cuanto me salieron las palabras de la boca, supe que había prendido la mecha. Ahora tenía que apagar la llama antes de que la vida de Lance Burdly explotara por los aires. Tenía que avisarlo, quienquiera que fuera.

Había otra cosa que me reconcomía. Una hermana encerrada en el sótano. Una madre asesinada a tiros. Caelyn estaba encerrada en algún sótano. Había recibido aquel mensaje de mamá, pero ¿y si era falso? ¿An0nym0us1 también se la había llevado? ¿Y si el subtexto de esta llamada era una amenaza?

De ningún modo. Estaba dándole demasiadas vueltas y me precipitaba con conclusiones ilógicas...

Me vibró el móvil.

> Mete el teléfono de pago y el modulador de voz en la bolsa, llénala de piedras y tírala al lago.

Quería que me deshiciera de las pruebas. Como si acabara de cometer un crimen.

Sin tiempo que perder, llené la bolsa de nailon con la gravilla blanca y brillante que rodeaba la glorieta, devanándome los sesos para ver qué podía hacer después. Primero tenía que avisar a Lance. Podía ir a su casa... maldita sea, ¿cuál era la dirección? Ni siquiera me acordaba de la dirección. Tenía suerte de acordarme de su nombre: Lance Burdly.

De todas formas, ¿qué era lo peor que podía pasar? La policía aparecería y no tendría a nadie a quien rescatar, porque todo era mentira. No habían disparado a nadie. Nadie iba a incendiar la casa...

Mierda. Los brownies.

Ya veía el papel encerado ardiendo, echando humo e incendiando la cocina.

Tenía que llegar a casa a la de ya.

Cerré bien la bolsa y la lancé tan lejos como pude en el lago y salí pitando antes de que tocara el agua siquiera.

Observé el cielo en busca de rastros de humo mientras aparcaba en el camino de entrada, pero no se veía nada: el cielo estaba azul y sin nubes. Entré corriendo y me inundó el riquísimo olor a brownies recién hechos. No había humo ni el olor acre del papel quemado. Apagué el horno, me puse los guantes y saqué la bandeja. Los bordes de los brownies estaban un poco chamuscadillos, pero por lo demás, me parecía que estaban en su punto.

Qué raro. Habían estado en el horno más del doble del tiempo que se suponía que debían estar.

Examiné los bordes del papel encerado: no se había quemado ni fundido. ¿Estaba el artículo equivocado? ¿Me había asustado por nada?

Pero el modo en que An0nym0us1 había enviado aquella amenaza, toda en mayúsculas, en la que decía que no me acercara al horno... claramente me había hecho pensar que era un peligro real que se quemaran los brownies. Dejé la bandeja en la encimera, me quité los guantes y toqué el papel encerado. ¿Cómo? No parecía particularmente encerado. Bueno, daba igual. Crisis evitada.

Salí corriendo para coger el transportín de Whiskers del asiento trasero y la solté en el vestíbulo, allí dio un bufido indignado antes de salir corriendo hacia la leonera.

—¡Oye! Al menos no eres carne de kebab.

Empecé a caminar tras ella para coger mi portátil y buscar a Lance Burdly en internet, pero... un momento.

Volví a la cocina, dejé el móvil en la encimera y saqué la caja del papel encerado del cajón. Toqué el rollo del interior y era como el que había en la bandeja. Con curiosidad, saqué el papel de horno y acaricié el borde de la hoja que sobresalía.

Parecía... resbaladizo. Ceroso.

Me dio la sensación de que la temperatura de la habitación caía en picado. ¿Había intercambiado mamá los dos tipos de papel sin querer?

Siempre se confundía. ¿Habría desbaratado el plan de An0nim0us1 de prenderle fuego a todo sin saberlo?

Miré el móvil, el puntito que había junto al altavoz. Observando. Siempre me observaba. A la mierda. Cogí un rollo de celo del cajón de sastre y empecé a colocar pequeñas capas sobre la cámara delantera. Iba a hacer lo mismo con la trasera cuando el teléfono vibró. An0nim0us1.

> Va a ser que no. Quítalo o morirá.

Mierda. A regañadientes, quité el celo con dedos temblorosos y apareció otro mensaje.

> ¡Felicidades por ganar los cinco primeros juegos! El siguiente juego será esta noche.

¿Cómo? No era la reacción que yo esperaba al ver que su plan no iba como seguramente había planeado. Quizá intentaba escurrir el bulto mientras rediseñaba el plan.

> Mientras tanto, disfruta de los brownies. Son tu recompensa.

Y una mierda me iba a comer esos brownies. Además, quería una recompensa distinta.

«¿Cómo está Caelyn? ¿Puedo hablar con ella?».

> Ahora mismo no puede ponerse al teléfono.

Me invadió el terror. Al cabo de un instante, apareció un vídeo. Caelyn. Todavía llevaba las manos atadas a la espalda; la cabeza inclinada hacia delante. Inspiré hondo, pero parecía que los pulmones no querían absorber oxígeno. ¿Estaba inconsciente? No podía verle la cara. Intenté ampliar la imagen, pero el vídeo no se agrandaba...

Un golpe fuerte.

Levanté la cabeza con brío.

Había alguien en la puerta principal.

10

A veces, mataría por la oportunidad de viajar al pasado y corregir mis errores. En otras ocasiones, un sonido o un olor me traían un recuerdo tan gráfico que eso casi me parecía posible.

Pom, pom, pom.

Los golpes en la puerta me hicieron retroceder un año: estaba en mi habitación y papá aporreaba la puerta. Al principio, las peleas con mamá eran, básicamente, un intercambio de acusaciones: él bebía demasiado, ella no lo entendía. Él perdía demasiados bitcóins jugando al póquer, ella no era justa.

—¡No lo entiendes! —gritó una vez—. No has perdido todo aquello por lo que has trabajado. Aún importas, joder. —Al final, sus discusiones se convirtieron en peleas.

Pom, pom, pom.

Casi notaba a Caelyn temblando a mi lado, metida bajo mis sábanas. Pero era solo la sensación de cosquilleo del miedo lo que circulaba por mis venas. Quienquiera que estuviera en la puerta no era papá. Él estaba en la otra punta del país.

Me había encargado de ello.

Miré el reloj: eran las cinco menos catorce de la tarde. Les había dicho a Akira y a Randall que vinieran hacia las cinco, pero ahora necesitaba todos y cada uno de esos catorce minutos para indagar en internet sobre Lance Burdly. Frustrada, dejé el móvil en la encimera, pero después cambié de opinión y lo metí en el cajón de los cubiertos antes de ir a abrirles. A través de la ventana con vidriera de flores, reconocí la chaqueta de cuadros escoceses de Dylan. Estaba solo. La última vez que lo había visto, el señor Chen se lo llevaba a su despacho tras encontrar en su taquilla las respuestas del examen que yo había metido ahí.

Con las manos sudorosas, abrí la puerta.

—Hola.

Dylan se apoyó en el marco; llevaba un gorro de lana verde oliva que le tapaba el pelo castaño.

—Hola. —Se metió las manos en los bolsillos como si tal cosa, pero

la preocupación se le marcaba en la frente—. No va el timbre.

—Obvio. —Mamá no había tenido oportunidad de llamar a nadie para repararlo—. Llegas pronto.

—Obvio.

Fantástico. Quedaba claro que ambos éramos muy observadores.

Esbozó una sonrisa y soltó una extraña mezcla de carcajada y ronquido.

—Qué boba —exclamó con una exactitud pasmosa—. Akira me ha dicho que ya habrías vuelto a casa y... esto... quería decirte... —Se frotó la nuca, ahora ya sin sonrisa—. Yo no he sido, Crystal. Yo no he robado ese examen.

Vacilé, sorprendida. ¿Por qué le preocupaba lo que yo pensara? Pero por su mirada sincera sabía que así era. Casi dije: «Lo sé». Pero se suponía que no debía saberlo. Tenía que fingir que lo único que sabía era que él había robado la hoja de respuestas.

¿Era cruel fingir recelo, sobre todo después de descubrir que le importaba lo que yo pensaba de él? El corazón me dio un vuelco y me noté un nudo en el estómago, a la vez. Confundida, le hice un ademán para que entrara y le lancé una sonrisa empática.

—Bueno... mira, seguro que todo irá bien...

—Me han expulsado.

Se me cerró el estómago. «Ay, no».

—Newboro tiene una política de tolerancia cero. Y eso quedará registrado. El MIT lo verá en mi expediente. Estoy jodido, se mire como se mire.

Mierda. Todo eso era culpa mía. No sabía que esa era la taquilla de Dylan. Pero si no hubiera robado aquel examen, si no lo hubiera metido en su taquilla, habría puesto a Caelyn en peligro.

Mis actos habían puesto el futuro de Dylan en peligro.

Dios. Tenía que sentarme.

Dylan me siguió a la cocina y se sentó en el taburete que había junto al mío. Dejó caer la mochila al suelo.

—No me lo puedo creer. —Se quitó el gorro y unos mechones de cabello le cayeron sobre la frente—. ¿Sabes cuando pasa algo absurdo y te da la sensación de que estás soñando porque no te parece real? Y es como si vieras toda esa cagada monumental desde la perspectiva de otra persona porque no puede ser que te esté pasando a ti.

Casi me eché a reír. Era una descripción bastante precisa de mi día.

—Entiendo exactamente lo que dices.

Se colocó bien las gafas y suspiró.

—Guau, huelen que alimentan. —Cogió la bandeja de brownies

por el borde y se la acercó—. ¿Los acabas de hacer? —Debía de haber notado el calor.

Noté una punzada en el pecho.

—¡No! Bueno, sí. Esto... —Me devané los sesos para encontrar una mentira—. Pensé que te apetecería algo rico y casero. —Me miró a los ojos y le vi una expresión extraña. ¿Le hacía gracia? ¿Estaba sorprendido? Me sonrojé—. Pero no están buenos.

—¿Por qué no?

—Porque una mosca se ha posado en la masa. —Me llevé las manos a la cabeza mentalmente por la chorrada que acababa de soltar. ¿Era lo mejor que se me podía ocurrir? ¿De verdad?

Enarcó una ceja.

—¿Vas a tirar todo esto tan rico por una mosca de nada?

Hice una mueca.

—Pero ¿las moscas no vomitan en todo aquello en lo que se posan?

—Pero me has hecho brownies... No pasa nada por un poco de vómito microscópico.

—Qué asco. —Pero el corazón volvió a darme un salto. Técnicamente, los brownies estaban bien. Le pasé una espátula y empezó a cortar—. Entonces, ¿qué? ¿El señor Chen cree que has robado ese examen? —pregunté.

—Sí. —Sacó un cuadradito irregular y le dio un mordisco—. Le he dicho que Matemáticas es la asignatura que mejor se me da, que ni siquiera necesito hacer trampas, pero le ha dado igual. Las pruebas estaban en mi taquilla, así que, ya sabes: soy culpable hasta que se demuestre lo contrario.

—Ya —dije y recordé las cámaras de seguridad que había por todos los pasillos. ¿Caería el señor Chen en echarle un vistazo a las grabaciones?—. Por lo menos, intenta convencerlo de que no lo haga constar en tu expediente. Todo el mundo comete errores.

—Pero yo no he cometido ningún error. No puedo atribuirme algo que no he hecho. Cualquiera podría haber metido el examen por la rejilla.

Me pareció que se me paraba el corazón. «Pon cara de no saber nada. Tú no sabes nada».

—Entonces, ¿crees que alguien te lo ha puesto adrede en la taquilla? —Vale, eso era lo opuesto a fingir que no sabía nada. Se me encendieron las mejillas mientras él me miraba boquiabierto.

—Dios... Pensaba que alguien intentaba deshacerse de él. ¿Crees que alguien quiere culparme aposta?

Miré con cautela hacia el cajón de los cubiertos, donde había guardado el móvil. Esperaba que la madera amortiguara lo bastante

nuestras voces para que An0nym0us1 no oyera nada.

—Eh...

—Vaya. —Se echó a reír—. Y yo que creía que estaba paranoico.

Me crucé de brazos; notaba que me estaba poniendo a la defensiva, pero no podía evitarlo.

—Bueno, de lo contrario sería mucha coincidencia, ¿no? Ah, qué casualidad que tenías ese examen la semana siguiente. Claro.

Frunció el ceño.

—Bien visto. Pero ¿quién haría algo así?

Me había estado preguntando eso toda la tarde. ¿Quién odiaba tanto a Dylan como para hacer que lo expulsaran? ¿Quién me odiaba tanto como para secuestrar a mi hermana?

Solamente había una persona en el instituto que me venía a la cabeza... pero era ridículo. Ella nunca haría algo así.

—¿Qué pasa? —preguntó Dylan al verme la expresión.

—No... nada.

—Dímelo. ¿Se te ocurre alguien?

Resoplé y mandando la cautela a paseo, susurré un nombre.

11

Lucía Ramírez nos odiaba a muerte y la culpa era totalmente mía.

En nuestro frenesí por reclutar a un sexto miembro para nuestro equipo de eSports, habíamos organizado pruebas la primera semana de clase. Solo dos personas se habían apuntado y una de ellas era Lucía. Era una chica que, más que solitaria, pasaba inadvertida y que, según su estado de ánimo, revoloteaba de un grupo a otro. Nunca habíamos sido lo que se dice amigas —parecía que lo único que le importaba de verdad era entrar a Harvard—, pero era una chica bastante maja, como las hortensias que le dan el toque a una habitación pero sin destacar demasiado. «Igual que Brady», pensé y me estremecí.

Aun así, su interés por unirse a nuestra pandilla de frikis me desconcertó. Sobre todo cuando irrumpió en la sala de informática ondeando su melena castaña con mechas que brillaba bajo la luz de los fluorescentes. También llevaba un elegante vestido con motivos florales que contrastaba bastante con mi camiseta de la Trifuerza del *Zelda* y con los pantalones de pijama rosa que Zoey se ponía para el instituto, sudando de todo y de todos.

Sin embargo, todo cobró sentido de repente cuando Lucía le hizo ojitos a Randall durante todo el tiempo en que Matty la estuvo entrevistando.

Randall le correspondió al gesto dedicándole una sonrisa de medio lado, lo que provocó que Akira, fastidiada, nos lanzara una miradita a Zoey y a mí, y que Zoey la escudriñara silenciosamente, dando la impresión de que estaba trazando un plan para asesinarla. Un gélido sentimiento se extendió por mi pecho. No podíamos reclutar a Lucía. Sabía que terminaría acabando con nosotros... o nosotros con ella. Ninguna de las dos opciones era aceptable para mí.

Al final, no pudo aguantar más de dos minutos en las rondas de prueba de *MortalDusk* sin acabar pulverizada o quemándose a lo bestia, al menos hasta que Randall empezó a aterrizar a su lado y a jugar en modo guardaespaldas. Y, aun así, era una negada. Al terminar la última ronda, Randall le dijo:

—Bien hecho.

¿Bien hecho el qué? ¿No palmarla en cinco minutos?

—Ya ves, tienes un disparo de locos —añadió Matty. Más bien disparaba a lo loco—. Gracias por intentarlo.

No podía estar hablando en serio.

Zoey arrugó la nariz como si hubiese un truño en la mesa, y Akira tenía una expresión homicida. Ese gélido sentimiento que tenía en el pecho empezó a serpentear por mis venas. Tenía que pararlo para evitar que acabásemos lanzándonos los unos al cuello de los otros. Debía asegurarme de que Lucía ni siquiera quisiera unirse a nosotros.

Una sonrisa llena de esperanza se extendió por el rostro de la chica.

—¿Cuándo lo sabré?

—¿El qué? —dije.

—Si he entrado en el equipo.

Matty empezó a responderle, pero lo interrumpí con un bufido.

—¿De verdad crees que te vamos a dejar unirte a nuestro equipo después de esto? Lo has hecho de pena. Mi abuela, que tiene setenta años, jugaría mejor que tú.

Lucía se quedó con la boca abierta. Se le pusieron los ojos llorosos mientras miraba a cada una de las personas de la sala, esperando a que alguien saliese en su defensa. Pero nadie lo hizo. Cuando huyó hacia el pasillo, supe que había cometido un error.

Randall me miró boquiabierto.

—¿Qué ha sido eso?

Se me encendieron las mejillas.

—Un buen zasca, eso ha sido —comentó Matty, aunque tenía sentimientos encontrados al respecto.

—Era malísima —afirmó Akira.

Zoey fulminó con la mirada a los chicos antes de añadir:

—Y vosotros dos le estabais haciendo la pelota.

—Estábamos siendo amables, tía —protestó Randall.

—¿Para qué? ¿Para hacerle daño después cuando no la escojamos? —dijo Zoey—. Prefiero ir de cara.

Le dediqué una mirada de agradecimiento y ella asintió. Sin embargo, estaba muy avergonzada, casi ni había prestado atención a las pruebas de Dylan. Temía tanto que le hiciésemos a Lucía lo mismo que a Brady, que había acabado humillándola frente a todos, justo lo que quería evitar.

Y debía de haberle hecho daño de verdad, porque intentó vengarse. Y si lo había intentado una vez... quizá lo haría más veces.

—Lucía... —Dylan pensaba en eso ahora mientras se zampaba un brownie—. ¿Porque entré yo en el equipo y ella no?

—Por eso o por todo lo que sucedió después. —Me pasé una mano por la cara. Pero ella no podía ser An0nym0us1, estaba en clase cuando recibí el primer mensaje de vídeo. Aunque sí que me había seguido hasta el baño. Eso había sido un poco extraño.

—Pero si yo no tuve nada que ver con eso —repuso Dylan.

Él no tenía ni idea de que yo era el objetivo principal. Me mordí el labio y miré en dirección al móvil. Era demasiado peligroso estar especulando de aquella manera en voz alta.

Como aparté la mirada, Dylan me malinterpretó.

—Eh, solo me estás siguiendo la corriente, ¿no?

Qué mal. Él pensaba que yo creía que él era culpable. Parecía tan angustiado que le extendí la mano y estreché la suya.

—No. Yo no...

—Hola. —Matty, con los ojos clavados en nuestras manos, estaba plantado en la puerta que separaba la cocina del vestíbulo.

—¿Qué tal? —le devolví el saludo.

—Esto... lo siento... La puerta estaba abierta.

Vaya. Se me habría olvidado cerrarla después de que Dylan entrase. Me había tragado muchos sermones de mi madre por dejármela abierta, aunque después contraatacaba recordándole la última vez que ella se había olvidado de dónde había puesto su teléfono o las llaves.

—No pasa nada —dije. El resto del grupo irrumpió en la cocina. Zoey fue la última en entrar; tenía un aspecto algo desaliñado.

—Tío, ¡¿has robado un examen?! —Randall le dio un golpecito juguetón en el brazo—. Todo el mundo sabe que hay que sacarle fotos y luego dejarlo en su sitio.

Dylan tensó la mandíbula.

—No he robado nada.

Los chicos soltaron una risita.

—Sí, sí, claro —replicó Randall, y Akira le dio un codazo.

—¡Que no lo he hecho!

—Si lo has hecho, puedes decírnoslo. No te vamos a juzgar. —Zoey le dedicó una mirada empática.

Puse los ojos en blanco, tanto, que casi me rozaron el cráneo. Le encantaría tener un colega que también fuese un tramposo para poder compadecerse.

—Pero ¡es que no lo he hecho! —Dylan dejó caer los hombros, abatido—. Joder, si vosotros no me creéis, ¿quién lo hará? ¿Y cómo me va a creer el MIT?

—Así es la vida —se mofó un poco más Randall, tan implacable y burlón como siempre, mientras se servía un brownie.

—Yo te creo —afirmé.

Dylan alzó la cabeza.

—¿En serio?

—¿En serio? —preguntó Matty al mismo tiempo.

Sentí una ola de calor en las mejillas.

—Si dice que no lo ha hecho, no lo ha hecho. ¿Qué gana mintiéndonos?

La mirada de Matty viajaba de Dylan a mí, y viceversa. Sentí una punzada en el pecho. ¿Acaso sabía lo que sentía por Dylan? Confiaba en que Akira y Randall mantuvieran mis sentimientos en secreto, pero Matty me había visto huir de la fiesta de Lucía justo después de que Zoey besara a Dylan; ¿estaba atando cabos?

—Porque sabe que debería haberle hecho fotos —comentó Randall con la boca llena, y Akira le pegó en el brazo.

—¿Quieres dejarlo ya?

—¿Y a ti no te tocaba hacer de canguro hoy? —le espetó Dylan a Randall.

—Mis padres han vuelto temprano a casa, así que estoy libre —le contestó con una vocecilla aguda y le dio una serie de toquecitos en el hombro, poniéndolo todo perdido de migas—. Tranquilo, tío. Solo te estoy tocando un poco las narices.

—Venga. —Me bajé del taburete—. Vamos a jugar.

Quería distraer un rato a mis amigos con *MortalDusk* para poder buscar en internet a Lance Burdly. Con suerte la policía aún no le habría echado la puerta abajo...

Dylan cogió la bandeja de brownies, mientras que Akira sacaba un plato del armario, para seguidamente abrir el cajón de los cubiertos. Le gustaba mordisquear y saborear los dulces durante el mayor tiempo posible.

—Pero ¿qué...? —Sacó mi móvil del cajón.

Se me aceleró el corazón.

—Anda, conque aquí estaba...

Lo cogí y me dirigí al sótano, sin prestar atención a la forma en que Akira se me quedó mirando, como si me hubiese vuelto loca.

Tras bajar las escaleras, me senté en la butaca reclinable que normalmente se pillaba Zoey. Me miró confundida antes de sentarse ella en el sofá, justo al lado de Akira, donde yo me solía sentar, pero es que ese era el único lugar desde el que podía investigar a Lance Burdly sin que Akira o Dylan se diesen cuenta.

—¿Así que a tu padre le ha dado igual la movida? —le preguntó

Randall a Dylan.

—Pues... ¿no? —le contestó mientras dejaba la bandeja encima de la mesa, antes de sentarse junto a Zoey. Al hacerlo, Whiskers se bajó de un salto del reposabrazos y corrió escaleras arriba en busca de un lugar más tranquilo y silencioso.

—Bueno, pero estás aquí —dijo Randall—. ¿No te ha castigado?

—Ya, es que no lo sabe todavía. El señor Chen no ha podido contactar con él... Está en una feria del libro en Nueva York.

Cuando el casero que tenían en Nueva York les subió el precio del alquiler una barbaridad, Dylan y su padre se habían tenido que mudar a Vermont porque no podían permitírselo con su sueldo de editor. Su padre consiguió trabajo en una pequeña editorial local, pero tenía que viajar constantemente para ir a ferias y conferencias. Y, como su madre había fallecido, Dylan pasaba mucho tiempo solo.

—Pues menuda suerte. —Matty cogió un brownie y le pasó la bandeja a Zoey.

Ella lo rechazó con un ademán.

—No, gracias, aún estoy algo mareada.

Qué raro. Zoey era adicta al chocolate, tal vez sí que estuviera mal de verdad.

—Vale, Crys, a ver si lo he entendido bien —me dijo Matty, con lo que me distrajo de empezar la investigación—. Echas la pota en el instituto y, para celebrarlo, ¿haces brownies?

—Bueno... A ver... Quería hacerle a Dylan algo que lo reconfortase.

El susodicho soltó una risita.

—Nada como el chocolate para olvidar que tu vida se ha ido a la mierda. —El sarcasmo volvió a relucir en sus palabras.

—A tu vida no le ha pasado nada —repuse—. Lo solucionaremos juntos, ¿de acuerdo?

Los ojos de Dylan se clavaron en los míos, fijamente, como si tratara de descifrar algo. Sentí que me ardían las mejillas y cuando al final aparté la mirada; mi cara debía de ser del mismo tono rosa que el pelo de Zoey.

Ella y Matt intercambiaron una expresión agria.

Pese a que no me podía importar menos lo que Zoey pensara, la cara de Matt hizo que se me partiera el corazón. No podía permitir que nuestros sentimientos dispares nos acabaran destruyendo. Teníamos que hablar. Quería dejarle claro lo mucho que él significaba para mí y que jamás haría nada que pusiese en peligro nuestra amistad, aunque estaba segura de que él sacaría a relucir que a Akira y Randall les estaba yendo bien...

Sin embargo, mientras nos mirábamos a los ojos, la idea de hablar

con él me estaba matando por dentro, pero ¿por qué? Estaba claro que me daba miedo herir los sentimientos de Matty, pero había algo más. Por alguna razón, me había cerrado en banda a la posibilidad de tener algo con él; había puesto tierra por medio cada vez que notaba que se acercaba de más y había invitado a los demás a todos los planes que él me proponía. ¿Estaba siendo ridícula?

Madre mía, ¿en qué momento se habían complicado las cosas de aquella manera? Solo las hormonas podían hacer tambalear así una buena amistad.

—Bueno, ¿quién va a hacer el directo hoy? —preguntó Randall. Akira se tensó.

Aunque todos teníamos el micro activado, nos turnábamos de dos en dos para retransmitir con las webcams y las pantallas. A Akira no le gustaba nada aparecer en cámara, por lo que detestaba que le tocase, sobre todo desde que nos trolearon. A decir verdad, todos nos habíamos vuelto algo recelosos después de eso. Aun así, la psicóloga de Akira la animaba a hacerlo como parte de la terapia de exposición, para reforzar su autoestima, de modo que últimamente hacía de tripas corazón. Dylan, siguiendo con su rebelión contra las redes sociales, era el único que se negaba en redondo.

—¿Tú y yo? —Randall le dio un toquecito en el brazo a Matty.

—Venga —contestó este, y Akira se relajó.

Mientras se cargaba *MortalDusk*, Matty le preguntó a Dylan:

—Te han expulsado, ¿no? —Dylan asintió malhumorado—. Joder. ¿Eso quiere decir que, técnicamente, también te han expulsado de nuestro equipo?

Me dio un vuelco el corazón.

Todos nos lo quedamos mirando mientras él palidecía. Zoey enderezó la espalda, esperanzada. Ja. Habría sido capaz de lanzar a Dylan a los leones solo para conseguir un puesto en el torneo; si él ya no podía participar, eso significaba que todos los demás sí.

—A ver, el torneo no es ni siquiera una actividad escolar —dije.

Muchos de los participantes eran mayores, como Fishman y su equipo de Vermont, equipo que tuvo que formar como pudo porque sus compañeros habituales estaban desperdigados por todo el mundo. Lo único que sabía de ellos era que vivían cerca de la frontera con Canadá.

—Sí, pero es técnicamente una actividad de equipo —especificó Matty. Lo miré con los ojos entrecerrados. ¿De verdad le preocupaba ese pequeño matiz o eran los celos los que hablaban por él?

—El señor Ferguson no se ha pronunciado todavía —resalté. Matty lo había reclutado como supervisor cuando fundó de manera oficial

nuestro equipo de eSports en el instituto Newboro; sus madres habían insistido en que hiciera algún deporte de equipo y no pudieron rebatirle que los eSports no cumplieran ese requisito. No obstante, el señor Ferguson nos había dejado a nuestro aire, porque estaba muy liado organizando las olimpiadas científicas—. Así que, hasta que no lo haga, supondremos que Dylan aún puede participar. Tenemos muchas más posibilidades de ganar si él está en el equipo.

Pensaba que él apreciaría el gesto, pero vi cómo tensaba la mandíbula. ¿Creía que él me daba igual y que solo me importaban sus habilidades? La voz de Caelyn se hizo eco en mi cabeza: «¿Te preocupas por algo que exista de verdad?». El corazón se me paró. Dios mío. Nada de todo aquello tenía importancia. Tenía que prevenir a Lance Burdly. Tenía que encontrar a mi hermana.

En cuanto el dragón me dejó en la Bahía Embrujada, permití que un elfo cualquiera me matara sin oponer resistencia.

—¡Mierda! —grité. No se podría decir que fuese una actuación digna de un Oscar, pero Zoey esbozó una sonrisa de suficiencia. En fin. En ese momento no podía preocuparme por esas cosas. De todas maneras, era muy poco probable que yo pudiese participar en el torneo; a saber lo que ocurriría de aquí al domingo.

Me metí en Google:

«La búsqueda “lance burdly” no obtuvo ningún resultado».

¿Ninguno? Vaya. Pasé a buscar en las redes sociales mientras silenciaba mentalmente el ruido de fondo: los comentarios jocosos de Randall y Matty sobre el juego y los ocasionales gruñidos en el fragor de la batalla. Sin embargo, no di con ningún Lance Burdly. Qué cosa más rara. Bueno, no todo el mundo tenía redes sociales. Dylan no tenía, por ejemplo. Siempre que le preguntaban por su nombre de usuario donde fuera, decía: «Me niego a darle a corporaciones corruptas acceso a mi cerebro». Y si pillaba a alguno de nosotros matando el tiempo con el móvil, nos reñía: «Los algoritmos os han vuelto adictos». Y no le faltaba razón.

Así que redirigí la búsqueda y me dediqué a comprobar cada directorio web que pude encontrar, pero todos terminaban siendo callejones sin salida. Mi gozo en un pozo. ¿Cómo podía alguien no aparecer por ningún sitio en internet?

—¡Lo he clavado! —vociferó Matty de repente, y del susto di un respingo—. Y con eso tengo veinte mil puntos.

Vaya, genial... se acababa de asegurar el tercer puesto en el torneo. Randall gritó y Zoey frunció el ceño; se veía a la legua que le fastidiaba que los chicos la hubieran adelantado. Le choqué los cinco en el aire a Matty, pero Akira me miró con preocupación. Necesitaba

ese dinero para pagarse la universidad. Quería ir a Cornell, que contaba con uno de los mejores planes de estudios en el grado de Arquitectura, pero, como era de la Ivy League, la posibilidad de que la becaran era minúscula. Y ninguno de nosotros queríamos que la vida estudiantil nos enterrara bajo una montaña de deudas, como les había pasado a nuestros padres.

Por lo menos Akira tenía claro lo que quería hacer con su vida. A veces, fantaseaba con dedicarme a desarrollar videojuegos para poder crear historias ambientadas en los paisajes a los que tanto me gustaba escapar. Con todo, ¿tenía mano para el diseño? ¿Tendría que aprender a programar? Zoey había intentado enseñarme alguna cosilla, pero no me acordaba de nada. ¿Sería capaz de ingeniar un complejo sistema de rompecabezas y reglas? No me había parado a sopesarlo con tranquilidad y, siendo realista, no podía pensar en algo más allá del próximo mes.

Matty devoró con alegría lo que le quedaba de brownie.

—Cómo siento que la hayas palmado tan rápido, Crys.

—Y cómo siento yo tener que verte la cara —le respondí instintivamente.

Matty soltó una risita de aprobación mientras se rascaba la nunca, sabía que a nuestro público le encantaba ese tipo de humor. Luego, tapó el micrófono para que no se le oyese y me dijo:

—Qué gusto da jugar una partida sin Fishman por ahí.

—Ya ves. —Pero yo tenía problemas peores de los que preocuparme. Igual que Lance.

En la siguiente ronda, si no quería levantar sospechas, tenía que mantenerme viva el tiempo suficiente, por lo que, sin mucho entusiasmo, me dediqué a buscar cofres.

—Oye, Matty, tengo un bastón de fuego, ¿lo quieres? —Era su arma favorita. Yo, en cambio, prefería la porra electrificada, porque lanzaba rayos que alcanzaban una mayor longitud y podía subirme a los tejados a hurtadillas y disparar al resto de jugadores.

—No. —Se rascó la nuca de nuevo—. Ya tengo uno.

—Vale.

Conforme me dirigía a toda velocidad hacia el Castillo de la Calamidad, oí unos pasos acercándose, así que tomé un desvío que llevaba a una casa de campo, subí a la planta superior y me asomé por la ventana. Un avatar con una melena rubia larga y sedosa y con un vestido rosa atravesó con rapidez el camino de tierra. Puse el cursor encima de él y pulsé el botón derecho del ratón. DaggerQueen29.

Zoey.

Me valía. Le apunté a la cabeza con el bastón de fuego, pero la

bola de fuego pasó zumbando sin rozarla. Ella se dio media vuelta, buscando el origen de la llama, y corrió hacia mi dirección. Mierda. No iba a fingir indiferencia, no le quería dar el gusto de que me matase. Volví a apuntar, pero antes de poder disparar siquiera, un rayo cruzó la pantalla y el avatar de Zoey se evaporizó.

—¡No! —gritó mientras veía cómo desaparecían todas sus pociones de curación—. Pensaba que te tenía.

—No he sido yo —le dije.

Matty carraspeó. Por un momento, creí que era una forma de apuntarse el tanto, pero entonces se actualizó el recuadro de la esquina con las muertes más recientes.

Unos gélidos zarcillos me envolvieron el corazón.

«An0nym0us1 ha eliminado a DaggerQueen29 con una porra electrificada».

12

Se me erizó todo el vello del cuerpo. An0nym0us1 me había encontrado en el juego. ¿Cómo podía ser?

Eché un ojo a Zoey, que miraba su pantalla mientras se mordía las uñas pintadas de rosa. Una vez dijo que era imposible acechar específicamente a un usuario en un mapa sin hackear antes *MortalDusk*. Y aunque estuviéramos en directo, nadie podía unirse a un mapa con la partida empezada. Pero era evidente que An0nym0us1 era un friki de la informática.

Zoey me miró confundida.

—¿Piensas moverte?

Estaba viendo mi avatar, lo que significaba que An0nym0us1 también podía verme. Después de morir, podías ver a la persona que te había matado hasta que esta moría y después, a la persona que había matado a la otra hasta que también la palmaba, y así sucesivamente. No solíamos quedarnos a mirar; que te mataran pronto era una ocasión para terminar los deberes.

Pero una vez, hace un par de meses, sí me quedé a mirar. Zoey me había achicharrado con una bola de fuego lanzada a través de la ventana y, cuando mi punto de vista cambió al suyo, flipé. Estaba en lo alto de la colina de la Medialuna.

—¡Madre mía! ¿Me has volado por los aires desde allí arriba?

Me quedé boquiabierta cuando vi el tablón de actividad: «DaggerQueen29 ha eliminado a ShardsOfGlass con un bastón de fuego». Tal vez un arquero profesional como Randall podría efectuar ese tipo de tiro con una flecha de fuego, pero ¿con un bastón? Imposible.

Se puso colorada.

—Lo siento. No me he dado cuenta de que eras tú.

—Da igual, pero ¿cómo lo has hecho? —Zoey tenía una puntería cuestionable y prefería los combates a cuchillo.

—Ha sido un tiro con suerte. —Apretó los labios con tanta fuerza que todo el rosa desapareció. Entrecerré los ojos. ¿Estaba mintiéndome a la cara?

A Dylan se le escapó una risilla.

—No seas mala perdedora, anda.

Entonces me sonrojé yo.

—¡No lo soy! Solo que... me sorprende. Olvídalo, da igual.

Me fui a la pestañita del trabajo de Lengua e intenté pasar de la inquietud que me reconcomía. Pero Zoey seguía con la racha de suerte e iba ganando MortalBucks más rápido que nadie. Me molestaba ver cómo había mejorado en tan poco tiempo; no podía evitarlo. Yo tenía que jugar en el campeonato. Necesitaba el dinero del premio para ayudar a mamá a pagar la hipoteca. Los padres de Zoey ya estaban forrados. Le pagarían la matrícula de la universidad sin problemas y después la enchufarían en su clínica dental como dentista, y entonces ganaría una buena pasta. El futuro se presentaba ante ella en una alfombra roja, servido en bandejas de plata. El paquete completo. Ella no necesitaba el dinero ni tendría que mudarse si perdiera.

Intenté dejar de lado el resentimiento; me sentía una amiga de mierda, pero intuía que algo no encajaba. Era como cuando ves algo que se mueve con el rabillo del ojo, pero no hay nada. O cuando notas que el móvil te vibra en el bolsillo, pero resulta que no te ha escrito nadie. Un fallo en Matrix.

Empecé a observar el tablón de actividad cual halcón: DaggerQueen29 estaba machacando a la peña con todo tipo de armas y hechizos. Normalmente, los jugadores dominaban dos o tres habilidades, pero, de buenas a primeras, a Zoey se le daba genial todo. Así pues, la siguiente vez que tuvimos un cara a cara, dejé que me matara y resoplé, fingiendo que me ponía a hacer los deberes. En lugar de eso, me puse a verla jugar. Perseguía a su próxima víctima por campo abierto —de forma temeraria, como si se sintiera inmune —, y disparó una flecha de fuego mientras corría. El punto de mira blanco revoloteó en la espalda del enemigo, luego subió hasta la cabeza y se detuvo. Incluso cuando se agazaparon tras un árbol, el punto permaneció en la cabeza, como si Zoey tuviera visión de rayos X o algo así. Y, en la milésima de segundo en que volvió a aparecer, disparó el arco y le asestó un lanzamiento mortal en la cabeza.

Se me puso mal cuerpo. Estaba segura de que usaba un *aimbot*, un programa con el que se podía apuntar a la cabeza a otros jugadores de forma automática. A un *streamer* de los famosos lo habían expulsado de *MortalDusk*, le suspendieron la cuenta y le inhabilitaron la IP... todo, de por vida. ¿Por qué iba a arriesgarse Zoey? ¡¿Y cómo se atrevía a traicionarnos así?! Le lancé una mirada fulminante por encima del monitor; tenía ganas de borrarle esa sonrisa de superioridad de un guantazo.

Sin embargo, la idea de exponerla delante de los demás me daba mucho apuro. No me gustaba nada el conflicto. Porque ¿y si estaba equivocada? Me acusaría de ser una envidiosa... y con razón. Necesitaba pruebas de que estaba haciendo trampas.

—¿Qué haces ahí parado? —preguntó Zoey mientras Matty empezaba a toser, lo que me hizo salir del trance. De repente, vi el nombre de An0nym0us1 en el tablón.

No hizo falta que me moviera. Una figura vestida de negro de pies a cabeza apareció en mi campo de visión y se plantó justo en frente de la cabaña. Hice clic derecho con el ratón encima del avatar, pero ya lo sabía.

An0nym0us1.

—Blanco fácil —exclamó Zoey.

No me disparó. Se limitó a intimidarme con la mirada, como si dijera: «Te observo desde todas partes». Los auriculares amplificaron el sonido de mi pulso, que me latía en los oídos y silenciaba todo lo demás. Era como si las paredes se me vinieran encima.

—¡Eh! —Randall le dio a Matty un empujoncito en el hombro—. Para ya, tío.

Matty soltó una carcajada a través de la tos.

—Argh, me estoy atragantando con la saliva... —Enseguida le volvió la tos de perro.

—¿Quieres un poco de agua? —le ofreció Akira. Matty hizo un gesto de negación con la mano mientras sacudía la cabeza, pero la cara se le estaba poniendo cada vez más roja.

—Voy a por un vasito —dije al tiempo que cerraba mi portátil. Tenía que salir de ahí. An0nym0us1 estaba en todos lados. Todos.

Subí corriendo las escaleras hacia la cocina. Vi unos puntitos del color del barro que me cegaron un momento y tuve que agarrarme al borde de la encimera de granito. El corazón me latía tan deprisa que creí que el pecho me iba a estallar. El secuestrador de Caelyn estaba observando, siempre al acecho, tanto en la vida real como dentro de *MortalDusk*. No solo quería que participara en su retorcido juego, también quería meterme miedo. Quería torturarme.

Akira subió las escaleras, parecía turbada.

—¿Piensas traer el agua o qué? —preguntó, antes de reparar en mi expresión—. ¿Estás bien? —Sabía que me daban ataques de pánico de vez en cuando; a veces, sin venir a cuento. Así que, si en alguna ocasión me escabullía, venía a ver cómo estaba. La última vez que ocurrió, se tumbó a mi lado en la alfombra y me dejó agarrarle de la mano aunque se la estuviera estrujando, esperando a que se me pasaran los temblores que me agitaban entera. Más o menos igual que

cuando yo me di cuenta de que ella no comía más de una manzana en el instituto. Tenía la cara demacrada y sus ojos habían perdido el brillo; temblaba cuando hacía calor y se aferraba a lo que tuviera cerca cuando se ponía de pie, mareada, descentrada. La convencí de que se lo contara a sus padres, la cogí de la mano mientras lo hacía y cada día le decía que estaba a salvo, que no estaba sola. En secreto, calmábamos el dolor de la otra cuando parecía que nadie más nos entendía.

Pero esta vez no había venido por mí. Sin esperar una respuesta, Akira se giró y cogió un vaso del armario.

—Matty no está bien. —Se me heló la sangre mientras llenaba el vaso en el fregadero. La seguí escaleras abajo. Matty estaba encorvado y tosía en sus manos, con la cara roja como un tomate. El juego había quedado en segundo plano. Los portátiles de Randall y de Matty estaban cerrados; la forma más rápida de terminar una transmisión en directo. Akira le acercó el vaso y él lo cogió, pero no le dio tiempo a dar un sorbo antes de comenzar a toser de nuevo, y el agua se le derramó por el borde. Mientras ella lo cogía, Zoey y yo intercambiamos una mirada de preocupación.

—¿Te estás ahogando con algo? —pregunté frenética, lista para ponerme en posición y hacerle la maniobra de Heimlich, como me había enseñado mi madre.

—No... —graznó, y continuó tosiendo. Mientras sacudía la cabeza, señaló su mochila con un dedo. Ahí fue cuando me percaté del bulto redondo y rojizo que tenía en el dorso de la mano. También tenía un par en la nuca. ¿Era urticaria?

—Madre mía. ¡La epinefrina! Necesita su EpiPen. —Me abalancé sobre su mochila y busqué el estuche naranja chillón dentro.

Randall agarró a Matty por el hombro.

—¿Es una reacción alérgica?

—Creo que sí —respondí.

—Pero ¿a qué? —planteó Akira.

—¿Los brownies? —Zoey señaló la bandeja con los bizcochitos; nos habíamos comido la mitad.

Me quedé petrificada y se me volvió a encoger el pecho.

—No. Imposible. Los he hecho yo... la receta no llevaba frutos secos...

—¿Estás segura? —inquirió Zoey.

—¡Al cien por cien! —Seguí buscando por la mochila de Matty con los dedos temblorosos—. Ni siquiera tenemos frutos secos en casa. —Mamá no compraba ya frutos secos desde que Matty empezó a venir muy a menudo; muy a pesar de Caelyn, que cada vez que iba a

casa de Deja o de Suki se atiborraba de bombones de chocolate rellenos de mantequilla de cacahuete.

A Matty se le hinchaban las venas del cuello al jadear entre ataques de tos, esforzándose por respirar. La inyección de epinefrina frenaría el choque anafiláctico, reduciría la inflamación y le relajaría los músculos que le cerraban los pulmones. Una vez, las madres de Matty nos acorralaron en el salón y la mía nos enseñó a usar esa inyección con forma de boli: había que quitar el tapón, colocarle la punta en el muslo y presionar hacia dentro; así se autoinyectaba. Se suponía que era tan fácil que hasta Matty podía hacerlo él mismo.

Y sería fácil si encontrara el maldito cacharro. Atacada, busqué por todos los compartimentos.

—No lo encuentro. Matty, ¿seguro que está aquí?

Se las arregló para asentir con la cabeza.

—Voy a llamar a una ambulancia. —Agarré el móvil, marqué el número y me lo acerqué a la oreja, mordiéndome los carrillos por dentro con tanta fuerza que me supo a metal.

Randall cogió la mochila a toda velocidad y la puso boca abajo, agitándola con todas sus ganas. Cuadernos, bolis, lápices, gomas y todo tipo de material escolar volaron por los aires, pero ni rastro del estuche naranja.

—¿Dónde leches está?

Akira se arrodilló junto a Matty, ofreciéndole palabras de consuelo, pero Zoey se quedó a un lado, con las mejillas brillantes por las lágrimas de miedo que le resbalaban por la cara.

Dylan se sentó en el borde del sofá, apretándose los labios con los dedos, mirando el portátil.

—Sí —dijo de repente—, la anafilaxia se instaura entre los tres y treinta primeros minutos.

¿Por qué no lo oía comunicar? Miré de nuevo la pantalla del móvil. La llamada no entraba y, al cabo de un rato, se dio por vencida y volvió a la pantalla de inicio.

—Mi móvil... algo le pasa. ¡Que alguien llame a emergencias!

Randall sacó su móvil e hizo la llamada.

—Sí, hola, estamos en... —Me miró.

—Calle Radcliffe Drive, número 552 —dije. Matty tenía ahora la cabeza entre las rodillas; tosía de forma impetuosa y se agarraba la garganta.

Randall repitió mi dirección.

—Necesitamos una ambulancia, rápido. Mi amigo tiene una reacción alérgica. ¡No puede respirar!

¿Por qué Randall podía llamar y yo no? Estaba casi segura de que éramos de la misma compañía telefónica y nunca había tenido problemas de cobertura en casa. Comprobé la pantalla: sí, tenía todas las rayitas. ¿Por qué no podía llamar a emergencias?

An0nym0us1. Me había hackeado el móvil. Seguro que tenía las llamadas salientes bloqueadas. Me dio un vuelco el estómago como si estuviera cayendo por un precipicio. ¿Había manipulado los brownies? Me había hecho ir al parque. Me había sacado de casa.

Y los brownies no se habían quemado.

¿Qué cojones? ¿Había entrado en mi casa?

Justo entonces, Matty cayó de la silla al suelo.

—¡Matty! —Me acerqué corriendo. Hacer que expulsaran a Dylan era una cosa, pero ¿An0nym0us1 me haría matar a alguien?

Había secuestrado a Caelyn. La estaba reteniendo en contra de su voluntad y me provocaba amenazándome con cortarla...

—Sí, exacto, un choque anafiláctico —dijo Randall al teleoperador —. Y no lleva el EpiPen encima.

Akira se arrodilló al otro lado de Matty.

—No pasa nada, va, todo saldrá bien. —Sin embargo, a mí me preguntó en voz baja—: ¿Qué hacemos?

No podía quedarme de brazos cruzados.

—¡Túmbalo de costado! —indiqué, recordando las instrucciones de mamá. Akira me ayudó a ponerlo de lado. Mamá había visto muchas situaciones evitables en el hospital, y como yo solía hacer de niñera, me enseñó lo básico sobre primeros auxilios y la RCP. También estaba paranoica por si alguna vez descubríamos una alergia que no conocíamos, así que en casa siempre había...

—¡EpiPens! —Me puse en pie rápidamente—. Mi madre tiene EpiPens de emergencia arriba.

—¡Corre! —gritó Randall con los ojos desorbitados y llenos de pánico.

Mientras subía las escaleras volando, rezaba para que no hubieran caducado. Había un par en cada estuche, pero ¿no caducaban al año o algo así? Mamá estaba tan agotada últimamente que nosotras teníamos que recordarle ese tipo de cosas, como cuando se agotaban los cartuchos del inhalador de Caelyn.

Llegué al baño de arriba y abrí el mueble de las medicinas. El estuche naranja siempre estaba en la esquina inferior derecha para facilitar el acceso.

Pero ahí no había nada.

Con un gruñido frustrado, tanteé el espacio vacío; tal vez el estuche había caído en algún panel oculto o algo así, y luego rebusqué

por los cajones. ¿Había An0nym0us1 manipulado los brownies, conocedor de la alergia de Matty, y luego había buscado en los baños por si hubiera algo que pudiera salvarlo?

El simple hecho de pensarlo me aterrorizaba.

Pero era imposible que fuera eso lo que había pasado. Ni de coña. Solo estaba paranoica. Seguro que los EpiPens habían caducado, tal como sospechaba, y mamá los había tirado con la intención de reponerlos pronto.

Cuando volví a bajar, Matty estaba convulsionando. Sus pulmones se esforzaban por aspirar aire y tenía los ojos cerrados.

—¿Los tienes? —preguntó Randall.

—No, no los he encontrado —dije, y él soltó un taco—. ¿Se ha desmayado?

—Sí —contestó Dylan. Akira seguía arrodillada al lado de Matty, manteniéndolo de costado.

—¿Dónde está la puta ambulancia? —sollozó Zoey.

—De camino... —empezó a decir Randall.

Pero, de repente, Matty se quedó quieto. Y en silencio.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Zoey—. ¿Ya vuelve a respirar?

Me agaché a su lado y coloqué la mano debajo de su nariz, esperando notar una leve corriente de aire en los dedos, pero no noté nada. Nada.

—No respira.

—¡No respira! —repitió Randall al teléfono. Escuchó durante un momento y preguntó—: ¿Alguien sabe hacer una RCP?

Pero yo ya estaba manos a la obra. Volví a girar a Matty boca arriba y presioné la oreja contra su pecho, buscándole el latido. Mamá había dicho que la anafilaxia a veces provocaba paros cardíacos. Solo oía los sollozos de Zoey.

Contuve mi propio llanto.

—No. Esto ha sido demasiado rápido. Ha pasado demasiado rápido. —Comencé con las compresiones en el pecho, con las manos entrelazadas y presionando fuerte y rápido en el centro de la caja torácica de Matty. Las lágrimas corrían por mis mejillas mientras contaba hasta... ¿hasta cuánto era? ¿Treinta? Nerviosa, me sequé la cara con el dorso de la mano para no poner perdido a Matty con mis lágrimas. No podía perder el control. Tenía que mantener la calma.

Matty ya tenía la boca abierta, con los labios rosados e hinchados. Le pellizqué la nariz, presioné mis labios contra los suyos y soplé con fuerza. Tenía los labios algo secos después del ataque de tos y aún calientes. Sin embargo, su pecho seguía plano. Así no era. Le incliné la cabeza hacia atrás y le levanté el mentón, coloqué los labios con más

firmeza sobre los suyos y exhalé.

Pero no ocurrió nada.

Su pecho debería haberse levantado al llenarle los pulmones. ¿Tenía las vías respiratorias completamente cerradas o yo lo estaba haciendo mal? Ahogué otro sollozo antes de empezar otro ciclo de compresiones. Si el aire no le estaba llegando a los pulmones, el oxígeno tampoco le llegaría al cerebro, lo que significaba que podría tener daños cerebrales. Eso si su corazón aún no se había dado por vencido.

Dylan se arrodilló a mi lado.

—¿Te ayudo? ¿Qué hago?

Agité la cabeza e intenté volver a introducir aire en los pulmones de Matty. Todavía nada. Solté un llanto ahogado y todo se volvió borroso como en una pesadilla de bordes deformes y difusos. Esto no podía estar pasando.

—¡Dios mío! —exclamó Akira mientras Zoey se aferraba a ella llorando. Se oía una voz distorsionada procedente del móvil de Randall: querían que les pusiera al día, pero él estaba demasiado conmocionado para hablar.

Dylan puso un par de dedos en el cuello de Matty y dijo algo; sus palabras se distorsionaron en mi mente mientras oía el ulular de las sirenas a lo lejos. La ambulancia estaba llegando. La ayuda estaba ya en camino.

Pero ¿era demasiado tarde?

Cinco años antes

—Espera —le susurré a Brady. Acabábamos de entrar en casa de Zoey a hurtadillas. Las luces aún estaban apagadas, excepto las de la cocina. Arriba, la puerta del dormitorio de los padres de Zoey estaba cerrada y todo era tranquilidad y silencio.

Miré a Brady con una sonrisa traviesa y me llevé un dedo a los labios. Él asintió, cómplice. Mientras bajábamos las escaleras, todos se reían de algo, ajenos a nuestro regreso. Saqué el móvil del bolsillo y preparé la linterna con el corazón palpitando a mil por hora. Al final de las escaleras, pulsé el interruptor de la luz y la leonera se sumió en la oscuridad.

Akira dio un grito ahogado.

—Pero ¿qué...? —soltó Matty.

Mientras me acercaba, sostuve el móvil debajo de mi barbilla y encendí la linterna, que me iluminó la cara, para luego soltar un gruñido ronco. Zoey chilló, pero el alarido que salió de Akira habría sido lo bastante agudo para despertar a todo el vecindario si el sótano no hubiera estado insonorizado.

Matty y Randall se partían de risa viéndola agazaparse dentro de su saco de dormir.

Zoey se levantó y se abalanzó sobre el interruptor de la luz. Por un segundo, temí que se hubiera cabreado, pero se estaba riendo a carcajadas.

—Kiki, solo es Crystal.

Akira se asomó con los ojos clavados en la espeluznante puerta de la esquina trasera.

—Creía... creía... —Salió del todo, frunció los labios y me lanzó un peluche de Olaf—. ¡Idiota! —Después, sucumbió a las risas, como el resto de nosotros.

Brady se quedó a un lado, riendo algo incómodo. Nadie era consciente de que había vuelto. Con suerte, podríamos simplemente olvidar lo que había pasado antes y pasárnoslo bien.

—Chicos —susurré emocionada—, todos están arriba durmiendo. ¿Jugamos a la caza humana?

A Zoey se le borró la sonrisa.

—No. Te he dicho que mis padres me matan como salgamos de casa.

—Acabamos de salir —nos señalé a Brady y a mí— y nadie se ha dado cuenta.

—Sí, pero solo cinco minutos.

—Venga ya, Zoey —dijo Randall—. No seas gallina.

Matty soltó un cacareo.

—¿Y si jugamos al Santuario*? —propuso Brady.*

—Eso después —respondió Akira.

Zoey se estiró de las mangas hasta cubrir los puños; parecía dividida.

—Va, Zoey. —Le zarandeé el brazo—. Tus padres no te matarían en tu cumpleaños. Nadie va a morir. Nos lo vamos a pasar pipa.

Segundos después, los ojos le brillaban con rebeldía.

—Vale, vamos.

Mientras todos se ponían el abrigo, Brady se quejó:

—Jo, me he dejado la chaqueta en casa.

—¡Cachis! —Matty sacó una sudadera roja grande y se la lanzó—. Toma, anda.

Brady se la puso. Tenía el dibujo de un creeper *del* Minecraft *y le llegaba casi por las rodillas. Tuvo que remangársela para poder sacar las manos.*

Zoey desapareció en el trastero. Akira hizo una mueca, como si ahí dentro hubiera fantasmas que pudieran descuartizar a Zoey a bocados. Sin embargo, no tardó en volver con un gorro rosa rematado con un pompón y guantes a juego, y varias linternas en las manos.

—Solo hay cuatro.

Como Matty y Randall se estaban peleando por una de ellas, dije:

—Yo uso la de mi móvil. —Y le pasé una linterna a Akira. Brady y ella aún no tenían móvil.

Guie a todo el mundo escaleras arriba y sujeté la puerta mientras mis amigos salían al aire fresco de la noche. Akira y Randall se reían como niños pequeños mientras corrían colina arriba hacia el columpio que había detrás de la casa; Zoey seguía mandándoles callar. Cerré la puerta con sigilo y, al echar a correr para no quedarme atrás, tropecé con el escalón de la entrada.

Extendí los brazos sin pensar y jadeé, preparándome para el impacto.

Alguien me agarró de la chaqueta por la espalda y me pegó un tirón. Cuando recuperé el equilibrio, vi que era Matty. Me había estado esperando.

—Un poco más y caes de boca —dijo.

Me reí y me alisé las arrugas de la chaqueta.

—Ya ves. Muchas gracias.

—Intenta no ser tan torpe. —Esbozó una sonrisa burlona.

Quise darle un empujón, pero me esquivó.

—Intenta no se tan borde.
—¡Intenta no ser tan zote!
Entre risas, lo perseguí por el jardín hacia donde estaban los demás.
La noche era nuestra.

13

Había dos hombres en el mundo en quienes no confiaba en absoluto; aparte de los políticos y gente de esa calaña, vaya. Hombres a quienes conocía en persona. Y uno de ellos estaba en mi cocina.

El jefe Sánchez se encorvó sobre la encimera y olisqueó la bandeja de brownies que yo había subido del sótano después de que un par de paramédicos se llevasen a Matty. Le habían detectado un pulso débil y le habían administrado una dosis generosa de epinefrina, pero Matty no había reaccionado, y no permitieron que ninguno de nosotros lo acompañase en la ambulancia. Akira recurrió a su eterno optimismo y trató de convencernos de que se recuperaría, pero ¿cómo podía saberlo? ¿Quién sabía con certeza lo que estaba ocurriendo?

Nos habíamos reunido en la cocina y Sánchez dominaba el espacio. Era un hombre alto y de hombros anchos, con el pelo moreno salpicado de canas peinado hacia el lado y una perilla negruzca y desaliñada. Un arma negra como la noche le asomaba de la pistolera. ¿Le preocupaba llevar la muerte sujeta a la cintura? ¿Suponía un lastre para él? No podía evitar lanzar miradas fugaces al arma, como el año anterior en el súper.

Aquel día, Sánchez se había puesto en la cola detrás de mí mientras mi madre trasladaba la compra del carrito a la cinta transportadora de la caja registradora que atendía Randall. Sánchez llevaba un bocadillo envasado y una botella de Coca-Cola y trasteaba con el teléfono. Miré la pistola en un acto reflejo y me invadió una sensación incómoda.

Sin embargo, quizá podía ayudarnos. A fin de cuentas, los policías estaban para eso, ¿no? Se encargaban de ayudar a la gente a la que estaban haciendo daño.

—Mamá —susurré aquel día mientras agarraba un cartón de leche del carrito—. Díselo.

—¿Qué quieres que le diga a quién? —Ni siquiera se molestó en bajar la voz hasta que alzó la vista y vio al jefe Sánchez detrás de mí. Mi madre empalideció y se bajó la manga para esconder los moratones que le florecían en el antebrazo como uvas echadas a perder—. No.

—Pero si está aquí mismo...

—He dicho que no. No me creerá.

—¿Por qué no? —pregunté con tristeza.

—¡Buen día tengáis, mi dama Donovan! —exclamó Randall al tiempo que tendía el recibo a la clienta que nos precedía. Solía impostar acentos y bromeaba con los clientes para no morirse de aburrimiento—. ¿Cómo estáis...?

—Sí, hola —intervine, e hice un gesto a Randall para que se callara —. Enséñale los moratones —susurré a mi madre señalándole el brazo.

Mi madre me dio un manotazo en el dedo y alargó el brazo para coger los guisantes congelados.

—No. Ya hablaremos luego.

—Entonces se lo diré yo...

Quise girarme, pero mamá me agarró por la costura del jersey y tiró de mí.

—¡No! —suspiró—. Crystal..., a las mujeres les ocurren este tipo de cosas a diario. Las veo cuando vienen al hospital... —Dejó la frase a medias y le vi el sufrimiento en los ojos, como si temiera hablar más de la cuenta. Como si tratara de protegerme de las realidades más duras de la vida, aunque nuestra realidad en casa ya era un infierno—. Sería su palabra contra la mía.

—Y la mía. Y la de Caelyn...

—Osaría decir que os abruman los sinsabores —intervino Randall mientras pasaba artículos por el lector—. ¿Os importaría compartirlos con vuestro leal siervo?

Ambas lo ignoramos y miramos a Sánchez, que seguía concentrado en el teléfono. Solo tenía que levantar la vista. Bastaría con que viese él mismo los cardenales, el miedo en los ojos de mi madre, la desesperación en los míos. Tendría que creernos.

—Dudo que me crea —susurró mamá—. Y como se entere tu padre... No puedo correr ese riesgo. No puedo.

Él estaba allí mismo. Nos habría podido ayudar. Pero no se molestó en levantar la vista del teléfono. Y si mi madre no confiaba en él, ¿con qué frecuencia ignoraba la policía a las mujeres maltratadas? ¿Con qué frecuencia permitían que las víctimas siguieran sufriendo?

Sánchez señaló los brownies y me arrancó del recuerdo.

—¿Han sido los culpables? —preguntó con la voz ronca, y de pronto fui muy consciente del teléfono que llevaba en el bolsillo trasero. «Si llamas a la policía, ella muere». Aquello no contaba, ¿verdad?

—Probablemente. —Zoey me miró con el ceño fruncido—. Los ha hecho Crystal.

—Zoey... —intervino Dylan.

—¡Ya os he dicho que no llevan frutos secos! —Señalé frenéticamente los ingredientes esparcidos por la encimera, junto al horno, y estuve a punto de aplastar a Akira, que hizo una mueca—. Perdona. Ahí está todo lo que he usado. No lleva frutos secos. De ningún tipo. —Randall estaba sentado en la mesa de la cocina, solo y con la cara oculta entre las manos. Matty era como su otra mitad, y lo quería más de lo que Matty podría llegar a imaginarse. Verlo tan afectado era casi tan inquietante como lo que había ocurrido en el sótano.

—Entendido. —Sánchez echó un vistazo al paquete de harina abierto—. De todos modos, a veces los ingredientes se pueden contaminar en la fábrica. Podría haber sido cualquiera de ellos.

Se encogió de hombros, como si no tuviera importancia.

—Debería analizar todos los ingredientes —comentó el señor Bloom. Los padres de Zoey habían llegado directamente del trabajo y estaban de pie en el umbral como dos agentes del servicio secreto, con los labios a juego, prietos y tensos en una expresión preocupada, y las manos entrelazadas delante. Francamente, no me habría sorprendido que tuvieran un nombre en clave para Zoey. El señor Bloom, moreno, era mucho más alto que su esposa, que tenía una cabellera rubia como la de Zoey, pero más corta y sin las puntas rosadas. Aún recordaba lo mucho que se enfadó cuando ayudé a Zoey a teñirse el pelo por primera vez; el único acto de rebeldía que se atrevió a llevar a cabo. Ahora, Zoey no dejaba de mirarlos, azorada como si su presencia la avergonzase y la reconfortase a la vez—. Si hay algún producto contaminado y no figura ninguna advertencia en el paquete, sus padres podrían presentar una demanda —valoró el señor Bloom.

Se me hizo un nudo en la garganta. Me hubiera gustado que mi madre estuviera allí. No había contestado al teléfono, así que debía de seguir en el quirófano. Sánchez había llamado a las madres de Matty, que se habían dirigido al hospital. Si mi madre veía a Matty o a sus madres, o se enteraba de lo que había ocurrido antes de que pudiera hablar con ella, se iba a poner histérica.

Sánchez sonrió al señor Bloom para calmarlo.

—Le entiendo, pero los análisis son caros, y no sabemos si los brownies han sido el problema. Quizá ha comido algo antes. A veces las reacciones no se producen hasta pasadas una o dos horas.

—¿Está diciendo que ni siquiera intentará averiguar la causa de la reacción? —preguntó Zoey.

—Matty no ha comido nada al salir de clase —apuntó Akira, taciturna—. Lo recuerdo porque ha dicho que tenía hambre y hemos

comentado que podríamos pedir una pizza después.

—Es verdad —dijo Randall con un hilo de voz.

Dylan permaneció en silencio, insociable.

—Y pasó justo después de que se comiera un brownie... —A Zoey se le volvieron a nublar los ojos.

—Sí, a veces pasa. —Sánchez se atusó el bigote moreno—. No es la primera vez que ocurre, y tampoco será la última. Es una lástima que no llevase encima el EpiPen.

—¿Por qué cojones no llevaba el EpiPen? —Randall dio un puñetazo en la mesa—. ¿Cómo ha podido ser tan gilipollas? —Me encogí.

—¿Es propio de él tener este tipo de despistes? —preguntó Sánchez.

El descuido era una teoría posible. La otra era que An0nym0us1 se las hubiera ingeniado para birlar el estuche que Matty llevaba en la mochila y el que guardamos en el baño del piso de arriba. Quería que Matty muriera.

—La verdad es que no —respondió Akira—. Si se olvida la mochila en casa se vuelve loco y va corriendo a buscarla.

—A lo mejor se le cayó en su cuarto o algo —aventuró Zoey.

—Para una vez que lo necesita... —A Randall le temblaba la voz.

Akira se sentó junto a él y le sujetó la mano.

Me mordí el labio y miré a Sánchez; me gustaría explicarle lo que estaba ocurriendo, pero An0nym0us1 nos escuchaba, siempre atento. No podía poner en peligro la vida de Caelyn.

Además... ¿y si Sánchez no me creía? Si no hubiera creído a mi madre, que llevaba el brazo cubierto de hematomas, ¿cómo me iba a creer a mí si no le podía enseñar ninguno de los mensajes de An0nym0us? No tenía ninguna prueba que demostrase su existencia.

—Llévese los ingredientes y envíelos al laboratorio —insistió el señor Bloom—. Que las madres del chico decidan si quieren pagar el coste de las pruebas.

Si los brownies contenían algún ingrediente que yo no había usado, sabría que An0nym0us1 había trasteado con ellos mientras yo estaba en el parque, pero ¿cuánto tiempo tardarían en llegar los resultados del laboratorio?

—Por supuesto —accedió Sánchez, aunque negó con la cabeza ligeramente, como si le pareciera una idea sin sentido. Dio la vuelta al paquete de pepitas de chocolate, leyó los ingredientes y después desenroscó el tapón de la botella de extracto de vainilla y olisqueó el contenido. Frunció el ceño y revisó la etiqueta.

—Sabéis que esto es extracto de almendra, ¿verdad?

Me puse blanca como el papel y me quedé de piedra. Casi esperaba bajar la mirada y ver un charco rojo a mis pies. No podía ser extracto de almendra. Era imposible. Imposible.

Randall levantó la cabeza bruscamente.

—¿Qué?

—No —intervine—. Es extracto de vainilla…

Sánchez giró la etiqueta hacia mí. «Extracto puro de almendra». Pero era imposible.

En ese momento todos me miraron como si fuese la única responsable de lo que le había sucedido a Matty.

14

—Sabías que Matty era alérgico a los frutos secos, ¿no es cierto? —me preguntó Sánchez.

—¡No! —exclamé con una voz aguda—. Quiero decir que sí... lo sabía, pero no he usado ese extracto. He puesto extracto de vainilla, estoy segura. En la receta ponía vainilla y la he seguido al pie de la letra. —Fui de inmediato al armario en el que había encontrado los ingredientes—. Aquí. —Agarré el extracto de vainilla—. Esto es lo que he usado. Estoy convencida.

Los ojos de Zoey me perforaron el cráneo.

—Entonces, ¿qué hacía el de almendra en la encimera?

—He notado un sabor raro... —balbuceó Akira.

—¿Qué? —Randall le soltó la mano—. ¿Y por qué no has dicho nada?

Akira abrió los ojos como platos.

—No he distinguido que era sabor a almendra... Solo me ha sabido diferente; no lo he identificado...

Mientras discutían, a mí me costaba respirar, y me apoyaba una mano en la frente tratando de comprender qué había pasado, intentando recordar si había cometido un terrible error.

—No lo sé, de verdad que no lo sé. Nunca habría usado el extracto de almendra a sabiendas, y de haberlo hecho, no habría permitido que Matty probase los brownies.

¿No había solo una botella de extracto? Ni siquiera sabía que tuviéramos extracto de almendra. ¿Había sido culpa mía de verdad? ¿La reacción alérgica de Matty era una pura coincidencia? Tal vez An0nym0us1 no pretendía matar a Matty. Los brownies ya habían cumplido su propósito en el juego: hacerme creer que se iba a declarar un incendio. Con las prisas por reunir los ingredientes, era posible que me hubiese equivocado de botella de extracto. Ojalá lo recordase.

De pronto, la radio que Sánchez llevaba al hombro crepitó. El policía inclinó la oreja hacia el aparato, comprendió misteriosamente lo que decía la voz estática que le hablaba desde el otro extremo y fue a responder a la sala de estar.

—Has matado a Matty —me acusó Zoey, y me encogí como si me hubiese abofeteado.

Akira ahogó un grito.

—No digas eso.

—Zoey —dijo su madre—. Estoy segura de que los médicos harán cuanto esté en su mano para salvarlo —afirmó, pero me miró con una expresión preocupada.

Sánchez regresó. Parecía cansado.

—Tengo que marcharme enseguida. Hay otra emergencia... —Se pasó una mano por la cara—. Veamos... Voy a llevarme los brownies y los ingredientes para que los analicen y seguiremos hablando más tarde o mañana, aunque estoy seguro de que ha sido un accidente.

Metió todos los ingredientes en una bolsa con cierre hermético, agarró la bandeja de brownies y se marchó. Los padres de Zoey se fueron tras él, haciéndole preguntas que ya no alcanzaba a oír porque las ahogaban los latidos de mi corazón, que me palpitaban en las orejas a un volumen ensordecedor.

Culpa mía. Culpa mía. Culpa mía.

Zoey se plantó delante de mí.

—¿Cómo has podido hacer algo así?

—¡No lo he hecho a propósito! —Por Dios, ¿cómo había podido ocurrir?—. Esto no puede estar pasando.

Apenas una hora antes, Matty estaba perfectamente, jugando a *MortalDusk* en el sótano. Y ahora estaba inconsciente, intubado en la ambulancia o en el hospital, y en grave peligro de muerte.

—Pues está pasando —repuso Zoey—. Matty podría estar muerto por tu culpa. Sabías que tiene que ir con mucho cuidado con la comida y has...

—Eh, ya basta —la interrumpió Dylan—. Si tenía que llevar tanto cuidado, podría haber preguntado qué llevaban los brownies antes de comerse uno.

—No lo ha preguntado porque confiaba en ella —contraatacó Zoey con la voz temblorosa.

—¿Quieres dejar de intentar echarle la culpa a Crystal? —insistió Dylan—. La situación ya es bastante traumática.

Se me encogió el corazón. ¿Pensaba de verdad que aquello no era culpa mía o me estaba devolviendo el favor por haber creído que él no había robado el examen?

Zoey cruzó los brazos.

—Te pones de su parte, cómo no, pero básicamente ha envenenado a Matty. Ahora tiene las manos más manchadas de sangre.

Se me heló el corazón y Dylan enarcó las cejas bruscamente.

—¡Zoey! —gritó Akira, y sus ojos volaron hacia los padres de Zoey, que acababan de regresar.

—Ya basta, chicos —pidió Randall—. Esto no ha sido culpa de nadie.

—Y una mierda —protestó Zoey.

—Zoey, no... —empezó a reñirla su madre.

—Sí, ya lo sé, «no digas palabrotas». Como si ahora tuviera alguna puta importancia. —Zoey salió de la habitación hecha una furia y su madre la siguió, llamándola a gritos. Poco después, la puerta principal se cerró de un portazo.

El señor Bloom se quedó rezagado, algo incómodo.

—¿A qué hora llega tu madre a casa, Crystal?

—No... no lo sé. Hoy doblaba turno.

—Ah. —Se frotó la nuca—. Bueno, ¿alguien quiere que lo lleve a casa? —Randall, Akira y Dylan negaron con la cabeza—. Si necesitas algo, avísame —me dijo tras un instante de titubeo, y también se marchó.

Me llevé una mano al pecho. Me costaba respirar, como si se hubiese agotado el oxígeno de la habitación. Zoey tenía razón. Volvía a tener las manos manchadas de sangre. Tanto si había sido un accidente como si me habían tendido una trampa, yo había hecho esos brownies.

Akira me abrazó.

—No ha sido culpa tuya, Crystal.

—Puede que sí —repliqué en un tono áspero mientras las lágrimas me resbalaban por las mejillas.

—Puede —convino Randall. Lo miré de inmediato, pero no parecía enfadado—. Puede que te hayas equivocado de frasco, pero Matty se ha olvidado el EpiPen. Y los demás no hemos llamado antes a urgencias. Y cuando se ha puesto a toser, le he pedido que se callase...

Hizo una mueca y se mordió el puño. Solo lo había visto llorar una vez, y habíamos jurado que jamás volveríamos a hablar de aquella noche.

Ahora podía convertirse en un secreto que Matty se llevase a la tumba, literalmente.

—Ha sido un accidente —opinó Dylan—. Un terrible accidente.

¿Lo había sido? Si Randall tenía razón, muchas cosas tenían que haber salido mal por casualidad. Técnicamente, era posible. Sin embargo, técnicamente también era posible que An0nym0us1 hubiera entrado en casa, le hubiera puesto extracto de almendra a la masa, lo hubiera dejado en la encimera, se hubiese llevado todos los EpiPens y hubiese bloqueado las llamadas a emergencias desde mi teléfono.

¿Qué alternativa era peor?

Me desplomé en la silla junto a Randall. Sentía una presión en el pecho que me ahogaba bajo el peso de tanta incertidumbre.

—Mierda —dijo Randall de pronto mientras miraba el teléfono, boquiabierto—. Tengo diecisiete llamadas perdidas de mi madre.

Me había preguntado vagamente por qué no habían llegado sus padres. Los de Akira seguían en California con su hermana, intentando cambiar su vuelo al día siguiente por la noche, y el padre de Dylan iba a volver en tren de Nueva York por la mañana.

—¿Se ha enterado de lo que ha ocurrido? —preguntó Akira.

—No lo sé, no me ha escrito y ahora no contesta —respondió Randall con el teléfono pegado a la oreja—. Debería volver a casa. Eh... Me iba a llevar Matty.

—Y a mí también —agregó Akira.

—Os puedo llevar yo... —se ofreció Dylan.

—No, ya los llevo yo —dije, porque el corazón me dio un vuelco al pensar que me iba a quedar sola. An0nym0us1 me había prometido un nuevo juego para esa misma noche, y cuando me quedase sola, era imposible saber lo que me obligaría a hacer. Todavía no había encontrado a Lance Burdly. Necesitaba algo de tiempo para pensar.

Dylan frunció el ceño, como si mi propuesta no tuviera sentido.

—Es que... no me quiero quedar sola. Todavía no.

Era verdad, pero él no tenía por qué saber el motivo, aunque detestaba la idea de parecer una gatita asustadiza.

Dylan me agarró la mano temblorosa y noté la calidez de sus dedos sobre los míos.

—Si quieres puedes acompañarnos. Pero conduzco yo.

—Vale, ¿a quién dejo primero?

Dylan colocó el móvil en el soporte del salpicadero y abrió la aplicación del navegador.

—A Randall —respondió Akira desde el asiento de atrás. Randall estaba sentado junto a ella, en un silencio poco propio de
él, y su cara angustiada brillaba en la oscuridad iluminada por la pantalla del móvil. No estaba segura de quién le preocupaba más, Matty o su madre.

—¿Me recuerdas dónde vives? —pidió Dylan.

Randall vivía al otro lado de Hickory Farms, donde íbamos a recoger manzanas y a acariciar a las cabras cuando éramos pequeños. Yo solo había estado en su casa un par de veces y hacía varios años que no iba, porque tendíamos a ir a las casas que tenían leoneras en el

sótano (eso nos garantizaba una menor interferencia de los padres), y la suya no tenía.

—En el 379 de Pearson Drive —dijo tras un carraspeo.

Pearson Drive. El nombre de la calle me sonaba mucho y noté un escalofrío en la espalda. No podía ser...

Mientras Dylan salía del camino de entrada de mi casa, me di la vuelta y miré a Randall.

—¿Por casualidad no conocerás a un tal Lance?

Frunció el ceño.

—¿Debería?

—¿Es vecino tuyo?

—Estoy seguro de que no es ninguno de los que viven justo al lado, pero no conozco a todo el mundo que vive en mi calle, así que podría ser. ¿Por qué?

—Da igual, preguntaba por curiosidad.

Miré al frente y reprimí la incomodidad que me trepaba por la garganta. Dylan encendió la radio y un tema de hip-hop tronó a tal volumen que me dio un susto de muerte. Akira y yo nos tapamos los oídos.

—¡Tío! —gritó Randall mientras Dylan se apresuraba a bajar el volumen.

—Lo siento —se disculpó—. Cuando estoy estresado, eh...

—¿Nos quieres romper los tímpanos o qué? —le recriminé.

Dylan se rio.

—Me ayuda a desconectar.

Negué con la cabeza y, mientras Randall se burlaba de él por aquel extraño ritual, abrí el navegador del móvil y comencé a teclear el nombre de Lance Burdly, pero me detuve de inmediato. An0nym0us1 podría ver todo lo que buscase desde el teléfono. Me estremecí y me guardé el teléfono en el bolsillo de la chaqueta, que en realidad era la chaqueta de mi madre, ya que me había puesto su vieja campera acolchada porque la mía seguía en el instituto.

Akira alzó la voz para hacerse oír por encima de la música antes de que pudiera ensimismarme demasiado.

—¿Qué posibilidades hay de que juguemos el torneo?

Uf. *MortalDusk*. El dinero del premio. Nuestra hipoteca. Una punzada de remordimiento me perforó las entrañas. No era capaz de concebir que la vida pudiera recobrar la normalidad a tiempo para jugar treinta y seis horas más tarde.

Randall negó con la cabeza, como si ni siquiera pudiera pensar en ello en aquel preciso instante, y bajé todavía más el volumen de la radio.

—Yo diría que hay un cero por ciento de posibilidades, más o menos.

—Es una buena predicción —coincidió Dylan—. Yo estaba pensando más bien en un menos cincuenta por ciento.

Suspiré.

—Seguro que Zoey quiere ir de todos modos.

—Ni hablar —se negó Akira—. No podemos jugar sin Matty.

—Por Dios —masculló Randall.

Akira le estrechó la mano.

—No, Matty se recuperará. Solo digo que dudo que llegue al torneo. —Se mordió el labio y me miró—. Zoey dirá que él querría que jugásemos pese a todo, ¿no os parece?

Me encogí de hombros.

—O dirá que uno de nosotros se iba a quedar fuera de todos modos, así que ahora no tendremos que competir para decidir quién será.

—Qué idea más retorcida. —Akira golpeó la parte trasera de mi asiento—. ¿Qué os pasa últimamente a las dos?

Me crucé de brazos y miré por la ventanilla.

—Ahora no es un buen momento para confidencias. —Ni ahora ni nunca. No podía decir nada; eso no había cambiado.

Pasamos el resto del trayecto sumidos en un silencio incómodo, pero en cuanto llegamos a Pearson Drive se me hizo un nudo en el estómago. Luces azules y blancas centelleaban delante de nosotros, y coches patrulla y coches negros sin identificadores bloqueaban la carretera.

De repente, todo encajaba. Era el fin del juego de An0nym0us1. Lo sabía. El pánico me fluía por las venas y me entumecía las yemas de los dedos.

Dylan redujo la velocidad hasta detenerse.

—Eh...

—¿Qué pasa? —preguntó Akira.

Randall estiró el cuello para ver más allá de mi asiento.

—¿Están delante de mi casa?

Sí. Estaban delante de su casa. Por supuesto.

Antes de que pudiera responder, Randall salió del coche. Me desabroché el cinturón de seguridad y lo seguí, pasando de Dylan, que me llamaba. Randall corrió por el césped hacia el enjambre de agentes de policía que deambulaban frente a los escalones de su casa. Era el número 379. El número 379 de Pearson Drive. La dirección del guion. Lo sabía.

Una agente de policía vio a Randall y corrió hacia él para cerrarle

el paso. No entendí lo que decía. El corazón me palpitaba tan fuerte que los latidos me resonaban en los oídos.

—¡Es mi casa! —gritó Randall.

La agente negó con la cabeza.

—Tienes que esperar aquí...

—¡Mamá! ¡Papá! —Trató de rodear a la agente, que le apoyó una mano firme en el hombro. Como el resto de los agentes, llevaba un voluminoso uniforme negro y un casco sujeto bajo la barbilla, y la palabra POLICÍA en letras blancas mayúsculas escrita en el pecho y el brazo. El porche estaba iluminado por la luz de los apliques eléctricos instalados a ambos lados de la puerta, abierta de par en par, y el marco de la entrada estaba astillado y destrozado.

No era la policía normal y corriente.

Un equipo de operaciones especiales había asaltado la casa de Randall.

15

—Todo ha pasado muy deprisa.

La madre de Randall estaba sentada en el borde del asiento de la sala de espera del hospital, con el rostro ceniciento y tenso. Distraída, rompía un pañuelo de papel en trozos diminutos con los dedos temblorosos y se amontonaba los restos en el regazo.

—¿Qué ha pasado? —Randall se secó la película de sudor que le cubría el labio superior. Allí dentro estábamos a un millón de grados, aunque quizá solo me lo parecía porque habíamos venido corriendo desde el aparcamiento, o porque Akira se aferraba a mi brazo mientras miraba boquiabierta a la señora Lewis.

Zoey hablaba con nosotros por FaceTime desde el teléfono de Akira porque sus padres se negaban a dejarla salir de casa, incluso después de decirles que el padre de Randall había sufrido un infarto.

—Estaba en el despacho, en la primera planta, y papá en el salón con Nessa. Le estaba poniendo Netflix. —La señora Lewis hablaba tan bajo que casi susurraba, aunque no había desconocidos lo bastante cerca para oírla—. De pronto, echaron la puerta abajo. Oí gritos. Muchos gritos. La policía gritaba a tu padre que levantase las manos y Nessa chillaba como una loca. —Tragó saliva con dificultad y bajó la vista hacia su hija de seis años, acurrucada junto a ella y con la cabeza prácticamente enterrada bajo la axila de la señora Lewis—. Cuando bajé la escalera, ya estaba sufriendo un infarto, o un paro cardíaco, supongo. Pero, por Dios, cuando he visto a todos esos agentes apuntando a tu padre mientras se desplomaba, pensaba que le habían disparado. Nunca me quitaré esa imagen de la cabeza. —Se llevó una mano a la frente.

Randall se tapaba la boca y movía los ojos muy deprisa, como si tratase de visualizar la escena que describía su madre. Yo me imaginé al desgarbado, jovial y cada vez más calvo señor Lewis, que se pasaba el día contando chistes malos y bromeando con sus hijos, tendido en el suelo retorciéndose de dolor. Por mi culpa.

—Mierda —dijo Dylan resoplando.

—¿Se han equivocado de dirección, o algo así? —aventuró Akira.

No. No se habían equivocado.

Lo que había ocurrido era que An0nym0us1 me había ordenado llamar y dar un falso aviso. Había enviado a un equipo de operaciones especiales a la familia de Randall. Me estaba obligando a hacer daño a mis amigos a cambio de la vida de mi hermana.

No tenía sentido buscar otra explicación. La situación era tan diabólica como parecía.

Ahora que sabía lo que estaba pasando, una mezcla desconcertante de miedo y rabia me ardía en el pecho. Aunque quería acurrucarme en posición fetal bajo una de las sillas de hospital, deseaba con el mismo fervor encontrar a An0nym0us1 y quemarle la cara. ¿Cómo se atrevía a hacernos algo así?

—¿Cómo está papá? —preguntó Randall antes de que la señora Lewis pudiera contestar a Akira.

—Papá —sollozó Nessa, y la señora Lewis la abrazó más fuerte y se miró el reloj.

—Hace un buen rato que no sé nada de él. Lleva más de una hora en el quirófano.

—¿Por qué no me has vuelto a llamar? —dijo Randall.

—Me he quedado sin batería. He intentado llamarte desde el mostrador de las enfermeras —respondió indicando el lugar con un gesto vago.

Miré en la dirección que señalaba y vi a Chantel, una de las amigas enfermeras de mi madre, que venía a menudo a casa a tomar café y chismorrear, y en ese momento estaba ocupada con papeleo. Al verme entrar, me había saludado y me había dicho en voz baja: «Está en una operación», probablemente pensando que iba a ver a mi madre.

Randall buscó algo en su teléfono.

—Ah, o sea que ese era el número que no conocía...

La señora Lewis lo miró de reojo, temblorosa.

—De todos modos, suponía que en casa de Crystal estabas a salvo.

Se volvía a equivocar. Al parecer, ninguno de mis amigos estaba a salvo conmigo.

—Oh... —Randall se frotó la nuca, como si tratase de decidir si era buena idea agobiar a su madre con más noticias terribles.

Los cuatro nos miramos con recelo y la señora Lewis frunció el ceño.

—¿Qué pasa? —preguntó.

Antes de que pudiésemos explicarle lo que le había ocurrido a Matty, el jefe Sánchez llegó al hospital. La expresión de la señora Lewis se volvió más severa y se irguió en la silla. El policía nos vio de inmediato y se acercó a nosotros.

—Lamento mucho lo que ha sucedido, señora Lewis. ¿Podemos hablar un momento en privado?

Randall intentó convencer a Nessa para que nos acompañase, pero se negó a sacar la cabeza de debajo del brazo de su madre, y la señora Lewis la volvió a abrazar y nos hizo un gesto para que nos marchásemos.

Al otro extremo de la sala, Randall, blanco como la nieve, se dejó caer en un asiento junto a Akira.

—¿Qué está pasando, joder?

Dylan se sentó frente al resto de nosotros con los codos apoyados en las rodillas, pálido y conmocionado.

—Randall, esto es una locura, lo siento mucho —dijo Zoey. Su cara llenaba la pantalla de Akira. Randall gruñó por toda respuesta—. ¿Habéis visto a Melanie o Kenna? —Las madres de Matty.

—No —contestó Akira—. Ni rastro de ellas.

—Puede que estén en otra sala de espera —sugerí, aunque un mal presentimiento me atenazaba el estómago.

—O quizá... —Randall dejó la frase a medias, incapaz de continuar.

—No —lo interrumpió Akira—. No se te ocurra ni pensarlo. Matty se recuperará. —Estrechó la mano de Randall. Akira sabía tan bien como yo que perder a su padre y a Matty la misma noche lo destrozaría. Matty. Cerré los ojos y me concentré, como si fuese a ser capaz de detectar su presencia en algún lugar del hospital, pero no noté nada. Nada. Lo sentía mucho por él, y en ese momento deseé haberle —habernos— dado una oportunidad. Había negado sentir nada por él, pero era obvio que no era verdad. ¿Por qué me había resistido tanto? Quizá porque estaba asustada. O tal vez...

Abrí los ojos e inmediatamente vi los de Dylan, que me había estado observando. Una corriente me atravesó con tanta brusquedad que me sentí como si me hubieran golpeado con una porra electrificada. Aparté la mirada enseguida y noté que me ardían las mejillas.

Sí. Eso lo explicaba todo.

—No lo entiendo. —Randall se atusó el pelo ondulado revuelto—. ¿Por qué nos ha echado la policía la puerta abajo de esa forma?

—No estarán investigando a tus padres por algún motivo, ¿verdad? —preguntó Akira.

Mierda. Mis amigos todavía no se habían dado cuenta de que habían engañado al equipo de operaciones especiales para que asaltase la casa. No sabían nada del falso soplo. Yo sí lo sabía, claro. A fin de cuentas, yo les había llamado. Alguien quería hacernos caer uno

a uno y me estaba obligando a ejecutar su plan.

Pero ¿por qué?

Tenía que estar relacionado con el torneo de *MortalDusk*. Alguien quería quitarnos de en medio. Era demasiada casualidad: ese tenía que ser el motivo. Sin embargo, no podía decir ni una palabra. Mi teléfono era una mordaza tan eficaz como la que impedía hablar a Caelyn. An0nym0us1 espiaba lo que yo decía en todo momento y no podía deshacerme del teléfono para hablar con libertad. «Si no respondes a mis mensajes en un minuto, ella muere». No me podía arriesgar a perderme uno de aquellos mensajes. Tenía que confiar en que mis amigos resolviesen el enigma.

La pregunta de Akira permaneció un largo instante suspendida en el ambiente, hasta que Randall profirió una carcajada.

—Joder. ¿Qué te hace tanta gracia? —pregunté atónita.

—¿Mis padres? ¿Investigados? Por favor, si son una pareja de diseñadores de páginas web que todas las noches ven algo en Netflix. Son lo más inofensivo que te puedas echar a la cara.

—Siempre pensamos que lo sabemos todo de nuestros padres, pero cualquiera puede tener un lado oscuro —advirtió Dylan, y una mirada torturada le oscureció los ojos de color pizarra. ¿Tenía algún recuerdo doloroso que nos había ocultado? Le habría querido estrechar la mano, pero él estaba demasiado lejos y yo estaba paralizada.

—Tío, mis padres son demasiado básicos para tener un lado oscuro —insistió Randall.

Unos minutos más tarde, Sánchez se acercó a nosotros y se dejó caer en una silla junto a Dylan. Akira giró el teléfono para que Zoey lo viese.

—Cuánto tiempo sin veros —dijo Sánchez en tono jocoso, y todos lo miramos con caras inexpresivas—. Es verdad, perdón. —Carraspeó y abrió la libreta por una página en blanco—. Veamos. Chicos, voy a tener que haceros alguna...

—¿El equipo de operaciones especiales tenía una orden? —Randall tenía las fosas nasales dilatadas. Había que esforzarse mucho para hacerlo enfadar. Estaba claro que era una situación excepcional.

Sánchez gruñó.

—No necesitamos ninguna orden para los servicios de urgencia.

—¿Urgencia? ¿Y cuál era la maldita urgencia?

—Aquí las preguntas las hago yo, ¿entendido? —repuso Sánchez, y cuando Randall miró a su madre, añadió—: Ella me ha dicho que no pasa nada, que todo está bien.

—¿Sabe lo que no está bien? —dijo Randall—. Que la policía entre en mi casa por la fuerza con las armas en ristre sin ningún motivo.

—Sí, es una buena putada —añadió Akira, y Dylan asintió agresivamente.

Sánchez se frotó la cara con una mano.

—Recibimos una información preocupante relacionada con tu casa y mis chicos han hecho su trabajo.

—¿Qué tipo de información? —replicó Randall con escepticismo.

—Ya llegaremos a eso. Oye..., lamento de todo corazón lo que le ha pasado a tu padre. Ha sido una auténtica desgracia. Pero ahora tenemos que descubrir quién ha llamado a la policía.

Sentí un cosquilleo en el pecho, como si alguien me hubiese abierto dentro una lata de refresco que me impedía volverme a tragar el sofoco que se me encaramaba por la garganta.

—Ya sé que habéis tenido una noche muy dura, así que intentaré ser breve. ¿Alguno de vosotros conoce a un tal Lance Burdly?

Hice una mueca. En el trayecto en coche hacia la casa de Randall, le había preguntado si conocía a alguien llamado Lance. Sin embargo, Randall negó con la cabeza y estaba tan confundido como Akira y Dylan, que al parecer tampoco recordaban ese nombre, aunque pasado un momento Akira ladeó la cabeza, como si le sonase de algo. Sánchez también se fijó en ese detalle.

—¿Te suena de algo? —preguntó.

—No lo sé. —Akira se colocó el pelo tras la oreja—. Creo que no.

—A mí no me dice nada —contesté con determinación.

—De acuerdo. —Sánchez dirigió a Randall su siguiente pregunta —. ¿Conoces a alguien que os guarde rencor o tenga algún motivo para gastaros una broma pesada?

Se me aceleró el pulso, me incliné hacia delante y miré a Randall con impaciencia. «Venga, ata los cabos».

Randall soltó una risotada.

—¿Una broma pesada? Ni hablar. ¿Quién iba a querer gastar una broma a mis padres?

—Por el amor de Dios, Randall. —La respuesta me parecía tan obvia que no me pude contener. Cerré el pico enseguida, pero todos me miraron expectantes. Ay. Bajé la voz y esperé que el bolsillo de la chaqueta cubriese lo suficiente el micrófono del teléfono—. En teoría, tú debías estar en casa cuidando a tu hermana. Se suponía que en casa ibas a estar tú.

—Yo... —dijo Randall con un hilo de voz y los ojos como platos.

—Ostras... —soltó Zoey—. Randall, han liado a los de operaciones especiales para enviártelos expresamente a ti.

Por fin.

Sánchez miró el teléfono de Akira, en el que por lo visto no había

reparado hasta entonces.

—Eh... Tengo que pedirte que cuelgues. Puedes llamar a tu amiga más tarde.

—Espere, no estoy grabando ni... —logró decir Zoey antes de que Akira colgase.

Sánchez pasó las hojas de la libreta hasta que llegó a una de las correspondientes a su conversación con la madre de Randall.

—En teoría hoy tus padres tenían una reunión en Burlington, ¿verdad?

—Sí, con un cliente potencial —contestó Randall confundido, quizá preguntándose lo mismo que yo: ¿qué habría pasado si hubiese estado en casa con su hermana? ¿Lo habrían detenido? ¿Le habrían hecho daño?—. Como el tipo no se ha presentado, han vuelto pronto a casa.

«Un cliente potencial». Pensé en Fishman en el parque, asegurando que yo le había pedido que nos viésemos. ¿Habían plantado a los padres de Randall de verdad o solo había sido otra de las artimañas de An0nym0us1?

—¿Habían quedado alguna vez con esa persona? —susurré.

Randall negó con la cabeza.

—No tengo ni idea.

—No —dijo Sánchez en un tono neutro—. No la habían visto nunca. —Sospechaba lo mismo que yo, que todo había sido una trampa—. Chicos, este fin de semana tenéis una gran competición de videojuegos, ¿verdad?

Akira dio un grito ahogado.

—¿Cree que esto es parecido a lo que le pasó el año pasado a Jason Tardis?

Uf, casi lo había olvidado. Sánchez asintió solemnemente. Por lo visto, conocía el caso. Unos días después de que Jason ganase la Corona del *MortalDusk*, un equipo de operaciones especiales echó abajo la puerta de su casa de Florida mientras retransmitía en directo. Como subió a investigar qué pasaba, todo pasó fuera de plano, pero miles de personas oyeron los golpes y los gritos a lo lejos. Más tarde, Jason explicó que uno de los policías lo había reconocido y abortó la operación al darse cuenta de que los habían engañado, pero Jason quedó tan traumatizado que no había vuelto a retransmitir en directo desde entonces. No me molesté en profundizar demasiado en el caso. Jamás habría imaginado que nos pudiera pasar algo semejante.

—¿Descubrieron quién llamó a la policía en el caso de Jason? —pregunté, esperando que el rubor no me traicionase.

—No —respondió Sánchez—. Pero en otras ocasiones sí que los

han pillado; últimamente ha pasado con bastante frecuencia, y vamos aprendiendo.

—Quien llamó se hizo pasar por Jason, ¿verdad? —dijo Akira.

—Sí —confirmó Dylan—. Dijeron que había disparado a su padre y que tenía a su madre atada en el garaje.

Exactamente como en el guion de An0nym0us1. Una piedra se me alojó en la garganta.

—¿O sea que alguien se ha hecho pasar por mí? —dedujo Randall en un tono que seguía sonando algo escéptico.

—La verdad es que no —replicó Sánchez—. Han usado un *modus operandi* ligeramente distinto.

No desarrolló la respuesta, pero yo ya lo sabía. «Lance Burdly». Fuera quien fuese. Probablemente ni siquiera existía.

Y quienquiera que estuviera detrás de todo aquello no iba solo a por Randall: iba a por todo el equipo. Necesitaba que ataran cabos de una maldita vez. La reacción alérgica de Matty. La expulsión de Dylan. ¿Acaso pensaban que todo era una pura coincidencia?

Mientras Sánchez seguía concentrado en Randall, di un codazo suave a Akira e hice el gesto de darle un mordisco a un brownie.

Akira no me entendió.

—¿Qué haces?

Sánchez me miró con extrañeza y me puse todavía más colorada. Como admitir que estaba haciendo mímica parecería extremadamente sospechoso, me tapé la boca y tosí.

—Nada.

Sánchez volvió a consultar sus notas y yo miré a Dylan con la esperanza de que me hubiese entendido, pero tenía los ojos clavados en el suelo, los dedos entrelazados y los codos apoyados en las rodillas, pensativo. Dios, aquello era muy frustrante.

—Entonces ¿no se te ocurre nadie que pudiera querer enviarte a la policía? —insistió Sánchez.

—Qué va —repitió Randall—. Algún chalado de mierda se debe de haber equivocado de dirección. —Se lo tomaba todo a broma. Incluso en aquellas circunstancias. Solté un resoplido exasperado—. ¿Qué pasa?

—No te lo puedes tomar todo a cachondeo —le espeté—. Esto es grave.

Debía de ser un mecanismo de defensa. Probablemente prefería bromear a tener que enfrentarse al hecho de que alguien lo detestaba lo suficiente para hacerle daño.

—Ya sé que es grave —replicó—. Es mi padre quien está en el quirófano ahora mismo...

—¿Y Fishman? —lo interrumpió Dylan—. A mí me parece el principal sospechoso.

Sánchez se frotó la mejilla.

—¿Cómo dices?

—Jeremy Fischer —explicó Akira—. Es otro jugador de *MortalDusk*. También participa en la competición del domingo. Vive cerca y nos odia a rabiar.

—No tanto como para hacer algo así —repuso Randall.

—¿Estás seguro? —lo pinché en voz baja.

Ojalá Matty hubiera estado allí. Él no habría tardado en recordar a Randall cómo los había decepcionado su gran héroe.

Dylan reaccionó casi a la misma velocidad.

—Tú fuiste el primero que lo superó en el primer puesto de la tabla de puntuaciones —le recordó a Randall—. Y ha perdido muchos suscriptores que han venido con nosotros, a los canales que tú gestionas. Puede que sus ingresos hayan bajado bastante.

Me quedé sin aliento; no se me había ocurrido. ¿Podía ser verdad? Yo no me obsesionaba tanto con las cifras como Randall. Tampoco nos íbamos a forrar de la noche a la mañana.

—Es imposible... —comenzó a decir Randall.

—Y le saboteamos la cita —añadió Akira—. No lo hicimos a propósito, pero le fastidiamos el plan.

—¿Qué pasó? —inquirió Sánchez, y Akira le explicó el incidente—. Entendido —dijo este en cuanto acabó de garabatear anotaciones—. ¿Alguien más?

Dylan se ajustó las gafas.

—Bueno, técnicamente podría ser cualquier miembro del equipo de Fishman. O cualquiera que juegue el torneo de Vermont. Cualquier persona que vaya tras el dinero del premio podría tener un motivo.

Asentí, pero Randall enarcó las cejas.

—¿Cómo se llaman los otros componentes del equipo de... esa persona? —preguntó Sánchez.

Fruncimos el ceño. Sabíamos su apodo de *streamers*, no sus nombres reales, así que Dylan los recitó de un tirón.

Había otra persona que nos guardaba rencor a todos. Miré a Dylan, que apretaba los dientes mientras observaba a Sánchez tomando notas. ¿Era consciente de que la hoja de respuestas que encontró en su taquilla estaba relacionada con todo aquello? ¿Recordaba que le había comentado que podría ser cosa de Lucía? ¿Y Akira y Randall? ¿Acaso habían olvidado que había intentado vengarse? Tenía el nombre en la punta de la lengua y estaba a punto de jugarme el todo por el todo cuando Sánchez cerró la libreta.

—Perfecto —concluyó—. Investigaré a esos jugadores para ver si alguno de ellos tiene antecedentes por este tipo de conductas. Es un comienzo.

Un comienzo no era suficiente. Sánchez no disponía de toda la información y, para cuando avanzase en la investigación, An0nym0us1 habría tenido tiempo de hacer daño a alguien más. Quizá haría daño a mi hermana. Impotente, seguí con la mirada a Sánchez, que cruzó la sala para volver a hablar con la señora Lewis.

Si no sabía toda la verdad, ¿cómo iba a ayudarnos?

16

En cuanto Sánchez se alejó lo suficiente para no poder oírlos, Akira volvió a sacar el teléfono y tocó la pantalla.

—¿Lo has oído? —preguntó en voz baja.

—Casi todo —respondió Zoey.

—¿En serio no le has colgado? —insistí.

Akira me miró, avergonzada.

—No. Solo he apagado el altavoz...

—Chicos, ¿qué narices está pasando? —dijo Zoey en un tono tan agudo que a Akira estuvo a un pelo de caérsele el móvil. Bajó el volumen—. No puede ser casualidad. Es imposible.

El corazón se me subió al esófago. Por fin.

—¿Qué es imposible? —repuso Randall.

—¡Lo que le ha pasado a Matty! —gritó Zoey—. ¿Alguien intenta quitarnos de en medio de uno en uno o qué?

—¿Cómo? —exclamó Akira, y Dylan se quedó boquiabierto.

—Zoey, se te va la castaña —afirmó Randall—. Y hablando de frutos secos... —Me miró—. No te ofendas, pero lo de los brownies ha sido...

—No culpes a Crystal de lo que ha pasado —le advirtió Akira.

—... un accidente —concluyó Randall—. No digo que haya sido culpa suya, pero es lo que ha sido. Un simple accidente.

Por supuesto, no tenía ni idea de que An0nym0us1 me había obligado a preparar esos brownies. No sabía que me había hecho salir de casa y dejar los brownies sin vigilancia y supuestamente quemándose en el horno, pero cuando regresé estaban milagrosamente perfectos.

Qué tonta había sido.

—Yo, eh... —Jugueteé con el colgante en forma de rayo que me había hecho Caelyn. Me aterrorizaba hablar, pero necesitaba que mis amigos atasen cabos. Me guardé el teléfono en la chaqueta, con la esperanza de que bastase para sofocar mi voz—. Yo estaba en el piso de arriba mientras los brownies se hacían en el horno.

—¿Por qué susurras? —dijo Randall en voz alta. Lo hice callar y

Dylan me miró como si me estuviera saliendo un bulto en el cuello.

—Kiki, ¿qué ha dicho Crystal? —preguntó Zoey.

—Que estaba en la primera planta mientras se hacían los brownies. —Akira se mordió el labio inferior un instante, pensando en lo que acababa de decir.

—¿Crees que alguien ha entrado en la cocina y les ha añadido el extracto de almendra o algo así?

Randall se rio.

—Disculpadme, pero es una locura. Sois conscientes de que es una locura, ¿verdad?

Negué con la cabeza. Su incredulidad era asombrosa.

—¿Estás seguro? —replicó Zoey—. Hasta Sánchez parece creer que tiene algo que ver con *MortalDusk*.

—También ha dicho que era un *modus operandi* distinto. Antes os lo decía en serio —repuso Randall dirigiéndose a mí—. Puede que quien llamase a la policía se equivocara de dirección.

—No es eso —afirmé en voz baja—. Zoey tiene razón, esto no es ninguna coincidencia.

—Vale, supongamos por un momento que no es una casualidad. —Randall agitó las manos a su alrededor como si lanzase un hechizo—. Digamos que tiene algo que ver con el torneo. ¿Qué sentido tiene ir a por nosotros? Joder, no somos los únicos competidores duros. ¿Me vais a decir que alguien se va a cargar a todos los mejores jugadores de Vermont?

—Nosotros somos los mejores —le recordó Akira.

—Sigo pensando que es Fishman —insistió Dylan.

Akira se volvió a morder el labio, insegura.

—Puede que no sea alguien que quiera ganar —opinó Zoey—. A lo mejor solo es alguien que quiere impedir que ganemos nosotros. Alguien que nos la tiene jurada.

Akira asintió, pero Randall negó con la cabeza.

—No. No puede ser. Nadie quiere quitarnos de en medio...

—¿Y cómo explicas que Matty no tuviera el EpiPen? —exclamó Zoey. «Eso es. Ata ya los cabos». La habría querido abrazar a través de la pantalla, aunque algo no me acababa de cuadrar...

—Se le ha caído de la mochila —contestó Randall.

—O se lo ha quitado alguien —apuntó Dylan, y tomé nota mental para abrazarlo a él también más tarde.

—Madre mía... —protestó Randall—. No sabía que habíais estado entrenando.

—¿Para qué? —pregunté con los labios fruncidos.

—Para las olimpiadas de comerse la cabeza.

—Por el amor de Dios, Randall —exclamé frustrada—. ¿Por qué niegas la evidencia?

—¡No niego la evidencia! Es que nadie haría algo así.

—También creías que nadie que conociésemos nos trolearía —le recordó Akira con amargura—. Pero pasó. ¿Y sabes una cosa? Puede que sea la misma persona.

Unos meses atrás, alguien se había dedicado a dejar comentarios desagradables e insultos en nuestros vídeos. Borrarlos y bloquear a la persona que los escribía no sirvió de nada, porque creaba nuevas cuentas. Randall se lo tomó como una broma, pero Zoey se obsesionó con el asunto, guardó todas las capturas de pantalla en un archivo e hizo búsquedas inversas de imágenes de sus fotos de perfil, rastreando su origen hasta páginas de bancos de imágenes. Un día, mientras Randall y Zoey retransmitían la partida de *MortalDusk* que estábamos jugando, Zoey chasqueó los dedos y se dio unos golpecitos en los auriculares, haciéndonos señas para que silenciásemos los micrófonos.

—El trol ha vuelto —anunció mirando a Akira con aprensión.

Akira se puso tensa.

—¿Qué pasa? ¿Han dicho algo sobre mí?

—Sobre nosotros. —Randall se aplanó el pelo ondulado rebelde—. No pasa nada. Lo vuelvo a banear...

Akira se levantó bruscamente y titubeó un momento.

—¿Tenéis la cámara apagada?

—Un segundo... Ya está, he pausado la retransmisión.

Akira se inclinó sobre Randall, apretándole el hombro mientras leía la columna de chat, e hizo una mueca.

—Uf.

Se me encogió el corazón.

—¿Qué dice?

—No quiero ni leerlo en voz alta.

Matty se giró la gorra de béisbol y leyó el chat por encima del hombro de Randall.

—Vaya, quien haya escrito eso es un saco apestoso de vómito de caballo.

—Las redes sociales son una mierda. —Dylan se hizo crujir los nudillos—. ¿Y si jugamos sin retransmitir la partida?

—Ni hablar, tío —dijo Randall—. Por fin estamos ganando algo de pasta. —El mes anterior habíamos ganado ochocientos dólares entre YouTube y Twitch, nuestro mejor mes, y quería ganar bastante para dejar el trabajo de cajero. Era una lástima que ochocientos pavos

divididos entre seis ni siquiera ayudaran a pagar la hipoteca—. Vosotros tranquilos, ¿vale? Yo me encargo de borrar los mensajes y bloquear a los usuarios. Fijo que es un bot ruso o algo así.

—A los bots rusos les da igual nuestro *stream* —observó Zoey—. Están ocupados atacando a los demócratas en Twitter. Esto es personal.

—¿Crees que es cosa de Fishman? —preguntó Matty mientras Akira volvía a sentarse a mi lado.

Negué con la cabeza.

—A Fishman le mola darnos caza en el juego. No se molestaría en hacer algo así. —Leí el comentario en el móvil y se me hizo un nudo en el estómago—. Vaya. Tiene que ser alguien que sabe que estáis juntos. Me apuesto diez... no, veinte pavos a que es alguien del instituto.

La gente decía cosas en la red que nunca se atrevería a decir en la vida real. Como la mocosa malcriada de Tessa, de la clase de Caelyn, que se dedicó a criticarla por Insta, aunque por lo visto nunca le dirigió ni dos palabras seguidas en el instituto.

Zoey asintió.

—Coincido con ella.

Randall se rio.

—No digáis chorradas.

Akira hizo una mueca, dolida.

—Esto no tiene gracia, Randall —le espeté—. Insinúa que estáis juntos porque... bueno, básicamente te acusa de fetichizar a Akira.

Esta asintió y Randall ladeó la cabeza y volvió a leer el comentario.

—Y eso lo dices porque...

Akira levantó la barbilla.

—Porque tú eres blanco y yo soy estadounidense de origen japonés, sí. Es asqueroso.

—Menuda racistada —intervino Zoey.

—Exacto —coincidió Akira. Le estreché la mano y pensé que ojalá no hubiera tenido que leer ese comentario tan desagradable. Ojalá pudiera atravesar la pantalla con la mano y hacerle una peineta a quien lo había escrito.

—Mierda. —El pesar se reflejó en el rostro de Randall. Estaba tan cegado por su condición de privilegiado que ni siquiera lo había visto —. Lo siento mucho.

—No... —comenzó Akira, como si fuera a decir: «No pasa nada».

Pero sí pasaba.

Randall hizo rodar la silla hacia ella con cierta inseguridad.

—¿Puedo...? —pidió permiso extendiendo los brazos. Akira asintió y él le dio un largo abrazo—. Te quiero por ser como eres —le murmuró con los labios entre el pelo de ella.

—Lo sé —respondió Akira.

Se separaron al oír el sonido del ordenador cuando Zoey hizo una captura de pantalla del comentario.

—¿Hay alguna forma de rastrear a ese cabrón? —pregunté en cuanto Randall hizo rodar la silla hacia atrás.

—No lo sé —respondió Randall—. No creo.

Matty le dio un codazo en el hombro.

—¿Se puede ver la IP de quien hace el comentario en Twitch? ¿O en YouTube?

—No —contestó Randall—. Lo veríamos si fuese un comentario en un blog que alojásemos nosotros, pero es imposible obtener esa información de Google o de Twitch. A menos que seas el FBI, claro.

—Y aunque pudieras verla, el trol podría estar usando una VPN para ocultar su ubicación —observó Dylan—. Podría hacer que pareciese que está en otro país...

—¡Oh! —A Zoey se le iluminaron los ojos—. Se me ocurre algo...

Cerró el portátil bruscamente y se fue corriendo a casa sin decir ni una palabra más.

Al día siguiente, nos enseñó la aplicación que había programado.

—Es muy sencillo. Subes dos fotos y la aplicación inserta código en ambas que registrará la IP del usuario que las cargue. Enviaremos un enlace a la foto al trol y otro a las personas que consideremos sospechosas. Si la IP de una de esas personas coincide con la del trol, sabremos quién es.

Dylan enarcó las cejas.

—Aunque estén usando una VPN.

—Exacto —confirmó Zoey—. Las direcciones IP seguirían coincidiendo.

—Genial —dijo Dylan, claramente impresionado. Noté una sensación extraña en la garganta, pero entonces me miró fijamente—. ¿Nos apostamos veinte pavos?

Lo miré con una sonrisa tensa, ignorando los nervios que me atenazaban el estómago.

—Hecho.

Elaboramos una lista de compañeros de clase que podrían tener algo contra nosotros, como Dave Wisla, el *quarterback* que se había puesto hecho una fiera cuando Randall lo había imitado caminando como un pavo por el pasillo del instituto; o Lucía Ramírez, a quien yo había humillado en las pruebas para entrar en nuestro equipo de

eSports; o Maddy Curtis, a quien Matty había rechazado cuando le había pedido que la acompañase al baile de bienvenida. Nos repartimos la lista y cada uno de nosotros envió correos electrónicos pidiendo ayuda con los deberes con un enlace a una captura de pantalla del trabajo. Randall envió por mensaje privado al trol una foto de su mano haciendo una peineta.

Todos nos quedamos boquiabiertos cuando la IP de Lucía coincidió con la del trol. Y yo gané veinte pavos.

Comprensiblemente, Akira no quiso venir con Zoey y conmigo cuando acorralamos a Lucía en su taquilla al día siguiente (a decir verdad, Zoey fue la única que habló). Sin embargo, Lucía lo negó todo. Supuse que plantarle cara bastaría para evitar que nos volviese a trolear, aunque no hubiese confesado ni se hubiera disculpado. Además, aunque yo estaba furiosa, también me sentía muy culpable. Durante su prueba me había comportado como una zorra. En cierto modo, todo aquello había sido culpa mía.

Pero entonces Zoey fue a la yugular.

—Tengo pruebas. He hecho capturas de pantalla de todo, y puedo demostrar que los comentarios procedían de tu IP. Lo subiré todo a internet y me aseguraré de que sea el primer resultado que aparezca en Google cuando busquen tu nombre. No solo verá lo que hiciste todo el mundo en el instituto. También lo verán las universidades. Y cualquiera que se plantee darte un trabajo en el futuro. Todo el mundo sabrá que eres un trol y esto te perseguirá para siempre.

Por un instante y presa del pánico, los ojos desorbitados de Lucía buscaron los míos, como si pensase que tal vez intervendría y actuaría ejerciendo de voz de la razón, pero su expresión se endureció, seguramente al recordar que yo había empezado todo aquello. Además, pese a que la hostilidad de Zoey me había sorprendido, jamás le habría llevado la contraria para defender a Lucía. Lo más importante era proteger a nuestros amigos, así que me quedé junto a Zoey y permití que la amenazase.

Más tarde, conseguí apaciguar a Zoey, pero aquel conflicto no resuelto nos sobrevolaba como un enjambre de mosquitos hambrientos. Lucía comenzó a ser más agradable que de costumbre con nosotros, e incluso nos invitó a su fiesta, quizá porque la aterrorizaba saber que podíamos hundir su reputación para siempre en cualquier momento. Fuimos a echar un vistazo, aunque no nos iban mucho las fiestas, pero ninguno de nosotros habló con ella salvo durante la breve discusión que mantuvimos cuando yo ya me iba. La tensión era palpable. A veces me preguntaba si no deberíamos habernos limitado a borrar los comentarios y bloquear al usuario,

como había propuesto Randall. Sin embargo, habíamos derribado una ficha de dominó, y ahora las demás caían una tras otra.

—¿De verdad creéis que Lucía iría a por nosotros así? —preguntó Dylan.

Akira miró a Sánchez, que estaba en la otra punta de la sala de espera, como si quisiera consultarle esa teoría.

—Ni hablar —replicó Randall—. Que una vez metiera la pata no la convierte en una asesina. Es que, por Dios...

Akira frunció los labios.

—No es solo que metiera la pata... —Dejé la frase a medias y miré la cara de Zoey en el teléfono de Akira. ¿Y si Lucía quería asegurarse de que no cumpliéramos jamás la amenaza de Zoey?

—Chicos —dijo Zoey en un tono intrigante, como si nos contase un cuento—. ¿Y si esto tiene algo que ver con...?

—¡No! —exclamé casi chillando, y los sobresalté a todos. Incluso Sánchez miró en nuestra dirección, pero no podía permitir que lo dijese. No podía consentir que Zoey hurgase en el pasado. No delante de Dylan—. No tiene nada que ver con eso.

—Pero a lo mejor Brady... —comenzó Zoey.

—Cuelga —ordené a Akira, y el pánico me paralizó entera. Randall también empalideció. Dylan frunció el ceño al observar nuestras reacciones, pero no podía permitir que supiera lo que ocurría.

Akira se echó hacia atrás como poniendo distancia.

—¿Qué? ¿Por qué? Zoey, ¿crees que todo esto tiene algo que ver con Brady?

El estómago se me hundió en el útero.

—No.

—¿Quién es Brady? —inquirió Dylan.

Me senté en el borde de la silla y levanté una mano.

—Nadie. No es nada.

—Pero ¿qué sentido tendría esperar cinco años? —planteó Akira a Zoey. Los ojos de Dylan saltaban de uno a otro como una pelota de goma que nadie lograba atrapar.

Intenté cambiar de tema, me reí y fingí que no tenía ninguna importancia, exactamente como haría Randall.

—No digáis tonterías. Nadie ha esperado para hacer nada, porque es obvio que esto no está relacionado.

—¿No está relacionado con qué? —preguntó Dylan de nuevo.

—Es una tontería, en serio —respondí haciendo un gesto de desdén —. No tiene importancia.

—No es ninguna tontería... —insistió Zoey.

—A ver, no puede ser eso, porque Dylan no estuvo implicado —dije a la desesperada—. Y él fue la primera víctima. —Akira ladeó la cabeza, confundida—. Ya sabéis a qué me refiero. El examen. El examen en la taquilla de Dylan...

Me callé de repente al darme cuenta de lo que acababa de hacer. Yo era la única que sabía que el examen estaba relacionado con lo demás y formaba parte del juego de An0nym0us1. Cerré los puños y me preparé, como si mi teléfono fuera a explotarme en el bolsillo o algo por el estilo, pero no pasó nada.

Akira abrió los ojos como platos.

—Mierda. Se me había olvidado.

—Gracias —dijo Dylan con un deje sarcástico.

—Bueno, es que... —Akira hizo gestos exagerados señalando la sala de espera, como queriendo decir que desde entonces habían pasado cosas peores—. Un momento... ¿Crees que el examen tenía alguna relación? ¿Crees que alguien te tendió una trampa?

—Te aseguro que yo no robé el examen —afirmó Dylan, y Randall arqueó una ceja—. No, tío. Que no fui yo, de verdad.

—Pero el señor Chen sabía que estaba en tu taquilla, ¿cierto? —recordó Zoey, muy emocionada—. Alguien le tuvo que dar el chivatazo. ¡Otra información engañosa! —Randall se quedó boquiabierto—. O sea que tiene que ser alguien del instituto, ¿verdad? Alguien que sabe dónde está la taquilla de Dylan. A menos que alguien de dentro ayudase a Fishman, por ejemplo. Seguro que tiene un montón de fans en el insti.

Al menos había desviado la atención de Brady, pero la preocupación que me rondaba por la cabeza se intensificaba y miré a Zoey con los ojos entrecerrados. Era increíblemente rápida a la hora de improvisar esas teorías...

Justo entonces, mi madre entró en la sala de espera e interrumpió el hilo de mis pensamientos.

Llevaba la ropa quirúrgica de color azul claro empapada de sangre.

—¡Crystal! —Cruzó corriendo la sala de espera, aparentemente ajena a las salpicaduras de sangre que le manchaban la casaca y la pernera derecha. Seguía llevando el pelo recogido en un moño desgarbado y las sombras violetas que le subrayaban los ojos se habían oscurecido desde aquella mañana—. Cariño, yo... Siento mucho no haber podido contestar a tus llamadas...

Al verla, los ojos se me llenaron de lágrimas. Me moría de ganas de darle un abrazo, pero cuando se me acercó, retrocedí.

—Tu ropa, mamá.

Mi madre se miró las manchas y maldijo.

—Dios mío, lo siento mucho... Llevo seis horas en el quirófano y, en cuanto he salido, Chantel me ha dicho que estabas aquí, y... he visto a las madres de Matty... y... —Las palabras se le atoraron en la garganta y solo logró decir—: Ay, cariño...

Con el rabillo del ojo, vi que Randall se aferraba al brazo de la silla y Akira se tapaba la boca. El cuerpo se me heló de pronto, como si hubiera saltado al lago. La expresión de mi madre era tan triste que no le hizo falta decirlo en voz alta.

Matty no había sobrevivido.

Cinco años antes

–¡Cómo se juega a la caza humana? —preguntó Brady mientras nos amontonábamos junto al columpio de Zoey.

Brady dirigió el haz de luz de la linterna hacia la arboleda. Vi salpicaduras de luz procedentes de las casas del otro lado, pero aquella noche las nubes ocultaban la luna y las estrellas, y la franja oscura de árboles parecía casi infinita.

—Como al escondite —explicó Akira.

—Sí, pero al revés —aclaró Matty—. En vez de esconderse todo el mundo y que a una persona le toque buscar, en la caza humana solo se esconde uno y todos los demás tienen que buscarlo.

—Pero ¿no se juega en equipos? —preguntó Zoey.

Incómodo, Brady cambió el peso de pie y sus zapatos chapotearon en la hierba. Los últimos restos de una reciente tormenta de nieve se habían derretido por el calor insólito de aquel día y el césped había quedado fangoso sobre el suelo helado. Miré a Brady con aprensión.

—Será mejor que no hagamos equipos. Creo que eso es para grupos más grandes.

Matty asintió.

—Sí, y podemos inventarnos nuestras propias reglas.

—Genial —dijo Akira—. Cazar en grupo será más divertido.

—Sí, claro —se burló Randall—. Lo que pasa es que te da miedo estar sola en la oscuridad.

Akira le dio un empujón.

Sin embargo, no le faltaba razón. Las linternas de Zoey no iluminaban mucho, y ahora que estábamos allí fuera, los árboles parecían siniestros y peligrosos. Pese a todo, era demasiado tarde para echarnos atrás.

—Entonces nos esconderemos por turnos y quien permanezca más tiempo escondido antes de que lo encuentren, gana —propuse.

—Me gusta la idea —admitió Matty—. Yo me encargo de controlar el tiempo.

—¿De verdad tenemos que jugar a esto? —Brady se frotó los brazos—. Estoy muerto de frío.

—Sí, vamos dentro. —A Zoey también le castañeteaban los dientes—. Podemos jugar a otra cosa...

—Zoey, tus padres no se darán cuenta de que nos hemos ido —la tranquilicé.

—Sí, no seas aguafiestas —dijo Randall con una risa jovial.

—No soy una aguafiestas —masculló Zoey entre dientes—. Es que tengo frío.

Akira le pasó los guantes gruesos y, contrariada, Zoey se los puso sobre los guantes rosa finos que ya llevaba.

—¿Ponemos algún límite? —planteó Matty, como si el debate sobre si jugábamos o no ya hubiese quedado zanjado.

Sonreí.

—Sí. No se vale ir más allá de los patios y jardines que tocan directamente a esta franja de árboles, hasta la finca de los Nelson —contesté señalando hacia el oeste.

Los Nelson eran una pareja de ancianos que vivían en una casa colonial del siglo xviii perdida entre la arboleda. La finca tenía varias hectáreas, y allí el bosque era tan denso que la oscuridad sería total. Me hacía la valiente, pero temblaba solo de pensar que tendría que pasar por allí.

—Las calles no valen, ¿verdad? —preguntó Randall.

Asentí.

—Ni las calles ni la finca de los Nelson. Ese es el límite.

Todos asintieron, conformes.

—¿Quién se esconde primero? —preguntó de nuevo Randall.

—Yo misma. —El corazón me dio un vuelco de la emoción—. Cerrad los ojos y contad hasta cien.

—Y no hagáis ruido —añadió Zoey—. Y no apuntéis las linternas hacia las casas.

Tan paranoica como siempre.

En cuanto Matty puso en marcha el cronómetro y todo el mundo cerró los ojos, me adentré sola en la arboleda iluminando mis pasos con el brillo tenue del teléfono.

17

Estaba sentada a la mesa de la cocina, ausente, observando a mi madre a través de una membrana translúcida mientras ponía la cena a Whiskers y me preparaba un té. Me sentía como si estuviera sumergida en una piscina de gelatina. Nada parecía real.

Matty estaba muerto. Muerto.

Oía en bucle el sonido de sus jadeos, luchando por respirar, y por más fuerte que cerrase los ojos, mis pestañas eran como pantallas de IMAX que mostraban su rostro cada vez más rojo, las venas hinchadas de su cuello y el terror en sus ojos. Ya podía irme olvidando de volver a conciliar el sueño en casa —o en cualquier otro lugar— nunca más.

El plan de Akira y Randall de pasar la noche juntos se había esfumado a la velocidad de la luz. Mi madre invitó a Akira a dormir en casa para que no pasara la noche sola, pero ella prefirió ducharse en su cuarto de baño después de echar los higadillos en la sala de espera. Como Randall se quedó catatónico al oír la noticia, Dylan se ofreció a llevar a Akira a su casa, con la chaqueta manchada de vómito y todo. Antes de separarnos en el aparcamiento, Dylan me abrazó, apoyó la mejilla en la mía y me murmuró al oído:

—No ha sido culpa tuya, Crystal. Todo irá bien.

Se equivocaba en ambas afirmaciones.

Todo era culpa mía. Y nada iba a ir bien.

—¿Qué crees que estará haciendo Caelyn? —preguntó mi madre mientras me servía una taza de té de caramelo y vainilla con un poco de leche. Era la bebida que siempre nos daba a Caelyn y a mí para tranquilizarnos; su equivalente al chocolate caliente, pero sin azúcar.

—¿Qué? —Di un respingo al oír el nombre de Caelyn.

—En Frost Valley.

Era obvio que intentaba distraerme con un pensamiento reconfortante, pero se me aceleró el pulso. Había mirado el móvil al menos diecisiete mil veces desde que habíamos llegado a casa, pero An0nym0us1 guardaba silencio. Cada vez que recordaba que había dicho que el siguiente juego sería más tarde aquella misma noche, el corazón se me encogía por los nervios.

—Ah, pues... —Rodeé la taza con los dedos—. No lo sé. Son más de las diez, así que... puede que esté durmiendo.

—¿Crees que se habrá acostado tan pronto? Menuda empollona está hecha. —Sacó la lengua en un claro intento de aliviar la tensión, pero en ese momento la broma no tuvo ninguna gracia.

—Puede que no. Creo que me dijo que iban a jugar a algo, y eso... —Sorbí cautelosamente el té, me obligué a tragar el líquido insípido y caliente y fijé la vista en el grano de la madera de la mesa, sumiéndome de nuevo en un estupor silencioso. No podía especular acerca de una realidad que Caelyn no estaba experimentando. Ni siquiera era capaz de mirar a mi madre a los ojos. Una persona trastornada había secuestrado a una de sus hijas y estaba chantajeando a la otra y yo no se lo podía decir.

Me estrechó la mano.

—Siento mucho lo de Matty, cielo. Siento mucho no haber podido estar contigo cuando me necesitabas. Otra vez.

Sus palabras cortaron el vapor que salía de nuestras tazas.

—No hagas eso, mamá.

—No, lo digo en serio. Últimamente he estado haciendo tantos turnos que apenas puedo atender a tus necesidades...

Se le torció el gesto y se tapó la boca para reprimir las lágrimas.

—Pero te deslomas por nosotras, para que podamos seguir viviendo aquí. No puedes estar literalmente en dos sitios a la vez.

Mamá contuvo una mezcla de risa y sollozo.

—Tan práctica como siempre. Pero puede que vivir aquí no fuera lo más importante. Solo es una casa. Hay otras. Lo más importante debería haber sido manteneros a salvo...

Pensé de inmediato en An0nym0us1 y fruncí el ceño.

—¿Qué quieres decir?

—Debería haberle echado antes —contestó con un hilo de voz—. Debería haberos protegido.

Ah. Papá.

—Y lo hiciste —repliqué. Mamá siempre tenía que complacer a todo el mundo y permitía que los demás la hicieran sentir culpable a todas horas, pero no quería que se sintiera culpable por eso. Ya había sufrido bastante. Todas habíamos sufrido bastante—. Evitaste que entrase...

—Con eso no basta y lo sabes. Lo dijiste tú misma.

Cierto. Y no podía decir que no se lo hubiese dejado bien claro.

La mañana después de que papá estuviera a punto de irrumpir en mi

habitación con los puños por delante, Caelyn y yo nos quedamos acurrucadas bajo mi edredón hasta que la luz del sol se filtró entre las persianas y proyectó franjas blancas que surcaban mi habitación de arriba abajo.

Armándome de valor, me acerqué sigilosamente a la puerta, la entreabrí y eché un vistazo al pasillo.

—Espera aquí —ordené a Caelyn, que tenía los párpados caídos y rosados por el agotamiento.

En el pasillo, faltaba el marco de un cuadro. La luz del sol había descolorido la pintura de su alrededor y había dejado un espacio más oscuro en el lugar que ocupaba. Aquello explicaba el estropicio que habíamos oído. Había estado a punto de llamar a emergencias. Sin embargo, si la policía no iba a creer a mi madre, ¿por qué me iba a creer a mí?

Casi esperaba encontrar el cadáver de mamá tendido en la cama de mis padres, pero el edredón con motivos florales estaba pulcramente remetido bajo el colchón y todo seguía en su sitio. Los encontré a ambos abajo. Estaban sentados a la mesa de la cocina, y papá sorbía los últimos restos de cereales del cuenco mientras mamá mordisqueaba una tostada y miraba el móvil.

Como si nada hubiese pasado.

Como si todo estuviera bien.

—Mamá —la llamé, y vi el borde de un moratón que se le extendía sobre la clavícula. Se subió la blusa y se apoyó la barbilla en el puño para disimular el movimiento.

—Buenos días, dormilona —dijo en un tono alegre.

Papá esbozó una sonrisa que no le alcanzó los ojos; los mismos ojos que antes centelleaban cuando me veían entrar. Ahora se clavaban en los míos como si me desafiasen. «Todo va bien, ¿no lo ves?». Seguramente él había limpiado los fragmentos de cristal del marco roto del pasillo, había hecho la cama y había escogido la blusa de cuello alto que vestía mi madre. «No ha pasado nada. No has oído nada».

Sin embargo, sabía perfectamente lo que había oído. Había estado a punto de entrar en mi cuarto hecho una fiera, hasta el culo de alcohol e irradiando ira como si expulsara vapor. ¿Qué habría pasado si mamá no lo hubiese detenido? ¿Qué me habría hecho? ¿Y a Caelyn? Me dolía el alma, como si la herida fuese tan profunda que jamás fuera a curarse. Si no podía confiar en mi propio padre, ¿en quién podía confiar?

Pedí a mi madre que me acompañase a la primera planta alegando que tenía una pregunta sobre la regla para que papá no nos siguiera.

—¿Qué coño ha pasado? —pregunté con la voz áspera mientras cerraba la puerta del cuarto de baño.

—No uses ese tono con...

—A la mierda el tono que use. Ya basta. ¿Cómo puedes estar ahí sentada fingiendo que anoche no pasó nada?

—Es que... No fue nada...

Señalé el hematoma que le asomaba por el cuello de la blusa.

—Eso no es nada. —Bajo la luz brillante del lavabo, observé que había intentado camuflar el moratón con maquillaje—. ¿Cuándo piensas ir a la policía? Eso sí lo van a creer.

Quería a mi padre. Lo quería de verdad. El problema era que el hombre que había en la cocina ya no era papá. El alcohol y algo más —una adicción, una crisis de la mediana edad o algún cambio químico en su cerebro que no lograba entender— lo habían transformado en una persona totalmente distinta. Me rompía el corazón, pero si algo malo le ocurría a Caelyn mi alma quedaría hecha añicos.

—Crystal. —Mamá se frotó el puente de la nariz chata—. No puedo ir a la policía. Si tu padre se marcha, estamos jodidas. Perderemos la casa. Con dos turnos a la semana no puedo pagar la hipoteca, y menos aún el resto de las facturas.

—Pues haz más turnos.

—Ya he pedido trabajar a tiempo completo, pero ahora mismo no lo tienen contemplado en el presupuesto.

Se me hizo un nudo en la garganta.

—Pero... ¿y si la próxima vez entra en mi cuarto? ¿Y si...?

—Nunca os haría daño —dijo mamá en un tono metálico y poco convencido. De hecho, era una posibilidad muy real. La noche anterior había estado a punto de ir demasiado lejos, y el moratón era la prueba que demostraba que una barrera en forma de mamá se lo había impedido—. Me prometió que no volverá a suceder.

Yo estaba temblando de pura frustración.

—La última vez te prometió lo mismo.

—Pero esta vez me ha dicho que dejará de beber. Del todo. —Me acarició la mejilla—. Esta vez será distinto.

La miré fijamente, alucinada. Negaba la evidencia obstinadamente, como si estuviera convencida de que la fe bastaría para resolver el problema. El dolor que me atenazaba el alma regresó, esta vez más intenso, como si mi madre me hubiese abofeteado. Mi padre no era el único que nos hacía daño. Mamá también lo hacía... porque lo consentía.

Pero ahora se había acabado. Él ya no estaba.

Gracias a mí.

Si ella no estaba dispuesta a encargarse de él, alguien tenía que hacerlo.

—Tenías razón —admitió mi madre, estrechándome la mano—. Pero te prometo que, a partir de ahora, no tendrás que preocuparte. Yo me encargaré de que estemos bien.

Mi madre seguía sin tener ni idea de lo que yo había hecho, y a veces me preguntaba si había sido lo correcto. Mamá seguía teniendo moratones; la diferencia era que ahora los lucía bajo los ojos. La falta de sueño y el estrés que sufría eran culpa mía. Trabajaba demasiados turnos en el hospital y seguía sin poder pagar la hipoteca y los impuestos desorbitados asociados a una casa demasiado grande para nosotras. El dinero que yo ganaba con los *streamings* y haciendo de canguro no era ayuda suficiente. La abuela Rose estaba haciendo chantaje emocional a mamá para que nos mudásemos a Maine con ella si vendíamos la casa, pero si lo hacíamos, nos veríamos aisladas de nuestras vidas y nuestros amigos. Lo que hice para proteger a mi hermana pequeña podría perjudicarla todavía más. Tenía que ganar el torneo de *MortalDusk*. Lo necesitaba.

Pero ahora Matty estaba muerto, habían secuestrado a mi hermana y todo estaba patas arriba. Y todo por culpa de un maníaco. Tenía que encontrarlo. Tenía que derrotarlo jugando a su propio juego. Tenía que recuperar a Caelyn, a cualquier precio.

Ojalá tuviera una pista de cuál iba a ser ese precio.

Al ver la tensión de mi rostro, mamá se levantó.

—¿Sabes una cosa? Esta noche necesitamos chocolate. Un montón de chocolate.

—No tenemos —mascullé. El jefe Sánchez se había llevado la bolsa de pepitas de chocolate, y mi madre no compraba muchos dulces.

—Por favor. Tengo un alijo secreto para emergencias. —Entró en la cocina, se arrodilló junto al horno y desveló su escondrijo. Se levantó junto al borde de la encimera y sacó los dedos manchados de harina. Por un momento, parecía desconcertada—. ¿Qué...?

Abrió los ojos como platos al atar cabos. En el trayecto en coche de vuelta a casa le había explicado que había horneado los brownies que habían matado a Matty. Se apresuró a lavarse la mano bajo el grifo, evitando hablar del tema para no angustiarme más. Porque creía que había sido culpa mía.

¿Tenía razón?

Imaginaba a An0nym0us1 como una figura sombría de pie en ese preciso lugar apenas unas horas antes. ¿Había traído el extracto de

almendra, lo había añadido a la masa y lo había dejado en la encimera para que lo encontrasen? Una chispa de duda persistía en mi mente. Tenía que estar segura.

—Mamá —dije tratando de mantener un tono firme—. ¿Para qué sueles usar extracto de almendra?

—Para los cafés con leche. —Desenvolvió una tableta de chocolate —. Me gusta añadirle un chorrito para darles sabor. Es más sano que los jarabes con azúcar. —Se me encogió el corazón. Eso significaba que sí había extracto de almendra en casa. Podía haber sido un error mío. Mi madre suspiró y negó con la cabeza—. Pensaba que no lo ibas a usar para nada. Supongo que no tuve bastante cuidado.

—No es culpa tuya. —Me eché los rizos hacia atrás con los dedos temblorosos—. ¿Y los EpiPens?

—¿Qué pasa con ellos?

—Los que tenemos en el piso de arriba. ¿Los tiraste hace poco? ¿Habían caducado?

Mamá frunció el ceño.

—No. Los sustituyo una vez al año, justo después de Año Nuevo, para no olvidarme. Estos los compré hace un par de meses. —El vértigo me atenazó el cuerpo como si me tambalease al borde de un abismo—. Te iba a preguntar por qué no los has usado... —Dejó la frase en el aire y me miró con cautela.

No. No.

Sin mediar palabra, subí los escalones de dos en dos a toda velocidad. Mamá me seguía de cerca.

—¿Qué te pasa, Crystal?

Encendí la luz del cuarto de baño y vi fugazmente mi expresión aterrada en el espejo antes de abrir el armario de los medicamentos. Las bisagras chirriaron tanto que me tapé los oídos. Sin embargo, el ruido no era el chirrido de las bisagras, sino un chillido salvaje. El sonido me empujó de espaldas a la pared y el toallero se me clavó en la columna. Mi madre me agarró los brazos y repitió mi nombre una y otra vez. El ruido, ese sonido estridente y penetrante, procedía de mí. Brotaba de mis labios.

Estaba gritando.

Porque la funda de color naranja chillón del EpiPen estaba en el primer estante del armario.

En su sitio de siempre.

18

La muerte de Matty había sido culpa mía. Había confundido las botellas de extractos. No había visto los EpiPens en el armario de los medicamentos.

Había sido negligente.

Descuidada.

Como la vez que ofrecí a Matty mi Frappuccino sin probarlo antes y le había puesto almendra en lugar de soja. Estaba tan absorta en mis propios problemas que ni se me pasó por la cabeza que algo con frutos secos pudiera acabar en los brownies. Almendra en lugar de vainilla.

El chico que me quería estaba muerto por mi culpa.

Había intentado mantener la calma todo el día, aferrarme a la realidad y evitar hundirme, pero todo el mundo tiene un límite. Al notar una presión en el pecho y que se me entumecían las extremidades, cuando las palabras y los sonidos que brotaban de mis labios se volvieron irreconocibles e imparables, supe que había alcanzado el mío.

—Todo es culpa mía. Todo es culpa mía —repetía una y otra vez.

—No es culpa tuya... —decía mi madre levantando la voz para imponerse a mis sollozos, pero el rugido que me atronaba en los oídos ahogaba sus palabras. La vista se me llenó de motas marrones y no podía ver, ni oír, ni pensar nada salvo que había matado a Matty.

Incapaz de mantener el equilibrio, me apoyé en la pared y me dejé resbalar hasta el suelo. Los músculos se me tensaban dolorosamente con cada inspiración áspera, y agarré con fuerza la alfombra peluda de baño entre los puños mientras unos espasmos violentos me sacudían el cuerpo. No dejaba de mascullar palabras atropelladas y sin sentido, y mi madre se arrodilló a mi lado y trató de calmarme mientras yo me acurrucaba en posición fetal, apretando la alfombra tan fuerte entre los dedos que me sentía como si me hubiesen amputado las yemas. Grandes lágrimas cálidas me resbalaban por las mejillas y la nariz y salpicaban las baldosas del cuarto de baño.

—Matty está muerto... Muerto... He sido yo... —Me atraganté con las palabras y me vino otra oleada de espasmos.

Mamá se levantó, abrió la mampara de la bañera y giró el grifo. Sufrí el primer ataque de pánico a los once años, después de lo que le pasó a Brady. Después de lo que le hicimos. Me desplomé en el patio de atrás, incapaz de respirar, y papá me llevó adentro, llenó la bañera con agua caliente y sales de baño de lavanda y me metió en el agua con la ropa puesta. La reconfortante fragancia floral y la sensación de la ropa hinchándose a mi alrededor en el agua caliente me devolvieron poco a poco a la realidad. Lo cierto es que no fue nada fácil hacer frente a esa situación, pero al menos tenía control sobre mi cuerpo.

Ahora era demasiado mayor para que me llevasen en brazos.

—Vamos. Intenta levantarte.

Mamá me ayudó a incorporarme y conseguí arrastrarme al interior de la bañera. Me estrechó la mano mientras yo me sumergía en el agua, y a medida que subía el nivel, los vaqueros se inflaron alrededor de mis piernas y las lágrimas saladas se mezclaron con las sales de baño de lavanda que había añadido al agua. Por lo menos el calor y el vapor sirvieron para calmarme los temblores.

Mi madre se arrodilló a mi lado y me acarició la parte alta de la espalda mientras canturreaba distraídamente algo que quizá le parecía reconfortante, aunque la melodía no tenía ni pies ni cabeza. En cualquier caso, mis pensamientos se apaciguaron por fin. Me notaba el pecho dolorido y áspero por los espasmos, pero podía respirar de nuevo. Me palpitaba la cabeza a causa de la intensidad de los sollozos, pero podía volver a pensar.

Matty estaba muerto. Muerto.

Intenté sacarme esa idea de la cabeza y tratar de encontrarle algún sentido a la reaparición del EpiPen. Ahora que había recuperado la cordura, recordaba claramente haber abierto el botiquín mientras Matty se ahogaba en el sótano. Al repasar mentalmente la escena, vi con claridad el espacio vacío en el armario. Había pasado los dedos por ese espacio y había notado el frío metal bajo las yemas.

—No estaba. —Estreché con fuerza la mano de mamá—. La funda del EpiPen. No estaba cuando la he ido a buscar. Te juro por Dios que antes no estaba ahí.

Mamá se levantó y examinó el botiquín. No había ningún espacio vacío, solo una serie de pulcras hileras de cremas faciales, pintaúñas, dentífricos, botes de medicamentos y, por supuesto, el estuche de color naranja chillón del EpiPen.

Era cosa de An0nym0us1. Había entrado en mi casa, había añadido el extracto de almendra a los brownies y había robado los EpiPens. Debía de haber vuelto a entrar en la casa para poner de

nuevo el estuche en su sitio. Quizá quería que perdiese el contacto con la realidad. Quizá quería que pensase que todo era culpa mía. Y había estado a punto de conseguirlo. Sin embargo, sabía que los EpiPens no estaban allí antes. Lo sabía, lo sabía, lo sabía.

—Crystal. —Mamá se volvió a arrodillar junto a la bañera—. Sé que ahora todo te resulta muy doloroso y creerás que se va a acabar el mundo, pero tienes que entender que nada de todo esto ha sido culpa tuya.

Lo sabía, lo sabía, lo sabía. Era ella quien no lo comprendía.

—Cuando te domina el pánico, es fácil no ver las cosas que tienes justo delante —continuó—. Se han publicado estudios sobre este fenómeno: cuando el córtex frontal se ve sobreestimulado y distraído, no se centra en todos los estímulos visuales. Ignora algunas cosas. Como cuando tienes prisa por salir de casa y no encuentras las llaves, aunque las tengas en las narices. Esta mañana yo no las encontraba por ninguna parte y al final no las había sacado del bolso.

Me estremecí y reprimí un sollozo. Por supuesto, pensaba que los EpiPens habían estado en el armario todo el tiempo. No sabía nada de Caelyn, An0nym0us1 o el resto de la situación.

Pero eso había sido obra suya. Había sido An0nym0us1. Estaba segura.

Tenía que descubrir quién era. Tenía que recuperar a mi hermana. Tenía que...

Oh, no. Había olvidado el teléfono en la mesa de la cocina.

Al llegar a la cocina, chorreando y envuelta en una toalla, casi podía sentir físicamente que me esperaba un mensaje, pero como mi madre me seguía revoloteando como un mosquito, no podía mirar la pantalla para evitar que viese mi reacción e insistiese en averiguar qué estaba pasando. Decidí que era mejor esperar a que se fuese a dormir alrededor de las once. Ese día había hecho el doble turno que correspondía a otra enfermera y a la mañana siguiente le tocaba hacer el suyo. Se ofreció a llamar al hospital para decir que estaba enferma, pero le aseguré que no era necesario.

De vuelta en mi habitación, me puse unos leggins cómodos y un enorme jersey con forro polar (con el teléfono metido en un cajón para tener algo parecido a un poco de intimidad, gracias por preguntar), respiré hondo y miré la pantalla.

> Estás jugando con fuego. Ya has usado la carta de Salir de la cárcel, ¿recuerdas?

Miré la pantalla con los ojos entrecerrados. Todavía me palpitaba la cabeza tras el ataque de pánico. Mamá me había ofrecido los medicamentos que me recetaron para los ataques, una especie de dosis colosal de antihistamínico para calmarme, pero me habría adormilado demasiado, y necesitaba mantenerme despierta. Alerta. Tenía que encontrar a la persona que estaba haciendo aquello.

Había perdido la oportunidad de intentarlo.

La ira y la agonía me constreñían la garganta y ahogaban las acusaciones que quería lanzar. «¿Por qué has tenido que matar a Matty? ¿Cómo has podido?». No obstante, habría sido en vano, porque An0nym0us1 jamás respondería a esas preguntas. Tenía que hallar la manera de ser más lista que mi rival, de sonsacarle alguna pista que me permitiese encontrar a Caelyn. Quizá podía conseguir que me enviase otra foto.

«Un momento, ¿cómo está Caelyn?», pregunté.

> Sigue viva. ¿Lista?

«Sigue viva». El mensaje implícito era que podía dejar de estarlo en cualquier momento.

Mierda.

Al menos, con un poco de suerte, seguirle el juego me ayudaría a obtener más pistas sobre ese cabrón. Me hice crujir los nudillos.

«Vale, como quieras. Adelante».

> Vamos a jugar al Grand Theft Auto. Roba la camioneta del garaje del número 212 de Sherborne Way. Tienes 30 minutos. ¿Lista? ¡Ya!

Me quedé boquiabierta. Esta vez sí reconocía la dirección.

Era la casa de Akira.

Akira no tenía coche («¿Para qué lo quiero si siempre me lleváis?»), pero sus padres tenían uno cada uno. Solo habrían necesitado un coche para ir al aeropuerto, y eso suponiendo que no hubiesen pedido un Uber o algo por el estilo. En cualquier caso, debían de haber dejado la camioneta de la señora Saito en casa.

Pero ¿cómo se suponía que debía sacar el coche del garaje sin que Akira se diese cuenta? Tenía el sueño muy pesado, y se había dormido tantas veces que su madre le había tenido que comprar uno de esos despertadores con ruedas que tenías que perseguir por la habitación para poderlo apagar, pero era imposible que ya estuviera durmiendo. Seguro que oiría el chirrido de la puerta al abrirse.

Dios. ¿Y si me pillaban? ¿Robar un coche no era un delito grave?

Bueno, al menos no era un asesinato.

Para cuando llegué a la calle de Akira, me sujetaba el costado para aplacar el dolor del flato y me notaba un intenso sabor metálico en la garganta. Solía ir a casa de Akira en bicicleta, pero si iba a robar un coche, abandonar la bicicleta antes de huir o detenerme en el camino de entrada para meterla en el maletero no parecían opciones ideales para escapar sin ser vista.

Me arrodillé junto a uno de los arbustos descuidados que bordeaban el jardín trasero de Akira para recobrar el aliento, temblando; una nube blanca de vapor acompañaba cada una de mis exhalaciones. Los patios vecinos estaban desiertos y la luz de la luna se abría paso a intervalos fugaces entre las nubes en una noche sin estrellas. Con suerte, la indumentaria totalmente negra me ayudaría a pasar desapercibida.

El garaje estaba al otro lado de la casa; sin embargo, aunque mágicamente supiera el código para abrir la puerta del garaje, seguiría necesitando las llaves del coche. ¿Todavía se podía hacer un puente a un coche? Solo lo había visto en películas antiguas.

No, tenía que buscar las llaves en la casa de Akira. Siempre me había gustado jugar a buscar el tesoro. Ojalá el castigo por perder no acojonase tanto.

Miré la casa imponente y se me hizo un nudo en el estómago. Todas las ventanas estaban a oscuras, salvo una del piso de arriba que imaginaba que debía ser del cuarto de Akira, aunque podría ser cualquier cosa, como una lamparita de noche, las luces diminutas de un rúter o Akira mirando el móvil en la cama, incapaz de dormir. Un viejo árbol retorcido se encaramaba a otra ventana, pero aquello no era ningún videojuego, y si intentaba trepar un árbol en la vida real podía acabar con huesos rotos en el mejor de los casos. Tal vez se habían dejado abierta alguna ventana de la planta baja.

Una sensación desasosegante se me expandió por el pecho al recordar la última vez que me había colado por la ventana de alguien.

Cuando empecé a sospechar que Zoey usaba un bot de apuntado automático para hacer trampa en *MortalDusk*, la idea se me enquistó en la mente; me obsesioné. No me bastaba con vigilarla mientras jugaba: tenía que ver los archivos en su ordenador. Tenía que estar segura. Así pues, aprovechando que veía claramente su ventana desde la mía, la espié como una auténtica acosadora hasta que un día, el mes pasado, salió de su cuarto y se dejó el ordenador portátil abierto y

desbloqueado. Para negarme la oportunidad de echarme atrás, salí por mi ventana y entré por la suya. Cuando éramos pequeñas, siempre nunca las cerrábamos con pestillo por si la otra quería entrar y, por lo visto, ella había conservado la costumbre.

La adrenalina me cosquilleaba en los dedos mientras inspeccionaba su disco duro. Gracias a algunos foros de jugadores de dudosa reputación, sabía que los tramposos descargaban un archivo de código abierto y modificaban el código para esquivar los detectores de tramposos de *MortalDusk*, jugando al gato y el ratón con los desarrolladores, que parcheaban el juego regularmente. Por eso sabía qué archivos debía buscar: *MortalDuskAimbb.exe*. Nada. *MortalDuskHackAB.exe*. Nanay. *MDaimbot.exe*. Cero patatero. *MDaimhack.exe*.

Un resultado.

Me quedé un instante mirando el archivo, como un pasmarote, y después examiné sus propiedades. Lo había instalado dos meses antes, y lo había abierto por última vez aquella misma noche, cuando habíamos jugado junto a todo el equipo. Al entrar en su cuarto no sabía cómo me iba a sentir si encontraba alguna prueba, y pensaba que quizá sentiría que mis sospechas estaban justificadas o una rabia ciega. Sin embargo, lo único que sentí fue angustia. ¿Cómo podía Zoey haber hecho algo así? Era injusto. ¿Acaso nuestra amistad no significaba nada para ella?

De pronto, reapareció en el umbral de su cuarto.

—¿Qué coño haces? —Me miró con la expresión desencajada, como si la delincuente fuese yo.

Si en aquella ocasión no fui una delincuente, sin duda estaba a punto de convertirme en una. Había estado en casa de Akira cientos de veces, pero un allanamiento seguía siendo un allanamiento. Al pensarlo, recordé vagamente que una vez vi a Akira sacar una llave de debajo de una de las macetas de la escalera de atrás. ¿Seguiría estando allí?

Miré en todas las direcciones. No había nadie por ahí cerca, pero de todos modos el corazón me retumbaba en el pecho a mil por hora mientras cruzaba el jardín a la carrera. Las ventanas de la parte trasera de la casa estaban a oscuras. Todo iba bien, al menos por el momento, pero en cuanto subí los escalones un chorro de luz iluminó el patio trasero. Ahogué una exclamación y me quedé helada, como un ciervo deslumbrado por los faros del coche, entrecerrando los ojos para protegerme de la repentina luz cegadora.

Me podía ver cualquier vecino. Un perro ladró a un par de metros de mí, y el estómago me dio un salto con cada ladrido. Volví a mirar

hacia los arbustos, donde me podría esconder y gozar de una seguridad relativa, pero se me acababa el tiempo. Me mordí el labio y eché un vistazo a la maceta con una hortensia que descansaba junto a la puerta trasera. Era demasiado tarde para acobardarme.

Incliné la maceta para comprobar si había algo debajo y vi el destello de una llave. Gracias a Dios, esa noche no tendría que trepar ningún árbol.

Abrí la puerta y volví a esconder la llave debajo de la maceta.

Pero en cuanto lo hice, una alarma rugió lo bastante fuerte para despertar a los muertos.

19

Entré trastabillando al vestíbulo y estuve a punto de tropezar con el montón desordenado de libros que había junto a la puerta. El panel de la alarma estaba retroiluminado y proyectaba un brillo rojizo que iluminaba toda la entrada. Me llevé una mano a la frente, irritada. Ni se me había pasado por la cabeza que pudiese haber una alarma. No obstante, no podía huir sin más. El sistema avisaría a la policía, enviarían a una patrulla y ya me podía ir olvidando de robar la furgoneta. Perdería el juego. ¿Qué le pasaría a Caelyn si fracasaba?

Que An0nym0us1 la mataría, eso le pasaría.

Vale. Tenía que pensar.

Generalmente, disponías de sesenta segundos para introducir el código correcto. Teníamos la misma alarma en casa, pero mamá siempre olvidaba activarla. Me devané los sesos frenéticamente para tratar de dar con un código posible y tecleé 1-5-0-3, el quince de marzo, el cumpleaños de Akira, seguido de la almohadilla. El panel emitió un pitido agudo y la alarma estridente siguió rugiendo.

—Maldita sea.

Era imposible que Akira no se hubiese despertado con semejante alboroto.

Probé suerte con el año de nacimiento de Akira. Almohadilla. Más aullidos de la sirena. Después lo intenté con el año de nacimiento de su hermana. Almohadilla.

El ruido enmudeció.

Miré el panel de control paralizada y conteniendo el aliento. Lo había conseguido. ¡Había adivinado el código correcto! Y gracias a Dios, Akira debía de estar durmiendo como un lirón.

Pasos.

Arriba.

—¿Hola? —graznó la voz de Akira al tiempo que los escalones de la escalera crujían a su paso.

Mierda. Podía huir a toda prisa por la puerta de atrás, pero entonces vería una silueta oscura corriendo por el patio y llamaría a la policía. Al menos, eso era lo que habría hecho yo.

Podía dejarme ver y fingir que había ido a su casa a hablar con ella, pero eso no explicaría por qué no le había enviado un mensaje de texto para avisarla, ni por qué me quería llevar la camioneta de su madre al marcharme. Dios, no podía pensar lo bastante rápido. No podía permitir que me sorprendiese.

Así que, como habría hecho cualquier persona cuerda, me agazapé tras la isla de la cocina.

Manteniéndome muy agachada, saqué la cabeza por la esquina mientras Akira encendía la luz del vestíbulo.

—¿Hola?

Le temblaba la voz. Volví a esconderme justo antes de que entrase a la cocina con pasos cautelosos y me apoyé en el armario del cubo de la basura. El pomo de la puerta se me clavaba en el omoplato, pero permanecí inmóvil.

Finalmente, los pasos de Akira abandonaron la cocina y se dirigieron al cuarto de baño pequeño y el lavadero por el pasillo corto de fuera.

Solté la exhalación que había estado conteniendo de forma muy consciente.

Unos segundos más tarde, la puerta del garaje chirrió cuando Akira la abrió y la cerró varias veces. A continuación, se marchó arrastrando los pies por el suelo, deteniéndose en todas las habitaciones de la planta baja.

—Vaya —masculló cerca de la puerta de entrada, y sonaron unos pitidos electrónicos. Oh, no. Estaba volviendo a activar el sistema de alarma.

Ya tendría tiempo para preocuparme por eso. Para empezar, necesitaba encontrar un escondite mejor; si echaba un vistazo a la cocina prestando algo más de atención, me encontraría enseguida. Aquello no era una partida de *MortalDusk*. No podía escabullirme sigilosamente mientras ella inspeccionaba la cocina. Además, conociendo mi suerte, seguro que tiraba algún taburete. Me encorvé más y me apresuré a ir al baño pequeño que Akira ya había revisado y me escondí detrás de la puerta.

No tenía previsto jugar a la caza humana esa noche.

Se me puso la carne de gallina al recordar la última vez que jugamos a ese juego. Sacudí la cabeza para no pensar en eso y miré el móvil. Me quedaban diez minutos para robar el coche. Silencié el teléfono: lo último que necesitaba era que zumbase para mostrar una notificación de An0nym0us1 justo en ese momento.

Akira regresó a la cocina.

—¿Qué cojones está pasando? —murmuró.

La verdad era que parecía irritada. La observé a través de la rendija de la puerta. Tenía los ojos rojos e hinchados, y los mechones de pelo moreno le caían lacios sobre la cara. Seguramente poco después de ducharse había llorado hasta quedarse dormida.

Me dolía el alma, y la tentación de salir de mi escondite era muy poderosa. Se quedaría desconcertada por un instante, pero después nos prepararía chocolate caliente con malvaviscos y las dos nos acurrucaríamos en el sofá bajo su manta de lana favorita y hablaríamos y lloraríamos juntas. En el hospital ni siquiera habíamos tenido la oportunidad de abrazarnos, sollozar y lamentar nuestra pérdida. Ansiaba confiar en ella y contárselo todo, pero llevaba a An0nym0us1 en el bolsillo, espiando todos mis movimientos. Tal vez podía salir al pasillo, llevarme un dedo a los labios y escribirle una nota explicándole lo que estaba pasando, pero ¿y si Akira se asustaba y gritaba? ¿Y si An0nym0us1 estaba fuera y nos vigilaba por una ventana? Me estremecí solo de pensarlo. No podía correr ese riesgo.

Akira se sirvió un vaso de agua mientras mascullaba algo que no llegué a entender (solo logré distinguir las palabras «imaginando cosas»), y después volvió a la escalera y apagó las luces por el camino. Sus pasos volvieron a hacer crujir los escalones y, finalmente, una puerta se cerró con suavidad.

Perfecto, las llaves.

Podían estar literalmente en cualquier sitio. Quedaban ocho minutos.

Volví torpemente a la cocina y abrí los cajones sin hacer ruido, uno tras otro, revisándolos. La situación me recordaba al juego de escape que Matty me hizo descargar durante el camino en autocar a la plantación de arces a la que íbamos de excursión. Tenías que encontrar una llave para abrir la puerta, pero antes debías buscar otros objetos en la habitación para resolver una serie de acertijos. Me atasqué en un nivel en el que había un naufragio pirata y empecé a tocar cada milímetro de la pantalla.

Matty me dio un manotazo.

—¡Eh, tranquila! ¿Qué estás buscando?

—Una palanca —resoplé, frustrada—. Tengo que abrir este barril.

—¿Estás segura de que necesitas una palanca?

—No lo sé... En el último nivel había una.

Matty se rio sarcásticamente.

—¿Eres novata o qué te pasa?

—¡Oye! —Le di un buen empujón y Matty agitó los brazos y fingió que se iba a caer al pasillo. Tiré de él para que se volviera a sentar antes de que la señora Chesser, que iba sentada en primera fila, se

diera cuenta de que estábamos haciendo el tonto.

Vale, si no era una palanca, ¿qué más podía abrir el barril? Tras las pilas de vigas de madera rotas y tesoro resplandeciente había una placa con dos espadas cruzadas clavada sobre la puerta que había supuesto que formaba parte del fondo de la imagen. Toqué las espadas y una de ellas apareció en mi inventario.

—¡Ajá!

Matty sonrió.

—Ya lo tienes. Siempre tienes que pensar como el desarrollador del juego.

Se me cerró el estómago al oír la voz de Matty en mi cabeza. Seguro que al día siguiente volvería a mi casa, preparado para jugar a *MortalDusk* y repartir sus habituales zascas y comentarios mordaces. Los ojos se me llenaron de lágrimas. No, no era el momento de pensar en eso. Tenía que concentrarme.

Era una lástima que el consejo de Matty no fuera relevante en ese caso en concreto. En esa ocasión, sabía lo que buscaba. Las llaves de un coche. Y sabía que debía buscarlas en los lugares en los que los padres de Akira podrían guardar unas llaves.

Bajé la vista hacia el cajón de los cubiertos que acababa de abrir.

Entendido. Quizá necesitaba frenar un poco y pensar con más lógica. Como una desarrolladora de videojuegos.

La señora Saito probablemente llevaba el juego de llaves principal en el bolso, y debía de guardar una copia con las llaves de su marido en otro lugar. Por eso había registrado esos cajones instintivamente, aunque, en realidad, podían estar en cualquier parte. Sin embargo, si la madre de Akira se parecía a la mía, tendría un bolso que solo usaba cuando iba de viaje y en el que guardaba exclusivamente lo que iba a necesitar mientras no estuviera en casa. Como en California no iba a necesitar las llaves del coche, era posible que siguieran en su bolso de diario, que seguramente había dejado en su dormitorio, o en el armario de su cuarto. Arriba.

Al recordar que Akira había hecho crujir los escalones a su paso, me quité las zapatillas y subí solo con los calcetines.

La habitación de Akira estaba en lo alto de la escalera, y oí un zumbido apagado, como el de una aplicación de ruido blanco. Tal vez ese era el motivo por el que no había oído la alarma enseguida. Seguí el pasillo hasta el dormitorio principal y examiné el cuarto con la linterna del móvil. Como la señora Saito era muy limpia y ordenada, no había un montón de bolsos tirados por la habitación, aunque dentro del armario veía la silueta angulosa de la Torre Eiffel de LEGO que Akira le había construido hacía años. Fui directamente al armario

y dentro, bajo un zapatero, distinguí un bolso beis que me resultaba familiar. Prácticamente me lancé sobre él y registré los compartimentos delanteros hasta que palpé una anilla metálica.

¡Unas llaves! Las iluminé con la linterna para asegurarme. Sí, ahí estaba el logotipo del Toyota. El alivio me recorrió las venas como una corriente de agua fría. «Gracias, Matty».

Entonces recordé lo que debía hacer a continuación. Tenía que robar el coche. El estómago me dio un brinco y apagué la linterna justo cuando el teléfono zumbó y mostró un nuevo mensaje de An0nym0us1.

> Buen trabajo con las llaves.

Me estremecí y sentí un cosquilleo en los brazos. Había apagado las notificaciones antes de subir. Aquello no era un halago, sino un recordatorio de que me estaba vigilando.

Un recordatorio de que An0nym0us1 tenía el control.

Bajé la escalera sin hacer ruido, me calcé de nuevo y fui al garaje. Un panel de alarma situado junto a la puerta parpadeó y la volví a desactivar, encogiéndome cada vez que emitía un pitido. Tras el último tono largo me quedé paralizada, esperando oír pasos en la escalera, pero Akira no debía de haber oído nada. Caray. Esa aplicación de ruido blanco merecía una valoración de cinco estrellas.

Mientras hacía girar el pomo de la puerta, reparé en que estaba dejando huellas dactilares por todas partes. Joder. No estaba acostumbrada a delinquir. Estaba tan increíblemente concentrada en completar los juegos para mantener a Caelyn con vida que no me había detenido a pensar en las posibles repercusiones. ¿Qué pasaría cuando todo aquello acabase?

Si conseguía huir con la camioneta, los padres de Akira denunciarían el robo. La policía abriría una investigación y buscarían huellas dactilares en los lugares más obvios, como la puerta de las narices. Y también había tocado los cajones de la cocina, el panel de la alarma y el bolso y la puerta del armario de la primera planta.

Mierda.

Un momento. Esas iban a ser las repercusiones lógicas del robo, pero todos los juegos de An0nym0us1 habían tenido consecuencias inesperadas. ¿Qué pensaba obligarme a hacer con la camioneta, exactamente? ¿Y si había saboteado los frenos, o algo por el estilo? ¿Y si pretendía hacerme daño? Un sudor frío me humedeció el cuello como pequeñas agujas de hielo. El móvil volvió a vibrar.

Quedan 2 minutos.

Dios. Bueno, tendría que tomármelo con calma. Con algo de suerte, solo estaba siendo paranoica. Usando la manga a modo de guante, hice girar la manilla de la puerta y cerré la puerta discretamente a mi espalda. El garaje olía a moho y humedad, como el interior de un cobertizo. Uno de los estantes estaba lleno de construcciones de LEGO de Akira, todas las que no le cabían en el piso de arriba. Se negaba a desmontar sus creaciones favoritas para reutilizar las piezas, para desesperación de sus padres, porque esos minúsculos bloques de plástico costaban una fortuna.

Faltaba uno de los coches, concretamente el sedán del señor Saito, que debía de estar aparcado en el aeropuerto. La luz de seguridad del salpicadero de la camioneta de la señora Saito parpadeó.

Ahora sube al coche.

—Vale, vale, ya voy...

Abrí las puertas de la camioneta y me estremecí cuando emitió un gorjeo amistoso, pero la casa permaneció en silencio. Me acomodé en el asiento del conductor y dejé el teléfono en el posavasos del reposabrazos. Los acabados de madera del salpicadero estaban resplandecientes, a diferencia del salpicadero del coche de mamá, que estaba cubierto de polvo.

Arranca.

—¡Ya voy, ya voy! —grité—. ¿También piensas decirme cuándo tengo que respirar?

Metí la llave en el contacto y el motor ronroneó al ponerse en marcha. Me abroché el cinturón de seguridad y encontré el mando a distancia de la puerta del garaje pegada con velcro a la visera del vehículo. Me mordí el labio y eché un vistazo al retrovisor. La puerta del garaje estaba justo debajo del cuarto de Akira. Con la aplicación de ruido blanco o sin ella, iba a oírme.

Tenía que hacerlo. Pulsé el botón para abrir la puerta. No pasó nada. Fruncí el ceño y lo volví a pulsar.

El teléfono vibró una vez más.

¡Los padres de Akira han vuelto antes de lo esperado! ¡Están entrando ya por el camino de acceso! ¡CORRE!

Cinco años antes

–¡Te pillé!

Matty tiró de Zoey para sacarla de debajo de una mesa de jardín arrimada al cobertizo de una casa vecina.

Matty y yo habíamos esprintado para dar con Zoey antes de que lograse mejorar mi tiempo y el corazón me aporreaba los pulmones. Detuvo el cronómetro mientras Akira, Randall y Brady se reunían con nosotros.

—Nueve minutos y treinta y cinco segundos.

Zoey golpeó el suelo con la suela.

—Jo.

Yo seguía ganando. Habían tardado doce minutos en encontrarme.

—¿Dónde estaba? —susurró Randall.

—Allí. —Enfoqué la luz de la linterna del móvil más allá de Zoey y Akira, y alumbré bajo la mesa.

Randall ahogó un grito y señaló la chaqueta de Akira.

—¡Esa araña es enorme!

Akira profirió un chillido estridente y se dio manotazos en el cuerpo.

—¿Dónde? ¡Quitádmela, quitádmela!

Brady también le golpeó la chaqueta con las mangas largas de la sudadera, intentando ayudar. Matty se inclinó hacia delante, aullando de risa.

—¡Quitádmela, quitádmela! —se burló Randall, agitando los brazos.

—¡Imbécil!

Akira empujó a Randall tan fuerte que trastabilló y cayó de culo al suelo con un gruñido. Sin embargo, en vez de protestar, la miró desde el suelo, impresionado.

Zoey miró con nerviosismo la casa cercana. Todavía la preocupaba que nos vieran e hice callar a todo el mundo. Todos guardamos silencio un momento, medio esperando que se encendiesen los focos del jardín de la casa, pero el patio siguió a oscuras. Uf.

—¿A quién le toca? ¿Quieres probar tú, Brady? —le propuse. Todavía me sentía mal por lo que había pasado antes.

Abrió los ojos como platos.

—No, da igual, que vaya otro. ¿Akira?

Akira ya se había escondido y la habíamos encontrado detrás de un

arbusto en menos de tres minutos.

—¡No, prueba tú! Seguro que te esconderás mejor que nadie —lo animó Zoey, y miró hacia mí como si solo quisiese que alguien mejorara mi tiempo.

Brady frunció el ceño.

—¿Por qué lo dices?

—Eh... —Zoey apretó los labios al darse cuenta del halago que le había lanzado sin querer.

Randall se sacudió el polvo de las manos.

—Porque eres un canijo —respondió, y Matty y él volvieron a partirse de risa.

Randall no lo había hecho de mala fe. Todos nos burlábamos de los demás incansablemente, conscientes de que solo bromeábamos, pero Brady se encogió, avergonzado. Para él, un insulto no era más que eso.

—Ya basta, chicos —intervine.

Brady volvió a mirar hacia su casa.

—No quiero esconderme.

—¿Crees que hay algo aterrador acechando en la oscuridad del bosque? —se mofó Randall agitando los dedos.

Akira puso los ojos en blanco.

—En el bosque no acecha nada aterrador.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Zoey—. ¿Recuerdas que el año pasado vieron a un oso vagando por aquí?

—A lo mejor al oso le apetece zamparse un aperitivo de canijo —insistió Randall, y lanzó un zarpazo bromista al brazo de Brady.

Este se lo quitó de encima de un empujón y cerró los puños alrededor de la tela sobrante de las mangas de la sudadera.

—Vale, voy a esconderme. —Levantó la barbilla—. Espero que estéis preparados para buscarme hasta mañana por la mañana, panda de lerdos.

Aullé en tono burlón y Matty le dio una palmada a Brady en la espalda.

—Vaya, mirad quién se ha venido arriba.

—Sí, seguro —replicó Akira—. Te encontraremos en dos minutos como mucho.

—No creo —contestó Brady, pero le flaqueó la voz. Debería haberlo dejado mientras iba ganando.

Randall abrió la boca para responder, pero le di un manotazo en el brazo para evitarlo.

—Vamos a contar. ¿Preparados?

Akira me tomó la mano.

—¡Preparados!

Sonreí a Brady para animarlo y tomé nota mental de su sudadera de

color rojo chillón, que no debería ser muy difícil de encontrar, antes de cerrar los ojos para contar hasta cien.

Habría sido facilísimo hacer trampas. Cualquiera de nosotros habría podido entreabrir los párpados en la oscuridad y ver adónde iba.

Sin embargo, los tramposos nunca ganan y los ganadores no hacen trampas, así que todos mantuvimos los ojos cerrados.

Más tarde lamenté no haber hecho trampas.

20

Agarré la manecilla de la puerta, desesperada por salir. Quizá el señor Saito y yo habíamos pulsado el botón del mando a distancia a la vez y por eso no se había abierto la puerta del garaje, pero se iba a abrir de un momento a otro. Los padres de Akira me sorprenderían con las manos en la masa. Abrí la puerta de la camioneta a toda prisa y el teléfono se me resbaló y rebotó por el suelo.

—Mierda.

Un momento. Algo no cuadraba.

¿Cómo era posible que los padres de Akira hubiesen tomado un avión para volver desde California tan pronto? Pensaba que habían pospuesto el vuelo para la noche del día siguiente. Además, el vuelo de regreso era de seis horas como mínimo, y había que sumarle un trayecto de una hora en coche desde el aeropuerto.

Todos los juegos de An0nym0us1 habían tenido consecuencias inesperadas. El examen. Los brownies. La llamada a emergencias.

La puerta del garaje seguía sin abrirse.

Tenía que pensar con lógica.

¿Por qué me había ido dando instrucciones tan precisas An0nym0us1? «Sube al coche». «Arranca». Ambas antes de que abriese la puerta del garaje. «Tienes que pensar como el desarrollador del juego». Cada tarea cumplía un propósito distinto. «A veces, la respuesta más obvia es la que se nos pasa por alto».

La solución al enigma me golpeó como un martillazo en el cráneo.

El humo del tubo de escape de un coche en un espacio cerrado era la principal causa de intoxicación por monóxido de carbono. Era la respuesta que había fallado en la clase de química hacía unas semanas, cuando Zoey se me adelantó y se hizo con los puntos extras que premiaban la respuesta ganadora, a pesar de la historia terrorífica que nos había explicado el señor Ferguson el día anterior. Cinco adolescentes de Florida habían ido en coche a un hotel para celebrar el cumpleaños de uno de ellos y se habían dejado encendido el motor del coche en el garaje de la planta baja por accidente. A la mañana siguiente, los encontraron a todos muertos alrededor de la cama en su

habitación de la primera planta, todavía vestidos, con la comida a medias, intoxicados por el monóxido de carbono.

En ese momento, la camioneta de la señora Saito ronroneaba con suavidad, como un tigre agazapándose. Y yo estaba a punto de huir a toda prisa y dejar el motor en marcha mientras Akira dormía en el piso de arriba como una gacela adormilada.

«No».

Quería que matase a Akira. A Kiki. Mi mejor amiga. Pensé en todo lo que había sufrido y en la batalla que había librado contra su propio cerebro para comer sin pensar que la comida la estaba transformando en un monstruo. Pensé en todas las cosas hermosas que había creado, y en todo lo que le faltaba por construir. Pensé en lo mucho que había progresado, en su coraje y en las esperanzas, los sueños y la bondad que se habrían asfixiado con ella.

«Ni hablar».

Me estaba volviendo paranoica. Era demasiado. Sin embargo, a veces la respuesta a todas tus preguntas te miraba directamente a la cara y bastaba con devolverle la mirada. El examen. Los brownies. La llamada a emergencias.

Tenía razón. Sabía que estaba en lo cierto.

Y podía evitarlo.

Con un movimiento fluido, apagué el motor y me agaché para recoger el teléfono, haciendo un montón de ruido para disimular que ya no se oía el motor. Sin molestarme en comprobar si se había agrietado la pantalla, me metí el teléfono en el bolsillo de la chaqueta para cegar a An0nym0us1 en caso de que estuviese mirando.

¿A quién quería engañar? Por supuesto que estaba mirando.

Regresé a la cocina de puntillas y salí por la puerta de atrás a toda prisa. Los focos del jardín me volvieron a deslumbrar mientras corría a refugiarme en los arbustos que bordeaban el patio de Akira. Me agarré las rodillas un instante para recuperar el aliento y me escabullí sigilosamente hacia la parte delantera de la casa para echar un vistazo al camino de entrada. Estaba oscuro. Los focos instalados sobre la puerta del garaje no se habían encendido. En el camino de entrada no había ningún coche. Los padres de Akira no habían vuelto.

El móvil me vibró y me lo saqué del bolsillo. Una grieta que nacía en la esquina del protector de pantalla de cristal templado, causada por la caída el en garaje, rajaba el último mensaje de An0nym0us1.

> Vete a casa.

El vello de la nuca se me erizó de inmediato. Tenía razón. El

objetivo final no había sido robar el coche en ningún momento. Había intentado que me fuese de la casa y dejase el motor de la camioneta en marcha. Había intentado hacer que matase a otra de mis amigas. Quizá había desactivado el mando a distancia de la puerta después de que se marchasen los padres de Akira y por eso la puerta no se había llegado a abrir. Pero había apagado el motor. Había sido más lista que An0nym0us1. ¡Ja!

Un momento... No podía dar ningún indicio de mi triunfo. Si An0nym0us1 se daba cuenta de que Akira ya no corría peligro, tal vez me obligaría a volver a entrar en la casa para acabar el trabajo. Tenía que comportarme como si estuviera aterrorizada.

Tenía que fingir que me daba cuenta de que la vida de Akira peligraba. Tenía que fingir que iba a intentar salvarla.

Me esforcé en adoptar una expresión horrorizada, ahogué una exclamación, di media vuelta y corrí a la puerta trasera tratando de mantener la cámara más o menos estable. El perro del patio de al lado volvió a ladrar, y cuando agarré la manecilla de la puerta me vibró el teléfono.

Vete a casa. AHORA.

Me puse el teléfono a la altura de los ojos, como si me fuese a hacer un selfi.

—He dejado el motor en marcha —susurré alarmada, y el terror, que ya no sabía si era real o fingido, se me reflejó en el rostro—. Tengo que apagarlo.

Si no te vas a casa AHORA MISMO, tu hermana muere.

Mi instinto chocaba con mi rebeldía. Una parte de mí quería huir a la carrera, pero otra parte quería poner a prueba a An0nym0us1, presionarlo para ver hasta dónde estaba dispuesto a llegar. Me recordaba a una pesadilla recurrente que me atormentó durante años en la que me veía en un espejo y, pese a que sabía que había algo maligno al otro lado, me acercaba y hacía muecas desafiándolo, mirando mi reflejo mientras se volvía monstruoso.

—Pero es peligroso —susurré—. Se podría ahogar.

Segundos más tarde apareció una fotografía: el filo de un cuchillo junto a la mejilla de Caelyn. Parecía aterrada, no llevaba las gafas y tenía los ojos de color avellana muy abiertos.

VETE. AHORA.

El terror me atenazó las entrañas. La persona que estaba detrás de todo aquello era pura maldad. Y cuando Akira se despertase por la mañana, se daría cuenta de que yo había sido más lista que ella. Se percataría de que era una digna adversaria.

Antes de que llegase ese momento tenía que dar con ella, tenía que descubrir quién era y plantarle cara en la vida real. Era el único modo de poner fin a ese juego retorcido.

21

Cuando subí la colina que recorría el lateral de casa para trepar a la ventana de mi habitación ya era la una y media. Había salido por la ventana para que mi madre no me sorprendiera bajando la escalera a hurtadillas. Cuando estaba a punto de impulsarme para subir a la ventana, oí un ruido detrás de mí y me giré como impulsada por un resorte, con la respiración acelerada. ¿Se acababa de mover algo en la ventana de Zoey? Había tenido la persiana cerrada desde el día que me colé en su cuarto, pero ahora había una rendija estrecha entre la persiana y el alféizar. Habría jurado que había visto moverse algo. ¿Me había visto salir? ¿Ahora era ella quien me espiaba a mí? En cualquier caso, era la primera vez que abría la persiana desde que la había sorprendido con las manos en la masa.

Y ahora también tenía una idea para sorprender a An0nym0us1 con las manos en la masa.

Tras entrar de nuevo y cerrar la ventana, apagué el teléfono y lo lancé sobre la cama. Fue un gesto impulsivo, porque An0nym0us1 me había advertido que si tardaba más de un minuto en responder a sus mensajes mataría a Caelyn, pero necesitaba un minuto para pensar. Al teléfono apenas le quedaba batería, así que siempre podía decir que se me había apagado o que se había estropeado al caérseme en el garaje de Akira.

Mientras esperaba que arrancase el portátil, vi el vestido de cosplay colgado en la puerta del armario. Zoey había comprado un vestido caro de princesa guerrera por internet para el torneo, y Akira llevaría un viejo disfraz de Halloween, pero Caelyn había insistido en diseñarme ella misma el vestido.

—Ya sé que se supone que eres una campesina —me había dicho al dármelo, ruborizada de orgullo—, pero no he podido evitar añadirle un poco de brillo. —Señaló las cuentas bordadas formando cenefas entrecruzadas que bordeaban el corpiño marrón, junto a los cordones que ceñían una camisola de color blanco crudo sobre una falda fruncida de color borgoña—. Son cuentas de cristal.

Su trabajo de artesanía me había impresionado tanto que me había

dejado literalmente boquiabierta. Al recordar ese momento, los ojos se me llenaron de lágrimas y agarré el colgante en forma de rayo que llevaba al cuello. Nos había hecho dos a juego porque sabía que las porras electrificadas eran mi marca personal en *MortalDusk*.

Tenía que recuperarla. Tenía que averiguar quién narices nos estaba haciendo aquello.

De momento, la única pista con la que contaba era Lance Burdly. ¿An0nym0us1 se había inventado ese nombre o significaba algo?

Me llevé una mano a la frente. Todavía notaba la resaca del ataque de pánico y la cabeza me palpitaba con tanta fuerza que pensé que se iba a agrietar para romperse como el resto de mí. Estaba cansada, hecha polvo, pero tenía que mantenerme despierta. Abrí Google y, justo antes de teclear, aparté los dedos del teclado como si fuera un fogón al rojo vivo. ¿Y si, además del teléfono, An0nym0us1 también me había pirateado el portátil? Miré la luz de la webcam sobre el monitor.

Mierda.

Cerré el portátil bruscamente. ¿Y ahora qué, joder? El portátil de mi madre probablemente era seguro, pero estaba en su dormitorio, con ella.

Al menos podía organizar mis pensamientos y elaborar una lista de sospechosos. Saqué una libreta del cajón de mi escritorio, la abrí por una página en blanco y garabateé el nombre de Lance Burdly, aunque, llegada a ese punto, dudaba que fuese real. Una vez vi un documental sobre crímenes en el que un asesino en serie dejaba pistas falsas en los escenarios de sus asesinatos para despistar a los investigadores. Puede que Lance fuera eso mismo: una pista falsa. An0nym0us1 quería que perdiese el tiempo investigando a alguien que no existía.

Era obvio que el truco había funcionado. De hecho, me había distraído tan eficazmente que había permitido que Matty se comiera los brownies sin prestarle ninguna atención.

Solté un gruñido ronco y pasé a otra página en blanco para volver a empezar.

A mi entender, el principal sospechoso era Jeremy Fischer. En Happy Grillmore nos había llamado «tarados cargantes», y eso fue antes de que acabáramos saboteándole la cita, desbancándole en la tabla de puntuaciones y humillándole en sus propias retransmisiones en directo, y eso sin tener en cuenta que, como había apuntado Dylan, probablemente le habíamos robado suficientes suscriptores como para reducir sus ingresos. Además, íbamos a ser sus principales rivales en el torneo, y su aparición en el parque había sido sospechosa a más no poder. Podría haber mentido fácilmente al decir que había recibido

una invitación «mía» para hablar de formar una alianza. Lo más probable era que estuviera allí para ver en persona su juego de la *Broma telefónica*. Podría haber tomado las fotos amenazadoras de Caelyn de antemano y haber ido a toda prisa al parque. Vivía en Lakecrest, que colindaba con Newboro por el parque. Que yo supiera, retransmitir en directo era su única ocupación, y él se marcaba el horario. Tenía montones de tiempo libre.

Tampoco podía descartar a Lucía Ramírez. Aunque por fuera era dulce como un pastelito, por dentro era un trol. Cuando Zoey la amenazó con hacer públicas sus costumbres de trol, la sorprendí varias veces mirándome fijamente en clase, en la cafetería o cuando nos cruzábamos por los pasillos. Quizá se sentía culpable. Quizá temía que arruinase su reputación. Quizá me odiaba. En cualquier caso, me provocaba escalofríos, y no solo por lo que ella había hecho, sino también porque me recordaba lo que había hecho yo. Me recordaba cómo la había tratado a pesar de lo que le había pasado a Brady. Incluso en su fiesta, le salté a la yugular cuando intentó hacerme un cumplido por el jersey. «No te hagas la dulce; más bien eres un brownie rancio».

Un brownie rancio.

Los brownies.

No. Imposible.

¿Era de veras una sospechosa plausible? Lo cierto era que me había seguido al baño cuando recibí el primer mensaje de An0nym0us1. ¿Habíamos ido a la vez por pura casualidad o me vigilaba mientras jugaba a su primer juego? Podría haber grabado el primer vídeo por la mañana, justo después de secuestrar a Caelyn, y después llegar tarde al instituto y enviarme el vídeo desde la primera fila de la clase de Historia.

Angustiada, hacía girar el bolígrafo. Parecía una idea alocada, pero tal vez Lucía estaba desesperada por evitar que echáramos por tierra todo su duro trabajo, todos los planes que tenía para Harvard y su futuro. Cualquier comisión de admisiones que buscara su nombre en Google podría ver las acusaciones probadas de Zoey y rechazar su solicitud de inmediato.

Sin embargo, había algo más que me incomodaba…

Me mordí el labio y miré por la ventana. ¿Eran imaginaciones mías o la persiana de Zoey estaba más levantada que hacía un momento? Sentí escalofríos en los brazos.

Su comportamiento cuando hablábamos por FaceTime en el hospital me había recordado a cuando jugábamos al *Among Us* en los móviles. El juego era muy sencillo: los miembros de la tripulación de

una nave debían completar diversas tareas mientras un impostor, que se hacía pasar por uno más, cometía asesinatos y sabotajes. Tras cada asesinato debíamos intentar adivinar la identidad del impostor y arrojábamos a alguien fuera de la nave. Si acertábamos, ganábamos. Si el impostor se infiltraba demasiado bien entre nosotros y nos equivocábamos, jugábamos otra ronda de tareas, asesinatos y acusaciones.

Cuando Zoey era la impostora, era la primera que acusaba a los demás para tratar de desviar la atención, pero cuando era una integrante de la tripulación observaba en silencio las discusiones del resto e intentaba averiguar quién era el impostor. Era tan previsible que llegué a detestar las partidas en las que era una impostora, porque ganar era demasiado fácil.

En el hospital se había comportado como una impostora. Había hablado mucho y había propuesto varias teorías.

Además, a diferencia del resto de nuestros amigos, sabía que estaba dispuesta a robar un puesto para disputar el torneo. No obstante, ¿de verdad sería capaz de matar a nuestros amigos para hacerse con él? Yo sabía que envidiaba la habilidad de Randall y Matty jugando al *MortalDusk* y la popularidad de la que gozaban en nuestros directos, pero ¿y Akira? ¿Tan celosa estaba Zoey de vernos tan unidas que estaba dispuesta a cometer un asesinato para separarnos? Por no hablar del secuestro de mi hermana para después torturarme. ¿Tanto me odiaba por haberla sorprendido haciendo trampas? ¿Y cómo lo había hecho?

Bueno, para empezar, llevaba todo el día desaparecida en combate, supuestamente enferma. Podría habernos seguido a Caelyn y a mí hasta el instituto, secuestrarla antes de que pudiera subir al autocar y esconderla en ese almacén espantoso de su sótano insonorizado, que siempre había dado mala espina a Akira. Después, habría tenido todo el día para hacerle esos vídeos y fotos perturbadores.

Sin embargo, cuando sus padres volviesen de trabajar... Joder, era demasiado arriesgado. Además, An0nym0us1 había aparecido en *MortalDusk* justo antes de que Matty muriese y había eliminado al avatar de Zoey. ¿Bastaba eso para descartarla como sospechosa o solo había sido un truco para tener una coartada? Zoey era hacker. Se había infiltrado en la red del instituto para retocar nuestros horarios, había desenmascarado a Lucía y había sorteado los sistemas de detección de trampas de *MortalDusk*. Seguro que era capaz de dar con el modo de ejecutar dos veces *MortalDusk* en el mismo portátil.

Añadir el nombre de Zoey a la lista me partía el alma, pero era una opción plausible, aunque fuese muy improbable, y no la podía

descartar. La muerte de Matty ese mismo día también había sido absurda, pero había sucedido pese a todo. Que un equipo de agentes de operaciones especiales emboscase al padre de Randall era inconcebible, y con todo también había ocurrido. Toda la situación era completamente increíble, y sin embargo...

De pronto, el teléfono zumbó sobre la cama y el ruido casi me provocó un infarto. No. Lo había apagado. No podía haber sonado.

Hice girar la silla y miré pasmada el teléfono, como si fuera un objeto de otro planeta. Era la única explicación posible. Una vez, mamá perdió el teléfono y lo tenía apagado, así que llamarla no servía para nada. Mientras ponía la casa patas arriba, busqué en Google la forma de activar remotamente un teléfono, pero no encontré nada, era imposible. Era imprescindible pulsar físicamente el botón de encendido para que la corriente llegase al chip del móvil.

Yo no había pulsado el botón de encendido. Estaba en el otro extremo de la habitación.

Así pues, solo podía ser cosa de alienígenas.

Dios, estaba delirando. «Piensa con lógica». Tenía que haber otra explicación. Para apagar el teléfono, había dejado pulsado el botón de encendido y había deslizado el botón de apagado en la pantalla. An0nym0us1 podría haber reprogramado ese botón para que redujese el brillo de la pantalla en lugar de controlar si el dispositivo estaba encendido o apagado.

Para empezar, nunca había apagado el teléfono.

Tragué saliva, me acerqué lentamente a la cama y di la vuelta al teléfono. Me esperaba un mensaje de An0nym0us1.

> Cuanto más abundo, menos ves. ¿Qué soy?

Antes de que pudiera resolver la adivinanza o pensar en el subtexto del acertijo, la oscuridad engulló mi cuarto.

22

Ahogué una exclamación y miré fijamente la lámpara del techo como si fuese a darme una explicación. ¿Era un apagón? No; la luz minúscula del cable de alimentación del portátil seguía encendida. El interruptor de la luz junto a la puerta ya estaba en la posición de encendido, pero de todos modos lo accioné varias veces. No pasó nada.

La adivinanza. En la oscuridad se veía menos. La respuesta era «oscuridad». Una oleada de pánico me oprimió el pecho.

Las luces se volvieron a encender.

Me alejé del interruptor de un salto, como si hubiese visto un fantasma.

Pero no, no era ningún fantasma. Había otra forma de controlar las luces. Cuando papá se había obsesionado con reformar la casa, había sustituido todas las bombillas por bombillas inteligentes que se podían controlar, atenuar y cambiar para que emitiesen luz de colores divertidos con una aplicación. Al ver nuestras luces, Zoey había pedido a sus padres que le comprasen una de esas bombillas y creamos un código para comunicarnos a través de ellas. El color lila significaba «esta noche hay partida», el azul indicaba «tengo que estudiar», el verde significaba «ven en cuanto puedas», el rosa quería decir «te quiero», etcétera. La novedad pasó pronto, porque era más fácil escribirnos...

Las luces se volvieron rojas.

—Dios.

Retrocedí hasta pegar la espalda a la pared y los escalofríos me irritaron la piel como un sarpullido mientras una luz del color de los viejos cuartos oscuros de revelado bañaba mi dormitorio. Aquello era irreal. Miré la habitación de Zoey por la ventana. ¿Eso lo estaba haciendo ella? ¿Me estaba observando en ese preciso instante y partiéndose el culo, la muy sádica? La idea me hacía hervir la sangre, y abrí la aplicación de las luces para devolverlas a la normalidad.

Entonces vi la avalancha de iconos de notificaciones que cubrían la pantalla. Por el amor de Dios. Era evidente que la noticia de la muerte

de Matty había corrido como la pólvora, y decenas de compañeros del instituto me habían enviado mensajes de pésame a través de varias redes sociales. No. No podía estar muerto de verdad. Estaba tan acostumbrada a que nuestros avatares muriesen y se regenerasen en *MortalDusk* una y otra vez, que una parte de mí casi esperaba que Matty apareciese al día siguiente como si no hubiese pasado nada...

Las luces se volvieron rojas de nuevo.

Sentí una presión en el pecho, subí a la cama torpemente, me abracé las rodillas contra el pecho y escondí la cara entre los brazos para esconderme de la molesta luz roja y de los mensajes. Mirar solo serviría para que todo fuese más real. Nada de lo que había pasado ese día podía ser real. Matty no podía estar muerto. Era imposible. An0nym0us1 no podía tener tanto control sobre mi vida, hasta el punto de poder jugar con mis malditas luces. Aquello no podía estar pasando. Me balanceé adelante y atrás, adelante y atrás.

Finalmente me tranquilicé y me pudo la curiosidad. Me sequé las lágrimas, respiré hondo y miré las notificaciones. Me llamó la atención el mensaje más reciente. Era de Dylan, y había entrado hacía alrededor de una hora.

> Hola.

No había escrito nada más. ¿Se debía de haber dormido desde entonces?

El aviso de batería baja parpadeó, pero le hice caso omiso y respondí: «Hola».

Tres puntos.

> ¿Estás despierta?

Contraataqué: «Obviamente».

Me envió el emoticono de la carita que saca la lengua.

Miré la pantalla un buen rato. Estaba claro que era una respuesta a mi comentario sarcástico, pero por algún motivo parecía fuera de lugar. ¿Podría volver a enviar algún día el emoticono de una carita guiñando un ojo, sonriendo, o haciendo cualquier cosa que no fuera expresar un terror crudo?

Mi vida se había convertido en un interminable emoticono gritando.

> ¿Puedo ir a verte?

Enarqué las cejas de inmediato. Cualquier otra noche me habría parecido una propuesta interesante. Me había escrito a mí. Quería verme a mí. No a Zoey. Aunque no podía descartar que primero hubiese escrito a Zoey y ella se hubiese negado a verle o no le hubiera contestado.

«¿Ahora?», respondí.

Obviamente.

No pude evitar sentir un cosquilleo en el estómago. Mamá estaba dormida. Podíamos bajar al sótano a charlar un rato. ¿Se cabrearía An0nym0us1? Técnicamente, no estaría quebrantando ninguna regla, y quizá dejaría de molestarme si Dylan me acompañaba. Me moría de ganas de disfrutar de algo parecido a seguridad, aunque solo fuera un rato.

«Claro. Escríbeme cuando llegues».

OK.

Los nervios me pellizcaron el estómago. A lo largo de las semanas que habían pasado desde la fiesta de Lucía, había visualizado mentalmente el maldito beso de Dylan y Zoey —el momento en el que Zoey había lanzado la bola de *beer pong* ganadora, le había rodeado el cuello con los brazos y había apoyado sus labios en los de él— tantas veces que habría querido atravesarme el cráneo con un destornillador.

A mi cerebro le encantaba torturarme de ese modo. ¿Por qué no se dedicaba a hacerme revivir los momentos más divertidos de mi vida? Como, por ejemplo, cuando Dylan había retrocedido tan bruscamente que Zoey trastabilló, tropezó con la mesa, hizo caer varios vasos y se mojó el culo con la cerveza.

Ese recuerdo era mucho mejor.

Sacudí la cabeza para dejar de pensar en ellos, volví a poner las luces en el modo normal y miré la lámpara tanto rato que me quedaron impresas en la vista formas de bombillas de neón alargadas. Esperé un buen rato, casi convencida de que volverían a cambiar de color, pero no pasó nada. Y tampoco llegaron más mensajes de An0nym0us1.

Quizá había dejado claro el mensaje que pretendía hacerme llegar. «Estoy en todas partes y no puedes detenerme».

El aviso de batería baja volvió a parpadear. Solo me quedaba un ocho por ciento, y siempre se apagaba alrededor del cinco por ciento. Crucé la habitación para conectar el teléfono al cargador, pero me

detuve en seco.

Había dos formas de asegurarme de que mi teléfono estaba apagado de verdad. Una era forzar el apagado manteniendo el botón de encendido pulsado durante diez segundos. La otra era dejar que se acabase la batería. Entonces sería libre de la mirada vigilante de An0nym0us1 durante un rato.

No podía consentir que siguiera jugando conmigo. Tenía que descubrir quién era.

Dejar que se acabase la batería parecía la apuesta más segura. Como usar el teléfono ayudaría a que se agotase más rápido, revisé las notificaciones y leí los nombres que las encabezaban. *Dave Wilcott. Jasmine Chopra. Blake Thatcher. Lily Chang. Maddy Curtis.* Conocía a algunos de ellos desde la guardería, y con otros no había intercambiado más de cinco palabras. No obstante, de repente, y por algún motivo inexplicable, todos querían formar parte de la tragedia de Matty.

Incluso Lucía Ramírez me había enviado un mensaje.

«Crystal, ya sé que últimamente no nos hemos llevado demasiado bien, pero quiero que sepas lo mucho que siento lo que ha pasado. Matty era un chico muy agradable, y nadie merece perder a un amigo así. Si quieres hablar, aquí me tienes. Besos».

Releí el mensaje y me pellizqué el labio inferior. No parecía el tipo de mensaje que enviaría un monstruo sádico. Sin embargo, tampoco parecía el tipo de mensaje que enviaría un trol de internet. ¿Estaba fingiendo ser amable?

Por Dios, todo aquello era una locura. Me eché los rizos hacia atrás y leí el resto de los mensajes, torturándome a base de bien como si me hubiera vuelto adicta a las malas noticias. Estaba perdiendo el tiempo ahogándome en mensajes tristes cuando debería estar intentando encontrar a quien había matado a Matty. Ahora bien, ¿cómo podía buscar a alguien que tenía acceso tanto a mi móvil como a mi portátil? Si se daba cuenta de que estaba investigando, me podría dar esquinazo fácilmente...

De pronto, se me ocurrió una idea. Un bote salvavidas. Escarbé en uno de los cajones del escritorio y saqué el Kindle que papá me regaló años atrás en un esfuerzo inútil para conseguir que leyese más. Pensaba que podía persuadirme para que jugase menos a videojuegos ofreciéndome una pantalla distinta, pero irónicamente yo prefería el papel.

De todos modos, ese cacharro debía de tener uno de esos navegadores experimentales, ¿no? Podía conectarlo a la wifi y proseguir la búsqueda. Era imposible que An0nym0us1 supiera que

tenía el Kindle, y todavía más que lo hubiese hackeado.

La batería estaba completamente agotada. Encontré el cable correcto, lo conecté al enchufe que había junto al escritorio, bajo la ventana, y me senté en el suelo con la libreta. El Kindle tardó una eternidad en arrancar, pero finalmente se conectó a la wifi y descargué el navegador.

Genial. ¿Por dónde empezar?

Sospechoso número uno. Busqué en Google: «Jeremy Fischer dirección Vermont», cliqué en el primer resultado y esperé unos mil millones de años hasta que se cargó la página. Cuando acabó, la dirección figuraba en la primera línea: *Camden Street, 45, Allentown, Vermont.*

—Vaya, qué inquietante todo —mascullé mientras garabateaba la dirección en el cuaderno junto al nombre de Jeremy. ¿De verdad era tan fácil localizar la dirección de alguien? ¿Era así de sencillo averiguar dónde vivía yo? Busqué: «Crystal Donovan dirección Vermont» y, bingo, mi dirección apareció en la pantalla—. Maravilloso.

Volví a la pestaña de resultados de Jeremy y fruncí el ceño. ¿No había dicho que vivía en Lakecrest? Estaba a punto de abrir Google Maps cuando vi un par de nombres más asociados a la misma dirección: Susan Fischer y Richard Fischer.

Oh. Era la casa de los padres de Jeremy. Se había trasladado desde entonces.

La respuesta no podía ser tan obvia, por descontado.

Me apoyé la barbilla en el puño, pulsé el botón para volver atrás y revisé el resto de los resultados de la búsqueda. Jeremy Fischer era un nombre muy común, incluso solo en Vermont. El nombre aparecía en obituarios, noticias sobre abusos sexuales, ofertas inmobiliarias y listados de médicos.

Tenía que acotar la búsqueda.

Tap, tap, tap.

Ahogué una exclamación. El ruido procedía de algún lugar sobre mi cabeza.

Me di la vuelta para mirar por la ventana y me tapé la boca con la mano para no chillar.

Cinco años antes

—Mi madre me matará.

Zoey se miró el reloj de pulsera por millonésima vez mientras nos reuníamos alrededor de la mesa de jardín donde la habíamos encontrado hacía un rato. Llevábamos más de una hora buscando a Brady, era más de la una de la madrugada, y la caza humana había perdido oficialmente la gracia. Era evidente que había ganado. ¿Por qué no salía de una vez?

—Seguro que todavía no se ha dado cuenta de que nos hemos ido —dije tiritando.

Zoey me miró enfurecida.

—Bueno, pues si acabo convertida en un fiambre, será culpa tuya.

El sentimiento de culpa y el miedo me abrumaron. Tenía razón, porque yo había sido quien había insistido en que saliésemos a jugar a la caza humana. Probablemente había sido una mala idea. No quería que Zoey se enfadase conmigo. Mi única intención había sido que pasáramos un buen rato.

—¿Nos separamos? —sugirió Randall.

—No, será mejor que permanezcamos juntos. —La bufanda de Akira le sofocaba la voz, y se encajó la linterna bajo la axila para poder meterse las manos en los bolsillos.

—Es que ya hemos buscado por todas partes —apuntó Matty.

Zoey bostezó.

—Chicos, estoy hecha polvo.

—Yo también, y hace un frío que pela. —Akira dejó que los dientes le castañetearan más fuerte para enfatizar sus palabras.

—Sí, volvamos a casa —dijo Zoey.

—No podemos dejarlo aquí —me opuse. Antes habíamos hecho que Brady se sintiera marginado y, si ahora lo abandonábamos, se sentiría doblemente ofendido.

—¿Probamos a llamarlo otra vez por teléfono? —sugirió Akira.

Matty negó con la cabeza.

—Ya lo he intentado cinco veces.

Randall alumbró el bosque con la linterna.

—¿Sabéis lo que creo? Fijo que el canijo ha vuelto a casa. Ha dicho

que quería tenernos buscándolo hasta mañana por la mañana.

Matty le dio un empujón bromista.

—Llamarle cosas como «canijo» es lo que nos ha metido en este lío.

Randall soltó una risotada.

—Sí, claro.

Sin embargo, yo fruncí el ceño.

—No creo que haya hecho trampas. No es propio de él... —repliqué, pero entonces recordé que Andrew, su hermano, le compraba piedras pintadas para que ganase nuestras competiciones de ventas de verano. Quizá sí era capaz de hacer trampas.

—Pues habrá hecho una excepción —opinó Randall.

—¿Podemos volver a casa, por favor? —imploró Zoey—. Esto es ridículo.

Todos los demás asintieron.

—Pero... —comencé a decir.

Zoey golpeó el suelo con el pie.

—Por favor, Crystal. Seguramente Brady ya está durmiendo en casa, riéndose de nosotros. Vámonos de una vez.

Mientras regresaban a la casa de Zoey, me rezagué un poco y eché un último vistazo a los jardines sumidos en una oscuridad casi total. Como me había quedado sin batería en el teléfono, ya no tenía linterna.

—¿Brady? —lo llamé sin levantar mucho la voz para no despertar a nadie.

Solo veía formas sombrías desperdigadas por los jardines —columpios, juguetes, arbustos, tocones— e intenté vislumbrar un destello rojo en la oscuridad, tratando de no imaginarme a ninguna criatura acechando por ahí. Finalmente, la oscuridad me impulsó a seguir a mis amigos.

23

Lo último que esperaba era ver a alguien al otro lado de mi ventana, con la nariz casi pegada al cristal, mirándome. Ya tenía los nervios de punta y el corazón me dio un vuelco tan brusco que una descarga eléctrica me recorrió de la cabeza a los pies.

«Perdona», articuló Dylan con los labios, e hizo una mueca arrepentida a pesar de la carcajada que se le asomaba a los ojos.

Me levanté a trompicones y abrí la ventana.

—¿No crees que he pasado ya bastante miedo hoy? —Me agarré el pecho y ordené a mi corazón que se ralentizase al recordar el infarto del pobre señor Lewis.

—¡Perdón, lo siento mucho! No pretendía asustarte.

—Te he dicho que me escribieses al llegar...

—He visto la luz encendida y he supuesto que sería tu cuarto. —Me pasó un termo y se metió en el dormitorio—. ¿Qué hacías en el suelo?

—Ah... estaba... leyendo —dije señalando el Kindle.

Examinó el espacio que había tras la silla del escritorio.

—Tu rincón de leer no es muy acogedor.

—Tu cara sí que es poco acogedora. —Hice una mueca. No había funcionado.

Me vibró el teléfono. Mierda. El corazón se me disparó de nuevo mientras me abrumaba un alud de posibilidades aterradoras. Por algún motivo, había supuesto que An0nym0us1 me dejaría en paz mientras Dylan estuviera allí conmigo, pero aquello era demasiado peligroso. No debería haber permitido que nos quedásemos a solas. ¿Qué demonios me iba a obligar hacer An0nym0us1?

Fuera lo que fuese, no lo podía ignorar. Mientras Dylan cerraba la ventana, miré el móvil.

Vamos a jugar a Verdad o reto. Si le dices la verdad, te retaré a matarlo.

Dios. Un escalofrío me recorrió todo el cuerpo con tal fuerza que

me estremecí visiblemente. Dylan echó el pestillo a la ventana, se dio la vuelta y frunció el ceño.

—¿Qué pasa?

Un nuevo mensaje sustituyó al anterior.

Nos vemos por la mañana.

Volví a poner el teléfono boca abajo y traté de mantener los dedos tan firmes como pude, intentando que Dylan no notase que su vida podía estar en mis manos.

—Nada, solo... he tenido un escalofrío. Por la ventana abierta. Bueno... —Agité el termo y oí el ruido del líquido que contenía—. ¿Qué es esto?

Mientras no dijera a Dylan lo que estaba sucediendo, estaba a salvo. Al menos eso esperaba.

—Chocolate caliente. Esto... quería devolverte el favor. Ya sabes, alimentos reconfortantes. Bebidas. Esas cosas.

Los brownies. Seguía pensando que los preparé para él.

Y menudo «favor» habían sido: habían acabado matando a nuestro amigo. Al volver a pensar en Matty, los ojos se me llenaron de lágrimas por un puro acto reflejo, como si alguien me hubiese dado un puñetazo en el estómago. El rostro de Dylan se entristeció.

—Lo siento, no pretendía...

Parecía querer acercarse a mí y recordé el abrazo que me había dado en el aparcamiento del hospital, y la calidez de su mejilla en contacto con la mía. Quería volver a sentirme igual y hallar algo de seguridad y consuelo entre sus brazos, pero por algún motivo no me parecía correcto.

Por eso me separé de Dylan y parpadeé para reprimir las lágrimas.

—No pasa nada.

Desenrosqué la taza de plástico y la tapa del termo e inhalé el aroma delicioso del chocolate, que me trajo el recuerdo de cuando iba de excursión con mi padre por los senderos cercanos al lago Hanover, nuestra tradición de los domingos por la mañana. Me encantaba el olor fresco a pino, el crujido satisfactorio de las hojas secas bajo mis botas y la forma en la que el sol se reflejaba en el lago como cristales esparcidos por la superficie del agua cuando alcanzábamos la cima del monte Morgan. Me encantaba que mi padre se inventase historias relacionadas con todas aquellas cosas cotidianas, como: «Cuidado con las hormigas, ¡apestan si las pisas!» o «Cada pocos años, los árboles conspiran para hacer más bellotas para que las ardillas no se las puedan comer todas y crezcan más árboles». Yo intentaba rebatir sus

cuentos («¡Los árboles no pueden conspirar!»), pero más tarde buscaba la información en Google y siempre tenía razón.

Hasta que un día, en lo más crudo del invierno, yo tiritaba tanto que los dientes me castañeteaban ruidosamente. Papá me sugirió que bebiese un poco de chocolate para calentarme el estómago, así que nos detuvimos para sacar el termo de mi mochila. Di un sorbo, hice una mueca y chasqueé los labios.

—Puaj. Sabe raro.

Entrecerró los ojos, me arrebató el termo y olisqueó el contenido.

—Te has guardado mi termo, mierdecilla.

Me encogí como si me hubiese abofeteado. Nunca me había insultado de ese modo. Cuando nos intercambiamos los termos, dio un trago al del líquido amargo. Y luego otro. Y otro. Lo miré desconcertada, y era tan ingenua que tardé más de un minuto en darme cuenta que el problema no era que la leche se hubiese agriado. Había aderezado su chocolate con alcohol. Para ir de excursión por la mañana. Y más tarde condujo borracho de vuelta a casa.

A partir de aquel día, el té de mamá no me pareció tan malo.

—Bueno, ¿cómo estás? —preguntó Dylan mientras estiraba el brazo para agarrar la taza que tenía en uno de los estantes altos de la librería. Era la de barro que me había hecho Caelyn en clase de arte, decorada con cuentas de colores pegadas.

—Ya sabes. —La voz me flaqueaba por la reciente amenaza de las lágrimas—. Peor que nunca. —Limpié el interior de la taza con un pañuelo de papel—. ¿Y tú?

—Más o menos igual.

—¿Puede haber un día peor que hoy? —Dylan recordó algo y su expresión se volvió más seria. Me ruboricé—. Vaya, perdona, no quería decir...

—Tranquila, no pasa nada. —Sirvió chocolate caliente en las tazas —. Digamos que... hoy no ha sido la primera vez que veía un cadáver.

Me estremecí. Matty seguía vivo cuando los paramédicos se lo han llevado, ¿verdad? Han dicho que le habían encontrado pulso. Sin embargo, recordé su semblante gris y sus labios de color púrpura y se me hizo un nudo en el estómago.

Dylan me pasó la taza de Caelyn y me observó atentamente, esperando una reacción que jamás llegó. Yo no sabía qué decir. No quería hurgar en sus malos recuerdos o desenterrarlos cuando las cosas ya estaban tan mal.

—Bueno —dijo finalmente al tiempo que alzaba la taza de plástico —. ¡Salud! El brindis más morboso de todos los tiempos.

—¿Existe una versión deprimente del brindis? ¿Algo como «bu»,

«uf» o algo por el estilo?

—No lo sé. Nos quedamos con ese «bu».

Abucheamos al chocolate, hicimos chocar las tazas y di un sorbo minúsculo a la mía. El líquido tibio, suave y delicioso me resbaló por la garganta. Intenté ignorar la inquietud que me trepaba por la columna como una araña, achacándola al recuerdo de papá o a la imagen de la cara de Matty cuando posiblemente ya estaba muerto.

—Maldita sea —dije mientras bajaba la taza—. No me puedo creer que esta misma mañana todo estuviese bien.

Una expresión extraña se adueñó por un segundo del rostro de Dylan.

—Basta con un instante para que toda tu vida se vaya al garete.

¿Estaba pensando en el peor día de su vida? Me preguntaba qué le habría pasado.

—Pienso mucho en esos instantes. —Me senté sobre el escritorio y Dylan se apoyó en él.

—Ah, ¿sí?

—Sí, porque... puede que los grandes acontecimientos causen una brecha en la realidad y provoquen que se divida en dimensiones alternativas.

Enarcó las cejas.

—¿Crees en los multiversos?

—No lo sé. Quizá. Es difícil imaginar infinitas versiones de nosotros mismos correteando por ahí, pero me gusta pensar que, en algún momento de esta mañana, nuestra línea temporal se ha bifurcado y, en otro lugar, todo va bien, Matty sigue vivo y no ha pasado nada de esto.

Rio amargamente.

—Es una forma muy rara de consolarse. —Incluso a pesar de todo lo que había pasado ese día, su tono era tan mordaz como de costumbre.

—Perdona, ¿has venido a mi casa a las... un segundo, tengo que mirarlo en los apuntes... dos de la mañana para ponerte en plan capullo?

Abrió los ojos como platos.

—¡No! Perdona, es que no podía dormir. Estaba preocupado por ti. —Su expresión se suavizó y me volví a ruborizar—. Es solo que envidio a las otras versiones de nosotros mismos. No es justo que ellas puedan vivir en esa línea temporal y nosotros no.

—Oh.

Tal vez el sarcasmo era un mecanismo de defensa. No debería haberle saltado a la yugular. Los dos teníamos los nervios a flor de

piel.

—¿Te he contado alguna vez cómo murió mi madre? —preguntó Dylan.

—No. —Debía de ser el otro cadáver que había visto.

—Un accidente de tráfico. El mayor cliché del mundo. Dio un volantazo, su coche invadió el carril contrario y... —Chasqueó los dedos—. Bastó un instante. Un preciso instante equivocado.

El corazón se me instaló en la garganta y me costaba tragar. Era comprensible que le doliera pensar en una dimensión alternativa en la que su madre seguía viva. ¿Cuánto tiempo había
pasado desde el accidente? ¿Él iba en el coche? ¿La vio morir? ¿Qué les pasó a los ocupantes del otro coche? Las preguntas se me quedaron en la punta de la lengua. Siempre había evitado hablar de la muerte a toda costa, y no sabía ni qué preguntas eran adecuadas ni cuáles eran excesivas o morbosas.

—Lo siento mucho —fue cuanto logré decir.

—No pasa nada. Fue hace mucho tiempo. —Fue hacia la cama, tal vez para sentarse en ella, pero pisó mi cuaderno. Lo recogió y vio mi lista de nombres.

—¿Esto qué es? ¿Una lista de sospechosos? —Arqueó las cejas al ver el último nombre—. ¿Por qué está Zoey en la lista?

Se me hizo un nudo en el estómago y tapé el micrófono del teléfono con la palma de la mano. No. No podíamos hablar de eso. Era demasiado peligroso. No podría soportar perderlo. No podría soportar saber que fue culpa mía. Además, si Zoey era An0nym0us1, lo último que necesitaba era que supiese que sospechaba de ella.

Dylan me miró como si estuviera chalada.

Miré la pantalla, pero permaneció apagada. La batería se debía de haber agotado, así que podía hablar sin miedo. Solo tenía que ir con cuidado de no mencionar a Caelyn ni ningún detalle que pudiese animar a Dylan a llamar a la policía.

—Perdona. Me ha parecido ver un bicho. —Recogí la libreta del suelo y la dejé boca abajo sobre el escritorio—. Y eso... No es nada.

—No me digas que no es nada. —Volvió a darle la vuelta—. Has apuntado a nuestros dos sospechosos principales y a Zoey. A ver, sé que desde hace una temporada vuestra amistad no pasa por su mejor momento, pero... ¿en serio?

O sea que él también se había dado cuenta.

Se me secó la boca, como si hubiese estado chupando una esponja o algo parecido. No le podía hablar de aquello. No podía.

—Esto... estaba... garabateando lo primero que se me pasaba por la cabeza.

Me miró con una cara que decía: «Y una mierda».

Gruñí. El dolor y el agotamiento me martilleaban el cerebro, y no se me ocurría qué le podía decir para que olvidase el tema. Atravesé la habitación y me dejé caer sobre la cama. Dylan me trajo la taza y me hice a un lado y crucé las piernas bajo mi cuerpo para hacerle sitio.

Di un sorbo al chocolate. Quizá podía explicarle al menos parte de lo que Zoey había hecho para comprobar si mi teoría se sostenía basándose solamente en esos detalles.

—Vale, te lo contaré, pero que quede entre nosotros, ¿vale? No se lo puedes contar a nadie.

—De acuerdo.

—¿Lo prometes?

—Por mi honor de *scout*.

Ladeé la cabeza.

—¿Fuiste *boy scout*?

—No. —Esbozó una sonrisa tensa—. Pero te prometo que no diré ni una palabra.

Me sostuvo la mirada y me pareció interesado en el tema. Preocupado. Dispuesto a ayudar. Pero tenía que ir con cuidado. Como hablara más de la cuenta, ya no volvería a mirarme con los mismos ojos.

24

Negarte a ti misma que alguien te ha traicionado no hace que sea menos cierto. Quería creer que me equivocaba con Zoey incluso mientras estaba sentada en su escritorio, tras haberme colado en su cuarto por la ventana, y miraba boquiabierta el bot de apuntado automático.

Hasta trató de negarlo.

—Eres una paranoica de mierda —dijo, y cerró la puerta.

—¡No es verdad! —Señalé su pantalla—. Ahora mismo estoy viendo literalmente el archivo del bot de apuntado automático en tu portátil. ¡No me mientas!

—¡Chist! Me vas a meter en un lío, se supone que estoy estudiando. ¿Podemos hablarlo mañana?

¿Para qué? ¿Para darle tiempo a que se escabullera como una sabandija y se librara de esta? Aunque odiaba los enfrentamientos, teníamos que zanjar ese asunto.

—No. Ahora.

—Yo... —Bajó los hombros—. No sé qué decir.

—¿De verdad pensabas que ninguno de nosotros se iba a dar cuenta? No me lo puedo creer. El señor Ferguson te echará del equipo por esto. Y en *MortalDusk*... te banearán para siempre.

—¡No! No se lo digas a nadie, por favor.

—Pero ¡has hecho trampas! Nos has traicionado. —La acusación sonó melodramática. Por un lado, *MortalDusk* solo era un videojuego. Por otro, era una parte enorme de nuestras vidas. Todos llevábamos meses entrenando. Soñábamos con ganar el torneo. Todos merecíamos una oportunidad.

A Zoey se le nublaron los ojos.

—No tienes ni idea de mi situación.

—¿Qué situación?

—Tu madre te deja hacer todo lo que quieres. Te dejará ser lo que tú decidas. Yo no quiero ser cirujana maxilofacial. No quiero pasarme el día examinando bocas asquerosas, cortando las encías a pacientes y tener que olerles el aliento apestoso.

Un momento, ¿qué estaba diciendo?

—¿Desde cuándo?

—Desde siempre. Sé lo que pensáis; creéis que soy una niñata privilegiada, ¿verdad? Todo el mundo está preocupado por saber cómo se pagará la universidad, y tú hasta podrías perder tu maldita casa, pero, vaya, la pobre Zoey no quiere ser cirujana. Menuda puta tragedia. Pero yo también necesito el dinero. Tengo que salir de este infierno en el que la perfección es lo mínimo exigible.

Se me encogió el corazón. Me habría gustado que hubiese confiado en mí antes. Sabía que sus padres la habían presionado hasta la saciedad para que estudiase y accediera a una universidad con una facultad de odontología magnífica, pero pensaba que ella quería trabajar en su sector. Creía que para ella sería un alivio no tener que preocuparse por las entrevistas de trabajo ni por competir con otros candidatos. Si me hubiese contado la verdad, yo no habría pensado «menuda puta tragedia». Querer elegir tu propio futuro no tenía nada de caprichoso.

—Lo siento, yo... No me había dado cuenta. —Me eché los rizos hacia atrás y titubeé un instante, pero seguía furiosa—. De todas formas, eso no justifica hacer trampas. Como tú misma has dicho, todos tenemos nuestros motivos para querer ganar.

A Zoey le temblaba el labio inferior.

—Por favor... No me pueden expulsar... No puedo acabar así. No se lo puedes contar a nadie. —Me pasé una mano por la cara. Tal vez podría convencer a todos para que no dijeran nada ni al señor Ferguson ni a los desarrolladores de *MortalDusk* y le permitieran permanecer en el equipo con la condición de que no jugase en el torneo. Sin embargo, debió malinterpretar mi momento de duda como una negativa a negociar con ella, y antes de que yo pudiera decir nada más, cerró los puños con fuerza—. Si se lo cuentas a alguien, explicaré a todo el mundo lo que le pasó a Brady en realidad. Colgaré toda la historia en la red. Diré a todo el mundo que fue culpa tuya, que tú nos obligaste a mentir.

Sus palabras me helaron el alma. Era como si se me hubiera congelado hasta la última fibra de mi ser y mi corazón fuera incapaz de bombear esa sangre cristalizada.

—No serás capaz.

—Lo haré. Y será todo verdad.

Me amenazaba como había amenazado a Lucía.

Ahora me tocaba a mí ser presa del pánico.

—Fuiste tú quien quiso volver a casa...

—Para empezar, tú nos hiciste salir, y después mentiste acerca de

lo que sucedió.

—¡Lo hice para protegeros! Intentaba protegernos a todos.

—Pues solo sirvió para empeorar las cosas. —Sus ojos se clavaron en los míos como dagas—. Yo no quería seguirte el juego.

—Pero lo hiciste. Todos lo hicimos. Ahora no lo puedes usar en mi contra... Teníamos once años.

—Y ahora tenemos dieciséis y todavía no has confesado.

—Ninguno de nosotros ha confesado.

—Pues si cuentas a alguien lo que has visto, lo diré yo.

Dios. Cuando me había dado cuenta de que estaba haciendo trampas, el corazón se me había resquebrajado. Pero ¿aquello? ¿Hacerme chantaje con lo más traumático que había —que habíamos — experimentado jamás? Aquello abrió las fisuras hasta que formaron abismos. Y entonces lo supe.

Nuestra amistad había terminado.

Se lo conté todo a Dylan salvo lo que Zoey había hecho para que yo no dijese nada. No le podía contar esa parte, porque habría supuesto explicarle lo que le hicimos a Brady.

—Por eso la he incluido en la lista —concluí—. Está dispuesta a hacer trampas para ganar el dinero del premio y poder alejarse de sus padres. Quizá va a por el premio individual. —Cualquiera podía participar en el torneo individual, incluso aunque no formase parte de un equipo—. El premio es mucho más cuantioso que el de equipo, que hay que repartir entre cinco... —Dejé la frase en el aire, muerta de sed. ¿De verdad llevaba tanto rato hablando? Me acabé el chocolate y dejé la taza en la cómoda que había a mi espalda. Necesitaba agua.

Entonces vi la expresión de Dylan. Ahora sí que me miraba como si hubiese perdido un tornillo y un par de tuercas.

—¿Qué pasa?

—Es que... —Se frotó la nuca—. Zoey me advirtió que dirías algo así.

Se me encogió el corazón.

—¿Cómo?

—Sí. —Dylan cambió el peso de pie, incómodo—. Me lo dijo el otro día, después de que la atacases en la clase de Química. Estaba muy disgustada y le pregunté qué pasaba. —La idea de que Zoey le hubiese hecho confidencias me provocó un ataque de celos—. Me dijo que últimamente la culpabas de todo lo que iba mal, aunque ella no tuviese nada que ver con ello, que tenías algún trastorno mental y que estabas paranoica.

Me quedé boquiabierta y me ruboricé de rabia. ¿Cómo se había atrevido? Nunca le había hablado de mis ataques de pánico porque pensaba que no los entendería como Akira, pero ella quizá sabía que los sufría. Y ahora sabía exactamente lo que intentaba hacer. Intentaba hacerme pasar por loca, desacreditarme por si algún día decidía contar a alguien que había hecho trampa. Sin embargo, mentir o exagerar al hablar de la salud mental de otra persona, insinuar que eso le restaba credibilidad o usarlo como escudo para sus propios malos actos era directamente repugnante.

—Yo... Yo no estoy... —La rabia que me ardía en el estómago parecía consumir las palabras que trataba de articular. Recordé cuando Dylan me había sorprendido fulminando a Zoey con la mirada esa misma mañana mientras ella corría de vuelta a su casa en lugar de subir al coche de Matty—. ¿Por eso me has llamado paranoica hace un momento?

Dylan suspiró.

—Puede que sí, pero ahora sé que no era cierto.

Me mordí el labio.

—¿Me crees?

—Obviamente.

—¿De verdad te parece obvio? —pregunté con incredulidad.

—No creo que admitieses que te colaste en el cuarto de Zoey sin permiso si no encontraste las pruebas que buscabas. —Sonrió ligeramente y el alivio apaciguó un poco mi ira—. ¿Por qué no nos dijiste que Zoey estaba haciendo trampas?

Me estremecí. Si Zoey había mentido a nuestros amigos, yo había hecho lo propio por omisión. Sin embargo, no le podía hablar ni de cómo me había chantajeado ni de Brady.

—Me prometió que no lo volvería a hacer. Si hubiese hablado, la habrían baneado de *MortalDusk*.

—¡Y con razón!

Evité su mirada y fijé los ojos en la ventana de Zoey.

—Escondes algo, ¿verdad?

Jugueteé con un hilo blanco que me colgaba del jersey.

—No. —Sí.

—Me engañas. —Se frotó la barbilla, pensativo—. Antes, en el hospital... Estabais hablando a escondidas de algo. ¿Tiene algo que ver?

Me puse tensa y mis ojos encontraron los de Dylan. ¿Cuánto habíamos revelado? Le dije que no tenía nada que ver y Dylan chasqueó los dedos.

—Es eso, ¿verdad? Akira ha dicho algo sobre alguien que lleva

cinco años esperando. —Maldita sea, Kiki—. ¿A qué se refería?

Me abracé las rodillas contra el pecho, mareada.

—A nada.

—No me ha parecido que no fuese nada.

Sus ojos me escrutaban, como si bastase con mirarme con la intensidad suficiente para que la verdad se proyectase en mis retinas como una película. No obstante, si averiguaba lo que hicimos, ya no podría mirarme con los mismos ojos.

—No... No puedo... —Las palabras se me atascaron en la garganta y carraspeé. Estaba muerta de sed, porque aquel día apenas había tenido la oportunidad de comportarme como un ser humano funcional, pero bajar a la cocina a por agua me parecía una tarea titánica. Tragué saliva con dificultad—. Oye, estoy bastante convencida de que la misma persona que te tendió la trampa con el examen está detrás de todo esto, y tú no estabas hace cinco años, así que... no importa.

Era muy tarde y estaba agotada y deshidratada. Me habría encantado acostarme y que a la mañana siguiente todo volviese a ir bien, como si hubiese pulsado el botón de reinicio. Me tapé los ojos y, por lo visto, Dylan pensó que estaba llorando.

—Oh, Crys, lo siento mucho. No debería haberte presionado... Ven aquí. —Me rodeó con un brazo y de pronto estábamos abrazados y mi cabeza reposaba sobre su pecho—. Sigo pensando que Zoey sería incapaz de hacer algo así. De acuerdo, ha hecho trampa, pero no me trago que esté detrás de esto. Creo que es Jeremy. Hemos pulverizado sus puntuaciones, le hemos humillado... y no solo le fastidiamos los directos, sino que también le estropeamos la cita. Tiene que ser él. Es la única posibilidad que tiene sentido.

Cabía esperar que defendiese a Zoey, porque entre ellos había pasado algo. Pese a todo, probablemente tenía razón.

Los latidos rítmicos del corazón de Dylan, el aroma almizcleño del jabón de sándalo que usaba y sus brazos alrededor de mi cuerpo me reconfortaban más de lo que habría imaginado. Nunca me habían abrazado de ese modo. Suspiré. El agotamiento me acometió por los cuatro costados y los párpados me pesaban. Como losas. Después de todo lo que había ocurrido ese día, mi cuerpo y mi mente solo deseaban apagarse, huir al vacío nebuloso de la inconsciencia, pero no podía quedarme dormida. Tenía que encontrar la dirección de Jeremy Fischer. Me obligué a volver a abrir los ojos.

—Oye, quería decirte algo... —murmuró Dylan, y sentí su aliento cálido en la oreja.

—¿Mmm?

Lo miré y titubeó un instante.

—Lo que pasó en la fiesta de Lucía... no quería que ocurriese.

¿El beso de Zoey? ¿Se refería a eso? Tenía los labios muy cerca de los míos. Me habría bastado un movimiento minúsculo para salvar la distancia que nos separaba. Nos separaba un suspiro. Pero en ese momento... No podía... No después de lo de Matty. Matty...

Dylan me estrechó más fuerte y me dio un beso en la frente. Sabía que no era la ocasión adecuada. Me esforcé por parpadear mientras unas pesas de mil kilos me cerraban los ojos. Me acarició el pelo y me estremecí... ¿Lo había notado? ¿Nos besaríamos algún día... o volveríamos a disfrutar de un momento como ese? ¿Lo estropearía todo el día siguiente? El día siguiente... ¿Qué pasaría? Mis pensamientos eran cada vez más confusos a medida que iba perdiendo y recobrando la conciencia. Dylan dijo algo más... algo en un tono tranquilizador... pero su voz se mezclaba con las voces de mis sueños...

La voz de Fishman llamándome «traidora».

La voz de Matty diciendo que no podía respirar.

La voz de Caelyn suplicando ayuda.

Y otra voz, grave y robótica, diciéndome que no volvería a ver a mi hermana.

25

Bzzz. Bzzz.

Los párpados me pesaban un quintal cuando abrí los ojos y miré a través de las pestañas. Tenía la pared tan cerca de la nariz que alcanzaba a ver la textura rugosa de la pintura. ¿Dónde estaba?

Bzzz. Bzzz.

¿Era mi móvil? Mi alarma sonaba como unas campanillas muy agradables...

Los recuerdos del día anterior se me echaron encima cual tsunami y me incorporé de repente. Estuve a punto de chillar al ver que había alguien acurrucado a mi lado. No estaba sola en la cama.

Dylan.

Seguía ahí con el teléfono en la cara como si se hubiera quedado dormido leyendo la pantalla; se le separaban ligeramente los labios con cada exhalación. No creo que a mi madre le hubiera importado que pasara la noche en mi cuarto, dadas las circunstancias, pero se pondría hecha una fiera si supiera que la había pasado dentro de mi cama. Tenía que sacarlo de allí. No se había inmutado ni con mi despertar brusco ni con el zumbido del teléfono. Tal vez fuera de los que duermen tan profundo que no los despierta ni una bomba, como Akira. Akira... Madre mía, tenía que comprobar cómo estaba.

Bajé por los pies de la cama con sigilo y me fui corriendo al escritorio, pero dudé... Me había quedado sin batería y no era seguro usarlo ni recurrir al portátil. ¿Cómo iba a ponerme en contacto con ella? Uf, tenía la cabeza embotada y la lengua como papel de lija. ¿Era una especie de resaca de pánico?

Bzzz. Bzzz.

Era mi móvil, no el de Dylan. Estaba en el cargador, el único sitio en el que no debía estar. No. Lo cogí con cautela, como si fueran a salirle patas, treparme por el brazo y arañarme la cara, y le di la vuelta.

Un vídeo empezó a reproducirse solo; el volumen estaba activado. Era Caelyn; le habían quitado la mordaza negra de la boca y tenía la mirada perdida y nublada. Las gafas seguían sin aparecer. Se me hizo

un nudo en la garganta que me cortó la respiración.

—Son las ocho de la mañana del sábado y es hora del próximo juego. —Miró de un lado a otro, como si estuviera leyendo un teleprónter o algo así—. Si no juegas, me matarán. ¿Estás lista?

—¡Mierda!

Dylan dio un fuerte ronquido y hundió más la cabeza en mi almohada.

Me notaba los pulmones llenos de gravilla. Juraría que había dejado el móvil en la mesa y no en el cargador después de que se agotara la batería. ¿O me estaba volviendo loca? Tal vez lo hubiera puesto Dylan a cargar, pensando que me hacía un favor. ¿Cuánto rato llevaba cargando? ¿Qué habría oído An0nym0us1? Me acerqué corriendo a él y lo zarandeé por el hombro.

—Dylan. Dylan, despierta.

—¿Eh? —Masculló algo que no logré entender y luego me miró como si no supiera dónde estaba. Se sentó en la cama y se frotó el sopor de los ojos—. Uf, anoche me quedé frito.

—No me digas. Oye, ¿me has encendido tú el móvil?

—¿Qué? —Buscó a tientas las gafas en el estante, detrás de la cabeza.

—Mi teléfono —insistí casi sin aliento—, ¿lo has encendido tú?

—Eh... —Arrugó la nariz—. ¿Por qué iba a hacerlo?

Mierda. Puede que después de asegurarme de que quedara apagado, lo dejara en el cargador sin pensar, por pura rutina, distraída por las preguntas de Dylan sobre mi lista de sospechosos. No había estado lo bastante atenta.

Había sido negligente.

Descuidada.

Eso significaba que An0nym0us1 podría haber escuchado nuestra conversación. ¿Qué me haría hacer? ¿Querría que le hiciera daño a Dylan? ¿Sabría que Akira estaba sana y salva? ¿Lo estaba de verdad?

—¿Estás bien? —me preguntó Dylan, preocupado por mi expresión de pánico—. ¿Qué pasa?

Dios mío. Tenía que ver cómo estaba Akira. Y aún tenía que dar con Fishman. ¿Cómo narices iba a hacerlo ahora? Fuera como fuese, tenía que echar a Dylan de allí. No estaba a salvo conmigo.

—Venga, tienes que irte. Como se entere mi madre de que has pasado la noche aquí, me va a matar.

Él se levantó y estiró los brazos por encima de la cabeza.

—¿Qué hora es?

Miré el reloj despertador.

—Casi las ocho. —Eso significaba que mi madre ya se había ido al

hospital. Seguramente no había entrado a verme para no despertarme y que siguiera durmiendo tranquila.

Pero Dylan no tenía por qué saber que no estaba en casa.

—Por favor, tienes que irte. —Le señalé la ventana.

Se pasó las manos por el pelo alborotado, cogió el termo y lo cerró bien, no sin comprobar antes si estaba vacío.

—¿Quieres que te espere? Tengo el Jeep aparcado en...

—No, te escribo después, cuando mi madre se haya ido a trabajar.

Se quedó quieto y se le hincharon un poco las fosas nasales.

—¿Y no saldrás hasta entonces?

—¿Qué te hace pensar que me voy a ir a algún sitio?

Cogió el bloc de notas y señaló la dirección que había escrito junto al nombre de Jeremy. Mierda. Aun así, ni siquiera era su dirección de verdad.

Intenté quitarle el bloc, pero no lo soltaba.

—No vayas, Crystal. Es demasiado peligroso.

No. Lo peligroso era involucrarlo a él. Lo peligroso era seguir esta conversación.

—No me seas paranoico, anda. Que haya escrito eso no quiere decir que vaya a ir.

—Bueno, pues yo no me voy hasta que me prometas que no irás a vigilarlo. Si es él y ese cabrón te hace daño...

—No iré, ¿vale? —le interrumpí con un resoplido y apreté el móvil contra el jersey para amortiguar las voces—. Y ahora, vete, por favor. —Abrí la ventana y lo empujé suavemente hacia ella—. No quiero pasarme el resto de mi vida castigada.

—Prométemelo.

Hice una mueca. No me gustaba nada hacer promesas que no tenía intención de cumplir. Al verme dudar, una expresión parecida al miedo se asomó a su cara.

—Al menos déjame que te acompañe.

Pero aliarme con Dylan significaría revelarle el plan y contarle lo de An0nym0us1, y eso sería incumplir directamente sus normas. Mataría a Caelyn y me obligaría a matarlo a él.

—No me voy a ningún sitio.

—Más vale que me digas la verdad —me dijo en voz baja y ronca.

—Que... —Pero antes de decir nada más, empezó a besarme, apoyándome la espalda en la pared junto a la ventana. El corazón me iba a mil mientras su labios rozaban los míos, y entonces le sostuve el rostro y le devolví el beso. Hizo un suave gemido. Me envolvía una calidez dulce y suntuosa como la miel e intenté atraerlo más hacia mí aunque ya estábamos pegados. Me moría por sentirme a salvo, aunque

solo fuera un momento. Su beso era urgente y hambriento, como si le diera miedo perderme antes incluso de tenerme.

En cuanto separamos los labios, susurró:

—Prométemelo.

—Te lo prometo. —Era mentira, obviamente.

—Muy bien. Gracias. Avísame cuando estés sola. Vendré a recogerte y solucionaremos esto.

—Vale.

Cogió el termo y salió por la ventana; el corazón me latía desbocado mientras miraba cómo bajaba por la colina. Ay, Dios. ¿Qué acababa de pasar?

No podía dejar que un beso y unas mariposillas en el estómago me distrajeran ahora mismo. Corrí las cortinas, le subí el brillo al móvil y el vídeo de Caelyn volvió a reproducirse en bucle.

La rabia me consumía. No podía permitir que An0nym0us1 me controlara. No podía dejar que hiciera daño a más seres queridos. ¿Y si me hacía ir a por Akira otra vez? ¿O a por Randall? ¿O Dylan? Me toqué los labios. No. En este juego, alguien jugaba con las cartas marcadas y lo tenía todo de su parte.

Yo no podría ganar esta mano si jugaba ciñéndome a sus reglas. Había llegado el momento de cambiarlas.

Solté el teléfono y di un grito ahogado como si se me hubiera caído sin querer. Chocó contra el borde de la mesa y cayó al suelo. Me lancé a por él, tapando la cámara frontal mientras apretaba el botón de encendido: diez... nueve... ocho... siete... seis...

«Si no juegas, me matarán».

Tres... dos... uno.

No tenía tiempo que perder.

Ahora tenía el portátil de mi madre. A escondidas, la había visto introducir la contraseña suficientes veces para saber que era *Crystal-Caelyn123*. Ahora podría buscar la dirección de Jeremy más rápido que en mi lento Kindle, pero solo encontré ese listado con la dirección de sus padres. Mostraba un montón de información inútil sobre ellos: su edad, el trabajo, sus estudios, el número de teléfono...

Ah. Número de teléfono.

Si An0nym0us1 podía hacerme pasar por un tal Lance Burdly, yo podría fingir ser otra persona.

Pero no podía volver a encender el móvil. Teníamos un teléfono fijo en la cocina, uno que no usábamos nunca, pero... ¿y si An0nym0us1 también lo tenía pinchado?

«Si crees que no he pensado en todo, tu hermana no sobrevivirá».

Me apreté el puente de la nariz. No podía haber pensado en todo. Tenía que haber alguna forma de burlarlo. Tenía que ser creativa.

Abrí una ventana de incógnito, configuré una cuenta de Gmail nueva y me conecté a Google Voice. Mierda... tenía que crear un número nuevo antes de hacer la llamada y primero tendría que verificar un número de teléfono existente. Pero había una opción para que me enviaran un código de cuatro dígitos. Podría usar el teléfono fijo para eso.

Era arriesgado. Muy arriesgado.

Pero era esto o jugar a un juego enfermizo y que otra persona acabara herida. No podía seguir mareando la perdiz. Tenía que hacerlo.

Bajé corriendo a la cocina, introduje nuestro número de fijo en el campo de verificación y esperé la llamada. Al cabo de un momento, ya tenía un nuevo y flamante número de Google Voice. Vale. Una cosa menos.

Marqué el número de los padres de Jeremy. Ring. Ring. Ring.

—¿Sí? —dijo una mujer.

—Buenos días, señora. —Ay, madre. Ahora tocaba improvisar—. Soy Jeanne y la llamo del servicio de atención al cliente de Citibank. ¿Puedo hablar con Jeremy Fischer? —Por alguna razón, fingí un acento sureño, tratando de sonar lo más oficial posible.

—Eh... lo siento, se ha equivocado de número.

Hice una mueca y sentí un nudo en el estómago. ¿Los padres de Jeremy se habían mudado también? Había supuesto que se había mudado y vivía en su casa, pero quizá se hubiera mudado toda la familia.

—Jeremy se mudó hace unos meses —continuó, llenando el incómodo silencio. Ah. Debía de ser la madre de Jeremy—. ¿Quién me ha dicho que era?

—Soy Jeanne, del servicio de atención al cliente de Citibank. Hemos intentado enviarle una tarjeta de crédito a su dirección en... veamos... ah, aquí está, Lakecrest, pero nos la han devuelto. Si pudiera confirmar su nueva dirección postal...

—Vive en el 2672 de Bridgeport Terrace.

Madre mía. Mira que era confiada...

Escribí la dirección en otra ventana para no olvidarla.

—Ah, eso lo explica. El número que nos había dado era el 7226.

La mujer se rio.

—Es disléxico; de vez en cuando aún confunde las cosas. ¿Necesita también su número de teléfono?

—Se lo agradecería. Así actualizaré los registros para no volver a molestarla.

—No es una molestia en absoluto, querida. —También me lo dijo sin dudar, pero ya tenía exactamente lo que necesitaba.

A este juego podían jugar dos. Y nunca había tenido tantas ganas de ganar.

26

—Creías que no buscaría dispositivos de localización, ¿eh? —murmuré mientras extraía el aparatito del parachoques trasero del coche y lo tiraba a la gravilla del camino de entrada junto al coche de Matty, que sus madres aún no habían recogido. La gratificación de haber encontrado aquel dispositivo compensaba con creces la impresión de que An0nym0us1 se hubiera molestado en hacerlo o que hubiera estado en ese mismo lugar. Llegados a ese punto, para asustarme tenían que hacer mucho más que rastrearme o acecharme.

A la mierda este capullo anónimo.

Por suerte no seguiría siéndolo mucho tiempo más.

Cuando llegué a la calle de Jeremy —sin GPS y utilizando tan solo la dirección que había garabateado en la libreta—, tenía las palmas sudadas. Llevaba treinta minutos con el teléfono apagado. Treinta minutos siendo invisible. Intenté no pensar en las cosas horribles que An0nym0us1, rabioso, le podría estar haciendo a Caelyn. Tenía que hacerlo. Era la forma más rápida que se me ocurría de pillar a Jeremy con las manos en la masa... o descartarlo como sospechoso.

Mi plan era el siguiente: espiar a Jeremy, encender el móvil y contestar el mensaje de An0nym0us1. Si Jeremy miraba su móvil exactamente entonces —mejor aún, si contestaba y encajaban los tiempos— sabría que era An0nym0us1. Si no, se trataba de otra persona.

Ya, nunca dije que fuera un buen plan.

Eché a andar por la calle, móvil en mano, después de aparcar el coche junto al arcén de aquella callecita rural. Las nubes plateadas estaban bajas en el cielo y amenazaban con una lluvia que, sin duda, dejaría una capa helada en la acera. Me estremecí al notar el azote del viento y el crujido de las ramas por encima de mi cabeza.

La casa de Jeremy era un rancho de una sola planta que necesitaba una capa de pintura con urgencia. El jardín estaba descuidado; había varios arbustos grandes y las malas hierbas crecían entre las losas del camino de acceso. Varios montículos de nieve sucia bordeaban el camino y el asfalto estaba agrietado. Con la de millones de

suscriptores que tenía, una pensaría que con la publicidad y los patrocinios ganaba la pasta suficiente para tener la casa en condiciones. Aunque tal vez eso se la trajera al pairo. O quizá no ganara tanto dinero como yo creía, sobre todo si sus ingresos habían menguado gracias a nosotros, o puede que hasta estuviera usando el dinero para otra cosa —para pagar deudas o facturas de hospital—, a saber. En realidad no sabía nada de su vida. Tal vez sí que estuviera desesperado por ganar el dinero del premio.

Alguien chilló cerca y di un brinco; aquel sobresalto me puso la piel de gallina. Al otro lado de la calle, un par de hermanas de unos cinco o seis años con plumones azules a juego se perseguían la una a la otra por el jardín mientras su madre, sentada en la entrada de la casa, miraba el móvil. Al verlas se me cayó el alma a los pies. Tenía que recuperar a Caelyn. Tenía que conseguirlo.

Mientras me desplazaba a hurtadillas por el jardín de Jeremy, noté el cosquilleo del vértigo en las plantas de los pies. Al menos, cuando entré en la casa de Akira, me había cobijado la oscuridad de la noche. Ahora, a plena luz del día, me sentía expuesta. Vulnerable. Esto no era como en *MortalDusk*: no podía ir de arbusto en arbusto para esconderme. Como me viera la mujer de enfrente, estaba perdida.

Menos mal que la gente ya no solía levantar la cabeza del teléfono.

Me quité la capucha, rodeé la casa por un lateral y me asomé a la ventana más cercana. Era la cocina. Jeremy era un vago de manual. Los platos estaban amontonados dentro y fuera del fregadero y había bolsas abiertas de patatas fritas en todas las encimeras de piedra. Las ollas y sartenes cubrían la vitrocerámica y, junto a ella, un bloque de cuchillos. La ranura para el cuchillo de cocinero estaba vacía.

Tal vez no significara nada. El cuchillo podría estar en el fregadero.

O podría significarlo todo.

Las persianas de la siguiente ventana estaban cerradas (¡cachis!), así que pasé de largo, medio agachada entre las hojas muertas y las zarzas, y me agazapé junto a una pequeña ventana cerca del suelo. El sótano. Me arrodillé y puse las manos a modo de visera para ver mejor por el cristal. Como las luces estaban apagadas, no podía ver gran cosa de la habitación, pero parecía inacabada. En las paredes de falso ladrillo visto había estanterías metálicas vacías y cajas de cartón apiladas bajo la ventana.

De repente, me vino a la cabeza la imagen de una mano enguantada blandiendo un cuchillo hacia Caelyn; la pared que ella tenía detrás era de ese material. Se me aceleró el pulso. Intenté deslizar la ventana para abrirla, pero estaba cerrada... cómo no.

Romperla no serviría de nada: era tan pequeña que dudaba que me cupieran las caderas. Tenía que seguir adelante.

Me acerqué a la entrada trasera... y entonces lo oí. Una voz apagada en la habitación adyacente. Apoyé la espalda en la pared, con el corazón acelerado, y estiré el cuello para asomarme al interior. Las luces estaban encendidas y las persianas levantadas a tope.

Ahí estaba.

Fishman.

Y estaba jugando a *MortalDusk*, frente a su enorme monitor contra la pared de la derecha, con unos enormes auriculares negros puestos mientras hablaba a una sala vacía. No alcanzaba a oír lo que decía, pero claramente estaba en un directo.

Me mordí el labio y le di vueltas al asunto. Todavía no había empezado el directo cuando miré sus canales antes, en el portátil de mi madre. Si de verdad tenía a una niña de trece años secuestrada en el sótano, ¿transmitiría en directo? Quizá pensó que podría ser una coartada, aunque poco convincente. Me saqué el móvil del bolsillo. En cuanto lo encendiera, mis coordenadas GPS serían rastreables y las cámaras se activarían. Era una idea superestúpida, ¿no? Como Jeremy fuera An0nym0us1 y me pillara, me mataría. Y qué decir de Caelyn...

Mierda. Ojalá estuviera Dylan aquí, y no porque necesitara a un caballero de brillante armadura. Cuando salí de casa, tenía tanta rabia acumulada que sentía que podía romperle la cara a Jeremy si hacía falta. Pero, siendo realistas, no estaría nada mal tener refuerzos en caso de que se liara parda. ¿Cómo podría defenderme, desarmada y sola, contra un sádico de veintiún años?

Sin embargo, ya era demasiado tarde para echarse atrás. Estaba allí mismo. Tenía que averiguarlo.

Apretar el botón de encendido fue como acercar una llama a un cartucho de dinamita. Al cabo de un instante, la pantalla se iluminó. Me había perdido varias alertas, pero no les hice ni caso y me fui directa a la aplicación de An0nym0us1. No sabía cuántos de sus mensajes me había perdido, solo podía ver el más reciente.

¿Por qué tienes el teléfono apagado? Estás jugando con fuego.

Miré a Jeremy y me mordí el interior de la mejilla. Su móvil estaba en el escritorio junto al ratón. No veía si estaba boca arriba o no.

Con dedos temblorosos, empecé a escribir: «Lo siento, se me murió la batería. Ya está cargado a tope».

Enviado.

El tiempo parecía ralentizarse mientras miraba a Jeremy y el

corazón me retumbaba en los oídos. ¿Se le había iluminado la pantalla? No atinaba a verlo desde este ángulo. Respiré con fuerza y las bocanadas de condensación se escaparon de mis labios como balizas.

Sin respuesta de An0nym0us1.

Jeremy estaba en plena pelea de espadas, inclinado hacia delante y dándole a la barra espaciadora como si no hubiera un mañana. Tal vez no hubiera oído la notificación. Al final, levantó las manos.

—¡Aaah!

Alguien lo había matado. O había ganado. Fuera como fuese, parecía que la ronda había terminado.

Tal vez debería volver a intentarlo. Jeremy seguía hablando con sus espectadores, lo bastante amortiguado como para que no oyera bien las palabras. Seguramente estaba dando su charla *post mortem* habitual; siempre que ganaba, aprovechaba para denigrar al contrincante y, cuando perdía, repasaba las otras tácticas que podría haber usado. Le lancé otro mensaje: «¿Y bien? ¿Ahora qué?».

En ese mismo instante, Jeremy cogió el móvil.

Estaba boca abajo. Dejó de hablar. No le veía la expresión. ¿Estaba apretando la mandíbula? ¿Estaba enfadado? Se me heló el corazón.

Era él. Era él.

Me dio la impresión de que descartaba algo y volvió a hablar, dejando el teléfono otra vez boca abajo. Seguía sin recibir respuesta de An0nym0us1. ¿Bastaba eso como confirmación? ¿Qué po-
día hacer ahora? No lo había pensado con tanta antelación. Podría llamar a la policía y que sacaran a Caelyn del sótano. No estábamos cerca de una comisaría y tardarían un rato en llegar. Cuando Jeremy se percatara de dónde estaba, ¿mataría a Caelyn en un último intento de vencer en su sádico juego?

Caelyn...

Tuve que comprobar si había otra ventana en el sótano. Tenía que...

Me vibró el teléfono. Un mensaje de An0nym0us1.

> Sé dónde estás.

No. No.

Jeremy no había vuelto a coger el móvil ni a tocar el teclado siquiera. Tenía las manos entrelazadas en la nuca y seguía hablando. ¿Habría dictado el mensaje sin que lo supiera su público?

No. Se me hizo un nudo en el estómago. Que hubiera mirado el teléfono no había sido más que una mera coincidencia. Él no era

An0nym0us1.

Eso significaba que era Lucía o Zoey... o alguien en quien aún no había pensado. También quería decir que había roto las reglas de An0nym0us1 para absolutamente nada. Apreté los dientes y mientas ahogaba un grito de frustración, apareció un mensaje nuevo.

> ¿Te has rendido? Como te rindas, seguiré jugando sin ti. Y entonces morirá.

Espera, ¿cómo? ¿Que seguiría jugando? ¿Y eso qué quería decir? Pero antes de que pudiera entenderlo siquiera, Jeremy miró por la ventana y me vio.

Cinco años antes

Me despertaron los gritos.

—¡Brady! —La voz de una mujer rompió el silencio de la leonera de Zoey mientras los pasos bajaban atronadoramente las escaleras—. Vamos a llegar tarde a la iglesia... —Las luces se encendieron. Estaba algo mareada por las míseras horas que habíamos dormido. Cerca, Matty se quejó—. Pero ¿siguen durmiendo? Si son casi las siete y media.

Hasta la madre de Zoey, que estaba al pie de las escaleras con una bata de un azul vistoso, parecía desconcertada.

—Bueno, dejé que se acostaran tarde. Además, es domingo...

Molesta, la señora Cullen dio un resoplido.

—Le dije que iríamos a la primera misa del día. ¿Brady? —Con la punta del zapato le dio un toquecito al saco de dormir de su hijo, estampado con muchos BB-8. Solo asomó la almohada.

—Puede que esté en el baño —sugirió la señora Bloom.

Aún adormilados, los cinco intercambiamos miradas de preocupación.

Intenté apoyarme en los codos, pero se me había quedado dormido el brazo derecho tras haber estado toda la noche de costado en aquel suelo tan duro y ahora era una extremidad inútil.

—¿No estaba en su cuarto?

—No. —La señora Cullen me miró confundida—. Volvió aquí con vosotros.

Ay, no. Si no estaba en su habitación, ¿dónde podría estar?

Zoey parecía asustada. Como su madre se enterara de que nos habíamos escabullido para jugar a la caza humana, se le caería el pelo. Y todo sería culpa mía. Me odiaría para siempre, ¿no? ¿Y si me echaba del trío que formábamos? No podía perder a mis mejores amigos por esto.

—Luego se volvió a ir —dije, sorprendida por la facilidad con que se me ocurrió la mentira—. Quería dormir en su propia cama. Este suelo está duro como una piedra. —Sacudí el brazo inerte a modo de demostración. Empecé a notar un hormigueo en los dedos a medida que la sangre volvía a circular. Todos asintieron, confirmando así mi mentira.

—Ah —exclamó la señora Cullen—. Pues ni siquiera he pensado en mirar en su habitación. Supuse que estaba aquí, sin más. —Se rio y negó

con la cabeza—. Bueno, aprovecharé para llevarme sus cosas. Es raro que se las haya dejado... —Matty enrolló el saco de dormir de Brady y ajustó las correas mientras la mujer recogía el resto de las cosas—. Hasta el móvil... —murmuró, mientras lo metía en la bolsa con lo demás. Cuando las madres volvieron a subir, todos nos quedamos mirando su hueco.

—Por eso no respondió —comentó Matty.

—Chicos, ¿y si Brady no está en su habitación? —preguntó Zoey con un deje histérico.

—Fijo que sí —repuso Randall—. Ya has oído a su madre. No lo ha mirado.

—Pero ¿y si no?

Me mordí el labio y el cosquilleo que noté, esta vez en la espalda, fue muy distinto al de las manos.

—No puede seguir escondido en el bosque...

—Qué va. —Matty se miró el reloj—. Llevaría escondido unas siete horas.

—A lo mejor se ha quedado dormido —aventuró Akira.

—¿Ahí fuera? —repuso Zoey—. Hace un frío que pela.

—Chicos, parad. —Randall se cubrió la cara con la almohada—. Seguro que nos miraba por la ventana, partiéndose la caja.

Aun así, no lograba desprenderme del miedo mientras sacaba el neceser de la mochila. Tenía mal sabor de boca. Después de asearme en el piso de arriba, me dirigía al sótano cuando alguien llamó al timbre. Al instante, empezaron a aporrear la puerta frenéticamente. La señora Bloom acudió corriendo.

—Pero ¿qué narices? —Esta vez, la señora Cullen venía acompañada de su marido y su hijo mayor, Andrew, vestido para ir a misa con una camisa a rayas y pantalones azul marino.

—Brady no está en casa —dijo la señora Cullen, exasperada—. Tiene que estar aquí.

Andrew me vio y puso los ojos en blanco, como si pensara que su madre estaba exagerando, pero a mí se me hizo un nudo en el estómago. ¿De veras exageraba?

—Seguro que quiere saltarse la iglesia. —El señor Cullen se rio y se subió las gafas de montura metálica por la nariz. Le brillaban los ojos como si estuviera orgulloso de Brady por intentarlo.

Volví corriendo a la planta baja.

—Brady no está en su casa. Acaba de venir toda su familia.

Zoey ahogó un grito.

—Mierda —soltó Matty.

—¿Creéis que lo han secuestrado o algo? —planteó Akira.

—¡Puede que lo hayan atacado los osos! —exclamó Randall.

—¿Y si les contamos lo que ha pasado? —propuso Akira. Zoey abrió mucho los ojos y a mí se me contrajo el corazón. Ya le había mentido a su madre y Zoey me había seguido la corriente. Decir la verdad ahora la metería en más problemas.

Oímos unos pasos que bajaban las escaleras a toda prisa.

—¿Qué hacemos? —preguntó Akira con un chillido.

Zoey me miró frunciendo el ceño.

—Todo esto es culpa tuya.

El pánico me atenazaba el pecho. Tenía razón. No podía dejar que Zoey se metiera en líos por esto.

—Sigue con la historia —murmuré.

Antes de que nadie pudiera rebatirme, apareció la señora Cullen por la escalera.

—¿Brady? Déjalo ya, no hace gracia. —Buscó en la habitación, como si su hijo pudiera estar escondido en las sombras. Andrew miraba desde el rellano mientras la mujer abría la espeluznante puerta del almacén—. Ya lo hemos hablado muchas veces. Solo es una hora a la semana.

—No está aquí, de verdad. —Me costaba mantener la voz firme. La señora Cullen me miró de arriba abajo, esperando que dijera algo más, que alguien dijera algo, pero nadie dijo ni mu. Cuantas menos mentiras, mejor.

Nos miró de uno a uno; llevaba los rizos pelirrojos más despeinados que antes, como si su pelo fuera un indicador del pánico creciente que sentía.

—Pero ¿dónde puede estar?

Todos negamos con la cabeza, pasmados.

Y así era; no teníamos ni la más remota idea. Tenía que estar en algún lugar del bosque. Pero si ahora le decíamos eso, sabría que le habíamos mentido antes.

Solo habíamos tejido una simple mentira, pero bastaba para estrangularnos.

27

—¡Eh! —gritó Jeremy.

Tenía que moverme. Tenía que salir por patas, pero era como si mis piernas se rebelaran contra las neuronas de mi cerebro y se hubieran quedado petrificadas. Jeremy dijo algo más, fue a por algo que tenía en la mesa, se quitó los auriculares y se fue corriendo a la ventana. Al reconocerme, se puso como las motos.

—¡Tú!

Mieeerda.

Salió al pasillo corriendo y yo pasé a toda prisa por la entrada principal, metiéndome el móvil en el bolsillo mientras doblaba la esquina hacia el jardín delantero. ¿Había salido por la puerta trasera? ¿Lo tenía detrás? Cuando miré por encima del hombro, tropecé con algo y estiré los brazos por reflejo antes de caer al suelo. Me di con la palma de la mano izquierda en la raíz de un árbol que sobresalía del suelo y un dolor punzante me subió por la muñeca. Grité, pero no tenía tiempo de retorcerme de dolor. Me incorporé como pude y me fui pitando hacia el jardín, agarrándome la muñeca mientras Jeremy salía por la puerta principal sin más ropa que una camiseta negra y unos pantalones de pijama rojos de cuadros.

—¡Eh! —volvió a gritar. Corrí hacia mi coche, pero aunque él corría descalzo, era más rápido: acabó agarrándome la capucha de la chaqueta y me empujó hacia atrás.

—¡Argh! —Me giré para mirarlo, respirando con dificultad. Me lloraban los ojos por el dolor palpitante de la palma y la muñeca.

—¿Qué cojones haces aquí?

—Esto... yo... —Me vibró el teléfono. Debía de ser An0nym0us1. Seguro que ahora me castigaría... y la peor manera de hacerme daño era herir a mi hermana.

—¿Ibas a entrar a la fuerza o qué? —preguntó—. ¿Querías hackearme la cuenta de *MD*?

—¡No! Solo...

—Enséñame los bolsillos. ¿Llevas un USB? ¿Ibas a instalarme algo?

Hice una mueca cuando noté un espasmo de dolor subiéndome por

el brazo.

—No...

—¡Sácate los bolsillos!

Joder. A ver, sí, fijo que le parecía sospechoso haberme pillado espiándolo, pero esto era otro nivel de paranoia.

—No iba a hackear nada. —Me saqué los bolsillos con la mano buena, cogí el móvil y el minicargador que había llevado por si me quedaba sin batería durante el día.

—¡Ajá! —Señaló el cargador—. ¡Lo sabía!

—Es un...

—¿Qué ibas a instalar? ¿Eh? ¿Un grabador de pulsaciones? ¿Un *ransomware*? ¿Ibas a chantajearme?

—No...

—Joder. Por eso me invitaste al parque ayer. Luego me seguiste a casa, ¿verdad? Así descubriste dónde vivo.

—No...

—¿Sabes? Podría hacer que te expulsaran de *MortalDusk* de por vida por esto. Podría llamar a la policía...

—¿Puedes echar el freno y dejarme hablar? —grité. Al final se calló y puso los brazos en jarra.

—¿Y bien? Desembucha.

—Esto —le enseñé el cargador— es un cargador de móvil. —Me saqué el forro interior de los bolsillos de la chaqueta—. No llevo ningún USB ni nada con virus. No iba a instalar nada en tu ordenador; ni siquiera iba a tocarlo.

—Podrías haberlo hecho a distancia. —Me señaló el móvil—. O a lo mejor...

—Jeremy —dije, impaciente—, ni siquiera sé cómo hacer algo así. —Zoey puede que sí, pero ¿yo? Ni de coña. Volví a guardarme el cargador en el bolsillo y me quité la suciedad de la palma. El dolor iba menguando poco a poco. O tal vez solo se me estaba adormeciendo la mano.

Se cruzó de brazos.

—Y entonces, ¿qué leches haces aquí?

Me devané los sesos buscando una excusa. ¿Cómo podía explicárselo? Volvió a vibrarme el teléfono y miré la pantalla.

> Vete YA o morirá.

Me dio la sensación de que el suelo se tambaleaba.

—Lo siento, tengo que irme...

Pero Jeremy se interpuso entre mi coche y yo, levantando los

brazos como una barrera.

—Que te lo crees tú. Quiero respuestas. ¿Por qué me estabas espiando?

Me mordí el labio. Solo porque no estuviera enviando los mensajes de An0nym0us1 no significaba que fuera inocente. ¿Y si trabajaba con otra persona?

Sin embargo, Jeremy parecía desconcertado de verdad al verme ahí.

Recordé la teoría de Dylan en el hospital de que podría ser alguno de sus compañeros de equipo, algún fan suyo o algo así. Puede que él supiera quién era. Era una imprudencia total, pero estaba desesperada. Apreté el móvil contra la chaqueta para silenciar el micrófono y dije en voz baja:

—Ayer, después de encontrarnos en el parque... —Él resopló, pero me dejó continuar—, mi amigo Matty... —Se le habían puesto las mejillas moradas, abrió los ojos como platos en una expresión aterrorizada y... no. No. Tenía que quitarme ese recuerdo de la cabeza. No podía pensar en eso ahora, porque de hacerlo, lo sentiría... y si lo sentía, me cederían las piernas y la tierra me engulliría entera. Ahora mismo tenía que conservar la calma. Tenía que concentrarme en encontrar a Caelyn—. Murió.

A Jeremy se le suavizó la expresión.

—Joder. Es verdad.

De repente, recelé.

—Espera... ¿lo sabías? ¿Cómo?

—Bueno... él estaba transmitiendo en directo cuando comenzó a toser. El vídeo sigue subido a vuestro canal. Y cuando la gente se enteró de lo que había pasado..., a la peña le va el morbo, ya sabes. —Joder. A Randall se le debió de olvidar con todo aquel caos. Por eso no dejaban de llegarme mensajes de la gente—. Esto, eh... lo siento mucho. Pero eso no explica por qué estás aquí.

Dudé un momento.

—Bueno, el tema es que no estamos seguros de que solo fuera una reacción alérgica. Podría haber sido... intencionado.

Jeremy parecía aturdido.

—¿Qué? ¿Como si lo hubieran envenenado?

—Más bien como si hubieran manipulado la comida para echarle frutos secos, pero básicamente es eso, sí. Y hay más. A mi otro amigo, Randall, le enviaron un equipo de operaciones especiales a casa.

—No jodas. —Jeremy me miraba boquiabierto. Supuse que eso no había trascendido aún. Puede que el jefe Sánchez lo mantuviera en secreto mientras la investigación siguiera en marcha—. ¿Y está bien?

—Sí. De hecho, estaba en mi casa cuando pasó... hubo un cambio de planes de última hora, pero a su padre le dio un ataque al corazón cuando entraron los SWAT.

—Hostia... —Jeremy se llevó las manos a la cabeza.

Me vibró el móvil en el pecho y el miedo me inundó.

—De todos modos, la policía está investigando quién dio ese falso chivatazo. Pensaba que quizá...

El rostro de Jeremy se volvió impasible.

—Pensaste que quizá había sido yo.

El estómago me dio un vuelco.

—¡No! —En realidad, sí—. Bueno, creía que a lo mejor sabrías quién podría haberlo hecho...

Volvió a sonar el teléfono. Esta vez me atreví a echarle un vistazo y casi me dio un síncope. Una mano enguantada sujetaba la pálida y delgada muñeca de Caelyn; un largo corte le recorría el antebrazo y le brotaba sangre de la herida. La habían cortado. Habían cortado a Caelyn. Me subió la bilis y me tapé la boca con una mano.

—Joder, no.

—¿Qué pasa? —Jeremy intentó acercarse para ver la pantalla.

—No puedo... —Me abrí paso a trompicones para llegar hasta el coche.

—¡Eh, un momento!

¿Adónde podía ir? ¿A casa de Lucía? ¿A la de Zoey? Aunque tuvieran un motivo de peso, no me imaginaba a ninguna de ellas arrastrándole la hoja afilada por el brazo a mi hermana. Pero ¿quién podría ser, si no? Me sentía muy impotente. Caelyn estaba herida, estaba sufriendo lo indecible, y yo no podía pararlo. ¿Se desangraría por esa herida? Tenía que llamar a una ambulancia a la de ya, pero ni siquiera sabía dónde estaba.

Desesperada, me giré hacia Jeremy.

—¿Alguno de tus compañeros de equipo vive por aquí cerca?

—¿Cómo?

—Sí, los que juegan contigo en el torneo de mañana.

Se secó la nariz y se cruzó de brazos, temblando.

—No muy cerca. Dos viven al norte de Burlington y los otros dos, junto a la frontera. —Ya, eso pensaba.

—¿Y tus fans? De esos seguidores acérrimos, vaya. Los que te animan y jalean cuando te metes con nosotros.

Jeremy hizo una mueca al oírlo, como si él no lo viera del mismo modo. Negó con la cabeza.

—Pues no sé. Tal vez...

—¿Crees que alguno podría ir a por nosotros?

—Joder, tía...

—Sé que parece una locura, pero en este caso, ¿se te ocurre quién querría hacernos daño?

—¡No!

Uf, todo aquello era en vano. Me di la vuelta y eché a correr hacia el coche. Esta vez, Jeremy no intentó detenerme. Una vez dentro, sollocé y levanté el móvil para que An0nym0us1 pudiera verme.

—Por favor, para. No le hagas más daño, por favor. ¿Qué tengo que hacer? Dime qué tengo que hacer.

> Juega con mis reglas o ella morirá.

¿Significaba eso que la herida que le habían hecho en el brazo no era mortal? Quienquiera que estuviera haciendo eso estaba dispuesto a torturar a una niña de trece años. Era demasiado ingenua al pensar que podía vencer a esa persona. El desequilibrio de poder era demasiado grande. No tenía nada con que pillar a ese individuo, pero en cambio esa persona tenía lo que más me importaba a mí. Pensé en su amenaza de seguir jugando el juego sin mí. Eso significaba que pasarían cosas terribles de todos modos, pero participando yo, podría salvar a Caelyn.

—Vale —dije, presa del pánico, mientras me secaba las lágrimas de las mejillas. Atónito, Jeremy me miraba de forma muy rara. Tenía que salir de ahí—. Muy bien, jugaré. Haré lo que sea. Solo dime qué hacer.

> Perfecto. Juguemos a la búsqueda del tesoro.

28

Con piedras antiguas de gran belleza
Mis torres al cielo se alzan
Y aunque no more aquí la realeza
Como llegues tarde, ella lo paga.

La pista no podía ser más obvia. Llegados a ese punto, me maravillaba que An0nym0us1 se molestara en seguir fingiendo que esto solo era un juego.

Porque ahora lo sabía. Sabía que sería peor de lo que parecía.

Quiero decir, a ver... quería que publicara una foto del castillo Hanover en Instagram, ¿para qué? ¿Para demostrar mis inexistentes habilidades fotográficas? Lo dudaba mucho.

Ahí había algo más, seguro. Algo terrible. Pero tenía veinte minutos para hacerlo o tendría que atenerme a las consecuencias. ¿Qué opciones tenía?

La pintoresca edificación de principios del siglo XX se alzaba en los riscos del monte Morgan, uno de los lugares más populares para celebrar bodas del sur de Vermont. El matrimonio de mamá y papá había empezado aquí y luego terminó más arriba, en la montaña. La vida estaba llena de esas ironías.

Mientras el aire de la montaña me revolvía los rizos, encuadré el castillo, sin preocuparme mucho por la composición o la iluminación. Me dolía la muñeca izquierda tras la caída en el jardín de Jeremy, supuse que tal vez me había hecho un esguince, pero luego pensé en Caelyn, en el corte que le habían hecho en el brazo y el grito que no podía oír a través de la foto. Decidida, tomé la foto y la subí a Instagram sin descripción ni nada. Al recordar lo que me había dicho Jeremy de que lo había estado siguiendo, fui a mi perfil. Sí, ahora era público. No tenía sentido volver a ponerlo en privado: An0nym0us1 lo volvería a cambiar.

—Muy bien, ya está hecho —dije al teléfono.

y aún menos un cangrejo;
ven a mi morada
o se llevará una puñalada.

Esta vez me dio diez minutos, pero la pista me descolocó. ¿Había otra construcción en el monte Morgan? Me parecía que no, pero con el poco margen que me había dado, tenía que estar cerca. Aun así, por muchas veces que releyera la pista, eso del ermitaño y el cangrejo no tenía ni pies ni cabeza.

—No me has dicho que no pueda buscar cosas en Google —comenté en voz alta mientras escribía «puntos de referencia en monte morgan vermont» en la barra de búsqueda—, así que no estoy haciendo trampas.

Entonces aparecieron los resultados de la búsqueda.

Ah, pues claro.

El mirador del monte Morgan. No sabía que el nombre oficial era Nido del Ermitaño, llamado así por el pájaro estatal de Vermont y la barrera de piedra en forma de U del mirador. «No soy exactamente un eremita». Eremita era un sinónimo de ermitaño. «Y aún menos un cangrejo». Porque se trataba de un pájaro ermitaño, no un cangrejo. «Ven a mi morada». Su nido. Vaya. ¿Cuánto tiempo llevaba planeando esa sádica locura? Solo podía llegar al mirador a pie, así que dejé el coche en el aparcamiento del castillo y me fui derecha al sendero que papá y yo recorríamos con frecuencia cuando era niña.

Sentí una punzada en el corazón; era esa parte de mí la que lo echaba de menos... al menos, a mi antiguo padre. Echaba de menos cómo señalaba el castillo en el que se habían casado mamá y él, como si todavía siguiera emocionado porque ella hubiera dicho «sí, quiero», sonriendo tanto que le salían los hoyuelos. Recordaba cómo me ponía tiritas de Mickey Mouse en las rodillas raspadas y cuando yo me quejaba de que eran demasiado infantiles, se pegaba una en el brazo y me decía: «Nadie es demasiado mayor para el ratón».

El camino hasta el mirador era todo pendiente e inspiré hondo antes de echar a trotar por el camino de tierra. Ir con calma era un lujo que no podía permitirme ahora mismo. Empezaba a lloviznar y notaba las gotitas heladas como si fueran granizo en mi cuero cabelludo. Me subí la capucha. Las nubes plateadas se habían oscurecido y amenazaban con descargar. Solo me crucé con una excursionista, una mujer de mediana edad que paseaba a su golden retriever. Me miró de forma extraña —¿quién sale a correr en vaqueros?—, pero me importaba un comino.

Noté una molestia bajo la caja torácica y hundí los dedos en el

abdomen a través del abrigo de mamá, en un intento de aliviar el dolor punzante. No funcionó, así que me encorvé un poco y seguí corriendo. Era cuestión de voluntad.

Por fin, ahí estaba. El Nido del Ermitaño; el mirador panorámico más allá de un claro en los árboles, donde una barrera curvada de piedra que llegaba hasta la cintura se extendía por la ladera del acantilado. A un lado de la estructura, un enorme peñasco plano sobresalía de la cresta, donde los aficionados a los selfis más atrevidos podían hacer la foto perfecta con el lago Hanover de fondo, el lago que serpenteaba entre las onduladas colinas llenas de pinos de Newboro. El lago era de un color marrón apagado y turbio bajo aquel cielo nublado; ver el agua me trajo muchísimos recuerdos.

Una vez gané aquí un juego. Un juego que desearía no haber tenido que jugar.

Viendo que mi madre se negaba a ir a la policía a denunciar a mi padre, decidí tomar cartas en el asunto. No podía permitir que le hiciera daño a Caelyn. La mayor inquietud de mamá era que la policía no la creyera, así que pensé en reunir pruebas. Pruebas que papá no pudiera refutar. A fin de cuentas, ver es creer.

Así pues, hice lo que mejor sabía hacer: lo convertí en un juego.

Diez puntos por la foto del hematoma que mamá tenía en la clavícula (tomada mientras dormía la siesta en el sofá). Cinco puntos por la foto de una abolladura sospechosa en la pared (bajo el marco de la foto que faltaba). Quince puntos por el audio de una pelea a gritos que culminó con una fuerte bofetada (grabado en el pasillo, frente a su dormitorio). Veinte puntos por el vídeo en el que él la apartaba del fregadero de un empujón mientras ella echaba el whisky por el desagüe (grabado con una cámara web en la nevera). Diez puntos más por la foto del verdugón resultante (tomada disimuladamente fingiendo que me hacía un selfi).

Decidí que llegaría a cien puntos. Conseguiría esa cantidad y luego acudiría a la policía.

Sin embargo, un domingo por la mañana, cuando ya llevaba unos setenta puntos, papá me detuvo cuando salía por la puerta después de que mamá me despidiera con un beso en la mejilla.

—¿Adónde vas?

—A casa de Matty. Vamos a jugar al *MortalDusk*. —Dejé de invitar a mis amigos a casa desde aquella vez que Matty y Akira presenciaron uno de los arrebatos de papá. Los dos me habían abrazado mucho antes de irse. Eso tendría que haberme reconfortado, pero me morí de la vergüenza.

—Esto..., oye, ¿qué te parece una caminata el domingo por la

mañana?

Agarré la correa de la mochila que se me clavaba en el hombro.

—Hace meses que no salimos a caminar.

—Pues más razón para ir.

—Ya tiene planes, Danny... —terció mamá.

—Pues que los cancele. Vamos, echar la mañana con tu padre no te matará.

Mamá y yo intercambiamos una mirada, como si no estuviéramos tan seguras. Pensar así me destrozaba.

Estuve en silencio la mayor parte de la caminata. Era consciente de que mi silencio molestaba a papá, que hablaba de las ardillas que cruzaban a toda velocidad o hacía comentarios sobre el olor a rocío que presagiaba lluvia, y luego me miraba expectante. Pero mantuve la boca cerrada, pensando en aquella mirada que nos lanzamos mamá y yo. Ninguna niña debería preguntarse si estaba a salvo con su padre. Si se hubiera llevado a Caelyn y no a mí, me habría vuelto loca de preocupación.

—¿Qué te pasa? —me preguntó al fin cuando llegamos al mirador.

Supe que había llegado el momento. Tenía puntos suficientes para enfrentarme al jefe final.

—Quiero que te vayas —dije en una voz tan baja que papá tuvo que preguntar:

—¿Cómo? —Tal vez sí me había escuchado, pero no se lo podía creer.

—Quiero que te vayas —repetí—. Que nos dejes. Y deja a mamá.

Parecía sorprendido de verdad.

—¿Qué? ¿Por qué dices eso?

—¿Y tú por qué crees? Le has estado haciendo daño. Le has pegado. Y no estoy muy segura de que al final no nos hagas daño a mí o a Caelyn. No haces más que beber y apostar, y no quieres pedir ayuda, así que quiero que te vayas.

Papá se puso rojo tan deprisa que retrocedí unos pasos. Quizá no había sido una buena idea plantearle esto en un acantilado. Mientras miraba entre él y el abismo, pareció que se daba cuenta de lo que estaba pensando yo. Si me haría daño. Hizo una mueca y la sorpresa se transformó en dolor.

—Crystal, yo nunca... —Parecía que no le salían las palabras—. Buscaré ayuda, ¿de acuerdo? Dejaré de beber. Iré a uno de esos centros de rehabilitación. —El remordimiento era patente en su mirada.

—Ya es demasiado tarde. —Hice un mohín, con las lágrimas a flor de piel, aunque no recordaba haber empezado a llorar—. Ya le dijiste

a mamá que buscarías ayuda, pero no lo hiciste. Al final no lo haces nunca.

—Pero esta vez lo haré. Lo prometo. —Luego negó con la cabeza —. ¿Qué quieres decir con que es demasiado tarde?

—He... he estado recopilando pruebas. —Saqué el móvil, entré a una carpeta de la galería y le enseñé una de las fotos de los moratones de mamá—. Tengo fotos y vídeos de lo que le has hecho a mamá. De vuestras peleas.

Puso unos ojos como platos y se acercó.

—Déjame ver...

—¡No! —Volví a retroceder de un brinco por si se le ocurría quitarme el móvil y lanzarlo por el risco—. Lo tengo todo guardado en el ordenador y subido a Dropbox. Como no dejes a mamá, se lo enseñaré todo a la policía.

Y se acabó. Ahí estaba yo chantajeando a mi propio padre. Pensé que montaría en cólera, pero no. Me lanzó una mirada aturdida y derrotada. Como si nunca hubiera esperado algo semejante y se hubiera llevado una buena impresión.

Se fue al cabo de una semana. Yo había ganado. Fue el peor juego que había jugado.

Hasta ahora.

Me saqué el teléfono del bolsillo trasero y estaba a punto de hacerle una foto al mirador para subirla a Instagram, cuando me percaté de que en el peñasco había una chica con una coleta negra, leggins negros y un abrigo lila entallado sentada con las piernas cruzadas en la roca, admirando las vistas. ¿Era...?

—¿Kiki?

29

Akira se giró y me vio. ¡Sí era ella! Tenía los ojos rojos e hinchados como si hubiera estado llorando, pero estaba allí. A salvo. Viva. Se puso de pie.

—Bueno, ¡ya era hora!

Antes de que pudiera preguntarle a qué se refería, hizo un mohín y prácticamente se abalanzó sobre mí. Nos estuvimos abrazando un buen rato, sin que ella supiera que yo la abrazaba tan fuerte de puro alivio.

—Todavía no puedo creer... —Se quedó a media frase.

—Lo sé. —Me vino a la cabeza el rostro de Matty. Se había ido para siempre.

Mientras ella sollozaba suavemente, mi alivio se convirtió en recelo. ¿Qué estaba haciendo allí? No podía ser una coincidencia.

—Lo siento. —Akira se apartó y me limpió el hombro—. Te he dejado la chaqueta llena de mocos. —La última palabra le salió a borbotones mientras la embargaba otra oleada de lágrimas.

—No pasa nada. Siento que no pudieras disfrutar del revolcón con Randall —dije en un intento de hacerla reír. Funcionó.

—Uf, ya ves. —Se secó la cara con la manga—. En vez de eso, le vomité encima.

—Esto... en realidad, la mayor parte cayó sobre ti. Aunque tampoco creo que se diera mucha cuenta... —Porque básicamente había entrado en modo zombi.

—¿Cómo está ahora? —Se frotó las manos; sus mitones lilas no eran lo bastante cálidos—. Por FaceTime me ha parecido que no estaba mal del todo... Qué bien que su padre esté estable, ¿no?... pero, ahora en serio, ¿cómo lo has visto? Por cierto, gracias por avisar, so perra. Habría ido contigo al hospital. —Le castañeteaban los dientes y le vibraban las palabras. Yo estaba demasiado confundida para apreciar las buenas noticias sobre el padre de Randall.

—Eh... no he ido al hospital. No lo he visto todavía.

Akira arrugó la nariz.

—Tía, ¿y por qué me has hecho esperar aquí una hora, entonces?

Hace un frío que te cagas. Estaba a punto de largarme.

Me recorrió un escalofrío.

—Yo no... —Tragué saliva con fuerza. Me había estado esperado allí. Lo mismo que Jeremy ayer.

—Me has dicho que estabas en el hospital.

—Qué va.

—Que sí. —Le dio un toquecito al teléfono y me enseñó un mensaje. Mío. «Llego tarde. Me he pasado por el hospital para ver cómo está Randall. ¡Ya mismo voy!».

Se me paralizaron los dedos. Yo no se lo había enviado.

—Ha sido idea tuya ir de excursión —continuó—. Se ve que querías decirme algo importante, ¿no? ¿Por qué no podías decírmelo en un lugar cerrado, por ejemplo?

—Yo... eh... —La mente me iba a mil. An0nym0us1 tenía que estar detrás de eso. Pero saberlo no lo hacía menos desconcertante—. ¿Ese mensaje viene de mi teléfono?

—Obviamente.

—¿Puedo echarle un vistazo?

—¿A qué?

—A la conversación.

Akira volvió a hacer una mueca, pero me mostró la pantalla. Mi nombre estaba en la parte superior. Lo toqué para ver el contacto. Era yo. Era mi número. An0nym0us1 estaba enviando mensajes como si fuera yo. Eso no era solo una mera suplantación de identidad.

Espera...

—¿Qué pasa? —preguntó Akira.

En mi propio móvil, abrí la aplicación de correo electrónico y me desplacé hasta la carpeta de enviados. Se me heló la sangre. Había mensajes que no reconocía: uno para Fishman y otro para el director del instituto. Joder. El señor Chen creía que yo había delatado a Dylan. Me acordé de la forma en que me saludó con la cabeza en el pasillo. Mieeerda.

—¿Qué pasa? —insistió ella.

—Mira —susurré—, sé que esto te parecerá una locura, pero yo no te he enviado ese mensaje. Ni te he pedido que vinieras aquí.

—Pero, Crys, si me has llamado... —dijo despacio y en voz alta, como si le hablara a un niño petulante de tres años—. Me has suplicado, literalmente, que nos viéramos aquí.

Sus palabras se enroscaron en mis pulmones como serpientes que me asfixiaban. No había hablado con Akira aquella mañana. Negué débilmente con la cabeza.

—No, yo no te he llamado.

Akira frunció los labios un momento, sin dejar de mirarme. Luego se rio.

—Me estás vacilando, ¿no? ¿Es para hacerme sentir mejor? —Inclinó la cabeza—. No es que me haga mucha gracia.

—No te vacilo. Te lo digo en serio.

—Pero me dejaste un mensaje de voz, algo raro en ti. —Me lanzó una mirada de censura—. Y luego te he llamado y hemos hablado.

—Espera, ¿hay un mensaje grabado?

Puso una cara larga; estaba desconcertada.

—Ten, no lo he borrado todavía. —Volvió a darle un toque a la pantalla y luego me pasó el teléfono. Nunca dejaba mensajes de voz, como política personal. Mi propia bandeja de entrada había estado llena durante años porque me negaba a escuchar los mensajes. Pero sí, ahí estaba. Era un mensaje de voz mío. De mi contacto. Mi número. Lo había dejado a las 6.30, antes de que me despertara.

O, por lo menos, me daba que aún no me había despertado.

Akira se apoyó en la gruesa barrera de piedra, jugueteando con una ramita que había recogido y observando cómo yo le daba a reproducir y me llevaba el teléfono a la oreja.

Hola, Kiki. Siento mucho llamarte tan temprano, pero... necesito hablar contigo. Es muy muy importante. ¿Puedes llamarme antes de hablar con alguien más? Gracias.

Me sentí como si me hubiera lanzado a las aguas heladas del lago Hanover. No me gustaba nada cómo sonaba mi voz en los *streamings*: me parecía rara, como ajena. Y esta era mi voz. Mis entonaciones e inflexiones. Incluso llamaba Kiki a Akira. Zoey y yo éramos las únicas que la llamábamos Kiki.

Eso era lo más inquietante de todo.

—Y después... ¿me llamaste tú?

Akira se rio nerviosamente.

—Sí... ¿de verdad que no te acuerdas? Hicimos planes para quedar. Me dijiste que antes tenías que hacer un recado en la otra punta de la ciudad , por eso querías que nos viéramos aquí en lugar de ir juntas en coche. —Le peló la corteza a la ramita—. ¿No será algún tipo de trastorno de estrés postraumático? ¿Te has desmayado o algo?

¿Lo decía en serio? ¿Tal vez quería contarle a Akira lo del engaño y el chantaje de Zoey porque ya le había contado a Dylan la mayor parte de la historia... y luego me cortocircuitó el cerebro?

No. Para nada. Dylan estaba tumbado en la cama a mi lado... me acordaría si hubiera tenido que rodearlo para llegar hasta el teléfono sin despertarle y luego haberme vuelto a meter en la cama.

Esto tenía que ser obra de An0nym0us1. Pensé en el modulador de

voz que había usado ayer para dar el chivatazo y que ahora estaba en una bolsa al fondo del lago. También podría haber utilizado un distorsionador de voz; uno más convincente que el que había utilizado yo. Pero es que no solo había acertado con el tono y la entonación, sino que había utilizado mis inflexiones, mis dejes y hasta el apodo de Akira. Tenía que conocerme muy bien.

—¿Qué está pasando? —dijo Akira—. Está claro que aquí pasa algo raro.

—No... no puedo contártelo.

Empezó a lloviznar de nuevo, pero ambas lo ignoramos.

—¿Por qué no? —Se me cayó el alma a los pies al ver su expresión de dolor—. Pensaba que habíamos acordado que no tendríamos secretos. Nunca. Pero llevas semanas ocultándome algo.

—¿A qué te refieres?

—¿Qué ha pasado entre Zoey y tú? —preguntó. Evidentemente. No le hacía ninguna gracia que ninguna de las dos le dijera nada. Me pasé una mano por la cara. Era una historia muy larga y seguía tratando de entender por qué An0nym0us1 había hecho venir a Akira. ¿Era una distracción, como Jeremy? Pero ¿por qué hacer que quedáramos precisamente allí?

Entonces me di cuenta; la revelación fue como si me cayera un meteorito encima. Sabía cuál sería el siguiente juego. No. No podía dejar que sucediera. Volví corriendo al sendero para alejarme de Akira y de la barrera de piedra.

—¿Qué...?

—¡Un puma! —grité—. ¡Corre!

Akira abrió mucho los ojos mientras escudriñaba el bosque.

—¿Dónde?

—¡Corre! ¡Sal de aquí! —Y yo que creía que la había salvado anoche...

Pensaba que había sido más lista que An0nym0us1, pero no; no se rendiría tan fácilmente. Estaba claro.

Me sonó el teléfono en el bolsillo. Justo a tiempo.

—¿Y tú qué...?

—Joder, Kiki. ¡Vete! —Ojalá fuera Dylan escribiendo para saber cómo estaba. Ojalá fuera literalmente cualquier otra persona. Pero tenía todas las notificaciones apagadas salvo una.

¿Y si pasaba? ¿Qué le haría An0nym0us1 a Caelyn? Ya le había hecho un corte. Ya estaba sangrando. Pero me dijo que la mataría si rompía las reglas... y ya lo había hecho una vez hoy.

Así que miré.

Un cuchillo presionaba la pálida garganta de Caelyn mientras mi

hermana cerraba los ojos. Me quedé blanca como el papel y empecé a ver borroso; lo que me rodeaba se difuminó y me costó leer el texto superpuesto a la imagen.

> Juguemos al juego del empujón. Empuja a Akira por el acantilado o tu hermana morirá. Tienes 2 minutos. ¿Preparada? ¡DALE!

¿Cómo podía elegir? Akira o Caelyn. Caelyn o Akira. Algunas elecciones eran simplemente imposibles. Una cosa es que, en caso de emergencia, un médico tenga que decidir a qué paciente le asigna el respirador. Que un bombero elija a quién sacar de un edificio en llamas. Que un rescatista dé prioridad a las recogidas con helicóptero en caso de inundación. Su elección permite que un desconocido sobreviva cuando, de lo contrario, moriría.

Pero esto era otra cosa. Mi elección arrancaría innecesariamente del mundo a una persona a la que quería. Me desgarraría el alma. Y ya no habría vuelta atrás.

—¿Qué está pasando? —gritaba Akira ahora, fijándose en mi teléfono y mirándome a mí. Dios. Después de lo que había sufrido estos últimos años (las batallas mentales que había librado y ganado), no podía acabar así. No estaba bien. No era justo. Ahora se negaba a huir, se negaba a dejar que corriera peligro. Siempre nos habíamos cuidado la una a la otra. Siempre. Aunque tal vez supiera que yo mentía sobre el dichoso puma. Yo era como un libro abierto para ella; me tenía fichadísima. ¿Cómo podía matarla? ¿Cómo podía matar a mi mejor amiga?

A ver, técnicamente, el cómo estaba claro. Podía indicarle que mirara algo cerca del borde y bastaría con un empujoncito inesperado. Entonces caería a las rocas de abajo y se abriría la cabeza, se partiría el cuello o se destrozaría la columna vertebral. No sería la primera vez que ocurriera algo así: cada pocos años, un fotógrafo demasiado entusiasta o alguien descuidado se hacía un selfi, resbalaba y caía en picado a una muerte segura.

Cerré los ojos con fuerza. Solo imaginarlo era insoportable, pero si no empujaba a Akira, An0nym0us1 le rebanaría el cuello a Caelyn, mi hermana desaparecería para siempre de la faz de la Tierra y todo lo que había hecho para salvarla habría sido en vano. Matty habría muerto para nada. El padre de Randall habría sufrido un ataque al corazón para nada. Me había esforzado muchísimo por proteger a Caelyn: participando en este juego sádico, compitiendo por el dinero del torneo, alejando a nuestro padre. Y ahora, después de todo, le estaba fallando.

¿Cómo sobreviviría sabiendo que no había hecho todo lo que estaba en mis manos para salvarla?

¿Cómo me perdonaría mamá si la dejaba morir?

¿Cómo me perdonaría a mí misma?

Pero Akira también era mi hermana, aunque no de sangre. Y aunque no fuera de mi familia, no merecía morir. ¿Qué hacía que la vida de Caelyn valiera más que la de Akira? ¿Cómo podría alguien hacer una elección así?

—¡Crystal! —Las zapatillas de Akira hicieron crujir la gravilla y, de repente, la vi delante de mí, agarrándome por los hombros y zarandeándome suavemente—. Por favor, dime qué pasa.

Me volvió a vibrar el teléfono. Abrí los ojos de golpe y me alejé de ella como pude, casi como por instinto, acercándome al borde.

—No puedo.

Había una nueva foto de Caelyn. Esta vez no había texto. Seguía con el cuchillo en la garganta, pero ahora un fino corte rojo se extendía por su cuello. Y ahora estaba gritando.

O estaba gritando yo. Ni idea.

Antes de que pudiera reaccionar, Akira se abalanzó sobre mí y me arrebató el teléfono; el suyo seguía en mi otra mano.

—¡No! —vociferé.

Pero era demasiado tarde. Miró la foto y dio un grito ahogado.

—Pero ¿qué mierdas es esto? —Alargué el brazo para quitarle el teléfono y el dolor me subió por la muñeca izquierda por el movimiento repentino. Akira se zafó de mí y lo levantó para que no pudiera quitárselo—. ¿Es Caelyn? —Se fue corriendo al otro extremo del acantilado para ver más fotos, pero no había ninguna. Solo se podía ver una foto a la vez.

Volví a alargar el brazo.

—Devuélvemelo...

—¡Para! —gritó Akira, entrecerrando los ojos contra la llovizna gélida—. Dime qué está pasando.

Extendí la mano con la palma hacia arriba.

—Devuélvemelo, por favor.

—¿Por qué no me dejas ayudarte? —Le temblaba el labio inferior y retrocedió hasta el peñasco que sobresalía del risco; los puntitos oscuros en el suelo se fundían a medida que arreciaba la lluvia. Las dos nos cubrimos la cabeza con la capucha. Yo miraba la roca con recelo; las piernas me temblaban del vértigo. Ella sabía que me daban miedo las alturas. Sabía que no la seguiría.

—Kiki, por favor —dije en un susurro apurado. No podía empujarla—. Vámonos.

«No puedo, no puedo, no puedo».

Ella dio otro paso atrás.

—No hasta que me digas qué está pasando... —De golpe cayó en la cuenta; se lo vi en la cara. Fue como si estuviera encajando las piezas y construyera la verdad—. Teníamos razón, ¿no? Alguien va a por nosotros. Y tiene que ver con todo eso. Han cogido a Caelyn. Dios, ¿te han amenazado para que no lo digas? —El miedo se apoderó de mi corazón. «Como se lo cuentes a tus padres o a quien sea, ella muere». Pero ¿y si alguien lo descubriera por su cuenta?

No podía correr ese riesgo. No podía permitir que viera el siguiente mensaje, fuera cual fuese.

Me acerqué a la roca, arrastrando los pies y mirando hacia las copas de los pinos que había debajo de nosotras, bajo la roca. Me invadió el vértigo y me estremecí entera. La lluvia helada no ayudaba.

—Tú devuélveme el móvil, ¿vale? —Le tendí el suyo como una ofrenda de paz.

—Dios mío —dijo. La ausencia de negación por mi parte fue una confirmación en toda regla. De improviso, miró la pantalla. Seguramente acababa de vibrar. La sorpresa inundó su mirada y se quedó boquiabierta.

El corazón me dio un vuelco y el pánico me nubló. Caelyn. ¿Se habían acabado los dos minutos?

—Dios. ¿Qué pasa? —Me lancé hacia delante; el terror que sentía por Caelyn fue más fuerte que mi miedo a las alturas.

Akira torció el gesto y apretó la pantalla contra su pecho.

—No, no mires. —¿De qué me protegía? ¿Qué era lo que no quería que viera?

—¡Dámelo! —Intenté arrancarle el teléfono de la mano y, en la refriega, se me cayó el suyo. Sin pensar, ella alargó la otra mano para cogerlo.

Y entonces perdió el equilibrio.

El abismo estaba justo detrás de ella y resbalaba por la lluvia gélida... y no pudo recobrar el equilibrio. Echó los brazos hacia delante y yo intenté agarrarle uno, pero todo sucedió tan deprisa que solo cogí aire. Todavía aferrada a mi teléfono, con la mirada enloquecida y la boca abierta en un rictus horrorizado, cayó hacia atrás. Las dos chillamos. Me agaché, apretándome las orejas con las palmas y cerrando los ojos mientras su grito se perdía en la caída.

30

La caída de Akira pareció durar una eternidad, hasta que un grupo de pinos crujió y su grito se cortó de repente.

—¡Kiki! —Me dejé caer sobre las manos y las rodillas y pensé en asomarme al borde, pero era superior a mí, no podía... y no había borde: la roca se inclinaba gradualmente hasta que la pendiente se volvía demasiado abrupta. No podía moverme, no podía respirar, el shock me invadía por completo. Notaba un peso en el pecho como si estuviera a punto de vomitar, y me temblaba todo el cuerpo con tanta fuerza que pensé que acabaría cayendo por el precipicio sin querer. Busqué a tientas algo a lo que aferrarme en la roca, pero no había nada, nada, y Akira no podría haber sobrevivido a la caída, y solté un grito gutural; las lágrimas cálidas y la lluvia helada me empapaban el rostro.

No podía ser; no podía estar pasando.

Akira iba a entrar en Cornell, sería arquitecta y traería más belleza a este mundo. Y ahora todo lo relacionado con ella —sus planes, sus sueños, su vida— acababa de desaparecer sin más. Porque yo la había matado. Había matado a mi mejor amiga. Tal vez no la hubiera empujado, pero había forcejeado con ella por recuperar el teléfono a pesar de la posición precaria en la que estábamos.

Había sido imprudente.

Descuidada.

«La culpa es mía». A efectos prácticos era como si la hubiera empujado yo misma, como quería An0nym0us1.

An0nym0us1. Mierda. Mi teléfono había caído por el acantilado con Akira y se había cortado la conexión. Solo me quedaban unas pocas horas para ganar el juego, pero ¿cómo podría jugar sin sus reglas? ¿Supondría eso una rendición?

«Como te rindas, seguiré jugando sin ti». Joder. Tenía que avisar a los demás. Tenía que recomponerme. Inspirar. Espirar. El aire y yo, nada más.

Dentro.

Fuera.

Cuando conseguí recobrar el aliento, me centré. Temblaba como un flan y me daba miedo ponerme de pie en aquella superficie irregular, pero podía ir a gatas hacia una zona más segura. A unos metros de distancia, vi el móvil de Akira boca abajo en su funda lila. Quizá hubiera sobrevivido a la caída. De ser así, tenía que pedir ayuda. Alargué el brazo, extendí la mano todo lo que pude y con las yemas de los dedos temblorosos rocé el borde de la funda lila... pero acabé mandando el móvil más lejos. El vértigo me recorrió la columna.

No, Dios. No. Respiraciones profundas. Podía conseguirlo. Tenía que hacerlo.

Me incliné tanto como me atreví y agarré el teléfono, y luego retrocedí a trompicones sobre las manos y las rodillas, intentando no pensar en el dolor intenso de la muñeca, como si una mano enorme y monstruosa fuera a aparecer de entre los árboles de abajo y me arrancara del risco. Cuando llegué al camino de tierra, vi que me volvían a sangrar los cortes de la palma izquierda. Me incorporé y me apoyé en la barrera de piedra que me llegaba a la cintura para asomarme un poco por el borde.

Desde aquel ángulo solo veía una parte de la chaqueta lila de Akira entre las ramas de abajo. ¿Se... movía? ¿O solo eran las ramas que crujían con la brisa?

—¡Kiki! —La llamé una y otra vez, esperando que recuperara la conciencia y me respondiera. La caída era muy pronunciada; tendría que rodear el lago y bordearlo para llegar hasta ella.

Le subí el brillo a la pantalla del teléfono de Akira; aunque estaba bloqueado y no me sabía el código, accedí a la pantalla de emergencia. Pasé el pulgar por encima del botón de llamada. «Como llames a la policía, ella morirá», recordé.

—¡Mierda!

¿Lo sabría An0nym0us1? Aunque no estuviera rastreando el teléfono de Akira, quizá pudiera escuchar la radio de la policía. Ahora mismo, ya no distinguía posibilidad de paranoia. En cualquier caso, no podía desperdiciar la oportunidad de salvarle la vida a Akira —si es que aún había vida que salvar—, para que no la aprovechara un sádico.

Así pues, llamé a emergencias. Me acerqué el móvil a la oreja, esperando un tono de llamada que nunca llegó.

No oía tono alguno. Era de esperar.

—Venga, no me jodas.

El teléfono solo detectaba una pizca de señal, la suficiente para recibir mensajes de texto, pero no para hacer llamadas. El universo se

negaba a dejar de apalearme.

También podría ser que An0nym0us1 bloqueara las llamadas, como ya me olí cuando intenté llamar mientras Matty perdía la vida.

¿Era paranoia o era una posibilidad real?

Daba lo mismo. Tenía que conseguir ayuda, avisar a mis amigos y encontrar a Caelyn... antes de que se desangrara por alguna herida de arma blanca. La del cuello no parecía profunda en aquella foto, pero no podía estar segura. Volví a bajar por el sendero hacia el aparcamiento del castillo, con la esperanza de volver a encontrarme con aquella mujer y su perro. Pero los caminos estaban vacíos porque llovía con aún más intensidad.

Corriendo hacia el aparcamiento como alma que lleva el diablo, vi que una pareja se estaba subiendo a un todoterreno negro; estaban cerrando los paraguas antes de meterse.

—¡Esperen! —grité—. ¡Socorro! —El conductor se giró para mirarme y lo reconocí—. ¡Señor Ferguson!

Era el profesor de Química. No alcanzaba a ver a la mujer que ya estaba en el asiento del copiloto. Sabía que estaba prometido; tal vez fuera su novia y hubieran subido a ver el castillo como posible lugar para casarse. Vaya, estaba a punto de fastidiarles el plan.

—¡Crystal! ¿Qué...?

—Por favor... —dije, sin aliento—. Llamen a emergencias... Akira... el mirador... El Nido del Ermitaño... Se ha caído de la roca. Podría estar muerta, no lo sé... El teléfono no funciona.

—¡Dios mío! —exclamó la prometida del señor Ferguson.

Miré la pantalla del móvil de Akira. Ahora había más señal, pero el señor Ferguson ya estaba marcando el número en su teléfono. Mientras se lo llevaba a la oreja, preguntó—: ¿Y qué hacíais ahí arriba?

Negué con la cabeza.

—Solo... charlábamos. Habíamos ido de excursión. ¿Se oye algún tono?

El señor Ferguson levantó un dedo.

—Hola, sí, hay una emergencia en el Parque Estatal de Newboro...

Ahora que sabía que vendrían a rescatarla, eché a correr hacia mi coche, en la otra punta del aparcamiento.

—¡Espera, Crystal! —gritó el señor Ferguson.

Pero no podía quedarme allí. Me subí corriendo al coche y salí pitando del aparcamiento. Dios. ¿Dónde debería ir primero? Akira había dicho que Randall había vuelto al hospital.

Tenía que dar con él antes de que lo hiciera An0nym0us1.

Cinco años antes

La policía no nos interrogó durante mucho rato.

Les dijimos que nos habíamos quedado dormidos viendo Frozen. *Brady quería dormir en su propia cama. No estábamos seguros de la hora a la que se había marchado, tal vez sobre la una de la madrugada. Pensé que en algún momento se nos escaparía la verdad entre un mar de lágrimas, pero teníamos demasiado miedo para decir algo más. Incluso Zoey se ciñó al guion, aunque me dio la sensación de que nos delataría la forma en que apretaba los labios, como si le estuviera costando horrores guardar el secreto. Pero no.*

Los padres y la abuela de Zoey habían dormido toda la noche. No nos habían oído salir y volver a entrar. Y la policía no tenía motivo alguno para sospechar de nosotros.

Cuando vinieron nuestros padres, nos abrazaron con fuerza, como si alguna criatura hubiera bajado del cielo y se hubiera llevado a Brady en volandas en aquel espacio entre su casa y la de Zoey, perdonándonos la vida al resto. Mamá y papá casi me asfixiaron con su abrazo, y Caelyn no me soltaba, a diferencia de los demás hermanos de su edad que se desparramaron por la alfombra del salón para jugar con los LEGO de Zoey. Andrew estaba sentado en un rincón, con aire impotente y lastimero mientras miraba cómo jugaban los otros niños, con los ojos enrojecidos como si hubiera estado conteniendo las lágrimas toda la mañana.

—¿Tienen cámaras de seguridad? —oí que preguntaba el jefe Sánchez en la cocina, donde estaban reunidos los padres. Lo conocía de la escuela: dirigía el programa de prevención de la drogadicción y había venido a dar charlas sobre cómo las drogas te hacían papilla el cerebro.

—Sí —asintió la señora Bloom. Miré a Zoey con los ojos muy abiertos por encima de la cabeza de Caelyn, que estaba sentada entre nosotras y me agarraba el brazo.

«Solo en la puerta principal», articuló Zoey sin emitir ningún sonido. Nos habíamos escabullido por la lateral.

—No, no tenemos —dijo papá—. Lo pensamos en su momento, pero el índice de criminalidad es muy bajo y nunca nos han robado ni un paquete, así que pensé que sería tirar el dinero.

Los otros padres murmuraron excusas similares.

—Echaremos un vistazo por el barrio —anunció Sánchez—, a ver si hay alguna grabación.

Se me hizo un nudo en el estómago. ¿Habría algún vídeo en el que saliéramos corriendo por el jardín de alguien? No se me había ocurrido que las casas nos pudieran estar observando.

Zoey nos hizo una señal a los cuatro para que saliéramos al pasillo. Conseguí zafarme de mi hermana diciéndole que no tardaría en volver y pasé junto a Andrew de camino a la puerta principal, donde estaban mis amigos.

—Tenemos que decir algo —susurró Zoey.

—Pero nos meteremos en un buen lío —advertí, mirando a Akira en busca de apoyo, pero permaneció callada.

—Nos meteremos en más líos todavía si resulta que nos han grabado —repuso Zoey—. Sabrán que hemos estado mintiendo.

—O puede que no —repliqué.

—Sea como sea, es demasiado tarde, ¿no? —concluyó Matty—. Aunque digamos algo ahora, sabrán que hemos mentido.

—Eso —convino Randall—. Yo propongo que esperemos a ver qué pasa. Por unas horas tampoco pasa nada.

Por nuestras expresiones tensas, se notaba que todos pensábamos lo mismo.

Para Brady sí que pasaba.

31

A mitad de camino hacia el hospital, el teléfono de Akira sonó sobre el asiento del copiloto. Se me estremeció el corazón al oír el tono de llamada tranquilo, el tema de Minecraft, su videojuego favorito. Lo cogí a tientas sin aminorar la velocidad y eché una mirada rápida a la pantalla.

Una llamada de FaceTime de Randall.

Di un volantazo y paré en el arcén de la carretera de un solo carril por sentido. Un coche me pitó e hizo una maniobra para esquivarme. El conductor, un tío enorme con la cabeza rapada, me hizo una peineta.

—¡Que te den! —grité antes de contestar la llamada. Me esperaba ver a Randall boca abajo en una zanja o algo parecido mientras una figura se reía en las sombras. Sin embargo, el rostro perfectamente vivo de Randall apareció en la pantalla—. Ah, gracias a Dios. ¿Estás bien?

—¿Crystal? —Randall frunció el ceño, estaba confundido. Incluso en el vídeo, le veía los ojos inyectados en sangre y nublados. Seguro que no había pegado ojo—. ¿Dónde está Akira? —No me extrañaba que llamara; seguramente se preguntaba por qué no había llegado al hospital todavía.

—Verás... eh... —Las palabras se me quedaron atascadas en la garganta. ¿Estaba viva o muerta? ¿Y si no se creía que la caída de Akira hubiera sido un accidente? El día anterior, Zoey no había tardado en culparme por lo de los brownies—. Se ha olvidado el móvil en mi coche —dije, evitando la pregunta—. ¿Sigues en el hospital? ¿Cómo está tu padre?

—Está bien. —Todavía parecía confundido—. Fuimos a casa a descansar un par de horas, pero mi madre nos arrastró a todos aquí otra vez a las seis. Mi padre ha salido de la UCI y ahora duerme. —De repente, Randall se acercó tanto el teléfono que le veía hasta los poros de la nariz—. Por Dios, parece que te haya explotado una bomba en la cara.

—Mira quién habla —le contesté, mientras una tercera persona

decía:

—¡Qué borde!

Espera, conocía esa voz...

Randall se hizo pequeño cuando se alejó el teléfono.

—Sabe que se lo digo de broma. —Fingió una mueca de pena y sacudió la cabeza, como diciendo «No lo digo de broma».

Otra cara apareció en la pantalla, intentaba echarme un buen vistazo. Se me heló el corazón.

—¿Lucía?

«No». Se me hizo un nudo de pánico en la garganta. Ella era An0nym0us1. Estaba desesperada por evitar que reveláramos la verdad sobre ella y destruyésemos su futuro. Había llegado antes al hospital. Había llegado hasta Randall antes que yo. Era demasiado tarde. «No, no, no».

—Hola, Crystal. —Me saludó con la mano, moviendo los dedos. Se regodeaba.

—Apártate de él. —Se me desbocó el corazón al ver cómo le desaparecía la sonrisa. ¿Cómo había sido capaz de herir a mi hermana? ¿Cómo había sido capaz de abandonarla para que se desangrara? ¿Cómo?

—Oye, cálmate. —Randall centró la pantalla en él—. Me envió un mensaje anoche y le expliqué lo de mi padre. —Un borrón amarillo, rosa y verde llenó la pantalla—. Y le ha traído flores a mi madre. ¿Ves? —Lucía debía de habernos enviado mensajes de solidaridad a todos. Solidaridad fingida. Randall era tan inocentón...

—Siento mucho lo de Matty —dijo Lucía. Randall giró la cámara hacia ella y busqué restos de sangre, pero iba toda de negro. Además, se habría quitado cualquier prenda que la incriminara antes de dirigirse al hospital—. Lo siento, por todo. No puedo llegar a imaginarme por lo que estáis pasando. —Como en los mensajes de la noche anterior, estas no eran las palabras de una psicópata. Pero An0nym0us1 era listo. Sabía confundirnos.

Respiré con dificultad y sonreí tan falsamente como ella.

—Randall —dije con los dientes apretados—. ¿Puedo hablar contigo a solas un momento?

Lucía frunció el ceño, pero se reclinó en el asiento y dejé de verla.

—¿Qué pasa? —preguntó él.

—A solas, Randall.

—Vale, vale —y le anunció a Lucía—: Ahora vuelvo. —La imagen se congeló un segundo y luego se pixeló. Después, reapareció en un fondo de baldosas blancas y verdes—. ¿Se puede saber por qué has estado sudando de mis mensajes?

—Eh... esto... no los he visto.

Resopló, enfadado.

—Bueno, mira..., vamos a darnos un respiro del hospital y les llevaremos algo de comer a las madres de Matt. Ya sabes, para hacerles compañía un rato...

—¡No! —grité. Lucía intentaba hacerlo salir del hospital. ¿Cómo no se daba cuenta? Tenía que parar todo esto—. No te atrevas a irte del hospital con ella.

—Tía, tienes que relajarte. Dar las condolencias no es precisamente una cita romántica.

Casi me reí. Ojalá mi única preocupación fuera que Lucía quisiera quitarle el novio a Akira.

—No es lo que...

—Además, literalmente, solo llamaba para quedar con Akira allí mismo. A todo esto, ¿dónde está?

Ignoré la pregunta.

—¿Por qué hablas con Lucía siquiera? ¿Cómo puedes fiarte de ella después de todo lo que ha hecho?

—Se ha disculpado por eso. Ahora mismo.

Se me cortó la respiración.

—¿Ha reconocido habernos troleado? Cuando Zoey se enfrentó a ella, lo negó todo.

—Sí. Y haberos mentido a ti y a Zoey. Quiere disculparse con Akira, de verdad; sabe que eso es lo más importante. Y se siente fatal por no haber podido disculparse con Matty. Quiere compensarnos. Incluso se ha ofrecido a ocupar el puesto de Matty en el torneo de mañana, para que podamos jugar.

Se me encogió el corazón. Entonces, todo esto sí que iba sobre *MortalDusk*. Debía de haber mejorado su juego y quería unirse a un equipo para el torneo.

—Anda, qué gran sacrificio. Venga ya, Randall, ¡huele a chamusquina! ¿Cómo no lo ves?

—No. Pensó que aún necesitábamos seis jugadores.

Ay, Dios. No tenía ni idea de que ahora solo éramos cuatro. Aún había sitio para otro más.

—Randall, espabila de una vez —dije con una voz temblorosa y frenética—. Alguien va a por nosotros. Alguien te mandó a las fuerzas especiales, joder. Y creo que fue ella. No puedes fiarte de ella. No puedes salir del hospital con ella. Tienes que quedarte en algún lugar público. Por favor.

Randall apretó la mandíbula; por una vez en su vida parecía cabreado. Me cogió por sorpresa.

—Crystal, para ya. Deja de esperar siempre lo peor de los demás. Eres tan... tan... paranoica.

El corazón me dio un vuelco. Otra vez la palabrita de marras. Paranoica. Me la soltó como si hubiera intentado buscar una alternativa, pero no hubiera encontrado ninguna. Zoey le había dicho a Dylan que yo estaba paranoica, explicándole mentiras para hacerle pensar que no podía confiar en mí. ¿También les había metido esa idea en la cabeza al resto de nuestros amigos?

—Lucía está siendo muy maja —continuó Randall—. Ha hecho un esfuerzo por venir aquí y ser agradable.

—Pero ¿por qué?

—Quizá porque es una persona agradable. Quizá cometió un error y en aquel momento no era quien es de verdad. Que nosotros seamos horribles no quiere decir que el resto del mundo también lo sea.

Se me hizo un nudo en la garganta. Sabía que eso iba por lo que le habíamos hecho a Brady. Y me pregunté si sería cierto que estaba un poco paranoica —enseguida sospechaba y pensaba lo peor de los demás— porque no confiaba en mí misma.

Era la peor mentirosa que conocía.

—Créeme —continuó—, no ha sido Lucía. Acabamos de tener una larga charla. Y no le... gusto, ni nada parecido. Sé que es lo que pensabais vosotras. Empezó a mirar nuestros canales de YouTube en verano y le pareció divertido. Los vídeos que más le gustaban eran los míos. Pero nada más. —Los directos de Randall eran los que tenían más visualizaciones en nuestros
canales, seguidos de cerca por los de Matty, muy a pesar de Zoey. Pero tampoco me sorprendía nada, porque eran los más graciosos.

Recordaba cómo miraba Lucía a Randall durante las pruebas. Era como si estuviera alucinada, más que encaprichada. Él era su Fishman. Yo había supuesto que le gustaba y que intentaría quitarse a Akira de en medio.

—Pero la humillamos en las pruebas, así que quiso vengarse —siguió contando Randall—. Después de un comentario vino otro y... digamos que se le fue de las manos.

—Espera un momento —le corté—. ¿Cuánto tiempo habéis estado hablando? ¿Cuánto tiempo hace que está aquí?

—No lo sé. Hará una hora, creo.

Contuve la respiración.

—¿Estás seguro?

—Sí. Puede que un poquito más. ¿Por qué?

—¿Y ha estado mucho toqueteando el teléfono?

Ladeó la cabeza.

—Mmm... creo que no. No, en realidad no ha sacado el móvil para nada.

Si Lucía había estado en el hospital hablando con Randall durante más de una hora, no me podía haber enviado aquellos mensajes ni haber acertado con los tiempos. Era muy improbable que hubiera apuñalado a Caelyn mientras yo estaba en el Nido del Ermitaño. Era muy improbable que ella fuera An0nym0us1. Era físicamente imposible.

Pero eso solamente dejaba un sospechoso.

—Esto... ¿has sabido algo de Zoey? —le pregunté.

—No —dijo Randall—. Y tampoco ha contestado a mis mensajes...

Mierda. Un sabor amargo me llenó la boca y miré la hora en el salpicadero. Casi mediodía. Si no estuviera en este dichoso entuerto podría haber ido al hospital para asegurarme de que el padre de Randall estaba bien. Pero Zoey llevaba en paradero desconocido toda la mañana, igual que gran parte del día anterior. Hoy estaría sola todo el día, sus padres trabajaban en su clínica dental de martes a sábado. Y tenía una espeluznante sala insonorizada en el sótano...

Dios mío. Nunca pensé que Zoey fuera capaz de hacer algo semejante, pero ya había demostrado ser una mentirosa, tramposa, traidora y chantajista. Una vez era un error. Dos veces podía ser una mala decisión. Tres veces era inmoral. Y eso no era cosa de paranoia, era un comportamiento real y demostrado con creces. Algunas veces, la gente recurre a medidas extraordinarias para escapar de situaciones abusivas o injustas. Que me lo preguntaran a mí, vaya. Su desesperación por escapar de unos padres dominantes que solo buscaban la perfección y embolsarse el dinero del premio la habían convertido en una secuestradora y una asesina. Y por si fuera poco, ahora quería que todo el mundo desconfiara de mí; lo había preparado todo para incriminarme a mí y que nadie creyera mi versión de la historia.

Pero ¿por qué torturarme de este modo? ¿Tanto me odiaba?

Nuestra competitividad se había vuelto tóxica. Siempre había estado celosa de mi vínculo con Akira y ahora tenía algo más que envidiar: Dylan me había escogido a mí. Era evidente que también me culpaba por lo que le había pasado a Brady años atrás. Estaba resentida conmigo por la culpa que la atormentaba, hecho que salió a la luz cuando frustré sus planes de conseguir un puesto en el torneo a base de hacer trampas.

Ahora necesitaba frustrarlos una vez más.

Dejé el teléfono de Akira en el soporte del salpicadero, volví a la carretera y me dirigí a casa.

—Tienes razón, Randall. No es Lucía.

—¿No me digas? —No podía verle la expresión porque estaba concentrada en la carretera, pero suavizó el tono.

—De hecho, ¿puedo hablar un momento con ella?

Me miró escéptico.

—¿Por qué?

—Necesito decirle algo.

—Díselo en persona. Ven con nosotros a casa de...

—Por favor, Randall. Solo será un segundo.

La pantalla volvió a pixelarse y luego me pasó con Lucía.

—Lo sabe —oí que le decía él—. Le he dicho lo que me has contado. Quiere hablar contigo.

Al cabo de unos segundos, su rostro ocupaba la pantalla.

—Crystal. Lo siento muchísimo. Soy una idiota integral. Es que... lo que dijiste en las pruebas me hizo daño. Estaba enfadada y me dejé llevar. No me di cuenta de lo mal que sonaba el último comentario hasta después de colgarlo. No quería decir eso, pero cuando quise borrarlo, ya no estaba. Y sé lo que parecía... Sé que no importa si lo decía en serio o no. La cagué totalmente...

—Lucía, para —le pedí, pero hablaba tan deprisa que casi no me dejaba intervenir.

—... y me daba muchísima vergüenza. Sé que tendría que haber dado la cara. Ah, y luego está lo de la fiesta, no era mi intención reírme de tu jersey. ¡En realidad me gustaba! Y ayer fui al lavabo para ver cómo estabas y...

—¡Lucía!

—Lo siento.

Inspiré hondo.

—Yo también lo siento. Por todo. Yo también he sido una cabrona.

Todo el mundo comete errores y yo precisamente debería saberlo bien. Ella había cometido uno grave y, como había dicho Randall, le debía a Akira la mayor disculpa. Saber que tal vez ya no tuviera ocasión de hacerlo me destrozaba por dentro. Zoey y yo habíamos llevado la situación muy mal; si Lucía no se hubiera sentido amenazada, habríamos mantenido esta conversación mucho antes. De todos modos, estaba claro que había aprendido de su error, lo había reconocido e intentaba arreglar las cosas. Pero ahora necesitaba su ayuda para asegurarme de que An0nym0us1 no le hiciera daño a Randall. Que yo no pudiera hacerle daño.

—Sin embargo, Akira y Randall no dijeron nada para hacerte daño —repuse—. Eso tan terrible que dijiste... fuera cual fuese tu intención, no se lo merecían. Ella no se lo merecía.

—Lo sé. Tienes toda la razón. —No le veía la expresión mientras conducía, pero le temblaba la voz y me la imaginé con los ojos llenos de lágrimas.

—Mira, necesito que hagas algo para compensárselo. —Ya había perdido a Matty y, posiblemente, a Akira. No podía perder también a Randall.

—Claro, dime.

—¿Puedes quedarte con Randall hoy y hacerle compañía? —No sabía si procurar que Randall no estuviera solo bastaría para protegerle de la ira de An0nym0us1. Ni siquiera estaba segura de si esto pondría a Lucía en peligro. Pero era lo mejor que se me había ocurrido. Lo único, en realidad.

Hizo una pausa, sorprendida por mi petición.

—Lo haré —dijo ella de corazón.

—Gracias. —De repente, me vino a la cabeza la imagen de Akira cayendo de espaldas con los ojos desorbitados. Hice una mueca y me tapé la boca.

—¿Estás bien? —preguntó Lucía.

Las lágrimas me nublaban la vista. No podía permitir que me cegaran mientras conducía.

—Te tengo que dejar...

—Crystal, lo siento mucho.

—Yo también lo siento —conseguí susurrar antes de colgar. Tenía muchas cosas de las que arrepentirme.

Pero no podía permitir que la muerte de mi hermana fuera una de ellas.

32

Lo peor de las amistades tóxicas es que, al final, te acaban envenenando.

Por lo que parecía, el veneno de Zoey era del que te desconecta el sistema nervioso, por lo que mueres en una agonía extrema. Ahora, me tocaba cortarme una extremidad para evitar que la infección se extendiera.

Llamé tan fuerte a su puerta que creí que me iba a hacer polvo el puño.

—¡Zoey! ¡Abre la puerta! Sé que estás en casa. —Le di vueltas al asunto en mi cabeza durante el trayecto hasta aquí, tenía sentido que los juegos se hubieran pausado la noche anterior: Zoey tenía que esperar a que sus padres estuvieran dormidos para seguir jugando. Y cuando se fueron a trabajar por la mañana, los juegos volvieron a empezar.

Al final, oí un ruido como de pasos y, al cabo de un instante, Zoey abrió la puerta un poquito. Llevaba el pelo despeinado y apelmazado en las raíces, como si no se lo hubiera lavado en días. El jersey negro largo que llevaba sobre los leggins color burdeos coincidía con las mangas negras de An0nym0us1 en aquellas fotos donde le acercaba un cuchillo a la garganta a Caelyn. Tendría que haber cogido algo para defenderme antes de plantarme en su casa, pero con una mano en el pomo de la puerta y la otra en el marco, no parecía que fuera armada.

—Tranqui —dijo con voz ronca al mirarme—. Estaba en el baño...

—Y una mierda. —Abrí la puerta de golpe y me precipité al interior, hecha una furia y me dirigí, directa a las escaleras junto a la cocina que llevaban al sótano.

Ella dio un respingo y retrocedió hasta la pared, acobardada. Yo frené un momento, sorprendida por su reacción. No sabía qué me sacaba más de quicio: pensar que ella me había hecho daño a mí... o que Zoey pensara que yo le había hecho daño a ella. Relegué ese pensamiento, pasé corriendo por su lado y bajé las escaleras.

—¡Eh! —gritó, y me siguió.

La leonera estaba diferente desde la última vez que había bajado; habíamos evitado reunirnos allí desde lo de Brady. Habían vuelto a tapizar la mesa de billar, esta vez con fieltro rojo, y habían colocado el violín de Zoey y el atril al otro lado de la pantalla de cine, que era más grande que aquella en la que habíamos visto *Frozen*. Pero aquella espeluznante puerta de madera seguía igual.

La abrí de golpe y encendí la luz. El corazón me latía tan rápido que pensaba que iba a explotar.

La habitación estaba vacía.

Bueno, había cosas. Una nevera que zumbaba suavemente. Una mecedora de roble que parecía de la prehistoria reposaba en la esquina. Había estanterías con herramientas y útiles de jardinería, material de oficina, cajas y latas de comida. Había también varios contenedores de plástico con cartelitos tipo: ROPA DE BEBÉ, BUFANDAS/GUANTES/GORROS, JUGUETES DE ZOEY, JUEGOS/ROMPECABEZAS.

Era un trastero totalmente normal, sin rehén.

—¿Qué estás haciendo? —chilló Zoey.

Solté un grito de frustración y le di un empujón para volver a la leonera. Noté otra ráfaga de dolor en el brazo izquierdo y me lo agarré haciendo una mueca. No podía permitir que el dolor me distrajera. Tenía que sobreponerme. Quizá Zoey retuviera a Caelyn en algún otro lugar. Fijo que era eso. Si no, los padres de Zoey habrían descubierto a Caelyn atada al bajar a buscar papel higiénico o algo así.

Zoey me vio la palma herida, roja y cubierta de sangre seca.

—¿Qué te ha pasado en...?

—¿Dónde la escondes?

Durante un momento, se quedó boquiabierta.

—¿A quién?

Apreté los puños para evitar que me temblaran.

—No te hagas la tonta. ¿Dónde está?

—No tengo ni idea de lo que me estás hablando. —Se frotó los ojos —. Acabo de despertarme, literalmente. —Resoplé. Qué excusa más manida—. ¿Qué? ¡Es verdad! No pude pegar ojo hasta las tres de la madrugada. Cada vez que empezaba a dormirme, oía cómo tu ventana se cerraba de golpe. —Me había estado observando. Lo sabía—. ¿Qué narices estabas haciendo?

—Sabes perfectamente lo que estaba haciendo. Tú me obligaste a hacerlo.

—Mmm, no, yo no te obligué a dejar entrar a Dylan en tu habitación —dijo con un deje de amargura. Dylan era una competición más que había perdido. Ojalá me acompañara ahora.

Había pensado en enviarle un mensaje desde mi portátil antes, pero no tenía tiempo que perder. Tenía que llegar hasta Caelyn. ¿Dónde estaba?

—Eso no es lo que quería decir y lo sabes —repuse—. Hablo de los juegos. Hablo de entrar en casa de Kiki para poner en marcha el coche de su madre. —Zoey me miraba como si me hubiera salido otra cabeza. La duda me reconcomía, pero no podía detenerme ahora a pensar en eso—. Y lo que me obligaste a hacerle a Matty... y al padre de Randall...

—¿Cómo? Pero ¿qué...? —Puso unos ojos como platos; empezaba a comprenderlo todo—. Lo sabía. Fuiste tú quien envenenó los brownies adrede. ¡Y también quien llamó a las fuerzas especiales para que fueran a casa de Randall!

—¡No! ¡Me obligaste tú! ¡Tú me obligaste a hacer todo eso!

Ella sacudió los brazos.

—¡Yo no te obligué a hacer nada!

—Claro que sí. Me enviaste todas esas instrucciones y ahora intentas incriminarme...

—Joder, te has vuelto loca.

—Sí, eso es lo que quieres que crea todo el mundo. Que estoy paranoica, ¿verdad? Mal de la cabeza... eso es lo que le dijiste a Dylan, ¿no?

—No...

—Mentirosa. Eres una mentirosa y una tramposa y...

—Dios mío. ¿Cómo puedes llegar a pensar que yo querría matar a Matty? ¿Por qué? ¿Por *MortalDusk*? —Abrí la boca para contestar, pero paré. Matty. Solo hablaba de Matty. Como si no supiera lo de Akira.

—No solamente por *MortalDusk*... —Empecé a respirar más rápido y perdí la paciencia—. El dinero del premio. Tú misma lo dijiste... quieres el dinero para salir de este pueblucho, para no tener que estudiar Odontología.

—Sí, claro. Pero no mataría a nadie por eso. A ver, soy un hacha de la programación, seguro que se me rifarán las *startups* tecnológicas sin pisar la universidad siquiera.

El pánico se apoderó de mí. Si Zoey no era An0nym0us1... quería decir que esa persona seguía por ahí. Podía ser cualquiera. No. No. Tenía que ser Zoey. No tenía ninguna forma de contactar con An0nym0us1, ninguna forma de saber de mi hermana. Ninguna forma de conseguir más pistas. Este era el último hilo del que tirar. Si no me servía, no tenía nada.

—Pero dijiste que necesitabas ese dinero —le comenté,

aferrándome a mi lógica—. Dijiste que por eso habías hecho trampas.

Ella hizo una mueca; parecía que tenía dudas.

—Esto... sí, el dinero ayudaría, pero... —Le temblaba el labio inferior—. Creí que me echarías si sabías la verdadera razón.

—¿Cuál era la verdadera razón?

—Venga ya... —contestó Zoey—. Como si te importara. No te importaba entonces ni te importa ahora. Lo tergiversarás para que cuadre con la película que sea que te estás montando. Solo te importa tu puesto en el torneo. Jugar es lo único que te preocupa. —Tenía un nudo en el estómago. Esas palabras eran casi idénticas a las de Caelyn de la mañana anterior. «No piensas en nada más que en tu estúpido videojuego... ¿A ti te importa algo de la vida real o qué?». ¿Y si ambas tenían razón? Siguió hablando—: Esta no es la primera vez que le haces daño a alguien por un juego. Joder, Crystal, ¿qué has hecho...?

—Eso no es justo. Lo que le pasó a Brady fue un accidente.

—Que nunca hubiera pasado si no nos hubieras hecho jugar a ese dichoso juego.

—Nunca hubiera pasado si tú no te hubieras quejado tanto por tener a Brady de compañero en aquel juego de mesa.

—Tú siempre ibas con Kiki. Eso sí que no era justo.

La culpa fue como una puñalada en el corazón. Akira y yo siempre habíamos conectado como las dos piezas en forma de L del Tetris. En cambio, Zoey era como una pieza en forma de
Z; había que trampear para hacerla encajar. Cuando nos hicimos mayores, a Akira y a mí nos era más fácil confiar la una en la otra en los momentos difíciles: ella con su trastorno alimentario, yo con mis ataques de pánico. No había ningún tipo de vergüenza entre nosotras. Con temor de cargar a Zoey —miedo a que no lo entendiera—, la habíamos dejado al margen de esas conversaciones. A pesar de eso, traté de no mencionar su comentario.

—Joder, podríamos pasarnos el día lanzándonos acusaciones. Fue culpa de las dos y no fue culpa de ninguna. Fue un accidente. Un accidente terrible.

—Entonces, ¿por qué no decir la verdad y ya? ¿Por qué nos obligaste a mentir?

—Yo no obligué a nadie a hacer nada. Todos teníamos miedo de meternos en un lío, ¡sobre todo tú! Intentaba protegerte. —Me pasé una mano por la cara—. Si tantas ganas tenías de decir la verdad, ¿por qué no lo hiciste?

Se le retorció el rostro por el dolor.

—Todos insististeis en mantenerlo en secreto. Pensé que... si lo decía... o si te presionaba para contarlo... tú... tú... —Se cruzó de

brazos, le temblaba la barbilla.

—¿Yo qué?

—¡Pues que os pondríais en mi contra! —exclamó. Una lágrima se le deslizó por la mejilla. Se la secó como si estuviera enfadada por habérsele escapado—. Creía que acabaría sola... como él.

Dios mío. De repente, todo cobraba sentido. Zoey había hecho todo eso solo por miedo a que la excluyéramos. Ya estaba sensible porque Akira y yo fuéramos íntimas, pero algo en su interior debió de romperse después de lo de Brady. Esa era la razón real de las trampas. Durante años, los cinco habíamos estado unidos, como si hubiéramos construido un muro a nuestro alrededor para protegernos de nuestra culpa... y para mantener el secreto a salvo. El torneo era la primera vez que teníamos que excluir a uno de nosotros. Y ella tenía miedo de quedarse fuera. No tenía nada que ver con el dinero del premio. Y como tenía tanto miedo de que la echáramos del equipo, me chantajeó. Y todo porque sentía auténtico pavor de ser abandonada, igual que él. Lidiaba con un trastorno postraumático muy grave, y yo no tenía ni idea.

Pero eso significaba que nunca nos mataría. Nada la dejaría más sola.

Entonces, ¿quién narices me estaba obligando a jugar a este juego?

—¿Juego? ¿Qué juego? —me preguntó Zoey, con lo que fui consciente de que había hecho la pregunta en voz alta—. Dios, ¿por qué todo tiene que ser un juego contigo?

—No, no lo entiendes. Si no eres tú... —¿Quién podía ser? Me llevé la mano a la garganta, no podía respirar en aquel sótano opresivo. No podía pensar. Tenía que irme. Tenía que seguir buscando. Puede que, a fin de cuentas, Lance Burdly fuera una pista de verdad; una última amenaza que pendía sobre mí. Me dirigí hacia las escaleras, pero Zoey me cogió por la muñeca herida y tiró de mí. Me hizo aullar de dolor.

—¡No! —dijo—. No te vas a ninguna parte hasta que me digas qué mierda le ha pasado a Kiki. ¿A qué te referías con lo del coche de su madre?

Negué con la cabeza.

—No es eso lo que la ha matado... —Hice una mueca y me tapé la boca con la mano. Akira no podía estar muerta. No podía ser.

Zoey dio un grito ahogado.

—¿Qué coño has dicho?

—No, tú no lo entiendes... —Dios. No tenía tiempo para esto—. Estábamos en el mirador del monte Morgan esta mañana y, bueno, en un momento dado, hemos empezado a forcejear por mi móvil y ella ha caído. —Los ojos de Zoey eran como platos enormes y tenía la boca

desmesuradamente abierta—. No... no lo sé, puede que haya sobrevivido a la caída. Pero ha sido un accidente. Te lo juro.

Su expresión se volvió más dura.

—Ya, seguro. Igual que cogiste el extracto que no era... Y, ups, le diste una pista falsa a la policía también sin querer...

—¡No! —El pánico me subía por la garganta—. Escúchame..., alguien me ha obligado a hacer todas esas cosas.

—¿Cómo?

La escudriñé; se estaba mordiendo el carrillo por dentro. Después de todo lo que había pasado, ¿podía confiar en ella? Para empezar, quizá nunca debió haber salido de mi círculo de confianza. Yo había sido una amiga nefasta, pero si quería subsanarlo, necesitaba que sobreviviera a todo eso. Tenía que impedir que An0nym0us1 llegara hasta ella. Tal vez ella pudiera ayudarme a solucionar todo esto.

Respiré hondo.

—Vale, mira... alguien secuestró a Caelyn ayer y ha estado...

—¿Qué?

—Deja que lo explique, ¿vale?

—¿No se supone que está en Frost Valley?

—Sí, pero la cogieron antes de subir al autocar.

—Pero ¿no fuiste tú quien la dejó allí? —Esto era, exactamente, lo opuesto a dejarme explicar.

—Sí, pero... —Frustrada, me toqueteé los rizos—. Escúchame, por favor. Su secuestrador me ha estado enviando mensajes anónimos a través de una aplicación que me ha metido en el móvil. Me ha amenazado con matarla si no hago todo lo que me dice. Lo ha convertido en una especie de juego enfermizo y retorcido.

Zoey alargó una mano.

—Déjame ver el móvil.

Tragué saliva.

—No... no lo tengo. Cayó por el acantilado con Kiki.

—Dios mío. —Se frotó los ojos durante un momento. Después, se fue derecha a las escaleras.

—¿Adónde vas?

—A llamar a la policía. —Seguramente se había dejado el móvil en la planta de arriba.

Tenía una piedra en la garganta. Lo más seguro era que An0-nym0us1 monitorizara la radio de la policía. Si llamaba a la policía, haría que mataran a Caelyn. Corrí para cortarle el paso.

—No puedes hacer eso. Cuando empezó este... juego, el secuestrador me dijo que no podía llamar a la policía, ni contarle a nadie lo que estaba pasando, o mataría a Caelyn.

—Bueno, pero llamaré yo.

—Pero si tú sabes todo esto, significa que te lo he contado. Y eso sería un incumplimiento claro de las normas.

—¡A la mierda! —Intentó rodearme.

—¡No! —grité. Zoey dio un salto hacia atrás, cayó sobre el sofá y levantó las manos para protegerse. Como si me tuviera miedo. Me dio un vuelco el corazón—. Zoey, no voy a hacerte daño.

Tenía los ojos muy abiertos por el temor.

—Me acabas de decir que has matado a nuestros amigos. Has empujado a Kiki por un acantilado.

—Que no. Te lo acabo de contar, ha sido un accidente. Se ha caído.

—Demuéstramelo.

Noté que me ponía blanca como el papel.

—¿Crees... crees que me lo he inventado todo? Pero ¿por qué? —Ella negó con la cabeza, como si tuviera miedo de explicarlo—. ¿Por qué?

Dio un respingo.

—Tú te morías de ganas de participar en el torneo... para salvar tu casa o lo que fuera. Y siempre has querido mantener en secreto lo de Brady a toda costa. La forma en que saltaste en el hospital... en ese momento ya tuve una sensación rara. —Joder. Ella había sospechado de mí tanto como yo de ella—. Es culpa mía —siguió—. No tendría que haber sacado el tema. No tendría que haberte amenazado con hacerlo público. Se te cruzaron los cables, ¿no? Harías lo que fuera por proteger ese secreto. Aunque eso signifique matarnos a los demás.

—¡Eso no tiene ni pies ni cabeza! —grité—. Matar a más gente sería agravar más las cosas.

—Vale. Entonces, ¿por qué estás haciendo todo esto?

—¡No soy yo!

Sin embargo, era evidente que no me creía. De repente, echó a correr y empujó el perchero para que cayera y me cortara el paso mientras ella subía las escaleras como alma que lleva el diablo.

—¡Espera! ¡Zoey, por favor! —la llamé, saltando por encima del montón de chaquetas y jerséis, pero era rápida... y cuando llegué a la cocina, ya había marcado el número y se había puesto el auricular en la oreja—. ¡No, no lo hagas!

Me abalancé sobre ella y le agarré la muñeca. Conseguí tirarle de la mano lo suficiente para pulsar el botón de colgar. Zoey se retorció y se soltó con un grito ahogado y rodeó la isla de la cocina para volver a marcar. Oía el martilleo de mis latidos. No podía permitir que lo hiciera. Llamar a la policía sería una sentencia de muerte para Caelyn.

La muerte de Matty, y posiblemente la de Akira, habrían sido en vano. Esa idea estuvo a punto de hacerme flaquear, pero el pánico y la desesperación que sentía me mantuvieron en pie.

—¡Para! —No tuve tiempo de pensarlo dos veces: vi el bloque de cuchillos en la encimera. Cogí un cuchillo, lo saqué y lo levanté sobre la cabeza—. ¡No te muevas!

33

No quería matar a Zoey.

El miedo me quemaba el estómago mientras me acercaba a ella. Parecía aterrorizada, y miraba boquiabierta el cuchillo que yo llevaba en la mano. Había retrocedido hasta una esquinita junto a la nevera y no tenía nada a su alcance que pudiera utilizar para defenderse.

Esa era mi oportunidad para cogerle el móvil.

Notaba un hormigueo en las puntas de los dedos mientras me acercaba; la determinación me corría por las venas. ¿Cómo debía hacerlo? Podía intentar arrancarle el teléfono de la mano o forcejear con ella para que me lo diera, pero era posible que no lo soltara. Ya había marcado el número de emergencias... solo tenía que pulsar el botón de llamar. La idea de cortarla era insoportable, pero nunca sabes hasta dónde eres capaz de llegar para proteger a la gente que quieres, aunque eso signifique sacrificar tu propia humanidad.

¿Estaba sacrificando la mía? ¿De verdad era capaz de clavarle un cuchillo a otro ser humano para mantener a mi hermana con vida?

Yo no había empujado a Akira por aquel acantilado. Nunca tuve la intención de que cayera. En ese momento no había renunciado a mi humanidad. Y ahora tampoco lo haría. Jamás sería capaz de apuñalar a Zoey.

Pero no hacía falta que lo supiera.

—Solo dame el teléfono, ¿vale? —Extendí una mano hacia ella y alcé el cuchillo.

Ella abrió muchísimo los ojos y movió el pulgar por encima de la pantalla.

—¡No lo hagas! —Me abalancé fingiendo que iba a atacarla; ella chilló y soltó el teléfono, que repiqueteó en las baldosas del suelo.

Se hizo un ovillito y se cubrió la cabeza con manos temblorosas.

—¡No! —Estaba convencida de que lo haría.

—Joder —murmuré y recogí el móvil. No había hecho la llamada. Apagué el teléfono y me lo metí en el bolsillo de atrás del pantalón, por debajo del abrigo.

—Por favor. Por favor, no me mates —decía con voz apurada—.

No le diré a nadie lo que has hecho. Lo prometo. Lo prometo.

Contuve la respiración mientras ella estaba ahí arrodillada, temblando e indefensa, con las mejillas empapadas de lágrimas.

—Sigues sin creerme. Crees de verdad que he matado a nuestros amigos adrede.

—¡Tienes un cuchillo en las manos ahora mismo! —bramó—. Y no veo a nadie apuntándote con una pistola en la cabeza.

Bien visto. En otros momentos, cuando An0nym0us1 me espiaba, tenía que seguir sus instrucciones dentro del límite de tiempo que me imponía, pero ahora yo tenía el control. Se me retorció el estómago.

—Tenía que evitar que llamaras a la policía...

Eso era exactamente lo que quería An0nym0us1, ¿verdad? Convertirme en un monstruo. Incriminarme por matar a mis amigos. Pero Caelyn estaba en algún sitio y sabía la verdad. Ella le explicaría a la policía que alguien la había secuestrado. Ella limpiaría mi nombre.

—¿Conoces a alguien llamado Lance Burdly? —pregunté.

Zoey contrajo el rostro.

—No...

—¡Piénsalo bien! —grité—. ¿Nunca has oído ese nombre?

Dio un respingo, pero luego dudó.

—Me quiere sonar...

Solté un resoplido de frustración.

—Sánchez lo mencionó en el hospital. Cuando el secuestrador de Caelyn me obligó a hacer la llamada con la pista falsa, me envió un guion y tuve que usar un distorsionador de voz y fingir que era alguien llamado Lance Burdly. —Zoey parecía escéptica, pero seguí—: No he encontrado nada sobre él en internet. Puede que ese nombre sea una especie de pista, no sé.

—¿La policía no puede buscarlo en una base de datos?

—Ya te lo he dicho, no puedo llamar a la policía. —Zoey no lo pillaba, no entendía el miedo constante de mantener todo esto en secreto... o atenerme a las consecuencias.

O quizá sí lo entendiera. Quizá esto era parecido a mantener el secreto de lo de Brady, sentir esa tortura desde entonces. No, no podía pensar en eso ahora...

Zoey aprovechó mi distracción momentánea, se incorporó rápidamente y giró corriendo la esquina hacia el comedor.

—¡Para! —La seguí hasta el vestíbulo y, al ver que empezaba a abrir la puerta principal, me lancé sobre ella y la cerré de golpe. El dolor de la muñeca fue desgarrador. Le cortaba el camino hacia la escalera de la planta superior, así que me esquivó, bajó a toda prisa las del sótano y cerró la puerta tras ella.

—¡Zoey! —Aporreé la puerta. No había ninguna salida en el piso de abajo, pero ¿había un teléfono fijo?—. ¡No llames a la policía! —Pero no tenía tiempo para rogar. No tardaría en llegar al aparato y hacer la llamada. Incluso si la obligara a colgar antes de que se pudiera explicar, captarían la tensión en su voz y nos localizarían fácilmente. An0nym0us1 oiría al coordinador de emergencias enviar a una patrulla por la radio de la policía.

Zoey mataría a mi hermana.

Sabiendo la suerte que tenía, si intentaba echar la puerta abajo a base de patadas me acabaría partiendo el tobillo. Desesperada, giré el pomo... y se abrió. No estaba cerrada. Pues vaya. Zoey gritó al pie de la escalera.

Bajé a toda prisa y ella corrió hacia el espeluznante trastero. Incliné el brazo hacia atrás como si fuera a lanzarle el cuchillo, como haría en *MortalDusk*.

—¡Quieta!

Se quedó paralizada, con los ojos muy abiertos al reparar en mi postura, y levantó las manos.

—¡Por favor! ¡No lo hagas!

Examiné las paredes por si había un teléfono y señalé el trastero con la cabeza.

—¿Hay un teléfono ahí dentro?

—¡N... no!

—Oh. —Había bajado para esconderse de mí. Nada más. Bajé el cuchillo y solté un suspiro tembloroso—. Sé... sé que esto tiene mala pinta...

—¡Tiene una pinta terrorífica! —chilló.

Hice una mueca.

—Bueno, ¡es que no sé cómo convencerte de que estoy diciendo la verdad! —Tenía que encontrar a An0nym0us1, por lo menos, una manera de contactar con él, sin que Zoey llamara a la policía. ¿Qué coño iba a hacer con ella? Los llamaría en cuanto saliera de su casa. No podía llevármela, porque en cuanto saliéramos echaría a correr calle abajo y pediría ayuda a grito pelado. Y el sótano no tenía cerrojo.

Se me pasó por la cabeza la imagen de Caelyn atada y amordazada. Tenía que salvarla. Tenía que hacer todo lo que fuera necesario.

Abrí la puerta malrollera del trastero.

—Entra.

—¿Cómo?

Le blandí el cuchillo en la cara.

—Que entres.

Entró tambaleándose y señalé una vieja mecedora.

—Siéntate. —Se sentó con cautela, sin quitar los ojos del cuchillo. La puerta no tenía cerrojo. Tendría que inmovilizarla de alguna forma, pero ¿con qué? Miré por las estanterías llenas de herramientas y cajas con cosas para la casa y el jardín. ¿Habría alguna cuerda por ahí?

Entonces, vi la caja de plástico con el cartel de BUFANDAS/GUANTES/GORROS. La bajé de la estantería, aparté la tapa y revolví lo que había dentro en busca de las bufandas.

—¿Qué haces? —preguntó Zoey. No le hice caso. No podía creer que estuviera haciendo eso, pero no me había dejado otra opción. Ninguna.

En cuanto encontré cuatro bufandas, me arrodillé junto a ella.

Hizo el amago de levantarse.

—No te atrevas...

Agotada, volví a levantar el cuchillo y ella gimoteó mientras se sentaba de nuevo.

—Quédate quieta. —Ya había perdido demasiado tiempo.

¿Debía atarle las muñecas juntas o separadas y a los reposabrazos? Ahora mismo no podía buscar en internet «cómo atar a alguien a una silla». ¿Y qué le ataba primero: los tobillos o las manos? Si le ataba primero las manos, me podía dar una patada. Si le ataba primero los tobillos, podía agarrarme del pelo o darme un puñetazo. ¿Cómo lo hacían los secuestradores?

Como ya se aferraba tanto a los reposabrazos que se le marcaban los tendones en las manos, empecé por ahí, sin soltar el cuchillo. Le rodeé la muñeca con una bufanda y la até varias veces alrededor del reposabrazos. Traté de no pensar en lo mucho que me dolía la mía y fui con cuidado para no cortar a Zoey. Mientras ataba un nudo bajo el reposabrazos para que no pudiera inclinarse y deshacerlo, ella resoplaba y tiraba del tejido con la mano libre.

—Me estás cortando la circulación. —Frustrada, la empujé y, sin querer, la rocé con el cuchillo. Ambas dimos un grito ahogado—. ¡Ay!

Una fina línea roja le apareció en la muñeca. Le había cortado la piel, pero muy poquito. El corazón me dio un vuelco.

—Maldita sea. Estate quieta o harás que te corte algo más que la circulación.

Zoey palideció y una nueva oleada de lágrimas le inundó los ojos.

—Dios mío, no... no quería que pareciera una amenaza, solo quería decir que... —tartamudeé y contuve un sollozo—. Solo... quédate quieta. Por favor.

Empezó a llorar mientras le enrollaba otra bufanda alrededor de la

otra muñeca, cubriendo los pequeños puntitos rojos que salían del corte, intentando ignorar lo que había hecho. No había sido adrede. No pretendía hacerle daño.

Pero eso ya no importaba, ¿verdad?

Repetí el proceso con los tobillos, inmovilizándolos a la estructura de la mecedora. Me alejé para observar mi obra y Zoey me miró.

—¿Cómo puedes hacerme esto?

—Para salvar la vida de mi hermana —dije y saqué una quinta bufanda de la caja—. Te estoy diciendo la verdad, me creas o no. —No quería amordazarla, pero ¿y si An0nym0us1 venía a por ella y abría la puerta del sótano? Esto era por su bien—. Mira... es mejor que te quedes aquí. Si este psicópata intenta que vaya a por ti, diré que no sé dónde estás. Pero si oyes que entra alguien... bueno, no querrás que te encuentre.

Tragó saliva con fuerza.

—Pero... ¿y si tengo que hacer pis?

Torcí el gesto. No había pensado en eso.

—Pues tendrás que aguantarte. —Y le puse la bufanda delante de la boca.

—¡No, espera! —bramó—. No gritaré, lo prometo.

—Ahora mismo estás chillando. —En lugar de meterle la bufanda entre los dientes, que me parecía superincómodo, le rodeé la boca con la tela y se la até en la nuca, con cuidado de dejarle las fosas nasales descubiertas. Soltó un último grito ahogado, volví a coger el cuchillo y retrocedí. Le lancé una última mirada apesadumbrada.

Me hubiera gustado poder confiar en ella. Ojalá confiara en mí. Pero me creía capaz de matar a nuestros amigos. Joder, a esas alturas, tampoco podía culparla.

—Espero que puedas perdonarme por esto. Te juro que te estoy diciendo la verdad. Te prometo que estás más segura así.

Entonces, salí y cerré la puerta. La dejé allí, atada e indefensa.

De algún modo, esto me parecía peor que todo el resto.

34

Cuando volví a mi habitación, me dio la sensación de que no había pasado nada.

El mullido edredón púrpura me llamaba, me ofrecía un consuelo reconfortante. Whiskers estaba acurrucada en mi almohada y me miraba parpadeando lentamente: quería mimitos. En las paredes había pósteres de videojuegos —*Zelda, Skyrim, Assassin's Creed* y, por supuesto, *MortalDusk*— que prometían recuerdos de aventuras. Unos rostros amistosos me sonreían desde la pizarra de corcho colgada sobre mi escritorio: nuestra selfi familiar en el lago, mis amigos cuando teníamos diez años y Matty llevó una cámara Polaroid al colegio. El traje de cosplay que me había hecho Caelyn para el torneo colgaba de la puerta del armario.

Aquí casi podía creer que el mundo exterior no se iba a la mierda. Que de alguna manera había podido recuperar una fase anterior del juego que era mi vida.

Pero el cuchillo de Zoey que tenía en la mano me recordaba que no. El dolor de cabeza punzante, la palma desgarrada y la muñeca palpitante eran una prueba más de que las últimas veinticuatro horas habían ocurrido.

Dejé el cuchillo junto al portátil y lo encendí. Si An0nym0us1 lo había hackeado también, allí me tenía... Expuesta. Vulnerable. Pero esa era la cuestión: tenía que llegar hasta él. Si no me controlaba la cámara web, podría enviarme un correo electrónico a mí misma para que viera...

Reparé en el puntito rojo del chat y cliqué en él sin pensar. La cadena de mensajes de grupo estaba en la parte superior; el mensaje más reciente era de Randall.

CRYSTAL, ¿POR QUÉ ACOSAS A FISHMAN?

El suelo se abrió bajo mis pies. Eché un vistazo rápido a los otros mensajes que me había perdido aquella mañana.

Randall: He vuelto al hospital. Mi padre ha salido de la UCI y ya está en planta.

Akira: TOMA YA! TQM

Se me escapó un sollozo. ¿Era el último mensaje que había enviado Kiki?

Si seguía pensando en eso, me derrumbaría. Sin embargo, notaba que mi desesperación crecía como una ola enorme que se acerca a la costa. Akira. Matty. En algún momento, ese tsunami de dolor se estrellaría sobre mí... pero no podía ahogarme. No cuando Caelyn seguía en peligro. Tenía que apagar esa parte de mi mente, al menos por ahora.

Respiré profundamente y me centré de nuevo en el hilo de mensajes.

Dylan: ¡Qué alivio! Me pasaré dentro de un rato. Tengo que acercarme a la estación de tren primero.

Randall: Gracias, tío.

Randall: ¿Estáis todos bien?

Dylan: Sí. Lo siento, el tren va con retraso. Llegaré pronto.

Randall: No pasa nada.

Randall: ¿Dónde están las demás?

Fue entonces cuando Randall llamó por FaceTime a Akira y contesté yo:

Randall: Voy al súper con Lucía para pillar algo de comer y flores para las madres de Matty. ¿Alguien se apunta? ¿Dónde estáis?

Dylan debía de estar esperando a su padre en la estación o tal vez ya lo estaba llevando a casa; había olvidado que ese día iba a recogerle. Zoey estaba angustiada. Y Akira...

Tragué saliva. Ya.

Entonces, solo unos minutos antes:

Randall: CRYSTAL, ¿POR QUÉ ACOSAS A FISHMAN?

Aparecieron tres puntitos junto al nombre de Randall: estaba escribiendo en ese mismo instante.

¿CÓMO NO HAS DICHO NADA ANTES?

Luego envió una retahíla de emojis gritando.

Me temblaban los dedos mientras entraba al canal de Twitch de Jeremy: fijo que el muy gilipollas lo había largado en su *stream*. No era bueno. Nada bueno. Estaba transmitiendo una partida al *MortalDusk*. El panel del chat pasó zumbando con la ráfaga de intervenciones. Empecé a repasarlo rápidamente y me dio un vuelco el corazón: la gente estaba hablando de un acosador. Me desplacé hacia arriba hasta que vi un enlace de Reddit y me subió la bilis a la garganta.

En la parte superior del hilo titulado ENCONTRAD AL ACOSADOR DE fiSHMAN había un vídeo de diez segundos. Le di al *play*. «Mierda, colegas, alguien me está espiando», decía Jeremy, y la pantalla se desdibujaba mientras giraba la cámara hacia la ventana. La lente tardó unos instantes en enfocar y ajustarse a la luminosidad, a pesar de que estaba nublado fuera. Pero durante una fracción de segundo después de que Jeremy gritara «¡Eh!», se me podía ver agachándome.

Al parecer, esa milésima de segundo había sido más que suficiente.

Jeremy no dijo de quién se trataba, pero el hilo de Reddit lo petó cuando la gente publicó capturas de pantalla de los fotogramas y mejoró las imágenes, tratando de averiguar quién era. Mieeerda. ¿Me había reconocido Randall en esa toma o me había descubierto toda la peña?

Como me hubieran pillado, ahora todo el mundo me tomaría por una loca.

Miré el cuchillo de cocina de Zoey, pensando en cómo la había atado. Tal vez sí que estuviera loca. Me froté la frente en un intento de aliviar la presión en las sienes y eliminar las dudas que me asaltaban. No tenía ninguna prueba de que An0nym0us1 existiera. ¿Tan desesperada estaba por ganar el dinero del premio que quería eliminar a la competencia, a mis amigos? ¿Se me había ido la olla después de que Zoey sacara a relucir nuestro pasado con Brady? ¿Tenía razón sobre mí?

No, no, no. Esto era exactamente lo que An0nym0us1 quería. Quería que dudara de mí misma. Esa persona era real. Esos vídeos de Caelyn eran reales. Los mensajes eran reales. Si los policías drenaran el lago Hanover, encontrarían una bolsa llena de piedras, el móvil prepago y el modulador de voz que alguien me había dejado en la taquilla... y que yo no había comprado.

«Demuéstralo».

No, no, no. Me conocía mucho mejor que eso. Y no tenía lagunas mentales. No me fallaba la memoria. Pero si ese fuera el caso, ¿cómo lo sabría?

Seguí bajando por el hilo de Reddit, esperando que nadie atara cabos. Había cientos de mensajes en las últimas dos horas. Me desplacé hasta el final de la página, pero ahí solo estaban los comentarios menos puntuados y más irrelevantes. Impaciente, busqué mi nombre en el hilo.

Ay.

Ay, Dios.

Había un mensaje de An0nym0us1.

«Oye, esa se parece a Crystal Donovan. Es ShardsOfGlass». Había subido una comparativa de una de mis últimas publicaciones en Instagram junto a una de las capturas de pantalla mejoradas, con un enlace a mi Instagram, ahora público.

Un nudo de horror e injusticia se me instaló en el pecho y golpeé la pantalla con el dedo.

—¡Eres real, cabronazo!

Era real. No me lo inventaba.

Eso era *doxing*. El muy sádico quería destrozar literalmente todos los aspectos de mi vida. Debajo del post de An0nym0us1, la gente le daba la razón y decía unánimemente que yo era la acosadora de Jeremy. Y les cabreaba que Jeremy no lo confirmara en su directo.

Así pues, esa divulgación de mis datos personales no había sido culpa de Jeremy. Resulta que no era tan capullo al final.

Pero An0nym0us1 sí.

Era malo, despiadado y un auténtico cabrón en todos los sentidos.

Pasé por encima del nombre de usuario de An0nym0us1 en Reddit; no estaba en línea. Pero, técnicamente, ahora tenía una forma de contactar con él directamente.

Me pareció una maniobra imprudente por su parte. ¿No podría la policía conseguir una orden para dar con la dirección IP almacenada en Reddit? Así podrían rastrear de dónde procedía ese mensaje. A menos, claro, que An0nym0us1 estuviera usando una VPN para falsificar su dirección IP. Aun así, si yo fuera él, habría utilizado un nombre de usuario distinto para hacerme *doxing*. Esa era la prueba de que existía.

A menos que... mierda. Se me entumecieron los labios. Todo lo que hacía tenía un motivo, un propósito, siempre iba un paso por delante. Tanto si quería que dudara de mi propia cordura como si no, estaba claro que quería inculparme. ¿Solo era *doxing* o quería que pareciera que yo tendía una trampa para que pensaran que había un chantajista? Mi navegador web tenía ahora esa misma página en el historial de búsqueda... a ver cómo lograba demostrar que no había sido yo quien publicara ese mensaje usando una VPN.

Joder.

Pero si todo lo que hacía respondía a un propósito, el nombre de Lance Burdly tenía que significar algo. En el manual de instrucciones de An0nym0us1 no había pistas falsas. No había movimientos en vano.

Desesperada, volví a buscar el nombre en Google, pero seguía siendo un callejón sin salida: no ofrecía ni un solo resultado. Por lo general, había algunos resultados incorrectos; otras personas con el mismo nombre o escrito de otro modo.

Miré con inquina el mensaje que aparecía debajo: *Se muestran resultados para lance bradley*.

Tal vez lo había apuntado yo mal. Había visto el guion un momentito de nada antes de leerlo en voz alta...

Un segundo. Me incliné hacia delante, mirando fijamente la sugerencia «bradley». Se parecía mucho a Brady. Contuve la respiración. Ni de coña. No podía ser tan fácil.

Bueno, tan fácil no era si había tardado un día entero en darme cuenta.

Fui rápidamente a la página del cuaderno donde había apuntado el nombre.

LANCE BURDLY

Reordené las letras, tachándolas una a una mientras escribía otro nombre debajo.

BRADY CULLEN

No era ninguna coincidencia. Era un dichoso anagrama.

Sentí que cedía el suelo bajo mis pies y caía en un abismo infinito. Me agarré al cojín para no perder el equilibrio, para confirmar que seguía ahí. Zoey tenía razón. Se trataba de Brady. ¿Tenía que descifrar esta pista o había un fallo en el juego de An0nym0us1 y por fin lo había visto?

Fuera como fuese, ahora lo sabía. Esto no era por *MortalDusk*.

Era un acto de venganza.

Cinco años antes

Parecía que la mitad de la ciudad se había unido al grupo de búsqueda en el bosque a última hora de la tarde. Nuestro juego inofensivo se había convertido en una auténtica y terrorífica caza humana.

Le rogué a papá que me dejara buscar con él para ayudar a encontrar a mi amigo. Por las mejillas me caían unas cálidas lágrimas de culpabilidad y no pudo negarse. Me tuvo agarrada de la mano todo el tiempo, como si alguna presencia invisible pudiera llevárseme, igual que había hecho con Brady. La policía ya había peinado el terreno de Zoey y Brady con esmero, pero no había indicios de secuestro, ni huellas de neumáticos, ni pisadas extrañas, ni objetos extraviados, ni señales de forcejeo. En un par de casas al otro lado del bosque había cámaras de seguridad, pero solo orientadas hacia las puertas principales para disuadir a los ladrones de robar el correo, como habían hecho los padres de Zoey. No nos habíamos acercado tanto a esas puertas para aparecer en las grabaciones.

En las cintas de la casa de Zoey se veía cómo Brady se marchaba y yo lo seguía poco después, y luego los dos regresábamos juntos. Pero nadie volvió a pasar por la puerta principal hasta que la madre de Brady salió por la mañana.

La policía supuso que Brady había salido por la puerta lateral y después...

Bueno, ese era el misterio.

Se había esfumado sin más.

A esas alturas, habíamos ido tan lejos con la mentira que ya no podíamos echarnos atrás. Además, como nos recordó Randall, ya estábamos barriendo el bosque. No tenía sentido confesar ahora.

Los rumores y las teorías se propagaban rápidamente por el grupo de búsqueda: que si un secuestro, que si había osos por ahí, que si Brady se había fugado. Pero seguí arrastrando a papá a todos los posibles escondites que no habíamos comprobado la noche anterior, e incluso a algunos sitios donde sí habíamos mirado: arbustos con suficiente espacio debajo, cobertizos, debajo de las mesas de jardinería, bajo las terrazas elevadas. Incluso lo llevé al jardín trasero de los Nelson, una zona que habíamos

descartado en el juego, pero tal vez Brady estuviera decidido a ganarnos.

Fui yo quien la vio: una tela rojiza brillante asomaba desde un armario metálico de jardín junto al garaje de los Nelson. Era de color naranja oxidado y las partes que no eran de ese color hacían juego con el verde bosque de la casa de los Nelson, que estaba a unos pasos, cobijada por unos pinos.

—¡Es su sudadera! —grité. La sudadera que Matty le había dejado a Brady. Me invadió el alivio. No me extrañaba que no lo hubiéramos encontrado, se había alejado demasiado.

Papá intentó mover la manija oxidada, pero estaba atascada.

—¿Estás segura?

—¡Sí! —Golpeé la puerta metálica—. ¿Brady? Brady, ¿me oyes? —Puse la oreja y me eché para atrás de un brinco: la puerta estaba helada —. ¡Brady!

Papá sacudió la manivela con tanta fuerza que pensé que acabaría echándose el armario encima, pero este seguía firme y apoyado en el garaje. Entonces tiró de la tela.

—La tela está bloqueando la puerta. Eh —llamó a un grupito de gente que había cerca de la entrada al bosque—. ¡Eh, por aquí!

El jefe Sánchez estaba allí y se acercó corriendo.

—¿Qué pasa?

Papá señaló la tela.

—Mi hija cree que es suya. —Sánchez le dio una sacudida infructuosa a la manija—. ¿Está cerrado con llave?

—O atascado por la tela —repuso papá.

Sánchez llamó por radio:

—Aquí Sánchez, necesito una palanca en el 65 de la calle Chester.

—Recibido, jefe —respondió voz—. Acabo de mandar a una patrulla hacia allá.

El matrimonio Nelson oyó el alboroto y cruzó el amplio jardín trasero para llegar hasta nosotros, ciñéndose los abrigos sobre los albornoces de cuadros que llevaban. Mientras papá explicaba lo que estaba ocurriendo, estuve dando vueltas a cómo convencer a Brady de que nos siguiera el rollo con la mentira: que no habíamos salido a hurtadillas anoche para jugar a la caza humana. Podría decir que era sonámbulo. ¡Sí, eso mismo! Caminó sonámbulo hasta el jardín de los Nelson y, de algún modo, terminó en aquel armario.

Al cabo de un rato, llegó otro agente de policía; empuñaba una palanca y llevaba a la familia de Brady detrás. Los ojos de su madre estaban desorbitados por la preocupación, y su padre y su hermano tenían un aspecto demacrado y ceniciento. Pero tendrían que estar aliviados. ¡Lo habíamos encontrado!

—¿No responde? —preguntó el policía.

—No. —Sánchez tomó la palanca—. Si es que se trata de Brady.

—¡Es él! —exclamé. Tenía que serlo. Papá me rodeó con un brazo.

Sánchez llamó suavemente a la puerta.

—¿Brady? Intenta apartarte de la puerta, hijo.

Todos sentimos un escalofrío y no tenía que ver con la fría brisa que me alborotaba los rizos. ¿Por qué no respondía Brady? Todo ese escándalo tendría que haberlo despertado.

Papá me abrazó aún más fuerte mientras Sánchez encajaba el borde de la palanca en el marco de la puerta y cargaba todo su peso en ella. Tras unos momentos de gruñidos y tirones, la puerta se abrió de golpe y Brady cayó de bruces. Sánchez lo atrapó antes de que tocara el suelo.

Vaya, debía de ser agotador pasarse la noche ahí dentro.

—¡Brady! —grité, abalanzándome hacia él; quería ser la primera en hablar con él para evitar que contara la verdad. Y entonces le vi la cara.

Papá me tiró hacia atrás y enterró mi cara en su pecho.

Pero era demasiado tarde.

Brady estaba amoratado y tenía los ojos muy abiertos y vidriosos; tenía la mirada perdida en el cielo. Nunca había visto un cadáver... al menos no en la vida real. Pero lo supe. Y el aullido de angustia de su madre me lo confirmó.

Estaba muerto.

Grité en el pecho de papá. No podía ser real. No podía estar pasando. Todo era culpa mía. Mía, mía y solo mía. Fui yo quien apartó a Brady de su rompecabezas. Fui yo quien quería jugar a la caza humana. Dejé de buscarlo. Y mentí.

Eché un vistazo a la familia de Brady. Su madre se había derrumbado en los brazos de su marido y Andrew estaba arrodillado junto a Brady, con el rostro contraído en señal de negación. Alargó la mano para tocarle el pelo a su hermano, pero Sánchez se lo impidió con el brazo. Se echó hacia atrás, tapándose la boca y sacudiendo la cabeza; perdido, impotente, como si no pudiera creerse lo que estaba sucediendo. No podía ser real. Pero sí. Lo era. Por un momento, Andrew me miró y la mirada torturada que vi en su rostro me llenó de un dolor inconmensurable.

—Ha sido un accidente —dijo papá con voz tranquilizadora—. Un accidente horrible.

Pero él no lo sabía. No lo sabía. Y yo nunca podría decírselo.

Hacía años que papá no me cogía en brazos, pero entonces lo hizo. Me recogió y me alejó del chico al que había matado.

35

A veces, cuando entierras un secreto, este se te clava en el corazón como las uñas ensangrentadas con las que arañas la tapa del ataúd mientras te asfixias bajo el peso de toda esa tierra compacta.

Pero ahora, después de todo este tiempo, alguien había desenterrado nuestro secreto... y quería atizarnos con la pala, uno a uno.

¿Quién narices podría ser?

Primero pensé en el propio Brady, como si fuera un giro inesperado típico de telenovela. Pero eso era imposible.

Había visto su cadáver.

Había estado en su funeral.

Había visto a su hermano, Andrew, leyendo el panegírico con voz monótona y los ojos como pozos llenos de desesperación. Me di cuenta de que su padre fulminaba al mío con la mirada, como si haber encontrado a Brady en aquel armario hubiese sido lo que le mató, cual gato de Schrödinger. Había visto a su madre perder la razón mientras bajaban el ataúd; su pelo ocultaba las lágrimas y los mocos que le resbalaban por la barbilla.

No se puede fingir nada de eso.

Además, le habían hecho una autopsia. La temperatura de aquella noche había bajado lo suficiente para que Brady sucumbiera a la hipotermia, pero se había asfixiado antes de morir congelado. Cuando se encerró en aquel armario de jardín, un trozo de tela de la sudadera de Matty se había quedado atascada en la cerradura y ya no pudo abrir. En un espacio tan reducido —apenas podría haberse movido— no tardó en quedarse sin aire y empezar a inhalar su propio dióxido de carbono.

Tal vez gritara pidiendo ayuda, pero estábamos demasiado lejos para oírlo. El jardín de los Nelson estaba fuera de los límites que nos habíamos marcado y tampoco habíamos querido aventurarnos en lo más profundo del bosque. Los Nelson no lo habían oído: Tom había perdido audición y Cheryl se había tomado un somnífero. Ambos durmieron toda la noche sin ser conscientes de nada.

Atrincherados en nuestra mentira, juramos guardar silencio. Nada de lo que hiciéramos podría cambiar el destino de Brady. Ya no podíamos hacer nada para salvarlo. Y con la verdad no íbamos a ganar nada tampoco.

Pensé que la culpa que nos roía por dentro era suficiente castigo.

Al parecer, alguien no estaba de acuerdo.

Pero fue un accidente. Un accidente, por Dios. Mientras miraba el anagrama que acababa de resolver, se me ocurrió otro patrón. Una reacción alérgica. Un coche en marcha dentro de un garaje. Una caída desde un acantilado. Una llamada de broma que había salido mal. Hasta una inspección de taquilla en el peor momento. Todas esas cosas podían parecer accidentes.

Joder.

¿Quién más sabía que habíamos jugado a caza humana aquella noche? Yo nunca se lo había contado a nadie. Era evidente que Zoey tampoco... o no lo habría usado como chantaje. Obviamente, no podía preguntarles a Matty o a Akira si se habían chivado, y dudaba que Randall se hubiera ido de la lengua. Sinceramente, dudaba que nadie más en ese pueblo aletargado se preocupara lo suficiente para recordar lo que pasó. La familia de Brady se había mudado a California solo un mes después de su muerte.

Ojos que no ven, corazón que no siente.

Pensé en el hermano de Brady, Andrew, amable pero solitario. Me había regañado cuando fui a buscar a Brady para volver a casa de Zoey. Pero no sabía nada del resto. Además, había vivido en California todos esos años. Quienquiera que estuviera haciendo aquello nos conocía. Matty no anunciaba a los cuatro vientos su alergia a los frutos secos; sabía que la familia de Akira estaría fuera de la ciudad, que los padres de Randall eran diseñadores de sitios web y también conocía nuestra rivalidad con Fishman. Tenía que ser alguien de la zona. ¿O no?

Abrí Facebook. Siempre había evitado cotillear a la familia de Brady en las redes sociales porque no podía asumir que siguiera afligida y sufriendo por mi culpa. Porque yo había querido jugar a un juego. Ya era bastante complicado ir a cuidar a los niños de los Rao en la antigua casa de Brady; me daba la sensación de que las paredes me miraban con aire acusador por haber matado al niño que debería crecer entre ellas.

A veces me preguntaba cómo habría sido Brady de mayor. ¿Habría salido de su cascarón o seguiría siendo un alma callada y creativa? Era una tortura ser consciente de que ya nunca lo sabría, y que era mi culpa. Empecé a distraerme con los videojuegos, sumiéndome en

mundos virtuales durante horas, hasta que descubrí *MortalDusk*, un reino de fantasía en el que podías mejorar y regenerarte de forma infinita. No podías ganar de verdad, pero tampoco podías morir de verdad. Nada era permanente.

No como lo que había hecho. Eso era lo más permanente que se puede hacer.

En Facebook había un montón de resultados para Andrew Cullen, pero ninguno coincidía: todos eran demasiado viejos o demasiado jóvenes. Fui a coger el móvil para buscarlo en Instagram, pero entonces me acordé de que estaba junto al cuerpo roto de Akira. Me estremecí. ¿La habrían rescatado ya? ¿Se había... recuperado? Ahogué un sollozo, negándome a dejarme llevar por el dolor. Tenía que concentrarme.

¿Y su madre, Marcia Cullen? Busqué y no obtuve resultados. Pero sé que en algún momento tuvo un perfil en Facebook. Recuerdo que mamá le dijo a papá que había vuelto a publicar en Facebook un año después de la muerte de Brady, pero que le incomodaba escribirle después de haber perdido el contacto. Quizá fuera un perfil privado. De ser así, tal vez mamá siguiera siendo su amiga allí, aunque rara vez entraba a Facebook después de que papá se fuera. Me percaté de que su portátil seguía sobre mi cama, donde lo había dejado antes. Me abalancé sobre él, abrí Facebook y *voilà*: ya estaba conectada.

El perfil de la señora Cullen apareció enseguida; seguían siendo amigas. Era inconfundible en su foto de perfil, con su pelo rojo intenso, aunque se había cortado los rizos y llevaba una media melenita muy elegante. Sonreía a la cámara, aunque sus ojos tenían una mirada lúgubre y lejana. El post más reciente era un meme tonto...

—Ay, no. —Los comentarios eran todos condolencias, como «Descansad en paz, Marcia y Nate». Se me cayó el alma a los pies mientras los leía y asimilaba lo que había pasado: habían muerto en un accidente de coche unos ocho meses antes. Algunos de los mensajes eran de buenos deseos para Andrew —o bien no iba en el coche o había sobrevivido al accidente—, pero ninguno enlazaba con otro perfil, ya que no tenía ninguno.

Vaya. Eso significaba que Andrew estaba solo ahora. ¿Tendría abuelos? ¿Tías o tíos, quizá? Era unos dos años mayor que nosotros, es decir, ahora tendría dieciocho o diecinueve. Se habría graduado en el instituto la primavera pasada, así que estaría en la universidad, si es que había ido.

Hice clic en las fotos recientes de Marcia. La última era con su marido, Nate, un mes antes de su muerte. El hombre tenía más

entradas y se había cambiado las gafas de montura metálica por unas de carey. La foto anterior era de la graduación del instituto de Andrew. Sus padres estaban junto a él con su toga y birrete, cerca de las gradas donde acababan de celebrar la ceremonia...

Pero. Qué. Coño.

Entrecerré los ojos para fijarme mejor en Andrew. El pelo castaño y despeinado le llegaba hasta la barbilla y no llevaba gafas, pero... esa mandíbula marcada. La ligera curva del labio. Aquellos ojos de mirada penetrante a través de la pantalla. Sentí un escalofrío tan fuerte que era como si alguien me hubiera metido nitrógeno líquido en las venas.

Se parecía mucho a Dylan.

No. Eso era imposible.

Se me hizo un nudo en la garganta mientras me desplazaba hacia atrás en el tiempo. Marcia no publicaba con frecuencia
y, cuando lo hacía, solían ser memes, pero en las pocas fotos de Andrew se veía cómo había adelgazado con el tiempo. Al perder volumen, se le marcaban los pómulos y se le había afilado la mandíbula. Incluso le había cambiado un poco la nariz, que ahora era más fina.

Y esos ojos...

Acerqué la imagen todo lo que me permitía el navegador. Ojos marrones. No grises. Pero el contraste podría deberse a la iluminación, a un filtro o algo así. Su intensidad, la forma en que se arrugaban por el rabillo, el pequeño lunar junto al ojo izquierdo... el parecido era más que asombroso. Era idéntico. Me agarré al edredón; de repente sentía que todo se había puesto patas arriba.

No.

No.

Dylan era Dylan. No Andrew. Era un chaval de dieciséis años que iba al instituto, era sarcástico e inteligente, quería ir al MIT y vivía con su padre cerca de...

De hecho, no sabía dónde vivían. Siempre quedábamos en mi casa o en la de Matty. Y no conocía a su padre... Trabajaba muchas horas y solía ir a ferias literarias de otros estados y al extranjero. Al menos, eso nos había contado Dylan. Y su madre había muerto en un...

—Accidente de coche —dije con la voz entrecortada. Dios mío. Me lo había dicho la última noche.

Sin embargo, tal vez los dos hubieran muerto en un accidente de coche —cinco años después de que su hermano pequeño pereciera en otro accidente extraño— y se había quedado solo.

Puede que se hubiera cortado las greñas, se hubiera comprado ropa más elegante y se hubiera puesto esas gafas con montura de

carey... como las del señor Cullen. ¿Eran las mismas? Tal vez era hacker —uno bueno como Zoey— pero lo mantuviera en secreto. Quizá se había mudado aquí fingiendo tener dos años menos, se había matriculado en nuestro instituto, se había unido a nuestro equipo y enterado de nuestras alergias, familias, miedos... y había conseguido que confiáramos en él.

Y luego...

—No. No. Rotundamente no —dije, retrocediendo en el *feed* de la señora Cullen y secándome la frente sudorosa. Nunca me habría dejado enamorar por un embaucador así. Lo habría reconocido. Seguro que el instinto me habría advertido.

«Siempre me ha costado entenderle». O eso creía. Tal vez mi instinto sí había sido correcto y me costaba entenderle porque no era él.

La publicación de Marcia de justo antes de la muerte de Brady era de él y Andrew resolviendo un rompecabezas en la mesita de centro. Noté como si me exprimieran el corazón; no había visto la cara de Brady desde aquel fatídico día. De la chimenea colgaban unos calcetines blancos de color rojo y en un rincón había un árbol de Navidad. El pie de foto decía: «Los mejores hermanos, los mejores amigos».

Me quedé mirando a Andrew. Eso no tenía ni pies ni cabeza. La profunda tristeza que vi en su rostro tras la muerte de Brady se me había quedado grabada a fuego y convirtió la seguridad y la felicidad de Caelyn en mi máxima prioridad, volviéndome así una hermana mayor sobreprotectora. ¿Cómo no había detectado antes ni siquiera un ligero parecido, cuando pensaba en aquella imagen tan a menudo? Quizá mi memoria había deformado sus rasgos con el paso del tiempo y los había vuelto borrosos e irreconocibles.

Agrandé de nuevo la foto de la graduación. No. No podía ser. Dylan y Andrew eran parecidos, nada más. Mucha gente tenía dobles. Había muchos chicos con arruguitas alrededor de los ojos y un lunar en ese mismo sitio. Estaba segura de que si hicieran inventario en el mundo de todos los que encajaban en esos criterios, habría unos mil. Tal vez incluso más. Había casi ocho mil millones de personas en el mundo. Estadísticamente hablando, era una coincidencia.

Además, había recibido un mensaje de An0nym0us1 cuando Dylan estaba justo delante de mí y en aquel momento él no tenía el teléfono en la mano. Y mucha gente muere en accidentes de coche. ¿No era una de las principales causas de muerte en los Estados Unidos? Que los padres de Andrew y la madre de Dylan murieran en accidentes de tráfico no significaba que fueran las mismas personas.

Mierda, ya no confiaba en mi propio juicio. Había sacado demasiadas conclusiones en el último día, perseguido muchas pistas falsas y perdido el tiempo a mansalva. Había atado a Zoey como una desquiciada porque ambas habíamos sacado conclusiones precipitadas.

Esta vez, necesitaba pruebas.

En mi portátil tenía abierto el perfil de An0nym0us1 en Reddit. A estas alturas, tenía que suponer que no me lo había hackeado; de lo contrario, ya se habría puesto en contacto conmigo. Pulsé el botón del chat y apareció la ventanita. Podía enviar un mensaje a An0nym0us1 y a Dylan al mismo tiempo...

¡Ah! ¡El *widget* de emparejar IP de Zoey! El que creó para encontrar al trol. Lo había guardado, ¿verdad?

Sí, ahí estaba. Hice un esfuerzo para recordar los pasos. Tenía que subir dos imágenes, luego enviar una a An0nym0us1 y otra a Dylan. La herramienta registraría las direcciones IP de quien la abriera y, si coincidían, sabría que eran la misma persona. Así de fácil. Así de eficaz. Tendría que haber caído en eso antes. Me embargó el arrepentimiento al pensar en Zoey y lo lista que era. Recordé que solíamos comunicarnos sin palabras cambiando los colores de las luces de nuestra habitación. Con algo de astucia por mi parte, podría haber dado con la forma de confiar en ella. Podría haber conseguido la ayuda de mi compañera de equipo. La ayuda de mi amiga. Pero no, dejé que la sospecha y el miedo se apoderaran de mí.

Era una paranoica.

Precisamente, Zoey había negado haberle dicho a Dylan que yo estaba paranoica y que estaba mal de la azotea, pero no la había dejado terminar. ¿Y si en realidad había sido al revés? ¿Y si era Dylan el que había estado sembrando la semilla de la desconfianza y haciéndome luz de gas todo este tiempo?

Lo sabría muy pronto.

¿Qué imagen debería mandarle a Dylan? Una foto al azar de un cachorrito o algo así sería demasiado obvio, así que hice una captura de pantalla de la página de Reddit, la subí al *widget* de Zoey y copié la URL que me devolvió. Luego escribí: «Por favor, no te enfades. Te lo puedo explicar» y pegué la URL. Enviado. Hice girar el bolígrafo mientras miraba el espacio en blanco donde aparecería la dirección IP.

Al cabo de un minuto, apareció una serie de números. Dylan había hecho clic en el enlace. Y al cabo de un momento:

¿QUÉ? ME LO PROMETISTE.

Un sollozo me trepó por la garganta al imaginar sus labios sobre

los míos. «Prométemelo», había dicho. «No me voy hasta que me prometas que no irás a vigilarlo».

Envió otro mensaje:

> ¿Dónde estás ahora? ¿Estás bien?

Estaba asustado. Preocupado. Podría ser todo paripé. Hice caso omiso del mensaje, subí una selfi reciente al *widget* de Zoey, luego creé rápidamente una cuenta falsa en Reddit y pinché en el panel de chat de An0nym0us1. Me temblaron los dedos cuando escribí: «¿Estás seguro de que es ella?», pegué la URL y envié el mensaje.

Volví a la aplicación de Zoey, esperé, girando el boli sin parar; los acontecimientos del día anterior me venían a la cabeza como si fuera una película.

Ayer por la mañana, Dylan salió de nuestra partida al *MortalDusk* en su Jeep. No vi que siguiera a Matty, no le pregunté si fue a Starbucks con todos los demás. Pudo haberme seguido hasta la escuela de Caelyn, secuestrarla, atarla y hacer los vídeos y fotos para enviármelos después. No lo había visto hasta la clase de cuarta hora.

¿Y el examen en su taquilla?

Podría haberse hecho la víctima para que no sospechara de él. Si ya se había terminado el instituto, le daría igual que lo suspendieran. Le daría igual faltar a clase. Había estado usando su Chromebook en clase de Historia; podría haber enviado esos mensajes a través de una aplicación, discretamente desde la última fila. Podría haber enviado un correo electrónico al señor Chen a través de mi cuenta. Podría haberme enviado la combinación correcta de la taquilla en el momento en que Chen le pidió que saliera al pasillo. Eso explicaría que llegara en el momento perfecto.

Luego, ya en casa, tuve que esperar a la siguiente serie de instrucciones de An0nym0us1, quizá porque Dylan estaba en el despacho del señor Chen mientras este intentaba ponerse en contacto con su padre. Lo intentó... y fracasó, claro, porque el padre de Dylan estaba muerto.

Dylan fue el primero en llegar después de que sacara los brownies del horno. Se comió uno enseguida, tal vez para demostrar lo «seguros» que eran. Se me heló el corazón. Dios, qué crédula había sido.

Y anoche, pudo haber dejado a Caelyn sola mientras todos dormíamos. Pudo haber programado ese mensaje para que viniera de An0nym0us1 justo después de colarse por mi ventana. Pudo haber sido él quien me dejara el móvil en el cargador. No yo. Y cuando me

ha sonado el teléfono esta mañana y me ha despertado, Dylan tenía el móvil pegado a su cara. Había supuesto que se había quedado frito con el teléfono, pero tal vez le había enviado a Akira un mensaje a través de alguna aplicación que le permitía suplantar mi identidad, me envió un mensaje como An0nym0us1 y luego se hizo el dormido. Después de marcharse, podría haberle dejado a Akira un mensaje de voz y haber hablado con ella, haciéndose pasar por mí. Cuanto más lo pensaba, más encajaba todo. Y a la vez no tenía ningún sentido.

Una dirección IP apareció bajo la foto de An0nym0us1. Coincidían. Los números coincidían.

An0nym0us1 era Dylan.

No era paranoia. Acababa de confirmarlo. Era un hecho.

Se me rompió el corazón en un millón de pedazos y salté de la silla, chillando mientras una rabia inmensa descongelaba el hielo de mi pecho. El escándalo asustó a Whiskers, que salió escopeteada de la habitación. Habíamos dejado entrar a este chico en nuestra vida. Lo habíamos acogido en nuestro equipo, nos habíamos hecho sus amigos, confiábamos en él. Había empezado a enamorarme de él. Pero después se había llevado a mi hermana. Me torturaba. Había matado a dos de mis amigos...

Alguien aporreaba la puerta principal. Me quedé sin aliento. ¿Sería la policía? ¿Habrían encontrado a Zoey maniatada? Quienquiera que fuera apenas esperó un momento antes de volver a llamar. Con persistencia. Con fuerza. Con rabia.

Sin pensar, cogí el cuchillo y salí al pasillo hasta la habitación de Caelyn para asomarme por la ventana. No veía la entrada de casa desde ese ángulo.

Pero el Jeep de Dylan estaba en el camino de entrada, aparcado detrás del coche de Matty.

Se me revolvió el estómago. ¿Cómo había llegado tan deprisa? ¿Estaría ya esperándome frente a la casa? Cuando le envié la captura de pantalla, debió de darse cuenta de que estaba en casa con el portátil. Debió de saber que lo había descubierto. Él estaba allí cuando atrapamos a Lucía. Quizá clicó en el enlace en Reddit como An0nym0us1 y luego se percató de lo que había hecho.

Sí, así es, cabrón. Lo he descubierto.

El odio, caliente y espeso, fluía por mis venas mientras él gritaba:

—¡Crystal!

Volvió a aporrear la puerta, y cada golpe me resonaba en los oídos. Al cabo de un minuto, oí crujidos en los arbustos bajo la ventana del cuarto de Caelyn. Debía de estar agazapándose para asomarse a la ventana del salón. Se me erizó el vello de la nuca. Esperaba que todas

las ventanas y puertas estuvieran cerradas con llave; siempre se me olvidaba. Apreté el cuchillo mientras Dylan se alejaba de la ventana y levantaba la vista hacia el segundo piso.

Me agaché, con el pulso acelerado. ¿Me había visto?

—¡Crystal!

Contuve la respiración mientras el ruido del follaje se desplazaba por los muros de la casa. Se estaba asomando a todas las ventanas. Me acurruqué en un rincón junto a la cama de Caelyn y me abracé las rodillas contra el pecho, agarrando la empuñadura del cuchillo con tanta fuerza que se me quedaron grabadas en la piel las marcas las uñas.

Dejé que me besara.

Volvió a llamarme desde el otro lado de la casa. Tenía las persianas bajadas, así que tampoco vería mi habitación. Pasaron varios minutos de silencio que me parecieron toda una vida... más minutos en los que Caelyn estaba herida y sangrando. ¿Le habría curado las heridas antes de dejarla sola para venir a por mí?

Me costaba respirar. Al final, se rendiría. Entonces podría seguirlo de vuelta a Caelyn. ¡Exacto! Me llevaría directamente hasta ella. Me incorporé como pude y miré por la ventana. Su Jeep seguía en la entrada. Podía conseguirlo.

Me escabullí a mi habitación para coger las llaves del coche y luego salí al pasillo a hurtadillas, con el corazón galopando desbocado mientras me asomaba por las escaleras hacia la puerta principal. Había una sombra detrás de la vidriera opaca y alcancé a ver la chaqueta de cuadros azules y blancos de Dylan por los remolinos translúcidos del cristal. Me pegué a la pared. Como me viera, ya no se marcharía. Me arrodillé y me asomé por la barandilla. Estaba andando de un lado a otro, titubeando, inseguro. Mi coche estaba en la entrada, pero como guardaba mi bici en el garaje, no tenía forma de saber si me había marchado. Sin mi móvil, no podría rastrearme.

Bien.

Que siguiera confundido. Yo ya llevaba todo el día desquiciada.

Al final, se quedó quieto y luego desapareció; tal vez se hubiera convencido de que no estaba en casa.

Bajé las escaleras con sumo cuidado y me apoyé en la puerta para asomarme a uno de los remolinos de la puerta. Joder, seguía allí. Estaba sentado en los escalones de la entrada, encorvado como si estuviera mirando el móvil. Me agaché, tapándome la boca, rezando para que no me hubiera oído.

Los escalones de madera crujieron. Si yo podía oír eso, seguramente él podría oír el golpeteo de mi corazón contra el pecho.

—¿Crystal?

Cerré los ojos, como si eso fuera a hacerme invisible, y contuve la respiración, encogiéndome de miedo contra la puerta. Si bajaba la vista, ¿me vería desde ese ángulo?

Whiskers maulló y la miré deprisa; estaba en la puerta de la cocina, mirándome a los ojos. Sacudí la cabeza, esperando que entendiera mi mirada frenética y supiera que debía marcharse, fingir que no estaba aquí. Pero no; se acercó trotando, pensando que me había puesto a su nivel para jugar. Frotó su cuerpecillo peludo contra el mío, dándome un abrazo de gato mientras yo permanecía inmóvil, aterrorizada, con los tobillos agarrotados de estar arrodillada y conteniendo la respiración.

Algo chirrió por encima de mi cabeza. Contuve un grito y, al levantar la vista, observé impotente cómo giraba el pomo de la puerta.

36

Se me había olvidado cerrar la puerta con llave, ¿verdad? Siempre se me olvidaba. Mierda. Dylan giró el pomo hasta el tope y empujó. Pero la puerta no se movió. Resulta que sí me había acordado de echar el pestillo.

Sin embargo, si quisiera entrar de verdad, podría hacerlo. Podría lanzar una piedra a la ventana del salón o...

Pam. Golpeó la puerta con fuerza, como si sospechara que yo estaba agazapada. Contuve un grito y apreté los labios. Quería hacerme gritar. Quería que yo solita me descubriera. Whiskers se alejó rápidamente de la puerta, derrapando con las uñas de las patas traseras al doblar la esquina hacia el salón.

Oí que Dylan gruñía y luego su sombra desapareció mientras bajaba decidido por los escalones de la entrada. Debió de pensar que era la gata la que había hecho ruido.

Mi bolita peluda me había salvado.

Con las piernas temblando, me asomé al exterior. En lugar de dirigirse a su Jeep en la entrada, se desvió a la izquierda.

Hacia la casa de Zoey.

> Seguiré jugando sin ti.

No.

No.

No había podido cerrar la puerta principal de su casa. Podría entrar fácilmente y encontrar a Zoey en el sótano. Si era astuto —y lo había demostrado con creces—, la mataría sin tocar nada y serían mis huellas las que estarían por toda la escena del crimen. La furia se me hinchó en el pecho como lava a presión. La muerte de Brady había sido un accidente. ¿Cómo se atrevía a arrebatarnos la vida así?

Fui corriendo al comedor para ver mejor la casa de Zoey. Si la mataba, nunca podría disculparme. Al igual que nunca pude decirle a Matty lo que sentía. Más palabras no dichas. Más muerte. No podía permitir que sucediera. Pero si me enfrentaba a Dylan ahora, no

podría seguirlo hasta Caelyn y mi hermana quedaría atrapada durante Dios sabe cuánto tiempo, o peor aún, se desangraría, si es que no se había desangrado ya.

No. Tenía que pensar que aún estaba viva. Estaba viva y tenía que ir al hospital.

Lo único que alcanzaba a ver de Dylan era la manga de su chaqueta azul y blanca de cuadros mientras llamaba al timbre de Zoey; la musiquita apenas se oía a través de la ventana. ¿Había girado ya el pomo de la puerta? Gritó el nombre de Zoey, pero ella no podría oírlo desde el sótano insonorizado. ¿Le habría puesto un localizador a su teléfono? Yo lo había dejado sobre la mesa de la cocina al salir, porque no necesitaba otro móvil bloqueado. Me preparé para echar a correr si entraba. No podía dejar que le hiciera daño.

Pero al cabo de un instante, bajó corriendo las escaleras. Que él supiera, Zoey no tenía ninguna razón para evitarlo, así que debió de pensar que no estaba en casa.

—Gracias a Dios —susurré, y por primera vez le vi bien la cara cuando cruzó el jardín: tenía la mandíbula apretada, un rictus siniestro en los labios y el ceño fruncido. Frustrado. Tal vez algo preocupado. A fin de cuentas, le había salido el tiro por la culata.

Mientras Dylan se subía al Jeep y daba marcha atrás por el camino, yo me acurruqué en la puerta principal y me guardé el cuchillo en el bolsillo del abrigo, esperando que no traspasara la tela. Cuando saliera a la calle, tendría que darme prisa. La esperanza y el miedo se mezclaban en mi pecho: esto podría llevarme hasta Caelyn, pero ¿cómo narices iba a rescatarla?

Dylan esperó a que pasara un coche y accedió a la calle. En cuanto aceleró y desapareció de la vista, abrí la puerta de golpe y eché a correr hacia mi coche. Había dejado de llover, pero el camino estaba resbaladizo y había placas de hielo negro, y estuve a nada de caer. Llegué al Prius tambaleándome y salí a la carretera, pero ya se había ido.

—¡Joder! —Le di un golpetazo al volante. Sin embargo, cuando la carretera se curvaba, lo vi delante, parado en un semáforo en rojo. Reduje la velocidad a unos cuantos metros detrás de él. Si miraba el espejo retrovisor, me vería. Pero el semáforo se puso en verde y Dylan giró a la derecha sin poner el intermitente.

Le seguí, con las palmas empapadas de sudor, manteniendo cierta distancia entre nosotros. El siguiente semáforo se puso en ámbar. Solo habría tiempo para que Dylan pasara a toda velocidad. Encima, ese era de los largos: Caelyn y yo nos habíamos quedado atascadas allí el día anterior por la mañana. Esto no era una película de acción; no

podía saltarme el semáforo en rojo cuando arrancaran los coches que venían en la otra dirección, sorteándolos a todos entre bocinazos y derrapajes...

Pero Dylan aminoró antes de llegar al semáforo y giró hacia un largo camino de entrada.

¿Cómo? ¿Adónde iba? Desde la calle no se veía la casa, pero era la antigua propiedad de los Nelson.

Después de encontrar a Brady en su armario de jardín, los Nelson pusieron su casa a la venta, igual que los Cullen. Pero entre que la casa estaba para reformar y que los rumores sobre el niño que había muerto en el patio trasero acababan llegando siempre a los posibles compradores, les costaba horrores venderla; a diferencia de los Cullen y su casa más moderna.

Y entonces el señor Nelson falleció —cáncer, por lo que había oído — y la señora Nelson le siguió poco después. La casa había permanecido vacía desde entonces, y ahora pertenecía a su única hija, que vivía en Francia con su marido. Una vez oí a mamá y a Chantel hablar de ella, especulando que la estaba guardando para volver a vivir allí si alguna vez tenía hijos.

Acceder por el mismo camino de entrada no sería precisamente sutil, así que me detuve en el arcén y me acerqué a la casa a pie, ocultándome entre las sombras bajo los pinos que bordeaban el sendero. Al ver a Dylan, me escondí tras un tronco ancho. Él había aparcado en el viejo garaje e iba directo a la puerta principal.

Pero ¿qué narices...?

¿Había estado Dylan okupando la casa durante todo este tiempo? Siempre venía a mi casa en coche... pero esta estaba a un paseo de distancia. Nos había hecho pensar que vivía al otro lado de la ciudad, cuando en realidad estaba a la vuelta de la esquina.

Una vez dentro, me acerqué al porche a hurtadillas. Todas las persianas estaban bajadas, pero las lamas de una de las habitaciones estaban rotas y vi movimiento en el interior. Cuando subí las escaleras del porche, el escalón del medio crujió al pisarlo y me quedé petrificada. Sin embargo, el espacio entre las lamas rotas se iluminó y se oscureció, se iluminó y se oscureció de nuevo. Allí estaba. Caminaba de un lado a otro. No me había oído.

Lenta cual oso perezoso, llegué a la ventana y me agaché para mirar. Tenía el portátil abierto encima de un sofá azul desteñido y su expresión era seria; reparé en que apretaba los puños. No había nadie más. Caelyn debía de estar en el sótano. Los auriculares le chafaban el pelo alborotado —¿estaría escuchando hip-hop a tope por tanto estrés?— y, sin las gafas de montura de carey, se parecía al chico

huraño que recordaba de mi infancia. Ahora que sabía que era Andrew, no me podía creer que nunca le hubiera visto el parecido, que ninguno de nosotros nos hubiéramos dado cuenta.

Pero ¿por qué íbamos a hacerlo? Era como cuando te encuentras a un profe en el supermercado. Fuera del contexto habitual, cuesta reconocerlo.

Dylan estaba totalmente fuera de contexto. Nunca nos imaginamos que Andrew volvería al pueblo y mucho menos con un nombre y un aspecto distintos, que afirmaría ser dos años más joven, que entraría en nuestro equipo de eSports y que planearía un juego mortal para vengarse. Había estado a punto de dejar que este chico me robara un cachito de corazón mientras él pensaba robármelo todo. ¿Le había gustado alguna vez? Evidentemente, no. Había interpretado sus comentarios sarcásticos como coqueteo, pero resulta que eran fruto de un resentimiento real.

Se detuvo delante del portátil y se rascó la sien. El clásico gesto para pensar. Seguro que buscaba el modo de dar conmigo.

Pero yo lo había encontrado primero a él.

Si Caelyn estaba en el sótano, ¿podría liberarla delante de sus narices? El dolor de la muñeca me palpitaba a modo de respuesta, prueba fehaciente de mi torpeza hasta el momento. Me planteé las demás opciones.

Opción uno: enfrentarme a él, intentar razonar y disuadirlo de esa locura.

Opción dos: llamar a la policía. El teléfono de Akira seguía en mi coche. Pero como oyera las sirenas...

La brisa movió las campanillas de la puerta de entrada y me apartó los rizos de la cara. Y entonces capté el olor. Olía a huevos podridos. Hice una mueca de asco. ¿Qué era eso?

El olor sulfúrico me hizo recordar una clase de Química, la misma unidad sobre gases y seguridad en la que aprendimos sobre el monóxido de carbono. «El gas natural es incoloro e inodoro», nos había dicho el señor Ferguson mientras nos pasábamos un frasco de sulfuro de hidrógeno diluido. «Así que las compañías de gas hacen que el material huela a huevos podridos para que, en caso de una fuga, podáis detectarla».

Matty había hecho una mueca al olerlo.

—Puaj, huele a un millón de pedos.

El señor Ferguson se rio.

—Bueno, si alguna vez tu casa huele a un millón de pedos, díselo a tus padres enseguida o llama a emergencias. Y sobre todo, por lo que más quieras, no enciendas ningún fuego.

Y así olía ahora, a un millón de pedos.

¿Habría llenado Dylan la casa de gas natural? Si yo llamaba a la policía, él solo tendría que prender una cerilla...

Dios mío. Tenía que sacar a Caelyn de ahí. Ya.

Salí del porche para buscar las ventanas del sótano y tuve un *déjà vu* de cuando fui a casa de Jeremy Fischer, mientras pisaba las hojas muertas y la maleza, esperando que Dylan no me oyera. Detrás de la casa había dos ventanas que daban al sótano. Bingo. Limpié la mugre de una con el puño y me asomé. Estaba oscuro y no se veía gran cosa. El marco de la ventana era lo bastante grande para poder colarme, pero aunque pudiera girar mágicamente la cerradura de dentro, la ventana se empujaba desde la parte inferior, y no cabría por la mitad del espacio.

Tenía que romper el cristal. Busqué en el jardín trasero algún objeto contundente y luego corrí hacia el garaje. El Jeep de Dylan estaba aparcado dentro y pegadas a la pared del fondo había algunas cajas de cartón amontonadas. Aparte de eso, estaba vacío.

¿Y el armario de jardín? ¿El que estaba detrás del garaje, donde habíamos encontrado a Brady? ¿Seguiría ahí?

Se me entumecieron las puntas de los dedos y tragué saliva. Bueno, no perdía nada por echar un vistazo.

Rodeé el garaje y allí estaba, como hace años. El armario y la puerta de mis pesadillas... siempre corría hacia ella, tratando de salvar a Brady del monstruo que intentaba atraparnos a los dos mientras la distancia se alargaba entre nosotros y no conseguía moverme lo bastante rápido. ¿Por qué no se deshicieron de él los Nelson? Toqué la manilla y el frío metal me hizo estremecer. No quería pensarlo mucho para no acobardarme, así que abrí la puerta de un tirón, casi temiendo que saliera un cadáver.

Por supuesto, no había ninguno. Y dentro había exactamente lo que necesitaba.

Cogí el rastrillo y volví corriendo a la ventana del sótano. No había forma de hacerlo sin hacer ruido. Con suerte, Dylan no lo oiría por encima de lo que estuviera escuchando. Giré el rastrillo, lo eché hacia atrás y empujé el mango hacia la ventana, mordiéndome los labios por el dolor abrumador de la muñeca mientras el cristal se agrietaba y se hacía añicos tras unos cuantos golpes certeros. Me quedé paralizada, agarrándome la muñeca y prestando atención por si oía pasos acercándose.

Pero todo siguió en silencio.

Usé el rastrillo para quitar los fragmentos de cristal que quedaban en el marco. Por la ventana salió el penetrante olor a huevo podrido y

arrugué la nariz por la peste. Me puse en cuclillas y grité:

—¿Caelyn?

Sin respuesta. Junto a la ventana había una mesa de madera. Entré con las piernas por delante procurando no tocar los cristales rotos con las manos, planté los pies y luego salté al suelo. La habitación estaba enmoquetada y olía ligeramente a húmedo, como si hubiera habido una inundación en algún momento y no se hubiera secado bien. El olor sulfúrico se mezclaba con el del moho. En las paredes había archivadores metálicos anticuados y estanterías llenas de revistas y libros antiguos. Una escalera llevaba al piso superior y, a la izquierda, vi una puerta.

La abrí y casi tuve una arcada. El olor era mucho más fuerte ahí dentro. Entré en el cuarto sin ventanas. La luz ya estaba encendida.

—¿Caelyn?

La habitación estaba inacabada; había cajas y contenedores apilados contra las paredes de hormigón de imitación de ladrillo visto, como la que había detrás de Caelyn en las fotos y los vídeos, y como el sótano de Jeremy; paredes como esas debían de ser habituales en los sótanos inacabados. En un rincón había un trepador para gatos que hacía tiempo que no hacía las delicias a ningún felino y una casa de muñecas de madera casi tan alta como yo. Había una silla junto a la puerta, pero ninguna niña de trece años maniatada.

Estaba sobrepasada por la desesperación. ¿Dónde estaba?

Había otra puerta al otro lado del sótano y estaba abierta de par en par. Corrí hacia ella, pero me llevé un chasco enorme. Era un cuarto de servicio que solo albergaba la caldera y el depósito de agua. Oí un silbido bajo y noté una tubería doblada en un ángulo extraño. De ahí salía el gas. Puaj.

—Caelyn —susurré una última vez. Pero no estaba allí. Dylan debía de tenerla arriba.

Al final, no tenía más remedio que cruzar el salón.

Subí las escaleras de puntillas y puse la oreja contra la puerta. No oía pasos. ¿Habría dejado de pasearse Dylan? ¿Qué estaba haciendo ahora? Tal vez se hubiera marchado. Solo había una forma de averiguarlo.

Hecha un manojo de nervios, abrí la puerta conteniendo la respiración, con sumo cuidado para que no crujieran las bisagras, y salí al vestíbulo. La escalera principal estaba junto a la puerta principal. Tenía que pasar delante del salón. Me quedé quieta y agucé el oído.

Tap, tap, tap.

Estaba tecleando.

La frustración se apoderó de mí. Por muy sigilosa que hubiera sido hasta ahora, no había forma de pasar delante del salón sin que me pillara. Y, para detenerme, solo tenía que encender una cerilla y toda la casa ardería al instante. No me gustaban nada las confrontaciones, pero tenía que razonar con él. Tenía que convencerlo de que soltara a mi hermana.

Me acerqué sigilosamente al salón. Estaba sentado en el sofá con el portátil en el regazo. Con una última respiración profunda, levanté la barbilla y entré.

Eso sí que no se lo esperaba.

Se quedó con la boca abierta.

—¿Crystal? ¿Cómo...? —Se quitó los auriculares y, entrecerrando los ojos, buscó las gafas, que encontró en la mesita, y se las puso. Pero, evidentemente, no le hacían falta. Nunca las había necesitado—. Sabes dónde vivo.

—Obviamente.

Sacudió la cabeza, desconcertado. Luego relajó la postura, como si estuviera aliviado.

—Gracias a Dios que estás bien. —Dejó el portátil sobre la mesita y se puso en pie—. ¿Por qué no contestabas los mensajes?

Lo corté en seco.

—¿Dónde está Caelyn?

Ladeó la cabeza, frunciendo el ceño.

—Eh... ni idea. Dijiste que estaba de colonias, ¿no? —Empezó a acercarse a mí—. No me puedo creer que al final fueras a espiar a Fishman...

—¡Basta! —Di un paso al lado para alejarme—. Déjate de historias, ¿vale?

—¿Qué historias? —Tenía los ojos grises muy abiertos, casi suplicantes—. Crystal, te he buscado por todas partes. ¿Te has enterado de lo de Akira? —Akira. Noté un nudo en el pecho. Akira estaba muerta, ¿verdad? Este puto sociópata la había matado—. La han encontrado al fondo de...

—¡Para ya! —La duda me corroía, pero me negaba a dejarme llevar por ella. Me había equivocado con Zoey, pero esa vez sabía la verdad. Había visto pruebas. No pensaba permitir que me engañara más—. Sé que te la llevaste.

—¿A quién? ¿A Akira?

—¡No, a Caelyn! Suéltala, ¿vale? No le diré a nadie lo que has hecho. Asumiré la culpa de todo. Puedes matarme a mí si quieres, pero, por lo que más quieras, deja marchar a mi hermana. Ella no tiene nada que ver con...

—Pero ¿qué...? —Los ojos grandes y redondos de Dylan eran como monedas de plata—. ¿Por qué iba a matarte? ¿De qué narices hablas? ¿Crees que me llevé a tu hermana? ¿Crees que la... secuestré? —Se pasó una mano por la cara—. ¿Cómo puedes pensar eso? Crystal, me conoces. Sabes que nunca haría algo así.

—Sí te conozco, sí. —Temblaba entera y no de miedo, sino de rabia—. Sé exactamente quién eres, Andrew.

Al oír el nombre se quedó quieto como una estatua, salvo por el sutil ascenso y descenso del pecho.

—¿Y bien? ¿Dónde la tienes? —insistí—. ¿Dónde está?

Hubo una larga pausa mientras me escudriñaba, como si yo fuera un cubo de Rubik y buscara la secuencia para resolverme. Abrió los ojos desorbitadamente un instante al darse cuenta de que no había solución posible.

Entonces apretó la mandíbula.

—¿Por qué crees que te lo diría? Todavía no has ganado.

37

Lo primero que se me ocurrió fue darle un puñetazo. ¿Cómo de fuerte tendría que lanzar el puño para dislocarle esa mandíbula angulosa? Pero no lo hice; me limité a cerrar el puño y le dije:

—Si crees que voy a seguir jugando a este juego psicótico, lo llevas claro.

Se rio.

—¿Sabes qué? Estoy un poco impresionado. ¿Cómo me has encontrado?

—¿Qué tal si yo hago las preguntas? ¿Dónde está mi hermana? —Pasaba de razonar con él.

—Cálmate, ¿vale? Está bien. —El alivio se extendió a través de mí como una corriente fresca sobre la hierba seca... hasta que alguien dobló la manguera. ¿Cómo podría creerme una sola palabra de lo que dijera?—. ¿Y bien? —preguntó—. ¿Cómo lo has descubierto?

Entonces fui yo quien se echó a reír.

—Hiciste un anagrama con el nombre de Brady. ¿Lance Burdly? ¿En serio? —Le observé un tic en la mejilla y maldijo en voz baja—. ¿No caíste en que me daría cuenta?

—No tan deprisa. —Se frotó la nuca—. Pensé que tal vez algún día, en la cárcel, atarías cabos, pero... —Así que era cierto: quería inculparme—. Aun así, ¿cómo supiste que era yo?

—Dejaste activa la página de Facebook de tu madre. —Tuve que contenerme para no añadir «gilipollas» a la frase—. Y había fotos.

Enarcó las cejas y se sacó el móvil.

—No lo entiendo —continué—. ¿Cómo pudiste planear todo esto de una forma tan perfecta y olvidarte de eliminar su perfil de Facebook?

—Si crees que esto ha salido perfecto, la loca eres tú —murmuró sin mirarme, concentrado en el teléfono con los dientes apretados. Metí la mano en el bolsillo delantero y agarré la empuñadura del cuchillo.

Podría apuñalarlo ahora mismo.

Pero si retenía a Caelyn en otro lugar, necesitaba que me dijera

dónde.

Además, aún no estaba segura de poder apuñalar a otra persona, por mala que fuera. Pensar en la sensación de la hoja al encontrar resistencia —la piel, luego el músculo, luego el hueso— me hizo subir la bilis a la garganta.

—No lo veo —gruñó.

—Es un perfil privado. Mi madre sigue siendo amiga de ella en Facebook. —Me reí—. Las redes sociales han frustrado tus planes, ¿eh? Siempre dijiste que lo echaban todo a perder... Supongo que tenías razón.

Su rostro se volvió pétreo y, tras unos instantes, dio una patada al sofá.

—¡Mierda!

Volví a correr hacia la puerta. ¿Cómo me había tragado el cuento de este psicópata? Confiaba en él. Lo había estado tranquilizando después de saber que lo echaban del instituto mientras él se comía el primer brownie y se hacía el vulnerable. Le conté que Zoey había hecho trampas cuando ni siquiera se lo había dicho a los demás, mis amigos de verdad. Dejé que me abrazara mientras me dormía...

—Ah. —Percatarme de eso fue como si me echaran un cubo de hielo encima—. El chocolate caliente. —Lo había traído en un termo. Por eso me notaba la lengua tan seca, por eso sentía aquella pesadez en los párpados. Me había drogado. Así, no podía quedarme despierta para seguir investigando o pensando en estrategias. Y cuando me quedé dormida y puso a cargar mi teléfono, seguramente se echó su chocolate caliente en el termo.

Dejó el móvil junto a su portátil.

—Venga ya. Y ahora querrás que te cuente la jugada al detalle, ¿no?

Me sobresalté ante su tono displicente.

—No. Ya me la imagino. Solo quiero saber dónde está Caelyn.

Se limpió la frente con el dorso de la mano, exasperado.

—¿Crees que dejaré que os reencontréis tan fácilmente? Mataste a mi hermano.

Hice una mueca.

—No, fue sin querer. Fue un accidente. —Eso es lo que había determinado la policía. Buscaron huellas dactilares en el armario de jardín, pero las únicas recientes eran las de Brady. Nadie lo había metido ahí dentro. Por aquel entonces, pensé que al menos relacionarían la linterna con Zoey —Sánchez la encontró al fondo del armario, con el botón de encendido presionado pero las pilas agotadas —, pero no fue así. Zoey llevaba guantes cuando repartió las linternas.

La policía supuso que era de los Nelson, que Brady la había encontrado en la taquilla.

Lo que había llevado a Brady al jardín trasero de los Nelson seguía siendo un misterio para todos menos para nosotros. Al principio, estábamos convencidos de que alguien en el vecindario nos habría visto jugando en su jardín de noche o tenía cámaras de seguridad controlando la zona. Estábamos con la mosca detrás de la oreja, atentos por si nos descubrían.

Pero nunca nos descubrieron. Hasta ahora.

—No fue ningún accidente. Os vi —dijo Dylan. Andrew. Quienquiera que fuera.

Se me hizo un nudo en el estómago.

—¿Cómo?

—Os vi fuera, en el jardín de Zoey, pasada la medianoche. Sé que salisteis a jugar al escondite.

—A la caza humana —le corregí automáticamente.

—Lo que sea —espetó—. Y sé que fue idea tuya. Brady me contó lo que pasó cuando volvió a casa un rato. Que propusiste a los demás jugar a algo, pero ninguno lo quería en su equipo. Y luego, cuando me estaba quedando dormido, oí algo fuera... Erais vosotros, apiñados en el jardín trasero. Abrí la ventana para oír qué pasaba. Zoey quería convencerte para no jugar. Brady se quejaba del frío que hacía. Pero tú insististe y los obligaste a jugar.

El corazón se me heló por completo. Por eso me había elegido a mí para jugar a este juego letal.

Andrew sacudió la cabeza.

—Vi cómo os separabais para buscar un escondite. Pero cuando le tocó a él, no pudisteis encontrarlo, ¿verdad? Y os disteis por vencidos, lo dejasteis tirado. Lo hacíais sentir como un chicle pegado a la suela del zapato, como si no tuvierais más remedio que cargar con él. No os importaba una mierda.

Me estremecí. Siempre había intentado incluir a Brady, aunque no encajara. Y me caía bien, de verdad. Pero tal vez no lo había defendido lo suficiente cuando Randall lo picaba, cuando Zoey lo rechazaba, cuando Matty se mofaba de él, cuando Akira lo apartaba de sus ladrillos de LEGO. Tal vez sí era culpa mía. ¿Debería culpar a mi yo de once años por eso? ¿Hasta dónde se puede llegar para forzar una amistad?

—Creímos que se había ido a casa —dije—. Nos dijo que quería tenernos buscándolo toda la noche, así que pensamos que nos estaba troleando. ¿Cómo íbamos a saberlo?

—¡Podríais haberlo comprobado! Podríais haberle pedido ayuda a

un adulto.

—¡Era la una de la mañana!

—¡Sí, y encima hacía muchísimo frío! Y lo dejasteis morir solo. Y luego mentisteis sobre el tema. —Me encogí, tragando saliva con fuerza. En eso llevaba razón—. Eso fue lo que más me molestó. No flaqueasteis. No os entró el pánico ni siquiera después de saber que había desaparecido. Fuisteis tan convincentes que estuve a punto de creeros. Empecé a dudar de mí mismo. Pensé que Brady nunca se habría escabullido así; le daba miedo la oscuridad. Pensé que tal vez lo había soñado todo. Creí que si de verdad habíais estado allí fuera, diríais algo cuando comenzara la búsqueda. Pero después... después... —Se echó hacia atrás y supe que ambos nos estábamos imaginando a Brady, muerto—. Sé lo que vi. Os vi a todos ahí fuera con mis propios ojos. ¿Cómo pudisteis mentir así? ¿Cómo? —gritó con tanta fuerza que me sobresaltó.

—No... no lo sé. Fue algo impulsivo. Los padres de Zoey eran tan estrictos que la habrían castigado para siempre si supieran que habíamos salido de noche, así que la cubrí. Dije que Brady se había ido a casa en plena noche, pensando que era una mentira piadosa. Y cuando nos dimos cuenta... ya habíamos mentido y... —Me quedé sin palabras.

Hizo una mueca y negó con la cabeza.

—Pero cuando supisteis que estaba muerto, cuando supisteis lo que habíais hecho...

—Éramos unos niños. Estábamos muertos de miedo. No sabíamos en qué líos nos podíamos meter. Y él ya estaba muerto. Ya no podíamos ayudarlo.

Resopló con un deje burlón.

—Claro, pensasteis: «A la mierda, ¿qué más da? Así nos iremos de rositas».

De repente, algo no terminaba de cuadrar.

—No lo entiendo —admití—. A la mañana siguiente, cuando te diste cuenta de que no estaba... ¿por qué no dijiste nada?

Se puso rojo y se le marcó una vena en el cuello al tiempo que daba un paso adelante, con los puños cerrados.

—¡Su muerte no fue culpa mía! —gritó casi como si ladrara.

Volví a retroceder y tropecé con una vitrina. Las delicadas copas y platillos que había en su interior tintinearon.

—¡No he dicho que lo sea!

Al reparar en la expresión torturada y atormentada de Andrew, vi que él también se culpaba. Sabía que nos habíamos escapado. Podría habernos vigilado. Podría haberse asegurado de que su hermano

pequeño volviera a casa de Zoey. Podría haberles dicho la verdad a sus padres al momento. Pero no lo hizo. Se quedó dormido y a la mañana siguiente lo confundimos con nuestra mentira, tanto que había tratado de justificar lo que había visto. Y siempre había tenido un talante cortés y reservado; en aquel momento, debía de darle corte refutar nuestra mentira. Habrían sido cinco contra uno. Y cuando vio a Brady caer del armario, ya era demasiado tarde.

Era tan partícipe de nuestro secreto como nosotros.

Y la culpa lo había torturado, quizá incluso más que a nosotros, porque se trataba de su hermano. De estar en su lugar y ver que le pasaba algo así a Caelyn, nunca me lo perdonaría. Me habría odiado por no haber hecho todo lo posible para protegerla.

Que era exactamente lo que estaba haciendo él, darle la vuelta a la tortilla.

—Dy... Andrew, no fue culpa tuya.

—¡Ya lo sé! —gritó. Pero ¿lo sabía de verdad?—. Fue culpa vuestra, pero luego todos seguisteis con vuestra vida, felices, como si no hubiera pasado nada.

—No, qué va... —¿O sí? Zoey y yo pensamos bastante en ello, pero los demás se habían recuperado bastante rápido. Para ser justos, no eran vecinos de Brady. Apenas lo conocían. Aun así, ¿importaba eso? Un chico había perdido su vida por nuestra negligencia.

—Sí, claro que sí. Llevo años siguiéndote en Instagram. De hecho, tanto tú como Akira seguís mi cuenta falsa. —Se rio por la nariz—. Aficionadas. Y cuando empezasteis con los *streamings*, también los vi. Jugabais a vuestros jueguecitos, emocionados por los estúpidos torneos, como si no pasara nada.

Entonces, así era como había urdido un plan para colarse en nuestro equipo de eSports.

Di un grito ahogado.

—¿Fuiste tú quien empezó el rumor en Discord sobre los equipos de seis en el torneo?

Se echó a reír, con lo que básicamente me lo estaba confirmando.

—Ya sabía yo que querrías los detalles...

—Y por eso escogiste este fin de semana. —Me imaginé que era para que sospecháramos de alguien como Jeremy Fischer o alguien relacionado con *MortalDusk*. Sin embargo, era para que no pudiéramos jugar en el torneo. Tan cerca y tan lejos.

—¿Solo puedes pensar en eso? ¿En serio? —vociferó y yo me estremecí—. ¿Sabes? Llevo meses esperando que alguno de vosotros hablara de Brady, aunque fuera una sola vez. Pero ninguno habéis dicho nada. No hasta anoche. Cuando Zoey sacó el tema, pensé: «Por

fin! ¡Alguien se acuerda!». Pero te reíste y le quitaste hierro al asunto, joder. —Me señaló con un dedo—. Literalmente, dijiste que no pasaba nada.

Me agarré la garganta; ahora me daba cuenta de cómo debió de sonar.

—Claro que pasa. Solo intentaba cambiar el tema... para evitar que te enteraras. Tienes que entender que no solo guardamos el secreto para salir impunes. Nos dábamos asco por lo ocurrido y creímos que a cualquiera que lo descubriera también le pasaría.

—Mentira. Hacíais muchas otras cosas deleznables. Randall chincha y se ensaña con todo lo que se mueve. Matty iba de flor en flor, sin importarle una mierda ninguna tía. Zoey os engañó delante de vuestras narices durante semanas. Me encanta lo mucho que tardaste en darte cuenta, por cierto. Y Akira... bueno, también era cómplice, pero era la mejor de todos vosotros.

—Entonces, ¿por qué querías matarla?

—La has matado tú.

—No... —La pena me atenazaba la garganta y me costaba muchísimo hablar. ¿La daba por muerta o lo sabía seguro?—. Para nada. Se ha caído... Ha sido un accidente.

—Igual que Brady, ¿no? —Negó con la cabeza—. Te llevaste a mi hermano de casa, le hiciste jugar a ese estúpido juego.

—No lo obligué...

—Y luego no sentiste ningún remordimiento por dejarlo allí. Por eso Akira tenía que morir. Para que te doliera. Para que por fin sintieras una pizca de algo.

Sus palabras me dejaron sin aliento, como si me hubiera dado un puñetazo en la tripa.

—Claro que sentí remordimientos. Me... me ha torturado durante años.

—No como torturó a mi familia. Mi madre nunca lo superó. Estaba deprimida, preguntándose una y otra vez por qué acabó en aquel armario. ¿Lo perseguía algún pedófilo? ¿O fue un oso? ¿Estaba aterrorizado? Incluso se preguntaba si había huido de casa para no tener que ir a la iglesia, aunque no tuviera ningún sentido. Una vez le conté la verdad, para que dejara de torturarse. Pero no me creyó. Pensó que quería convencerla de que había muerto haciendo algo divertido... jugando a un juego. Siempre se imaginó lo peor. Murió pensando lo peor.

Así que eso era lo que le había hecho estallar. Imaginaba que tenía que ser un sociópata —alguien que no experimentara ninguna emoción o empatía— para hacerme participar en este juego sádico,

pero Andrew sentía emociones. La muerte de su hermano había sido traumática y, además de la culpa, lo atormentaba la injusticia de que saliéramos impunes; eso le reconcomía y le hizo recurrir a la venganza. Llevaba años dándole vueltas al asunto y la muerte de sus padres —que fallecieron sin poder pasar página y lo dejaron solo— lo empujó a poner sus planes en marcha.

—Pero ¿cómo has podido secuestrar a Caelyn? —pregunté—. Ella no tenía nada que ver con nada de esto. Nada.

Me señaló con un dedo.

—Pero ahora te sientes tan impotente como yo, ¿verdad?

—¡No le hice daño a Brady a propósito! —exclamé—. Pero tú has estado hiriendo, torturando, a una niña inocente. Y vas a matarla...

—No. ¡No soy un puto monstruo!

¿Cómo?

—¡Has cortado a mi hermana! Y, siento decírtelo, pero matar a dos personas es ser un monstruo de todas todas.

—Yo no he matado a nadie. Tú sí.

El corazón me dio un vuelco.

—Siguiendo tus instrucciones. Además, tú manipulaste los brownies y robaste los EpiPens...

Enarcó las cejas.

—¿Estás segura de eso?

De nuevo, trataba de hacerme dudar de mí misma. Pero no pensaba permitir que me engañara más. Quería hacerme sentir la culpa abrumadora que había sentido él durante años, pero no iba a dejar que apilara más piedras sobre mi pecho.

Clavó los ojos en los míos, unos ojos que me habían hecho sentir mariposillas esa misma mañana. Ahora eran como dagas plateadas que me atravesaban el alma. Había tanta rabia en ellos, tanto odio... Qué bien lo había ocultado. Se miró el reloj.

—Se te está acabando el tiempo. Y ya sabes lo que pasa si no ganas.

Se me revolvió el estómago.

—Y una mierda. Tu juego ha terminado.

—No sería justo dejarlo ahora, ¿no? —Cogió algo de la mesita y me lo dio. Un móvil prepago, como el que estaba en el fondo del lago Hanover—. Todavía nos quedan dos juegos. —Dos. Zoey y Randall.

—Pero el juego de Randall fue ayer...

—No —repuso Andrew—. Solo quería darle un susto. No pensé que sus padres llegarían antes de hora. Ni que a su padre le daría un ataque al corazón —murmuró, echándose el pelo hacia atrás, como si provocarle a alguien un ataque al corazón fuera un simple

contratiempo.

—No eres un buen diseñador de juegos, ¿eh?

—Bueno, un buen diseñador tiene que ser flexible. Tenía planeado el juego de Akira desde hace semanas, cuando nos contó que sus padres se iban de viaje a California. Pero como lo jodiste, tuve que buscar una alternativa...

Pensaba que salvarle la vida a Akira era una metedura de pata. De repente, me di cuenta de que no pensaba soltar a Caelyn, porque eso daría al traste con sus planes de inculparme. Mi hermana le contaría a la policía que alguien la había secuestrado y que me habían obligado a hacer todo eso. Ninguno de sus planes funcionaría si la dejaba ir. Tenía que matarla.

Durante todo este tiempo, había estado jugando un juego imposible de ganar.

—Nunca te saldrás con la tuya. —Agarré el teléfono con tanta fuerza que pensé que lo aplastaría—. Le diré a la policía lo que has hecho y quién eres en realidad.

Se encogió de hombros.

—No te creerán. Cuando les cuentes tu «teoría» sobre mí —hizo el gesto de las comillas con las manos—, tendrás que decirles lo que le hiciste a Brady. Entonces sabrán que eres una mentirosa. Y aunque investiguen, no hay pruebas físicas de que yo sea Andrew. En California no queda nada suyo. No hay nada que coincida con el ADN. Además, usó su pasaporte para ir a Europa. Se fue de mochilero durante un año... a saber dónde puede acabar. —La forma en que hablaba de sí mismo en tercera persona, como si se hubiera disociado completamente de su persona, me hizo estremecer.

—¿Te... te fuiste a Europa primero? ¿Antes de venir aquí?

—No. Pero el tipo que compró el pasaporte de Andrew sí. —Dios mío, había pensado en todo—. No, la policía no podrá probar nada. Pero tú... ¿todas las cosas que has hecho? Podrán demostrarlo todo.

—La gente me creerá a mí antes que a un chico que se acaba de mudar a la ciudad.

—¿Crees que pienso quedarme para convencerlos? —Le brillaban los ojos con un destello pícaro—. Ser otra persona es más fácil de lo que crees.

—Si desapareces, tendrán más motivos para creerme a mí.

—No si la gente piensa que también me has matado. —Andrew olisqueó el aire y entones caí en la cuenta. El gas natural. Me había acostumbrado rápidamente al olor. Pensaba volar la casa para fingir su propia muerte. Pero ¿a la policía no le parecería raro que no pudieran encontrar su cadáver? Creía que en los incendios siempre

encontraban algo; huesos, por lo menos. Tal vez estuviera equivocada. ¿Podrían cotejar el ADN de las cenizas? No sabía mucho sobre esas cosas.

—¿Cómo explicarás que tu padre no exista? —pregunté, desesperada por encontrar lagunas en su plan.

—Porque nadie más que tú y tus amigos creen que mi padre existe. He alquilado este lugar yo solo. Me matriculé en el instituto como menor emancipado. El señor Chen, los profesores, todo el mundo cree que soy un huérfano cuyos padres me dejaron suficiente dinero para mantenerme. Lo cual es totalmente cierto. Solo creen que tengo dos años menos de los que tengo en realidad. Iba a primaria cuando nos mudamos, así que los profesores tampoco me reconocen. —Eso significaba que, una vez «muerto», nadie lo enterraría ni lo buscaría siquiera si la policía no encontraba sus restos.

No tenía absolutamente nada que perder, ni huellas que limpiar.

—Bueno, pues... —dijo Andrew, que volvió a mirarse el reloj—. Hay que seguir jugando.

—No. Paso. No pienso matar a nadie más.

Se sacó algo del bolsillo —un mechero Zippo azul— y lo abrió, presionando el pulgar de forma amenazante sobre la ruedecilla.

—Si no juegas, ella muere. Y supongo que nosotros también.

Se me cortó al respiración. Caelyn sí que estaba en el piso de arriba.

Pero Andrew ya había revelado sus intenciones. Iba a huir y empezar una nueva vida. Nunca volaría la casa con él mismo dentro. Tampoco quería matarme; quería que viviera con la culpa y que sufriera tanto como él.

Era el momento de subir la apuesta.

Antes de que pudiera detenerme, le lancé el móvil prepago a la cabeza con toda la fuerza que pude y salí corriendo del salón.

38

Tardé diez segundos en subir las escaleras. Diez segundos como máximo, poniendo un pie delante del otro y subiendo los peldaños de dos en dos. Pero me pareció una eternidad, como si el tiempo se estirara y ralentizara como en una de esas pesadillas recurrentes en las que la distancia hasta mi destino se alarga hasta el infinito mientras un monstruo me persigue.

Al final resultó que la vida real podía ser tan terrorífica como las pesadillas... con monstruos incluidos.

—¡Caelyn! —grité. Andrew me pisaba los talones. Antes de poder abrir la puerta más cercana, me agarró del brazo izquierdo, justo por encima de la muñeca herida, y me empujó hacia la pared. El brazo me ardió del dolor. Tuve que hacer acopio de todas mis fuerzas para no llorar. No quería que me viera débil. No cuando estaba tan cerca de llegar hasta Caelyn. Casi podía notar su presencia. Estaba tan cerca—. Cael...

Andrew me tapó la boca y me inmovilizó contra la pared con el antebrazo. Intenté zafarme de él, pero cuando me apoyó la punta metálica del mechero contra la mejilla, me quedé paralizada.

—No te muevas o moriremos todos.

Me estremecí al notar el frío metal e, involuntariamente, me aplasté contra la pared como preparándome para una explosión. Pero sabía que iba de farol. No acabaría con su propia vida solo para evitar que yo llegara hasta mi hermana. Su desenlace no era este. Me enderecé y dije con su palma aún tapándome la boca:

—Y una mierda. —Incluso con la boca tapada, se me entendió perfectamente. Le sostuve la mirada y deseé poder expresarle toda mi rabia con los ojos.

Hizo rechinar los dientes; era como si librara una batalla mental. Con el rostro tan cerca y sus ojos grises a escasos milímetros de los míos, le vi un círculo sutil alrededor del iris. Llevaba lentes de contacto. Lentes de color. Entonces, no era un filtro ni un efecto de la luz que en las fotos de Facebook tuviera los ojos marrones. Ya sabía que las gafas eran postureo, pero esta última treta me hizo vomitar

toda la rabia que llevaba dentro.

Había mentido en todo.

Me lo había arrebatado todo.

Lo había destruido todo.

Él no tuvo tiempo de reaccionar; saqué el cuchillo que tenía en el bolsillo con un solo movimiento y lo dirigí hacia el brazo que me inmovilizaba contra la pared. Mi objetivo era la piel que no llevaba cubierta por la manga del abrigo. Podía habérselo clavado en el estómago, pero no quería matarlo, solo quería liberarme y conseguir que soltara el mechero. La hoja le atravesó con facilidad la piel y el tendón.

—¡Aaah! —Retrocedió por puro acto reflejo y cuando retiré el cuchillo, la sangre me salpicó. Los dos gritamos: él de dolor y yo sorprendida ante tal cantidad de sangre.

Andrew se sujetó el brazo y soltó el mechero. Los dos contuvimos el aliento al verlo caer sobre la moqueta. Con la cantidad de gas que había en el aire, una simple chispa haría volar la casa por los aires.

Pero no pasó nada.

Nos lo quedamos mirando, respirando con dificultad.

Luego nos miramos el uno al otro.

Y nos abalanzamos sobre él. Yo estaba más cerca, así que lo cogí y me alejé, blandiendo el cuchillo. Él retrocedió. La sangre le chorreaba por el brazo y ya había dejado una mancha en el suelo beis. Debía de haberle cortado alguna arteria o algo así. Me siguió la mirada y soltó un bufido al darse cuenta del chorro de sangre que le llegaba al dedo anular y de ahí al suelo; parecía que no fuera plenamente consciente de lo profunda que era la herida. Quizá porque su cerebro estaba liberando sustancias químicas para bloquear el dolor. Se volvió a sujetar el brazo.

—Joder.

Aproveché la distracción y me precipité hacia la habitación contigua.

—¿Caelyn?

No estaba allí.

—Para... —Andrew quiso echarse encima de mí, pero levanté el cuchillo a modo de amenaza. Frunció el labio, frustrado, y mantuvo las distancias. Se lo había creído. Creía que sería capaz de hacerlo.

Y tenía razón.

Miré en todas las habitaciones y los armarios del piso de arriba en una especie de baile grotesco con Andrew, alejándolo con el cuchillo cada vez que se acercaba demasiado. Hasta bajé la escalera que daba acceso al desván, al final del pasillo, y subí lo justo para asomar la

cabeza y echar un vistazo rápido. Pero Caelyn tampoco estaba allí. Esto me recordó a cuando mis amigos y yo no encontrábamos a Brady; estaba muy cerca, pero no lo veíamos por ningún lado, como si se hubiera escurrido a otra dimensión a través de una grieta mientras contábamos hasta cien. Me paré y me agarré al marco de una puerta porque empezaba a sentirme mareada por el gas que había en el aire. Agucé el oído por si captaba algún ruido, algún movimiento, cualquier señal de que hubiera alguien más allí. Pero no había nadie. Caelyn no estaba allí.

No me hacía falta saber nada más.

Me giré hacia Andrew y levanté el mechero, lo abrí y coloqué el dedo sobre la rueda.

—Se acabó el juego, hijo de puta. —Si Caelyn no estaba allí, acabaría con ese juego allí mismo. Randall y Zoey estarían a salvo. Caelyn estaría a salvo... perdida, pero viva.

Andrew levantó las manos como si fuera a lanzarle una descarga eléctrica; me miró con los ojos desorbitados. La sangre le seguía chorreando de la herida del brazo y se la volvió a apretar con una mueca de dolor.

—Tú tampoco quieres morir.

—Obvio. Pero lo haré. Lo haré para salvar a mi hermana. ¿No me crees capaz de sacrificarme para salvarla? ¿Para salvar a mis amigos? Entonces has desperdiciado todos estos meses, porque no me conoces en absoluto.

Apretó los dientes, tratando de pensar en la forma de salir del entuerto.

—Juguemos a algo —dije, intentando usar un tono burlón, pero me temblaba tanto la voz que apenas pude pronunciar las palabras—. Se llama «Hacer explotar asesinos». Llama a la policía y explícales todo lo que ha pasado y exactamente dónde está Caelyn. Si no lo haces, los dos estallaremos. Tienes un minuto.

Hinchó el pecho, como si aguantara la respiración. Si confesaba ahora, no podría terminar el juego. Toda su cuidadosa planificación se iría al traste como un pantallazo azul de la muerte.

—¡Tictac! —grité, apretando más el mechero—. Cincuenta y cinco. Cincuenta y cuatro. Será mejor que cojas el móvil.

—Si te crees que me voy a entregar, estás como una puta chota.

—Si te crees que voy a dejar que te vayas de rositas, estás loco. Treinta y cinco, treinta y cuatro...

—No han pasado veinte segundos...

—¡Ahora, soy yo la que pone las reglas! —chillé. Me temblaba todo el cuerpo, pero estaba absolutamente dispuesta a hacerlo estallar

todo.

Frunció el ceño y miró escaleras abajo. Después miró la sangre que le corría entre los dedos mientras se apretaba el brazo. Luego me miró a mí. Calculando. Siempre calculando.

—De acuerdo. Voy.

Le seguí escaleras abajo, enseñándole el cuchillo por si se le pasaba por la cabeza intentar algo raro. Cuando llegamos al vestíbulo, vi que el móvil estaba junto al portátil, en el salón. Solo tenía que llamar a la policía y ese juego se terminaría. Yo no habría ganado del todo. No se podía ganar, no después de perder a Matty y a Akira o de provocarle un ataque al corazón al padre de Randall. No después de que Caelyn y Zoey acabaran traumatizadas, probablemente de por vida. Pero, al menos, todo habría acabado.

Pero a Andrew le fallaron las rodillas y se desplomó en medio del vestíbulo.

Di un salto hacia atrás, con el corazón en la garganta. ¿Qué narices pretendía hacer? ¿Me iba a agarrar por los tobillos? ¿Tirarme al suelo? ¿Quería quitarme el mechero?

—¡Levántate! —grité.

Alzó una mano ensangrentada y sacudió la cabeza como para despejarse.

—No... no puedo. —La sangre le goteaba del brazo y se arremolinaba en el suelo de madera. ¿Cómo podía haber tanta sangre? Miraba al vacío. Tenía la mirada perdida y asustada.

Me arrepentí de haberle apuñalado con tanta agresividad. Un pequeño corte hubiera bastado para que soltara el mechero. Pero me había dejado llevar por la adrenalina y la ira, y tenía tanto miedo de que me impidiera llegar hasta Caelyn que le había clavado el cuchillo con todas mis fuerzas.

¿Podría matarlo esa lesión?

No quería que muriera, ni siquiera después de todo lo que había hecho. Porque yo no era como él. Una muerte no justificaba otra muerte. Y la verdadera justicia sería vivir con la culpa de lo que había hecho.

Me arrodillé a su lado.

—Quítate el cinturón.

—¿Qué?

—Necesitas un torniquete. Quítate también la chaqueta.

Sus ojos se clavaban en los míos y me percaté de que se le había suavizado la expresión. Ahora parecía el Dylan que creía conocer.

—¿Quieres... quieres ayudarme?

—No soy un monstruo —le solté, repitiendo sus palabras sin darme

cuenta. Él me miró fijamente, sorprendido. No quería darle la impresión de que se merecía mi compasión, así que cambié de táctica —. Y no le podrás explicar la verdad a la policía si estás muerto. — Quería hacerme la dura, pero me temblaba la voz y las lágrimas se me acumulaban en los ojos.

De alguna manera, sentía pena por él. No creía su afirmación de que no era un monstruo —había matado a dos personas y pensaba matar a otras cuatro, quizá cinco—, pero la angustia, el dolor y la culpa lo habían convertido en uno.

Se quitó la chaqueta, gruñendo cuando la tela le pasó por encima de la herida.

—Está bien. —Las palabras de consuelo me salieron automáticamente de la boca y me lanzó otra mirada perpleja mientras intentaba desabrocharse el cinturón. Cogió aire entre dientes—. Déjame. —Dejé el mechero y el cuchillo detrás, fuera del alcance de Andrew, y le desabroché el cinturón. Se me encendieron las mejillas, más por la vergüenza y la incomodidad que por otra cosa, e intenté no pensar en el beso de esa mañana—. Una bufanda o algo similar sería mejor, para que el torniquete quede más apretado.

—No... no tengo ninguna, creo. Aunque quizá haya una en el piso de arriba.

—Da igual. —Tiré el cinturón de las trabillas. Era de ante, suave y flexible—. Creo que esto valdrá. —Lo coloqué alrededor de la parte superior del brazo y, en lugar de ajustárselo con la hebilla, hice un nudo tal como me había enseñado mamá. El torniquete tenía que estar apretado, muy apretado, para que funcionara. Hice un segundo nudo por encima del primero.

—Eh... —Miré a mi alrededor; el salón giraba más rápido de lo que yo movía la cabeza. Me estaba mareando, mucho—. Necesito un palo o algo parecido para meterlo entre los nudos y retorcerlo para tensarlo más. —El cuchillo era recto y firme, pero no quería arriesgarme a cortarme sin querer. Andrew estaba perdiendo sangre rápido, tan deprisa que estaba pálido y el charco que crecía debajo de él era sorprendentemente grande. Deshice el segundo nudo y ajusté el primero, procurando ejercer la suficiente presión en la arteria para detener la hemorragia.

Andrew se quejó por el dolor, pero dijo:

—Creo que funciona. —Aún parecía perplejo... y había algo más. ¿Arrepentimiento, quizá? ¿O eran imaginaciones mías? Me pregunté si Andrew habría acabado con el juego antes si me hubiera sincerado sobre Brady en mi habitación la noche anterior. Si él hubiera sabido cómo me reconcomía la muerte de su hermano, puede que para él no

me hubiera convertido en una villana frívola y superficial. En lugar de eso, había guardado el secreto, preocupada por si me juzgaba, cuando, en realidad, eso era lo que había estado haciendo todo el tiempo: juzgarme.

—Tendría que haberte contado la verdad sobre Brady anoche... —empecé.

—Sinceramente, no creo que eso hubiera cambiado nada —dijo él, como si, de algún modo, hubiese seguido mi línea de pensamiento—. No tienes idea de cómo te transforman los años de planear una venganza... —En aquel momento, no parecía tener miedo ni dolor. Solo parecía exhausto. Y pálido. Muy pálido. Casi podía simpatizar con su dolor. Casi. Pero lo que había sufrido, lo que había perdido, no era ninguna excusa para torturar a una niña de trece años... ni para asesinar gente.

Intenté hacerle un segundo nudo para mantener el primero en su sitio, pero no lo conseguía sin que el primer nudo se aflojara.

—Mierda, necesito un palo o algo así. —Tenía que haber algo en la cocina que pudiera aprovechar—. Vuelvo enseguida.

Fui escopeteada hacia la cocina. Junto a los fogones había una jarra llena de cucharas de madera, espátulas y un batidor de varillas. Cogí el cucharón más resistente y salí a toda prisa.

Andrew sujetaba el mechero.

«Mierda, mierda, mierda». Quería darme un pescozón. ¿Cómo había sido tan tonta?

—Es hora de un último juego —anunció Andrew en voz queda.

—No. Por favor...

—Es fácil. Una simple carrera de cien metros. Corre. Corre tan rápido como puedas. —Tenía el pulgar en la rueda del Zippo—. Tienes un minuto.

Me quedé con la boca abierta. Se rendía. No quería que lo pillaran. No quería ir a la cárcel, así que acababa con el juego. Quizá creía que iba a morir de todos modos.

—Pero ¿dónde está mi hermana? ¿Dónde está Caelyn?

Se le endureció la expresión.

—Vete a casa, Crystal. Cincuenta y nueve, cincuenta y ocho...

—No. No lo hagas. No lo termines así.

—Deja de intentar salvarme. Se acabó. No dejes que te lleve conmigo. Cincuenta y cinco, cincuenta y cuatro.

Se me cortó la respiración y lo miré una última vez. Tenía la piel amarillenta, con una expresión decidida, aunque profundamente derrotada.

Y corrí. Corrí porque no quería morir, porque sabía que Caelyn no

estaba en la casa y porque, de todas formas, no sabía cómo salvar a Andrew. Ni siquiera sabía si debía intentarlo. Corrí como si la tierra se hubiera partido en dos y el suelo tras de mí se hundiera en un vacío infinito.

No había llegado ni al final del camino de entrada cuando la casa explotó.

39

Me tapé los oídos y me agaché cuando el estruendo hizo temblar el suelo, lo bastante lejos para que la explosión no me lanzara al suelo, pero lo bastante cerca para notar el calor en la espalda. ¿Cuánto dolor insoportable habría sentido Andrew? ¿O había muerto al instante? De haber sido así, habría tenido suerte. Joder.

Estaba a punto de levantarme cuando algo enorme cayó a un metro de mí. Grité y me cubrí la cabeza; al cabo de un rato sin que cayeran objetos enormes del cielo, eché un vistazo para ver qué era. Tenía la respiración entrecortada. La puerta principal. Ostras.

Me incorporé con las piernas temblorosas y miré la escena. Las llamas ya se habían replegado hacia el interior de los escombros y unas espesas columnas de humo negro se elevaban desde la casa destruida. Parte de la estructura exterior permanecía intacta, pero la mayor parte se había derrumbado. Partes del revestimiento y del tejado cubrían ahora el césped; había tenido suerte de que no se me hubieran caído encima.

Nadie podría haber sobrevivido a eso. Andrew debía de estar muerto.

Una parte de mí quería llorar por la angustia, la parte a la que todavía le costaba aceptar que Andrew y Dylan fueran la misma persona. Otra parte quería arrodillarse, aliviada. Pero todavía no había recuperado a mi hermana. ¿Dónde podía estar? ¿Corría peligro de desangrarse? Andrew había perdido mucha sangre por una herida similar... y muy rápido.

Localicé el Jeep aparcado en el garaje adjunto, al que no había alcanzado la explosión. No me había molestado en mirar dentro antes.

Las puertas no estaban cerradas. Caelyn no estaba en el interior. Eso hubiera sido demasiado fácil, ¿verdad? Nada en las últimas veinticuatro horas había sido fácil. La mochila de Andrew seguía en el asiento del copiloto. La abrí. Seguramente, su portátil y su móvil personales se habían destruido en la explosión, pero el Chromebook del instituto seguía allí. Me había enviado todos aquellos mensajes como An0nym0us1 mientras estaba en la clase del señor Richardson.

Puede que en el portátil hubiera alguna pista sobre el paradero de Caelyn.

Lo abrí con dedos temblorosos. La pantalla se iluminó y apareció ante mí el campo vacío para introducir la contraseña. Cómo no.

Podía entregar el portátil a la policía, pero no sabía cuánto tardarían en descifrar la contraseña. Tenía que encontrar a Caelyn ahora mismo.

Había llegado la hora de hacer lo que debería haber hecho al empezar este juego macabro.

Había llegado la hora de pedir ayuda a mis compañeros de equipo.

Zoey balbuceaba y respiraba con dificultad mientras le desataba la bufanda que tenía alrededor de la boca.

—Joder. Estás llena de sangre.

—Ah, no te preocupes, no es mía —dije distraídamente mientras intentaba deshacer el nudo que le ataba la muñeca derecha a la silla.

—¡Peor me lo pones!

Di un respingo e hice una pausa con el nudo. Ya me tenía por una asesina, así que eso tenía mala pinta. Muy mala pinta.

—¿De quién es esa sangre? —insistió.

—De Dylan.

—¿Cómo?

—Por favor, escucha...

—¿Qué le has hecho a Dylan?

—¡Zoey, escúchame! En realidad, Dylan es Andrew Cullen. Él secuestró a mi hermana. Me hackeó el móvil e instaló la aplicación de la que te hablé...

—Espera... ¿Andrew Cullen? ¿El hermano de Brady?

—El mismo. Acabo de encontrar su escondite hace un rato... Él... esto... básicamente he tenido que defenderme de él.

Zoey me miró durante un buen rato y entonces soltó una risa aguda, casi maníaca.

—Dios mío. Te has vuelto loca.

Quería gritar por la frustración, pero lo entendía. La negación también había sido mi primera reacción.

—Es verdad, Zoey. Nos culpaba de la muerte de Brady. Si lo piensas bien... tenía una razón legítima para querer vengarse. No tenía nada que ver con *MortalDusk*...

—Pero me acuerdo de Andrew... Ni de coña son la misma persona.

—¿Cómo de bien te acuerdas? No coincidimos tanto con él.

—Ya..., pero Dylan nunca haría algo así. ¡Jamás!

—Lo siento. —Seguí enfrascada en el nudo—. Sé que te gusta.

—Qué va —dijo con rapidez. Con demasiada rapidez.

Giré la cabeza para mirarla.

—Pero le besaste...

—Venga ya. Estaba borracha. —En cuanto le solté la muñeca, se secó la barbilla con el dorso de la mano—. Kiki y Randall se habían emparejado y era evidente que Matty estaba por ti, así que... —Se le apagó la voz y se encogió de hombros. Así pues no intentaba robar a Dylan. Una vez más, solo temía quedarse sola. ¿Cómo no me había dado cuenta? Había sido una gilipollas egocéntrica.

Cuando le liberé la otra muñeca, me apartó de un empujón.

—¡Aléjate! —Y se inclinó para alcanzar el nudo que le sujetaba el tobillo derecho.

—No te voy a hacer daño. —Intenté acercarme a su tobillo izquierdo, pero me apartó de un golpe—. ¡Estoy diciendo la verdad!

—Ya, claro.

—Zoey, por favor. Necesito ayuda para entrar en el portátil de Andrew. Caelyn está herida y tengo que llevarla al hospital...

Me miró con recelo.

—¿Tienes su portátil?

—Sí... bueno, su Chromebook. —Fui a por la mochila, que había dejado junto a la puerta.

—¿Cómo lo has conseguido? ¿Cómo te defendiste? ¿Dónde está?

—Eso da igual. ¿Me ayudas? ¿Por favor?

—Sigo sin entenderlo —dijo mientras se liberaba el tobillo izquierdo. Movió ambos pies como si los tuviera agarrotados—. Si Dylan secuestró a Caelyn, ¿por qué no estaba allí?

Se me cayó el alma a los pies. De verdad esperaba que no estuviera allí.

—No lo sé. —Por la expresión de Zoey, sabía que aún no me creía —. Te estoy diciendo la verdad, te lo juro.

—Vale, ¿y qué te hace pensar que entrar en su portátil te ayudará?

—Espero que haya alguna pista de dónde está. Es lo único que tengo. Si no, estoy en un punto muerto. —Todavía parecía recelosa—. Sé que no tienes ningún motivo para confiar en mí, pero es cierto que Andrew se ha llevado a mi hermana. Y me ha hecho hacer todas esas cosas. Te lo juro. Siento haberte atado, no sabes cuánto. Pero, por favor, ayúdame a encontrar a Caelyn. Sé que puedes acceder más rápido que los polis. —Y le tendí el portátil.

Se empujaba el interior de la mejilla con la lengua, pensando en lo que había dicho. Seguro que se daba cuenta de que el pánico en mi rostro era real. Al final, cogió el portátil.

—Vale, está bien. Pero antes necesito beber algo.

—Gracias.

Seguí a Zoey a la cocina. Dejó el portátil de Andrew en la encimera y llenó un vaso con agua del grifo. Se lo bebió de un solo trago. Luego, lo volvió a llenar antes de abrir el portátil. Se requería una contraseña. Soltó aire entre los labios.

—De acuerdo. Esto debería ser bastante fácil. Necesito mi portátil y un pendrive. Y... ah. —Vio su móvil en la mesa de la cocina, donde yo lo había dejado antes, y se lo metió en el bolsillo antes de subir. Durante un momento, me planteé seguirla, me preocupaba que llamara a la policía. Pero entonces me acordé: An0nym0us1 estaba muerto. Ya no podía hacerle daño a Caelyn.

Zoey volvió al cabo de un rato con su propio portátil. Me senté frente a ella en la mesa de la cocina mientras se ponía a trabajar. Primero insertó el pendrive en su portátil y empezó a teclear.

—¿Qué estás haciendo? —pregunté.

—¿Quieres que me concentre o no? —me soltó.

—Lo siento.

—He escrito algunos códigos para descifrar contraseñas y cosas por el estilo —me explicó—, nada, pequeñeces. Pero primero tengo que hacer algunas modificaciones.

—Ah. —Mientras ella tecleaba, me acerqué a la encimera y cogí un bolígrafo que había junto a la lista de la compra de los Bloom y empecé a darle vueltas sin pensar. El estómago me rugió al mirar un bol decorativo lleno de manzanas y plátanos. No había comido nada desde el almuerzo del día anterior.

Zoey me seguía observando mientras trabajaba.

—No te voy a morder —dije.

Levantó la muñeca y me enseñó la delgada línea roja donde la había cortado sin querer; la piel de alrededor estaba hinchada y rosada.

—Por si acaso.

Me sonrojé.

—Lo siento...

—Lo que tú digas.

Unos segundos más tarde, sacó el pendrive de su portátil y lo insertó en el de Andrew; le temblaban los dedos. Después se cruzó de brazos.

—Ahora a esperar.

Me volví a sentar frente a ella otra vez. Las dos nos removíamos en la silla, incómodas, y evitando el contacto visual mientras pasaban los minutos. Tenía tanto que decirle, pero no sabía si me iba a creer. Al

final, pregunté:

—¿Cuánto va a tardar esto?

—No estoy segura. Depende de la complejidad de la contraseña... —Y justo en ese momento, alguien abrió la puerta principal.

—¡Zoey! —gritó su madre. El corazón me dio un vuelco.

—¡Aquí! —gritó Zoey a su vez—. ¡Mamá!

Sus padres aparecieron en la puerta, ella se levantó y corrió hacia los brazos de su madre.

—Ya está —la consoló su madre, que me miraba fijamente por encima del hombro de su hija—. Ahora estás a salvo.

El señor Bloom se colocó entre nosotras como una barrera.

—La policía está de camino.

Se me cayó el alma a los pies.

—¿Qué...? ¿Cómo...? —Debía de haber enviado un mensaje de texto a sus padres con el móvil o con el portátil y estos habían vuelto directamente desde la consulta dental. No intentaba desbloquear el portátil. No me había creído... ni siquiera un poco.

Y Caelyn aún estaba ahí fuera, en algún lugar, atada y asustada. Y nadie iba a ayudarme a encontrarla.

40

Intentar explicar todo lo que había ocurrido en las últimas veinticuatro horas era como intentar enseñarle a un gato a jugar al ajedrez, pero mucho menos adorable. Estábamos todos sentados en la larga mesa del comedor de Zoey, incluso Randall y Lucía, que habían aparecido poco antes de la llegada del jefe Sánchez, ya que Zoey también había enviado un mensaje a Randall por si sus padres no lo recibían. Sánchez intentó llevarme a comisaría, pero la historia empezó a salir por mi boca antes de que nadie pudiera convencerme de lo contrario y a pesar de que Randall me aconsejó que esperara a un abogado. Pero estaba tan desesperada por encontrar a Caelyn, desesperada por la ayuda de Sánchez, que lo conté todo, por incriminatorio que pudiera ser. Cuando terminé, a Lucía le llegaba la mandíbula al suelo, y Randall y Zoey estaban pálidos como fantasmas.

—A ver si he entendido esto bien... —Sánchez se acariciaba el bigote mientras miraba los garabatos ilegibles de su libreta—. Dices que Dylan era en realidad Andrew Cullen, el hermano de Brady, el chico que murió en el armario de los Nelson hace unos cinco años. Se matriculó en vuestro instituto con documentación falsa...

—Presuntamente —dije. De soslayo, vi que Zoey y Randall intercambiaban una mirada con los ojos muy abiertos. No sabía si era de sorpresa por la identidad real de Dylan o si pensaban que me había vuelto loca. Todavía no había explicado por qué Andrew habría hecho todo eso, solo que lo había hecho.

—Mmm... vale. Presuntamente. Asistió a dicho instituto durante unos seis meses y, entonces, secuestró a tu hermana y te envió por mensaje de texto las instrucciones que...

—No eran mensajes de texto —le expliqué por millonésima vez—. En algún momento, me instaló una especie de aplicación de mensajería en el móvil. Creo que lo controlaba todo desde allí. —Señalé el Chromebook. El pendrive de Zoey aún estaba insertado, pero no lo había tocado desde que llegaran sus padres—. Por favor, tenemos que encontrar a Caelyn...

—¿Cómo pudiste permitir que Matty se comiera esos brownies? —

De repente, Randall se metió en la conversación—. Sabías lo que iba a pasar y dejaste que pasara.

—No, no lo sabía. —No tendría que haberme precipitado con la historia; me estaba explicando fatal—. No tenía demasiado claro por qué tenía que completar cada prueba. No tenía ni idea de que los brownies estaban manipulados.

—Has dicho que Dylan te dijo que empujaras a Akira desde el mirador —afirmó Sánchez pasando a la siguiente página.

—Sí, esa vez las instrucciones fueron explícitas, pero normalmente no era el caso.

—Pero, aunque te dio la orden de empujar a Akira, ¿cayó por accidente? —preguntó el policía. Randall cerró la boca con fuerza, mirándome con semejante expresión de dolor que me partía el alma.

—Sí. Me quitó el teléfono para ver uno de los mensajes de An0n... Dyl... uf, Andrew. Pero no podía dejar que viera lo que estaba pasando. Intenté recuperarlo y nos peleamos por él y... cayó.

—¿Por qué no podías dejar que lo viera? —inquirió Randall.

—Ya os lo he dicho... Andrew dijo que mataría a Caelyn si le contaba a alguien lo que estaba pasando. ¿Qué habrías hecho tú si hubiera sido Nessa?

—No habría... —Pero se paró en seco y se puso un puño delante de la boca. La verdad era que no tenía ni idea de lo que hubiera hecho. Nadie sabe qué hará hasta que se encuentra en esa situación.

—Entonces, ¿por qué has atado a Zoey? —me espetó la madre de esta, enfadada—. Has dicho que entonces ya habías perdido el móvil. Nadie te obligó a hacerlo...

Di un respingo, pero Sánchez le tocó el brazo con suavidad.

—Señora, por favor, deje que me ocupe yo de esto.

Ay, Dios. Me iba a empapelar. Acabaría arrestada y en la cárcel. ¿En Vermont existía todavía la pena de muerte?

—¿Por qué no la arresta? —La señora Bloom me señalaba con un dedo—. Ha matado a dos de sus amigos y ha intentado acabar con mi hija...

—Yo no... —empecé.

—Un momento. —Sánchez levantó una mano—. Deberíais saber que... Akira está viva.

El corazón me dio un vuelco.

—¿Qué? ¿En serio?

—Joder. —Randall se inclinó hacia delante y se puso la cabeza entre las rodillas mientras Lucía, incómoda, le daba palmaditas en el hombro.

—Ha sido una caída muy aparatosa —continuó Sánchez—. Tiene

algunas heridas graves y puede que tarde bastante en volver a andar, pero está viva.

—Ay, gracias a Dios. —Cerré una mano y la coloqué sobre mi corazón.

—Encontramos esto cerca. —Sánchez nos enseñó una bolsa de pruebas con mi teléfono dentro—. Todavía funciona...

—¡Es mi móvil! —Me inundó una enorme sensación de alivio.

—Me lo figuraba.

Intenté cogerlo.

—Deme, le mostraré la aplicación de Andrew.

Él no lo soltó.

—Espera, esto son pruebas en un intento de homicidio...

—¡Por favor! —Estiré más la mano—. Deje que le enseñe la aplicación. Puedo probar todo esto.

A Sánchez se le hincharon las fosas nasales, pero me pasó la bolsa. Sin embargo, me detuvo cuando empecé a abrirla.

—No lo saques de la bolsa.

Oh. A través del plástico, accedí a la pantalla de inicio buscando el icono con la serpiente plateada enroscada alrededor de un micrófono.

No estaba.

—Espere... —Pasé por todas las pantallas, pero la aplicación no estaba allí. Era como si nunca hubiera existido—. No. No, no, no. ¿Dónde está?

¿Había hecho Andrew que la aplicación se autodestruyera o algo así cuando dedujo que el móvil se había despeñado con Akira? De ser así, habría borrado cualquier prueba de que alguien me había obligado a hacer esas cosas. Sabía que me había jodido al final, mientras tocaba la rueda del mechero anunciando la cuenta atrás, cuando parecía que había encontrado lo poco que le quedaba de humanidad. Sabía que cualquier prueba de mi inocencia se destruiría con él.

Todavía quería castigarme. Como si no hubiera hecho ya bastante.

Todo el mundo me miraba con escepticismo; las expresiones iban de la pena a la ira.

—¡Juro que estaba ahí! El icono era una serpiente envolviendo un micrófono. Lo juro por Dios...

Sánchez recuperó la bolsa, sacudiendo la cabeza.

—Por casualidad no grabarías tu conversación con Dylan, ¿verdad?

—No —susurré. Me percaté de que seguía sin llamarle Andrew.

—Error de novata, maja —repuso Randall sombríamente.

—No tenía forma de grabarlo, ¿no? —le solté.

—Ah, bueno —dijo Sánchez—. De todos modos, si lo hubieras

grabado a escondidas en su casa, tampoco lo hubieran admitido en un tribunal.

Tribunal. Iba a ir a juicio. Siguiente parada: la cárcel. Sin pasar por la casilla de salida, sin recoger los doscientos dólares.

—No lo entiendo —intervino el señor Bloom—. ¿Por qué haría algo así el chico de los Cullen?

Randall, Zoey y yo contuvimos la respiración a la vez. No obstante, tenía que decir la verdad. Mi mentira me había llevado hasta allí en primer lugar y quería creer que la verdad me sacaría de esta. Respiré hondo y le expliqué a todo el mundo cómo salimos a hurtadillas aquella noche para jugar a la caza humana. Conté que les mentimos a la mañana siguiente y todos los días desde entonces. Zoey miró con temor a sus padres, que me miraban a mí estupefactos—. Pero Andrew nos vio a todos allí fuera. Ha sabido la verdad todo este tiempo.

—¿Quéééé? —exclamó Randall. Seguía sin leer bien sus reacciones; no sabía si me creía o si pensaba que había inventado una gran mentira.

—Un momento... —Sánchez se rascó la barba descuidada—. ¿Crees que quería vengarse? —Mientras los adultos se centraban en mí, Zoey empezó a teclear en el portátil de Andrew a escondidas. Apretaba tanto los labios que perdieron todo el color. ¿Lo había desbloqueado? Quizá no fingiera y sí lo había intentado.

—No es que lo crea —repuse—. Lo reconoció. Todo: cómo le vendió su pasaporte a un chaval que se iba a Europa, cómo nos mintió sobre que vivía con su padre. Sus padres murieron en un accidente de coche hace unos meses.

—¿Marcia y Nate Cullen? —La señora Bloom contuvo la respiración—. Qué pena.

—¿No lo sabían? —pregunté—. ¿No son amigos en Facebook?

El señor Bloom negó con la cabeza.

—No tenemos Facebook.

Así no me ayudaban en nada.

—Dylan era un menor emancipado, creo —afirmó Sánchez.

—Pero sí nos habló de su padre —apuntó Randall—. Esa parte es cierta.

—Todo es cierto —declaré.

—Está bien —dijo Sánchez—, puede que mintiera sobre eso para encajar. Quizá no quería que le tuvierais lástima. —Me estremecí. ¿Tan decidido estaba en creer a un chico muerto cualquiera antes que a mí?

—Pero si hasta me comentó que iba a recoger a su padre a la estación esta mañana —expuso Randall—. Esa sí es una mentira bien

seria. —La esperanza brotó en mi corazón. Tal vez empezara a creerme después de todo.

—He entrado —dijo Zoey de repente y sacó el pendrive—. Tenía un programa aquí para descifrar la contraseña —le explicó a Sánchez.

El señor Bloom frunció el ceño.

—¿Cómo has conseguido algo así?

—Eh... yo misma he escrito el código. —Zoey se sonrojó; ahora sus mejillas hacían juego con las puntas teñidas de su pelo. Si podía hackear *MortalDusk*, crear un descifrador de contraseñas era pan comido. Pero en lugar de parecer enfadado, su padre parecía impresionado. Zoey contuvo la sonrisa.

Sánchez señaló el portátil.

—Debería llevármelo para analizarlo...

Pero Zoey siguió tecleando.

—Deje que desactive la contraseña. —Tecleó un poco más—. Eh.

Se me aceleró el pulso.

—¿Eh? ¿Qué quiere decir ese «eh»? —¿Qué había encontrado?

—Bueno... no hay ningún archivo aquí.

Se me revolvió el estómago.

—Espera, ¿cómo?

Giró el portátil para que lo viera y me enseñó los archivos principales en el disco C. O la ausencia de ellos, vaya.

—Ha borrado el disco.

—¿Qué programas tenía instalados?

Negó con la cabeza.

—No hay nada. —Podía haber estado usando aplicaciones web todo ese tiempo, a las que podía acceder desde cualquiera de sus portátiles o su teléfono.

—¿Y qué hay del navegador? —pregunté, entrando en pánico—. ¿Hay algo en el historial de búsqueda?

Volvió a darle la vuelta al ordenador. Sánchez parecía tener un dilema, como si quisiera quitarle el portátil y seguir los protocolos. Zoey apretó los labios con fuerza mientras tecleaba. Entrecerré los ojos.

—No —dijo—. Han borrado el historial. Parece que Chrome es el único navegador instalado...

Por encima del hombro, al otro lado de la ventana, vi el coche de mamá acceder al camino de la casa. Ay, Dios. ¿Cómo iba a explicarle todo eso? Aquello la destruiría...

Pero, entonces, vi algo que hizo que se me parara el corazón.

Había alguien en el asiento del copiloto. Alguien de menor estatura que mamá. Alguien con dos trenzas que se balanceaban mientras

saltaba del coche.

Caelyn.

Estaba viva.

—Ay, Dios mío. —Antes de que nadie pudiera detenerme, crucé la puerta principal y salí al jardín—. ¡Caelyn!

Se dio la vuelta y me vio.

—¡Crystal! ¡Dios mío, no te vas a creer lo que ha pasado! —Casi veía cómo la historia burbujeaba en su interior, a punto de brotar. Era libre. ¡Libre! Pero entonces abrió los ojos desmesuradamente del miedo al ver que me seguía el jefe de policía—. Mmm, ¿qué...?

Me abalancé sobre ella y mi abrazo cortó su pregunta. Sollozaba entre su cabello mientras la sujetaba con fuerza. Estaba allí. De verdad. Olía a champú de fresas y su enorme pendiente se me clavaba en la mejilla. Era real y estaba viva. Viva. La solté para ponerle las manos en las mejillas, interiorizando todos los pequeños detalles... los ojos color avellana levemente agrandados tras las gruesas gafas, la naricita pequeña y redonda salpicada de pecas, las mejillas sonrosadas.

—¿Estás bien?

—Sí —asintió mientras yo le examinaba los brazos. No había cortes. No había heridas. Tampoco en el cuello. ¿Cómo? Se reía como si le estuviera haciendo cosquillas y le solté los brazos.

—Bobita. ¿Y tú estás bien? —La sonrisa se le volvió a borrar al ver la sangre de Andrew en mis manos y dio un grito ahogado. Caelyn no estaba cubierta de sangre. Tenía el cabello encrespado, como siempre, pero lo llevaba recogido en unas trenzas dobles que sabía que no sabía hacerse sola. Solíamos peinarnos la una a la otra. Llevaba unos leggins negros y ayer llevaba vaqueros. Y esos pendientes... no los recordaba.

Mamá cerró la puerta con un golpe.

—¿Qué pasa?

—¿Mamá? —pregunté con voz apurada—. ¿Dónde la has encontrado?

Pero lo sabía. Lo sabía, lo sabía, lo sabía.

—¿A qué te refieres? —repuso mamá. Sánchez se limitaba a observarnos con los brazos cruzados—. La acabo de recoger en la escuela. Casi me he tenido que llevar a una de sus nuevas amigas. Tessa, ¿verdad?

Caelyn asintió distraída, pues seguía mirándome las manos ensangrentadas.

—Tenías razón, Crystal... sobre lo de quitarle hierro...

—Has seguido mi consejo —dije. Su acosadora. Tessa. Le aconsejé que le quitara importancia a los insultos, a las bromas, que pasara. Y

ahora resultaba que se habían hecho amigas.

Porque Caelyn había estado en Frost Valley todo este tiempo.

No la habían secuestrado.

—¿Qué está pasando...? —Las palabras de mamá se desvanecieron a la vez que un zumbido agudo me inundaba los oídos y empezaba a ver puntitos marrones mientras caía de rodillas. Alguien me cogió antes de golpearme la cabeza contra el suelo, puede que fuera Sánchez, aunque me hubiera dado igual romperme en mil pedazos.

Había matado a Matty para nada. Había enviado un equipo de asalto a casa de Randall para nada. Había estado a punto de matar a Akira —y de dejarla tullida de por vida— para nada. Había atado a Zoey en plan maníaca para nada. Todo había sido absolutamente en vano.

¿Me lo había inventado todo? ¿Era Dylan, Andrew, real siquiera? ¿O tal vez fuera un producto de mi imaginación, una manera de luchar contra la culpa por haber matado a Brady después de que Zoey me chantajeara? ¿Tan desesperada estaba por proteger nuestro secreto, tan traumatizada había quedado, que busqué vengarme de mis propios amigos? ¿Se habría inventado mi cerebro toda esa increíble situación con An0nim0us1 para justificar mis actos?

Las voces a mi alrededor se mezclaban y sacudí la cabeza como si así pudiera encajar las piezas desperdigadas. Sánchez estaba de rodillas delante de mí. Me sujetaba por los hombros e intentaba mantenerme erguida. Decía algo, pero no oía las palabras. Analicé el rostro de todos los allí presentes hasta que vi a Zoey. Se cubría la boca mientras las lágrimas le resbalaban por la cara. Incluso Randall tenía los ojos llorosos.

—Chicos... —dije finalmente—. Dylan era real, ¿verdad? Decidme que era real.

—Pues claro que era real —convino Zoey. Pues claro. Zoey también sabía quién era, también Randall y Sánchez. Era real. An0nym0us1 era real. Todo había ocurrido de verdad. No lo había hecho yo. Eso era lo que Dylan, Andrew, quería hacerme creer.

Me había tendido una trampa. De algún modo, había fingido el secuestro de Caelyn.

—Lo juro por Dios, él ha hecho todo esto. No sé cómo, pero lo ha hecho. ¡Hay un rastreador! —Señalé hacia la gravilla donde había tirado el rastreador—. Me estaba rastreando, pero lo encontré en mi coche... —Sin embargo, Andrew había estado en la entrada de mi casa ese mismo día. Probablemente lo había cogido y se lo había llevado... y luego se había quemado con el resto de las pruebas. Lo tenía todo planeado desde el principio.

—¿Puede alguien decirme qué le ha pasado a mi hija? —gritó mamá.

—Lo siento, señora Donovan —habló Sánchez—. Le haremos una evaluación psicológica y se lo explicaré todo en comisaría...

Dejé de escucharlos; los ignoré a todos salvo a Zoey y Randall.

—Por favor. Tenéis que creerme. Fue Dyl... Andrew. Quería vengarse por la muerte de Brady. Me obligó a haceros daño a los demás. Me instaló una aplicación en el móvil... De alguna manera creó esos vídeos y fotos de Caelyn. Estaba atada y amordazada. Incluso había una foto de él cortándola. Kiki vio una de ellas... —Di un respingo—. ¡Eso es! ¡Akira vio una de las fotos! Justo antes de caer. Se lo podéis preguntar...

—Akira está en el quirófano ahora mismo —anunció Sánchez.

—Pero... pero cuando despierte, podrá decíroslo.

—Si se despierta... —repuso Randall. Cualquier atisbo de confianza en mí se había desvanecido en cuanto apareció Caelyn.

Lo miré con la boca abierta, indefensa, hasta que Sánchez me ayudó a levantarme y desprendió unas esposas del cinturón. Ahora, Caelyn lloraba y mamá le gritaba que me soltara, que tenía que haber algún error.

—Tiene que creerme —pedí, frenética. De repente, recordé algo—. Dylan te dijo que estaba paranoica, ¿verdad? —le pregunté a Zoey—. Que era mentalmente inestable. Te dijo eso, ¿verdad?

Tanto Zoey como Randall enarcaron las cejas. Les había dicho lo mismo a ambos, había jugado con ellos como piezas de ajedrez.

—Pues mira, él me dijo que tú le habías dicho a él que yo estaba paranoica. Le dio la vuelta a la tortilla. Quería enfrentarnos y ponernos en contra para que sospecháramos los unos de los otros. Para hacer que sospechara de mí misma. Me manipuló, Zoey.

Notaba el frío de las esposas contra la piel. Me rozaban los arañazos que me hice en el jardín de Fishman y hacían que me retorciera de dolor mientras Sánchez me llevaba hacia su coche patrulla.

—¡Yo no mataría a mis amigos! —grité, me dirigía sobre todo a Zoey—. ¡Tienes que creerme!

Pero, por supuesto, no me creía. La había atado en el sótano. Y lo había hecho yo solita, sin seguir instrucción alguna.

No tenía ninguna razón para creerme.

Y siendo sincera: ni siquiera yo tenía motivos para creerme a mí misma. Ya no sabía qué era real y qué no lo era.

Solo sabía que mi vida había terminado.

41

La gracia de haber estado obsesionada con los juegos toda tu vida es que sabes cuándo alguien juega contigo.

No me costó mucho imaginarme lo que había pasado. Y cuando Zoey vino a verme al reformatorio con la mochila a cuestas, supe que sabía que lo sabía. Solo tenía que conseguir que lo reconociera.

Llevaba ahí metida cuatro días, retenida sin fianza porque los cargos que se me imputaban eran de asesinato, tentativa de asesinato, incendio provocado, secuestro y falsa denuncia a la policía. Y porque, además, los investigadores tenían una montaña de pruebas contra mí.

Estamos hablando de un montonazo de puntos.

Diez puntos por triangular la ubicación de la broma telefónica hasta el parque, veinte por la bolsa de nailon en el fondo del lago Hanover y cinco por el testimonio ocular de Jeremy Fischer, que me situaba en la escena. Diez puntos por mi publicación en Instagram del castillo Hanover y cinco por el hecho de que el señor Ferguson me situara en el monte Morgan cuando cayó Akira, más los puntos extras por el intercambio de nuestros teléfonos. Diez puntos por mis huellas en el rastrillo que rompió la ventana del sótano de los Nelson que daba al cuarto de la caldera con la tubería de gas rota. Llegados a este punto, atar a Zoey después de amenazarla con un cuchillo debieron de ser chorrocientos mil puntos más. Y los que faltaban, porque las madres de Matty habían llevado los brownies a analizar.

Y no olvidemos que lo confesé todo y que no podía demostrar de ningún modo que actuara bajo coacción.

—¿Cómo está Kiki? —pregunté, mientras Zoey se sentaba delante de mí; su chaqueta rosa era una alegre nota discordante en la sala gris y deprimente. Se la quitó, echó un vistazo a las demás mesitas distribuidas por la sala, algunas ocupadas por otros adolescentes en compañía de sus visitas, y luego me miró a la cara. Era consciente de mi pinta: pálida y demacrada como nunca, con los ojos hinchados e inyectados en sangre de las constantes llanteras por Matty, y con los rizos más desdibujados de la historia por falta de acondicionador antiencrespamiento.

—Es una luchadora —dijo Zoey—. Lleva un collarín enorme y aún tiene para unas semanas antes de poder empezar a andar con muletas, pero, ya sabes, lo que más le molesta es que Lucía siga yendo a verla con flores y mierdas de esas.

Me reí discretamente.

—Quiere arreglar las cosas.

Zoey puso los ojos en blanco.

—Lo sé. De todas formas... tienes que saber que a Akira se le han borrado todos los recuerdos de aquella mañana. O sea que no se acuerda de haber visto nada en tu teléfono, ni de si la caída fue por accidente, ni de nada de nada, en realidad.

—Ya, me lo ha dicho mi madre.

Mamá también me había dicho que había recibido un correo electrónico mío mientras yo estaba retenida en el asiento trasero del coche patrulla de Sánchez, exactamente veinticuatro horas después de haber empezado el juego. En ese correo a mamá, lo confesaba todo, me disculpaba con ella y admitía que siempre había querido hacerme con el premio del torneo de *MortalDusk*. Mi correo a Fishman proponiéndole una alianza —que supuestamente era un último intento de conseguirlo antes de tirarme a la yugular de mis amigos— lo corroboraba. Mamá, convencida de que era obvio que era falso y serviría para demostrar mi inocencia, porque esposada no había podido tener acceso ni al teléfono ni al ordenador, le había enseñado el mensaje a Sánchez.

Sin embargo, no cayó en la cuenta de que hay maneras de programar los correos electrónicos.

La verdad es que se me escapó la risa cuando Sánchez nos enseñó a mi abogado y a mí que la IP de origen coincidía con los correos que habían recibido todos: el señor Chen, Fishman, y hasta el anónimo a los padres de Randall. También la identifiqué como la IP que había descubierto que compartían Dylan y An0nym0us1. Dylan había estado usando la misma IP falseada todo el rato, seguramente para que la policía pudiera atar todos los cabos y yo no pudiera demostrar que no era yo quien usaba la VPN. Más puntos para mí, ¡toma ya!

Pero sabía muy bien cuál era la prueba que me exoneraría. Sabía que existía. Solo tenía que hablar con Zoey. Una conversación en privado, las dos solas. Y el jefe Sánchez se avino a permitir la visita.

Zoey apretó los labios mientras ambas esperábamos a que la otra hablara primero. Ella no iba a mover ficha, así que empecé yo:

—No quería haceros ningún daño.

Las lágrimas le inundaron los ojos de inmediato.

—Dejaste que Matty se comiera esos brownies. —Pero yo, en

realidad, había usado el extracto de vainilla. Ahora estaba segura. Cuando las aguas se calmaron y no tuve nada más que hacer que volver a repasar esas veinticuatro horas en mi cabeza, recordé que el bote de extracto de vainilla que había usado estaba sin abrir. Tuve que quitarle el precinto de plástico. Se lo dije a mamá y ella lo encontró en la basura. Prueba. Solo tomé una medida de extracto de un bote. El de vainilla. Nada más. Andrew había entrado en casa al irme a la glorieta, había manipulado la masa y después se había llevado los EpiPens de arriba. En realidad, nunca había tenido que vigilar a ninguna rehén, de modo que había podido moverse libremente por ahí. Seguramente habría robado los EpiPens de Matty aquella misma mañana mientras jugábamos, o en cualquier otro momento en el instituto. Después, mientras los técnicos de emergencias se llevaban a toda prisa a Matty y todos estábamos distraídos, Andrew se habría escabullido al piso de arriba para volver a dejar los nuestros.

—No sabía que estaban contaminados —dije.

—Llamaste para dar un soplo falso...

—No caí en que era la dirección de Randall.

—Empujaste a Kiki por el precipicio...

—Cayó por accidente...

—¡Me ataste a una silla! —Ahora ya lloraba abiertamente.

—¡Andrew me dijo que mataría a mi hermana si se enteraba la policía!

—¡Tienes excusas para todo!

—¡Porque es la verdad!

Se tapó la boca. Las lágrimas le resbalaban por las mejillas.

—Por favor, Zoey. No hagas lo mismo que él. Andrew sabía la verdad, nuestra verdad, y no se lo dijo a nadie. Dejó que ese rencor creciera durante años y se tomó la revancha, pero mira adónde lo llevó. Tú sabes la verdad. La sabes.

—Aun así. Le has hecho daño a nuestros amigos. Y a mí. —Le temblaba el labio inferior—. Yo jamás te habría hecho algo así. —«Aun así». Zoey lo sabía—. Te habría contado lo que estaba sucediendo. Habría buscado el modo, de una forma u otra.

—Por favor, tienes que entenderlo... estaba muerta de miedo por mi hermana. Haría lo que fuera por protegerla.

Años atrás, cuando vi lo destrozado e indefenso que parecía Andrew tras la muerte de Brady, juré que jamás permitiría que eso nos pasara a nosotras. Juré que siempre protegería a Caelyn a toda costa, aunque eso significara chantajear a mi propio padre alcohólico para que se largara.

Al parecer, eso había sido precisamente lo que había hecho que mi padre se recuperara. Cuando mamá le contó lo que había pasado, cogió un avión y vino a visitarme. Por lo visto, se había metido en una asociación de alcohólicos anónimos en Las Vegas, llevaba varios meses sobrio y había conseguido un trabajo en el sector del marketing, en uno de los grandes casinos.

—Necesitaba que lo supieras —me dijo—. Me marché porque sabía que tu madre estaría mejor sin mí. Y os dejé solas porque... bueno, porque soy un cobarde. Pensaba que me odiabas. Pero nunca te habría hecho daño. Jamás. Esa noche intenté entrar en tu habitación porque tu madre me amenazó con marcharse con vosotras y quería asegurarme de que aún estuvierais ahí. Nada más. Siento haberos asustado. Nunca debí ponerle una mano encima a tu madre. Nunca debí... hablarte como te hablaba a veces. Tenía que haber sido mejor padre, mejor marido. La cagué a base de bien y lo siento mucho, muchísimo.

¿Me había excedido al pedirle que se largara? Siempre tendía a sospechar lo peor de la gente. Pero si mis actos habían ayudado a mamá y habían hecho que papá se desintoxicara, no podía arrepentirme de ellos. Me volvería loca si tuviera que arrepentirme de las veces que la he cagado intentando ayudar a la gente.

—Todo lo que hice —le dije a Zoey— fue para proteger a Caelyn. No puedes saber cómo vas a reaccionar hasta que te encuentras en una situación así. No puedes saberlo.

Zoey apretó la mandíbula.

—Que no tenga una hermana no significa que no sepa lo que es enfrentarse a decisiones imposibles.

—Yo no he dicho eso...

Pero me cortó:

—Tú y Kiki siempre hacéis lo mismo... Siempre me escondíais las cosas, porque asumíais que no lo iba a entender. Me contó lo de su trastorno alimentario, ¿sabes?, cuando ya había comenzado la terapia. Me contó que tú la habías convencido de que lo que veía en el espejo no era real y que tenía que hablar con sus padres y todo eso. Yo también podía haber estado ahí con ella. Podía haber estado ahí para ambas. Pero nunca confiabais en mí. ¿Por qué?

—Lo mismo podría preguntarte yo. No sabía que lo estabas pasando mal, porque te lo guardabas para ti. ¿Por qué?

Se tocó las puntas rosadas del pelo.

—Tienes razón. Supongo que pensé que creerías que mis problemas eran una tontería. —Se encogió de hombros—. Temía que si te parecía una llorona, me darías más de lado todavía. —Se

encogió entera—. No soporto haber hecho aquello. Lo siento de verdad. Todo.

—Yo también me arrepiento de muchas cosas, pero no podemos seguir soportando esa carga eternamente. Tenemos que perdonarnos. Por todo.

Clavó los codos sobre la mesa y apoyó la cara sobre las manos.

—Tú jamás me perdonarás.

—Ya te he perdonado. —Estiré el brazo para cogerle una mano y hacer que me mirara—. Las dos nos hemos hecho daño. Siento mucho lo que te hice. Siento haber empezado a mentir sobre Brady, haberte presionado para que me siguieras el juego. Siento que Kiki y yo te hayamos escondido cosas. Siento haberte tratado como a una delincuente por hacer trampas. Siento no haberme dado cuenta de la presión a la que estabas sometida. Y no hay palabras para expresar cuánto siento haberte atado a esa silla. Lo siento, y lo digo de verdad. De todo corazón.

Zoey tensó la mandíbula mientras le rodaban las lágrimas por las mejillas y dejaba mis disculpas suspendidas en el aire, ahí, entre las dos, como un globo que podía estallar en cualquier momento. Al final, resolló con fuerza y se inclinó para sacar algo de su mochila.

Su portátil.

Lo abrió, temblando, y tecleó algo.

Después le dio la vuelta para enseñármelo.

Era un vídeo de Caelyn. Atada y amordazada en una silla. Gritándome que la ayudara. El primer vídeo que me había enviado Dylan como An0nym0us1. Me quedé sin aliento. Era tan traumatizante como la primera vez que lo vi.

—Es *deepfake* —dijo Zoey con voz temblorosa—. Había un puñado de vídeos y fotos de este tipo en el Chromebook de Dyl... de Andrew. Todo falso, manipulado con tecnología *deepfake*. Ahora hay aplicaciones con las que se pueden hacer cosas así; básicamente se limitó a superponer el rostro de Caelyn en vídeos de sí mismo donde fingía estar atado a una silla y diciendo estas cosas. —Lo sabía. Cinco años antes, nosotros le habíamos hecho dudar de la realidad. Se vengó de mí haciendo que me creyera una realidad falsa—. Y, la verdad... —prosiguió Zoey—, cualquiera podía haber cogido las fotos de tu hermana en Instagram. Debió de editarlo todo en su otro portátil, pero fue un poco descuidado... uno de los vídeos originales que usó estaba en este. Quizá arrastró el archivo con todos los demás por error, no lo sé.

—¿Está en su Chromebook? —pregunté.

Zoey tragó saliva.

—Esto... verás... el USB que enchufé a su Chromebook no era para descifrar la contraseña. Esto... —Soltó un débil suspiro—. Descargó y borró todos los ficheros que había. Aparte de este, no había muchos más, así que fue rápido. Para cuando tú terminaste de contar lo que había pasado... ya estaba hecho. Lo que pasa es que... no me fiaba de ti. Después de atarme de ese modo, pensé que la cosa había ido al revés, que tú estabas tratando de implicar a Dylan. Creí que te habías inventado toda esa excéntrica paranoia de que en realidad era Andrew y que le habías metido algo en el portátil para incriminarlo. Por eso quería sacar los archivos de ahí. Pero cuando los vi —señaló la pantalla—, lo supe. Supe que estabas diciendo la verdad... —dejó la frase colgada y me miró a los ojos—. ¿Por qué no te sorprende?

Esbocé una leve sonrisa.

—Porque todo esto ya lo sabía.

Abrió los ojos como platos.

—¿Cómo?

—Sabía que lo habías hecho. —Me había fijado en sus gestos delatores, cómo se mordía los labios para no se le escapara la verdad. Sabía cuándo mentía.

—Pero... si lo sabías, ¿por qué no se lo dijiste a la policía? ¿Por qué no me pusiste en evidencia?

—¿Y qué crees que estoy haciendo? —Levanté el pulgar al espejo de mi izquierda—. Ese espejo es una ventana. Llevo micrófono. Saluda al jefe Sánchez.

Saludé al espejo.

Zoey abrió la boca, horrorizada.

—Pero creía que Sánchez había dicho... que las escuchas secretas no estaban permitidas...

—En casa del objetivo. —Hice un gesto señalando a mi alrededor —. En un espacio público, es legítimo.

—Has... jugado conmigo. Has...

—¡No! Te he ayudado. —Me reí y le volví a agarrar la mano. Estaba tan conmocionada que no intentó retirarla—. Le conté a Sánchez mis sospechas, que habías sacado los archivos con el USB. Le dije que seguramente estarías pensando que intentaba incriminar a Andrew o algo así, pero no quiero presentar cargos ni nada. Le hice prometer que si confesabas que habías sacado las pruebas del portátil de Andrew, si reconocías lo que habías hecho y entregabas las pruebas, no tendrías problemas. No es ningún juego. Estoy cansada de jueguecitos.

Era evidente que Zoey iba a tener algún problemilla por haber sustraído pruebas y habérselas guardado durante días, porque por eso

seguía yo encerrada, comiéndome las penas sola. Pero yo quería liberarnos a ambas... y no solo del reformatorio en mi caso, sino de la culpa, del dolor y del miedo que nos habían arrastrado a cometer aquellos errores tan terribles.

Y deseaba que nos liberásemos la una de la otra. Un juego y una mentira habían sido los principales motivos por los que nos habíamos mantenido unidas todos esos años. Nos aferrábamos a unos cimientos tan inestables que no era de extrañar que un mierda cargado de rencor hubiera conseguido derribarnos. Si hubiéramos confiado la una en la otra, si nos hubiéramos preocupado la una de la otra, nada de esto habría pasado. Pero quedarnos ancladas en el rencor solo nos iba a traer más desgracias y resentimiento. Así que el perdón era mi mejor baza para liberarnos.

Ojalá Akira y Randall pudieran perdonarme, pero aunque no fuera así, yo sabía que había sido Andrew el que me había obligado a actuar. Nunca quise hacerles ningún daño; ni a ellos ni a Matty, como tampoco quise hacerle ningún daño a Brady en el pasado. Esta vez, ya no habría secretos que me reconcomieran. Esta vez, me perdonaría a mí misma. Y aunque nunca dejara de echar de menos a Matty y necesitara años de terapia para superar el trauma, tenía la conciencia limpia. A pesar de que mi hermana nunca había corrido un peligro real, hice lo que hice para salvarla. Andrew había sembrado la idea de que yo era una paranoica, me había hecho dudar de mí misma y había manipulado mi realidad, pero eso no era culpa mía.

Ahora, lo único que me importaba era estar con Caelyn y con mamá. Papá se había ofrecido a enviar más dinero cada mes ahora que tenía ingresos estables para que mamá pudiera pagar la hipoteca de la casa, aunque ella, seguramente, la pondría a la venta de todos modos. Pero daba igual dónde viviéramos, mientras estuviéramos juntas. Ahora lo veía claro, aunque Caelyn aún tenía sus reparos. Sacudí la cabeza al recordar lo que me había dicho mi hermana por la mañana, cuando vino a visitarme con mamá. «No me puedo creer que hicieras todo eso, y solo fuera una broma de mal gusto». Y después de resoplar, había añadido: «Tendrías que haberle quitado hierro al asunto y ya». Qué cabrona era...

Al final, Zoey soltó un fuerte suspiro, dejó caer los hombros y se frotó los ojos.

—Yo también quiero que terminen estos juegos. Y no quiero volver a jugar al *MortalDusk* nunca más.

—Uf, pues a ver cómo se lo dices a Randall.

—Ah, ya lo he hecho. No le ha hecho mucha gracia. —Frunció los labios—. Sabes que Fishman ganó el torneo, ¿no?

—Sí, eso he oído. —También sabía que Jeremy Fischer le había dicho a la policía que creía que el correo electrónico que había recibido con mi nombre era falso. Dijo que me había visto demasiado confundida cuando nos encontramos en el parque y que le pareció que alguien me estaba coaccionando al teléfono delante de su casa. Ese engreído había dado la cara por mí. Al final, resulta que no era tan capullo.

—Pues nos ha invitado a retransmitir en directo con él un par de veces a la semana.

—¿En serio?

—Sí. Pero Randall es el único que está dispuesto a tomarle la palabra. Jugaron anoche, cuando Randall volvió del hospital. Lucía también, pero la mataban todo el rato en cero coma. —Por lo que me habían dicho, Lucía también había respondido por mí, contándole a Sánchez que le había pedido que cuidara de Randall
y que no lo habría hecho si hubiera tenido intención de hacerle daño —. Nuestro canal tiene como un trillón de suscriptores ahora. —Pero la sonrisa se le desvaneció.

—¿Qué pasa?

—Aún no me creo que Dylan fuera Andrew. Flipo con que nos tuviera engañados tanto tiempo.

—Ya.

Torció el gesto.

—No me creo que le besara —dijo, y sacó la lengua para expresar el asco que le tenía.

—Lo mismo digo.

Zoey enarcó las cejas.

—Esa mañana, antes de irse... me besó. —Hice una mueca—. Y yo le devolví el beso.

—Uf. Bueno, por lo menos no te le tiraste encima.

—No te sientas mal. No lo sabías.

—Gracias —murmuró—, pero nunca pude echarle la bronca ni darle un buen guantazo. Se merecía lo que le pasó. Se merecía morir.

En aquel momento, se me rompió el corazón. Por ella. Por todos nosotros.

—Ay, Zoey.

—¿Qué?

Me mordí el labio, sin saber muy bien cómo darle la noticia. La venganza no era siempre limpia. La justicia no era siempre rápida.

—La policía no me ha dejado hablar contigo solo para limpiar mi nombre.

Se quedó blanca.

—¿Qué quieres decir?

—Quieren los archivos que tenía en el portátil para intentar dar con él. No había restos humanos entre los escombros. —Otro defecto del plan original de Andrew, tal como yo había sospechado. La policía acabaría descubriendo que no había fallecido en el incendio. Su juego tenía demasiados fallos técnicos—. No murió. Sigue por ahí, en alguna parte.

—Pero... ¿cómo? ¿Dónde puede haber ido?

—Ojalá lo supiera.

Era evidente que Andrew había trazado algún tipo de plan de escape, porque el desenlace de su juego siempre había sido fingir su muerte y empezar de nuevo con otra identidad. Seguramente tenía otro coche, aparte del Jeep, escondido en alguna parte, y listo para la huida. Tuvo que salir corriendo por la puerta trasera mientras yo corría hacia la principal, después seguramente habría tirado el mechero encendido a la casa desde afuera y por eso no le habría atrapado el fuego. La policía había hallado restos de sangre en el jardín trasero que simplemente... desaparecían en un punto. Mi torniquete debió de funcionar, al fin y al cabo. O tal vez Andrew había fingido la gravedad de la herida para librarse de declarar ante la policía. No me extrañaría un pelo, y las cosas como sean, seguro que estaba dispuesto a hacer lo que fuera para burlar a la policía y comenzar una nueva vida. Con un poco de suerte, ya no le haría daño a nadie más.

Pero recordé la sorpresa en su mirada cuando intenté pararle la hemorragia. «No soy un puto monstruo».

Todos tenemos un monstruo dentro. Otra cosa es si conseguimos reprimirlo.

Tal vez Andrew hubiera conseguido al fin encerrar al suyo en una jaula. Quizá se hubiera librado ya de la amargura y el sentimiento de culpa y pudiera dejar atrás su sed de venganza. Después de todo, al final, me había pedido un empate.

El problema era que yo no lo había aceptado.

La muerte de Brady había sido un accidente. Lo de Matty fue un asesinato. Ni de coña iba a dejar que Andrew se saliera con la suya. Por ahora, mi prioridad era mi familia. Limpiaría mi nombre. Me disculparía con mis amigos. Terminaría el instituto. Puede que hasta jugara el torneo de *MortalDusk* del año siguiente.

Pero, algún día, le encontraría. Algún día, le ganaría a su propio juego.

Y estaba impaciente por empezar la partida.

AGRADECIMIENTOS

Quisiera darte las gracias —¡sí, a ti!— por optar por este libro, por escogerlo y por dedicarle tiempo a mis personajes. No sé ni cómo decirte cuánto significa para mí. Bueno, vale, te lo voy a decir.

Mi primera novela, *Uno debe morir*, salió seis días después de que la OMS declarara la pandemia mundial del COVID-19. Por si el mundo no fuera ya bastante aterrador, las librerías cerraron y Amazon dejó de enviar libros esa misma semana, de modo que, como a menudo las ventas del primer lanzamiento de un autor suelen marcar sus futuros contratos editoriales, temí que mi carrera como escritora acabara antes de empezar.

Sin embargo, los lectores compraron mi novela por internet (o se aventuraron a salir a un punto de recogida, vaya), la comentaron, hablaron de ella en las redes sociales, se la recomendaron a sus amigos y me hicieron llegar sus amables palabras de ánimo. *Un juego letal* ha sido posible gracias a mis lectores. Y gracias a ti podré materializar más historias.

Así pues, desde lo más profundo de mi corazón, y con toda la cursilería del mundo: ¡gracias!

Gracias a mi marido, Bryan, por tu apoyo infinito, por ayudarme con las lluvias de ideas, por traerme cafés con leche y pastas, por escuchar mi eterna perorata sobre el mundo editorial... y por todo. Te quiero muchísimo.

Gracias a mis padres, Lorri y Mark, a mi abuela Gloria y a toda mi familia, por quererme y respaldarme, por allanarme el camino a cada paso y por creer siempre en mí, incluso cuando yo no confiaba tanto.

Gracias a mi maravillosa editora, Jennie Conway, que se enamoró de este libro antes de que fuera libro y lo hizo brillar gracias a sus comentarios. Agradezco mucho que me hayas guiado en todo momento y me encanta trabajar contigo. Gracias también a mi avispada correctora, Sara Ensey; a Kerri Resnick, que diseñó esta increíble cubierta; a Sara Goodman, directora editorial; a Eileen Rothschild, editora asociada; a Elizabeth Catalano, editora ejecutiva sénior; a Jessica Katz, editora sénior de producción; a Lena Shekhter,

directora de producción; a Michelle McMillian, diseñadora editorial; a Alexis Neuville, directora de marketing y tan fan como yo de *Sombra y hueso*; a Mary Moates, publicista; a Natalie Figueroa, asistente de publicista; a Brant Janeway, vicedirectora de marketing; y a todos los que forman parte de Wednesday Books/St. Martin's Press por haber trabajado tanto para que este libro llegara a las manos de los lectores.

Gracias a mi impresionante agente literario, Jim McCarthy. Nunca dejaré de contar que parece que respondas a mis correos electrónicos incluso antes de enviártelos. Tiene que ser magia. Gracias por vender este libro dos meses después de declararse una pandemia mundial (de nuevo, ¡magia!), por apreciar mis historias y por calmarme siempre que he sucumbido al pánico. Estoy muy contenta de tenerte en mi equipo.

Gracias a mi agente de derechos para el extranjero, Lauren Abramo, es alucinante ver mis palabras en otros idiomas. Y gracias al equipo de Dystel, Goderich & Bourret. Gracias también a mi agente cinematográfica, Mary Pender, de United Talent Agency por defender este libro en Hollywood.

Gracias a Wendy Heard, Sonia Hartl, Megan Scott y Elizabeth Schwab, mis lectoras beta y amigas; y a mis lectoras de sensibilidad, por ayudarme a que este libro fuera mejor.

Gracias a todos los talentosos autores que han contribuido comentando este libro: Jessica Goodman, Emma Lord, Rebecca Hanover, Amie Kaufman, Tom Ryan, Sophie Gonzales y Wendy Heard. Es un gran honor contar con vuestro apoyo.

Gracias a mis mejores amigos, también autores: Mike Chen, Wendy Heard, Shana Silver, Hannah Reynolds, Sophie Gonzales, Erin Bowman, Jennifer Iacopelli, Alechia Dow y Dan Koboldt, por estar siempre ahí, por ayudarme a manejarme en esta industria salvaje y por ser unos compañeros con los que es una delicia charlar.

Gracias a toda la comunidad de autores por recibirme tan bien. Me siento afortunada de poder llamaros «amigos» a muchos: Jessica, Claire, Karen, Rebecca, Aimée, Amparo, Demetra, Emma, Julia, Samantha, Ashley, Alexa, Intisar, Janella, Jordyn, Tom, Nita, Sarah, Tess, Julie, Jess, y a todos los que formáis el Clubhouse (el grupo de escritura, no la app, aunque no tengo nada en contra de la app). Gracias al resto de mis amigos y a los compañeros del *coworking* BookBub (ya sabéis quiénes sois). Que sepáis que os aprecio muchísimo.

¡Gracias a todo mi *street team!* Me flipa que queráis formar parte de mi grupo de lectores. Cada vez que recibo una notificación por correo electrónico anunciando que alguien se ha unido, mi marido oye un

chillido en casa. Es un placer contar con nuestra pequeña comunidad, ver vuestra emoción, recibir vuestro apoyo y comentar los libros que nos encantan a todos. Y os agradezco mucho vuestra ayuda con el boca a boca. (Podéis registraros como nuevos miembros en dianaurban.com/street-team, ¡estaremos encantados de recibiros!).

Mi agradecimiento infinito a los libreros, bibliotecarios, maestros, blogueros, Instagrammers, tiktokers y youtubers que habéis contribuido a que más lectores descubran el libro. Os estaré eternamente agradecida por el apoyo y el entusiasmo demostrado por mis historias.

Gracias a los creadores de *The Elder Scrolls V: Skyrim* (Bethesda) y *Fortnite* (Epic Games) por inspirar *MortalDusk* y aportarme incontables horas de entretenimiento. Seguro que puede encontrarse el total exacto de horas en alguna parte de los ajustes, pero tampoco hay necesidad de hacerlo público.

Gracias a Taylor Swift. Seguramente nunca verás estas líneas, pero, básicamente, estuve escuchando *Folklore* en bucle durante toda la redacción del libro. Saber que creaste este álbum durante el confinamiento me ayudó a encontrar la fuerza necesaria para terminar este libro también durante el confinamiento. Así pues, ¡gracias!

Gracias a mis compositores de bandas sonoras favoritos, Howard Shore, John Williams, Hans Zimmer, Ramin Djawadi, Sonya Belousova y James Newton Howard, por vuestra música, la banda sonora de mi vida.

¿Y sabes qué? Sí, vuelvo a darle las gracias a mi gata. Kitty, gracias por ser mi compañera de despacho durante la pandemia. Gran parte de este libro lo escribí contigo en el regazo... de ahí Whiskers, que tiene un papel crucial en esta novela.

Si te ha gustado *Un juego letal*, te agradecería muchísimo que dejaras un comentario en Amazon o en tu librería preferida. No hay nada mejor para vender libros que el boca a boca, y te agradeceré las palabras que decidas dedicarme. Y, de nuevo, gracias.

NOTA DE LA AUTORA PARA LOS LECTORES DE ESTA EDICIÓN

Todos nos preguntamos qué haríamos si fuésemos los protagonistas de una novela o una película de misterio al estilo *Sé lo que hicisteis el último verano*. ¿Cómo reaccionarías si alguien intentara quitar a tus amigos de en medio uno por uno y acudir a la policía no fuera una opción? ¿Huirías presa del pánico? ¿O te valdrías de tu astucia para resolver el caso?

Ahora vayamos un poco más lejos: ¿Y si ese alguien te obligara a matar a tus amigos amenazando con asesinar a la persona que más quieres en el mundo si te niegas? ¿Serías capaz de elegir?

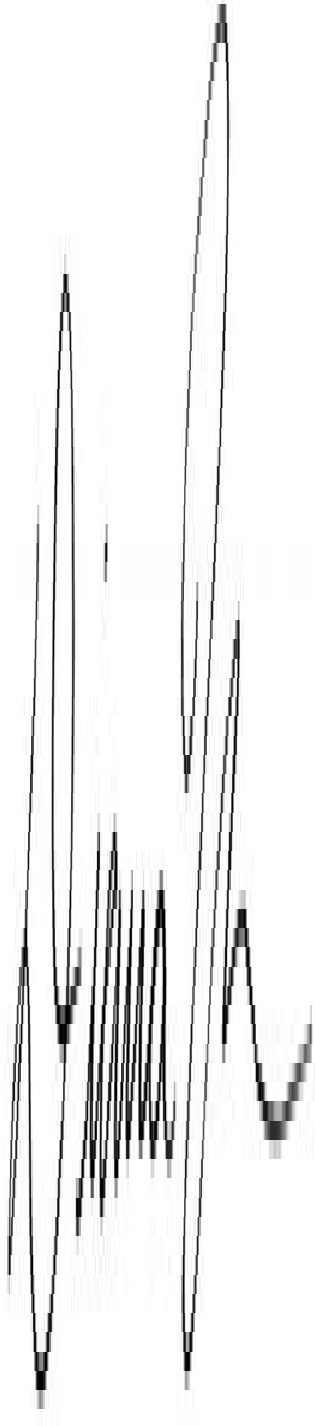
Si hay algo que me apasiona, es escribir libros que exploren esta clase de dilemas morales y la manera en que perduran en la mente de los lectores mucho después de haber pasado la última página.

En *Un juego letal*, Crystal Donovan debe hacer frente a este problema. Crystal es la clase de protagonista a la que quieres apoyar: lista, competitiva y muy protectora con su hermana pequeña. Cuando recibe un video de su hermanita atada y amordazada, accede a seguirle el juego al secuestrador para salvar su vida. Pero poco después de que el juego haya dado comienzo, repara en que cada una de las instrucciones que se le ha mandado seguir ha sido diseñada para herir e incluso matar a sus amigos uno tras otro.

No le queda alternativa: debe elegir entre sus amigos y su hermana... o lograr vencer al secuestrador en su propio juego.

Esta novela es un thriller frenético, de esos de infarto; pero también ahonda en algunos de los problemas que los adolescentes enfrentan en la actualidad. Problemas contra los que yo misma he tenido que luchar: el miedo a ser excluida, la ansiedad y los ataques de pánico, la rabia que te provoca que un competidor no juegue limpio o la traición de un amigo, la culpa por haber cometido errores terribles, el peso de un secreto vergonzoso... *Un juego letal* también habla de los peligros de la tecnología moderna, de cómo nuestros propios teléfonos móviles nos controlan y de la facilidad con que se puede llegar a manipular la realidad hoy en día.

En algunos de mis más preciados recuerdos de la infancia me veo escondida debajo de las sábanas leyendo a la luz de una linterna hasta bien entrada la madrugada. No podía parar, necesitaba saber qué

pasaba al final. Esas son la clase de novelas que me esfuerzo por escribir. Espero de veras que la tormentosa historia de Crystal te haya tenido pasando las páginas hasta la madrugada a ti también.

¡Muchísimas gracias por leer!